



*Francisco  
Cándido  
Xavier*

*(André Luiz)*

# MISIONEROS DE LA LUZ



Francisco Cándido Xavier

Misioneros  
de la Luz

Por el Espíritu

André Luiz



## ÍNDICE

0-En relación con los tiempos nuevos	7
1 El pirógrafo.	11
2 La epíffisis	21
3 Desarrollo mediúmnico	29
4 Vampirismo	39
5 Influjo	51
6 La oración	67
7 Socorro espiritual	77
8 En el ámbito de los sueños	89
9 Mediumnidad y fenómeno	105
10 Materialización	119
11 Intercesión	137
12 Preparación de experiencias	171
13 Reencarnación	199
14 Protección	261
15 Fracaso	277
16 Incorporación	289
17 Adoctrinamiento	309
18 Obsesión	331
19 Pases	355
20 Adiós	373



## ***En relación con los tiempos nuevos.***

*Mientras un relato describe la intervención de Las hadas, hace referencia a los genios tutelares, a los palacios ocultos o a las maravillas de algún bosque desconocido, los niños escuchan atentos, con la alegría y la curiosidad estampadas en sus rostros radiantes. Sin embargo, cuando el narrador cambia de contenido para enfocar la realidad vinculada a la educación, la mente infantil se retrae contrariada, aburrida... No comprende la promesa de la vida futura, con las actividades y los deberes que implica.*

*Los corazones, todavía tiernos, adoran la fantasía, están predispuestos al heroísmo fácil, prefieren el menor esfuerzo, no comprenden en lo inmediato la labor divina relativa a la perfección eterna y por eso eluden la verdadera enseñanza, sorprendidos, acobardados. No obstante, la vida los aguarda con sus leyes inmutables y les revela la verdad de modo gradual, prescindiendo de la estruendosa espectacularidad, con la serenidad que caracteriza a una madre.*

*Las páginas de André Luiz evocan esa imagen.*

*Mientras los Espíritus Sabios y Benévolos nos muestran una visión celestial que amplía el campo de la esperanza humana, los compañeros encamados nos escuchan en actitud extática, dichosos. Se trata del consuelo sublime, del estímulo anhelado. Se congregan los corazones dispuestos a recibir los mensajes del Cielo. Pero si los emisarios de las esferas superiores, al revelarles algunos de los ángulos de la vida espiritual aluden al trabajo, a la necesidad del esfuerzo personal a la responsabilidad como individuos, a la lucha edificante, al imprescindible estudio y al autoperfeccionamiento, no*

## *Los misioneros de la luz*

*ocultan la desagradable impresión que eso les causa. En contraposición a lo que suponían en los primeros días, no distinguen en ese mensaje el Cielo de las facilidades ni la región de los favoritos; no divisan sucesos milagrosos ni hallan tampoco la beatitud como sinónimo de reposo. En lugar de experimentar la cercanía con el Paraíso se sienten en las proximidades de un taller cuya producción nunca se interrumpe, donde el trabajador no progresará mediante el besamanos del proteccionismo, sino a costa de sí mismo, a fin de que se acredite a su propia conciencia la victoria o la derrota. Perciben la existencia de una ley imperecedera que determina el control de la vida, en nombre del Eterno, que no admite los juicios falsos. Comprenden que las playas de la belleza divina, al igual que los palacios encantados de la paz, están a la espera del Espíritu en otros continentes vibratorios del universo y reconocen, asimismo, que para llegar hasta ellos les compete trabajar, luchar, esforzarse y perfeccionarse, a medida que bracean en el inconmensurable mar de la experiencia.*

*La mayoría se atemoriza, y trata de retroceder. Para después de la muerte del cuerpo proyectan un Cielo accesible, que se conquiste por medio de simples enunciaciones doctrinales.*

*Sin embargo, nadie perturbará a la ley divina: la verdad triunfará invariablemente, y la vida eterna proseguirá con su enseñanza, a ritmo lento, con paciencia maternal.*

*En la actualidad, el Espiritismo Cristiano tiene asignada una grandiosa y sublime tarea, que abarca todo el mundo.*

*No alcanza con que se definan sus venerables características de Consolador de la humanidad; también es preciso poner de relieve su condición de movimiento liberador de conciencias y de sentimientos.*

*La muerte física no es el final. Constituye un simple cambio de capítulo en el libro de la evolución y del perfeccionamiento. Por obra de su influjo, que nadie aguarde soluciones terminantes ni definitivas,*



*cuando estamos en conocimiento de que cien años de actividad en el mundo representan una fracción relativamente breve de tiempo, en relación con las conquistas inherentes a la vida eterna.*

*Un infinito campo de servicio aguarda la dedicación de los trabajadores de la verdad y del bien. Problemas monumentales desafían a los Espíritus valerosos que han encarnado en esta época, con la gloriosa misión de preparar el advenimiento de la nueva era, de modo de contribuir a la restauración de la fe ardiente y al desarrollo del intelecto humano. Urge prestar auxilio a la Religión, sepultada en los archivos teológicos de los templos de piedra, y también dar amparo a la Ciencia, que se ha transformado en un destructivo genio satánico.*

*La espiritualidad victoriosa se extiende por el mundo y regenera sus nacientes morales, al mismo tiempo que despierta al ser humano en cuanto a la comprensión del marco real de sus logros. Para el hombre escéptico del siglo XX existen nuevas convocatorias que le señalan horizontes de mayor extensión, y le demuestran que el Espíritu vive más allá de las civilizaciones transformadas o consumidas por la guerra, ese voraz dragón multimilenario.*

*En relación con los tiempos nuevos, y atentos al grandioso esfuerzo que demanda la renovación, se requiere el concurso de todos los servidores fieles de la verdad y del bien, a fin de que, ante todo, cada uno viva según la nueva fe, en busca de reformarse, de elevarse, en camino hacia un mundo mejor, de modo que la edificación realizada por el Cristo prevalezca por encima de las meras palabras de las ideologías brillantes.*

*Para la consecución de la tarea superior se congregan encarnados y desencarnados de buena voluntad, cuyo objetivo es la construcción de un puente de luz, a través del cual la humanidad trasponga el abismo de la ignorancia y de la muerte.*

*Éste es el motivo, amigo lector, por el que André Luiz viene una*

## *Los misioneros de la luz*

*vez más a tu encuentro. Su propósito es trasmitirte, aunque sólo sea en parte, lo relativo al servicio divino que cumplen los “Misioneros de la Luz” y, además, enseñarte que el hombre es un Espíritu eterno que reside transitoriamente dentro del templo viviente de la carne terrenal; que el periespíritu no es un cuerpo de neblina difusa sino una organización con vida, a la que se amoldan las células materiales; que el alma, sea cual fuere el lugar en que se encuentre, recibe según sus creaciones individuales; que los lazos del amor y del odio nos acompañan en todas las esferas de la vida; que aparte de la lucha cotidiana, la conciencia encarnada despliega otras actividades; que la reencarnación está orientada por sublimes ascendientes espirituales y que, más allá del sepulcro, el alma continúa el proceso de lucha y aprendizaje, de modo de perfeccionarse y servirá los designios del Señor, en constante crecimiento en dirección a la gloria inmortal a la que nuestro Padre nos ha destinado.*

*Si la lectura te sorprende, si las manifestaciones del Mensajero te parecen revolucionarias, recurre a la oración, agradece al Señor por la enseñanza y solicítale esclarecimiento e iluminación, a fin de que no quedes atrapado en las redes del engaño. Ten presente que la revelación de la verdad es progresiva, y al mismo tiempo que ruegas el socorro divino para tu corazón, permanece atento a los sagrados deberes que la Tierra te ha asignado para cada día, consciente de que la muerte del cuerpo no te conducirá al estancamiento, sino a nuevos campos de perfeccionamiento y trabajo, de renovación y bendita lucha, donde vivirás mucho más y con mayor intensidad.*

EMMANUEL.

*Pedro Leopoldo, 13 de mayo de 1945.*

# 1

## **El psicógrafo**

Concluida la conversación que versaba acerca de los problemas implícitos en el intercambio con los habitantes de la esfera carnal, el instructor Alexandre, que desempeña elevadas funciones en nuestro medio, me dirigió la palabra con gentileza:

-Comprendo su deseo. Si usted está dispuesto, podrá acompañarme hasta nuestro núcleo en el momento oportuno.

-¡Cómo no! -respondí muy contento-. La cuestión mediúmnica es fascinante.

El interlocutor sonrió con benevolencia y concordó:

-De hecho, lo es para aquel que analiza sus ascendientes morales.

Quedó establecido más tarde cuál sería la noche en que iba a concretarse mi visita, y permanecí expectante en lo atinente a la enseñanza práctica: desbordaba de mí un entusiasmo que contuve con dificultad.

Cuando se presentó la ocasión, la prestigiosa influencia de Alexandre me sirvió como salvoconducto para ingresar en el espacioso y antiguo salón, donde él tiene atribuciones de jefe.

De las decenas de sillas, dispuestas en filas, solamente dieciocho estaban ocupadas por personas terrestres auténticas. Las demás correspondían a la masa invisible para los ojos comunes del ámbito

físico.

Se trataba de una asamblea compuesta por muchas almas en sufrimiento. El público necesitado de asistencia era abundante.

Noté que una cantidad de hilos luminosos dividía a los concurrentes de la región espiritual en grupos diferentes. Cada uno tenía características específicas. Alrededor de los sectores de acceso estaban apostados los miembros de una guardia, y por el griterío proveniente del exterior, comprendí que también allí la entrada de los desencarnados obedecía a un control especial. Mientras tanto, las entidades necesitadas que ya habían sido admitidas en el interior, guardaban discreto silencio.

Ingresé con cautela, evitando llamar la atención de los presentes, que escuchaban emocionados la palabra generosa y ejemplarizadora de un diligente instructor de la casa.

Numerosos colaboradores se esmeraban en la vigilancia. Mientras el devoto mentor hablaba con el corazón puesto en cada palabra, los dieciocho compañeros encarnados mantenían rigurosamente concentrado el pensamiento, que dirigían hacia objetivos elevados y puros. Era grato percibir su singular vibración. Cada uno emitía rayos luminosos muy diferentes entre sí, tanto en intensidad como en color. Esos rayos confluían a una distancia aproximada de sesenta centímetros respecto de los cuerpos físicos, y determinaban una corriente de fuerzas sensiblemente distinta de las energías de nuestra esfera, que no se limitaba al círculo de los trabajadores. En un punto determinado despedía elementos vitales, como si se tratara de una fuente milagrosa que brotaba de los corazones y los cerebros humanos congregados allí. Las energías de los encarnados se combinaban con los fluidos potentes de los colaboradores de nuestro ámbito de acción que, aglutinados en una cantidad considerable, constituían un valioso aporte de beneficios cuyo destino eran los sufridores que todavía estaban intensamente apegados a las sensaciones fisiológicas.

Esas potencias mentales no son fruto de la imaginación, como podría parecer si se las considerase desde el punto de vista terrenal, que todavía requiere mayor ilustración en lo relativo a las ilimitadas reservas de posibilidades disponibles al margen de la materia más densa.

Me entretuve en la evaluación de los nuevos parámetros de mi aprendizaje, cuando mi amigo, una vez que hubo finalizado la consoladora disertación, solicitó mi presencia en los servicios mediúmnicos.

Como una muestra de su propósito de lograr un aprovechamiento completo del tiempo, fue muy medurado con los saludos.

-No podemos perder un solo minuto -me informó-.

Señaló luego a un grupo de seis entidades cercanas a nosotros y aclaró:

-Allí esperan los amigos autorizados.

-¿Para la comunicación? -le pregunté-.

El instructor hizo un gesto afirmativo y agregó:

-No todos consiguen percepciones intuitivas de inmediato. Algunos están obligados a esperar semanas, meses, años...

-No suponía que la tarea fuese tan difícil -aduje sorprendido-.

-Ya lo verá -manifestó Alexandre gentilmente-.

A continuación se dirigió a un joven que estaba en profunda concentración, rodeado de auxiliares de nuestra esfera, y nos explicó con cordialidad:

-Tenemos seis probables comunicantes pero, en esta reunión, apenas uno de los médiums que han comparecido reúne las condiciones para atender. Por lo tanto, desde ya nos vemos obligados a considerar que el grupo de aprendices y obreros terrenales solamente recibirá lo que esté relacionado con el beneficio general. No existe la posibilidad de efectuar ningún servicio extraordinario.

-Suponía que el médium es, por encima de todo, una máquina.

-La máquina también se deteriora -alegó el instructor- y nos encontramos ante un mecanismo sumamente delicado.

Aunque notó mi expresión de asombro, Alexandre prosiguió:

-En principio debemos reconocer que, en las actividades relativas a la mediumnidad, tienen preponderancia los factores morales. En este momento, para ser fiel al mandato superior, el médium necesita lucidez y armonía, como si fuera el espejo cristalino de un lago. De otro modo, las ondas de inquietud perturbarían la proyección de nuestra espiritualidad sobre la materia terrestre, del mismo modo que las aguas revueltas no reflejan la sublime imagen del cielo ni el panorama de su entorno.

El orientador señaló al médium y prosiguió con voz firme:

-Este hermano no es un simple aparato. Es un Espíritu que debe ser tan libre como nosotros lo somos, y que para entregarse al intercambio deseado necesita renunciar a sí mismo, con abnegación y humildad. Esos factores son primordiales para el acceso al intercambio con las regiones de mayor elevación. Necesita callar, para que otros hablen; entregarse, para que otros reciban. En resumen, debe cumplir la función de un puente en donde confluyen intereses diferentes. Si careciera de esa comprensión consciente, propia de la intención de servicio, no podrá cumplir con los propósitos edificantes. Por lógica, él es el responsable de la conservación de sus cualidades interiores, tales

como la tolerancia, la humildad, la actitud fraterna, la paciencia y el amor cristiano. A nosotros nos compete prestar cooperación en el sentido de preservar los estímulos de índole externa, dado que si el compañero no tuviera alimento ni un mínimo de paz, si le faltara asistencia para la satisfacción de sus necesidades más elementales, no podríamos requerir su colaboración, que derivaría para él en un sacrificio. Por consiguiente, nuestras responsabilidades recíprocas se conjugan hasta en los mínimos detalles de la tarea a cumplir.

Como me había brotado la idea de que el médium podría esperar complacido la compensación divina, Alexandre me explicó: - Tengamos en cuenta, amigo, que aún nos encontramos ante un trabajo inconcluso. El tema relativo al salario vendrá más adelante...

A esa altura de la conversación me invitó a que me aproximase al instrumento mediúmnico y, colocándole la mano sobre la frente, exclamó:

-Observe. Estamos ante un médium psicógrafo común. Con anticipación al trabajo al que se somete en este momento, nuestros auxiliares ya han acondicionado su organismo, de modo que su salud física no sufra perturbaciones. La transmisión del mensaje no se limitará simplemente a “tomar su mano”. Existen procesos intrincados, complejos...

Mi curiosidad estaba asociada al deseo de profundizar la enseñanza en cuanto al aspecto científico del fenómeno, de modo que el orientador me ofreció el auxilio magnético de su vigorosa personalidad y comencé a observar, dentro del cuerpo del intermediario, un importante laboratorio de fuerzas vibratorias. Mi poder de captación visual había superado al de los rayos X.. Sus características estaban mucho más afinadas. Las glándulas del joven se transformaron en núcleos luminosos, como si se tratara de perfectas instalaciones eléctricas. En particular, me detuve a contemplar el cerebro. Los conductores medulares constituían un extenso pabulo que sustentaba la

luz mental, como si fuera la llama generosa de una vela de enormes dimensiones. Los centros metabólicos despertaban mi sorpresa. Los fantásticos pliegues del cerebro despedían fulguraciones; los lóbulos cerebrales parecían corrientes que fluían con dinamismo. Las células corticales, al igual que las fibras nerviosas, con sus sutiles ramificaciones constituían delicadísimos elementos de conducción de energías recónditas e imponderables. En ese concierto, en medio de una indefinible luminosidad mental, la epífisis emitía intensos rayos de tonalidad azul.

-¿Puede observar con nitidez, no? -me preguntó el instructor, sacándome de mi asombro-. La trasmisión de mensajes desde una esfera hacia la otra, a los fines de instruir a los seres humanos -prosiguió-, demanda esfuerzo, buena voluntad, colaboración, además de un objetivo definido. Por cierto, el entrenamiento y la adhesión espontánea del médium facilitan la tarea, aunque, de todos modos, ésta no se cumple automáticamente. El intermediario debe aportar un profundo conocimiento, dar lugar a la complementación en el momento oportuno, y desempeñarse con responsabilidad.

Lo escuché admirado.

-¿Usted supone que el intermediario puede improvisar el estado receptivo? -me preguntó-. De ningún modo. Su preparación espiritual debe ser incesante. Cualquier incidente puede afectar su maquinaria sensible, igual que una pedrada interrumpe el trabajo de la válvula receptora. Además, nuestra cooperación magnética es fundamental para llevar a cabo la tarea. Analice atentamente lo que observa. Estamos haciendo un registro de las particularidades del cuerpo periespiritual. Ahora puede reconocer que los centros glandulares son una potencia eléctrica. En el ejercicio mediúmnico, cualquiera sea la modalidad, la epífisis desempeña un rol preponderante. A través de sus fuerzas equilibradas, la mente humana aumenta el poder de la emisión y la recepción de rayos peculiares de nuestra esfera. En la epífisis reside el nuevo sentido de los hombres, aunque, en la gran mayoría de ellos, esa



potencia divina duerme en estado embrionario.

Reconocí, en efecto, que la glándula pineal del intermediario irradiaba una luminosidad que gradualmente crecía en intensidad.

A continuación, el orientador desplazó su atención desde el cerebro hacia la máquina corpórea en general, y prosiguió:

-El proceso del mensaje no es nada sencillo, y los trabajadores encarnados no tienen conciencia de su mecanismo intrínseco, del mismo modo que los niños saciados en el seno del hogar, ignoran el costo del sacrificio de sus padres. Mucho antes de que se lleve a cabo la reunión, el servidor ya ha sido objeto de nuestra atención especial, a fin de que los pensamientos densos no pesen en su campo íntimo. Ha sido sometido a una conveniente adaptación de modo que, cuando se sienta aquí, ha recibido previamente la asistencia de varios operadores de nuestro medio. En principio, sus células nerviosas recibieron un nuevo coeficiente magnético, para que no se produzcan pérdidas lamentables de la sustancia tigroide (corpúsculos de Nissl), requerida en los procesos en que interviene la inteligencia. El sistema nervioso simpático y, en especial, el campo autónomo del corazón fueron objeto de refuerzos energéticos, mientras que el sistema nervioso central fue convenientemente atendido, a fin de que no se viera comprometida la salud del trabajador de buena voluntad. Asimismo, el vago ha quedado protegido de un posible shock de las vísceras, por efecto de nuestra influencia. Además, las glándulas suprarrenales recibieron un incremento de energía, de modo que se verifique una producción acelerada de la adrenalina que necesitamos para atender al eventual agotamiento de las reservas nerviosas.

En ese instante advertí que el médium estaba aparentemente al borde de la desencarnación. Las groseras particularidades del envoltorio carnal habían desaparecido ante mi mirada debido a la intensa luz que lo circundaba, proveniente de sus centros periespirituales.

Al cabo de un prolongado intervalo, Alexandre continuó:

-De acuerdo con nuestra observación, no tenemos delante un esqueleto de cal recubierto de carbohidratos y proteínas, sino otra manifestación más representativa del hombre inmortal, hijo del Dios eterno. Observe en esta nueva anatomía la perfección de cada minúscula unidad del cuerpo. Cada célula es un motor eléctrico que necesita combustible para funcionar, vivir y prestar utilidad.

Sin reparar en mi asombro, el instructor cambió de actitud y dijo:

-Suspendamos las observaciones. Llegó el momento de actuar.

Hizo una señal a uno de los seis comunicantes. El mensajero se aproximó con buena disposición.

-Calixto -dijo Alexandre en tono grave-, tenemos seis amigos para el intercambio; sin embargo, las posibilidades son reducidas. Usted es el único que escribirá. Ocupe el lugar que le corresponde. Tenga presente que su misión debe ser consoladora: nada de indicios personales. La oportunidad es muy limitada, nuestro deber es contemplar el beneficio de todos.

Después de un breve saludo, Calixto se ubicó de pie al lado del médium, quien lo recibió con evidentes señales de alegría. El trabajador espiritual lo rodeó con el brazo izquierdo y alzando la mano hasta el cerebro del joven, le tocó el centro de la memoria con la punta de los dedos, como si tuviera el propósito de extraer algunos elementos de los recuerdos del compañero. Poco a poco pude ver que la luz mental del comunicante se amalgamaba con las irradiaciones del trabajador encarnado. La zona motora del médium adquirió otro color y otra luminosidad. Alexandre se aproximó al dúo que cumplía con sus funciones y colocó su mano sobre el lóbulo frontal del colaborador humano, como si se propusiera controlar las fibras inhibitorias, de modo de evitar tanto como fuera posible la interferencia del aparato

mediúmnico.

Calixto daba muestras de enorme alegría en su semblante. Era un feliz servidor que se regocijaba por las bendiciones del trabajo y, con señales de profunda gratitud al Señor, comenzó a escribir. Luego de haberse apoderado del brazo del compañero dio inicio a la tarea con estas hermosas palabras:

-¡Que la paz de Jesús esté con vosotros!



## 2

### **La epífisis.**

Mientras nuestro compañero utilizaba la organización mediúmnica, me valí de las fuerzas magnéticas que el instructor me había suministrado para concentrar la máxima atención en el médium. Cuanto más identificaba las particularidades del cerebro, mayor era mi admiración por la luz que la epífisis dejaba percibir, cuya intensidad iba en aumento. La diminuta glándula se había transformado en un núcleo radiante y, alrededor de ella, sus rayos formaban un loto de sublimes pétalos.

Examiné atentamente al resto de los encarnados. En todos ellos la glándula presentaba puntos de luminosidad, pero en ninguno brillaba tanto como en el intermediario que estaba prestando servicio.

Sobre su núcleo, semejante en ese momento a una flor resplandeciente, caían desde lo alto luces tenues, y comprendí que allí estaban en juego vibraciones muy sutiles, imperceptibles para mi sensibilidad.

Había estudiado la función de la epífisis en mis modestos servicios como médico terrenal. Según los investigadores clásicos, sus atribuciones se circunscribían al control sexual durante el período de la infancia. No cumplía otra función más que la de un regulador de los instintos, hasta que las ruedas de la experiencia sexual pudiesen deslizarse metódicamente por los caminos de la vida humana. Con posterioridad su fuerza decrecía, se relajaba hasta casi desaparecer, para dar lugar a que las glándulas genitales fueran sus sucesoras en el campo de la energía, cuando llegaban a su plenitud.

De hecho, las observaciones que realizaba allí contrastaban con las definiciones de los círculos oficiales.

Puesto que el recurso de quien ignora es esperar el aporte del conocimiento ajeno, aguardé a que Alexandre me diera sus explicaciones, una vez que finalizó la faz práctica del servicio.

Transcurridos algunos minutos, el generoso mentor se acercó a mí.

No esperó a que le plantease mis preguntas.

-Identifico su perplejidad -dijo-. También yo he pasado por la misma sorpresa en otra época. La epíffisis se ha convertido en una revelación para usted.

-No lo dude -agregué-.

-No se trata de un órgano muerto, como lo califican las teorías tradicionales -prosiguió él-. Constituye la glándula de la vida mental. Durante la pubertad despierta en el organismo del hombre las fuerzas creadoras y, posteriormente, continúa funcionando como el más avanzado laboratorio de elementos psíquicos del ser humano. El neurólogo común no conoce lo suficiente acerca de ella. El psiquiatra descifrará sus secretos más adelante. Los psicólogos vulgares la ignoran. Freud interpretó su desviación cuando exageró la influencia de la "libido" en el estudio de la indisciplina congénita de la humanidad. Mientras se encuentra en el período del desarrollo infantil, fase de readaptación de ese importante centro del cuerpo periespiritual preexistente, la epíffisis parece constituir el freno de las manifestaciones del sexo; no obstante, es necesario corregir ciertas apreciaciones.

Alrededor de los catorce años abandona su estado estacionario, en lo que respecta a sus atribuciones esenciales, y comienza a funcionar de nuevo en el hombre encarnado. Lo que representaba control pasa a ser fuente creadora y válvula de escape. La glándula pineal se reinserta

en el concierto orgánico y abre nuevamente su mundo maravilloso de sensaciones e impresiones en la esfera emocional. El ser humano se entrega a la recapitulación de la sexualidad y realiza el inventario de las pasiones experimentadas en una época pasada, que resurgen por obra de poderosos impulsos.

Me encontraba profundamente sorprendido.

Cuando concluyó el intervalo que Alexandre impuso a la exposición de la enseñanza, continuó:

-La glándula pineal rige los fenómenos nerviosos de la emotividad: es un órgano de elevada significación en el cuerpo etéreo. Desata, en cierto modo, los lazos divinos de la naturaleza, que vinculan las sucesivas existencias dentro de la secuencia de luchas en busca del perfeccionamiento del alma, y deja entrever la importancia de las facultades creadoras que se le han conferido a la criatura humana.

-¡Mi Dios! -exclamé-. ¿Y cuál es la función de las glándulas genitales?

El instructor sonrió antes de explicarme:

-Las glándulas genitales funcionan de modo excesivamente mecánico, a fin de que conserven los principios sutiles, casi imponderables, de la generación. Se encuentran por completo bajo el control del potencial magnético, del cual la epífisis es la fuente principal. Las glándulas genitales segregan las hormonas del sexo, pero la glándula pineal, si se me permite la expresión, segrega “hormonas psíquicas” o “unidades-fuerza” que van a incidir de manera positiva sobre las energías generadoras. Los cromosomas de las vesículas portadoras del semen no están libres de su influencia, que se ejerce en forma absoluta y determinada.

Alexandre hizo un gesto significativo y consideró:

-Con todo, no estamos analizando problemas de embriología. Limitémonos al tema inicial y estudiemos la epífisis en su condición de glándula de la vida espiritual del hombre.

Pese a mi asombro guardé riguroso silencio, sediento de nuevas instrucciones.

-Dado que segrega delicadas energías psíquicas -prosiguió el instructor-, la glándula pineal conserva ascendencia sobre la totalidad del sistema endocrino. Ligada a la mente a través de principios electromagnéticos del campo vital, a los que la ciencia tradicional no logra identificar aún, comanda las fuerzas subconscientes por obra de la determinación directa de la voluntad. Las redes nerviosas constituyen los hilos telegráficos mediante los cuales trasmite, en forma inmediata, órdenes a todos los departamentos celulares, y bajo su comando se efectúan los suministros de energías psíquicas a cada uno de los depósitos autónomos de los órganos. Es uno de los más importantes manantiales creadores, y sus atribuciones son amplias y fundamentales. En calidad de elemento controlador del mundo emotivo, en relación con la experiencia sexual, su posición es básica y absoluta. En general -si no lo hacemos actualmente, lo hemos hecho en el pasado-, todos nosotros hemos viciado ese foco sagrado de fuerzas creadoras hasta transformarlo en un imán corrupto, en medio de las sensaciones inferiores de naturaleza animal. ¿Cuántas existencias hemos derrochado en la canalización de nuestros patrimonios espirituales hacia los campos más bajos del placer materialista? Lamentablemente divorciados de la ley del uso no entregamos al descontrol emocional, y de ahí proviene, querido amigo, nuestro multimilenario vicio de las energías creadoras, pues hemos acumulado compromisos morales para con todos aquellos a quienes herimos con nuestros desvaríos y nuestra falta de reflexión. Del lamentable menosprecio de ese potencial sagrado derivan los dolorosos fenómenos de la herencia fisiológica, que debería constituir, invariablemente, un marco para conquistas benditas y puras. La perversión de nuestro campo mental consciente determina, en cualquier aspecto de la evolución, la perversión de nuestra psiquis inconsciente,



encargada de ejecutar los deseos y las órdenes más íntimas, en la esfera de las conductas automáticas. La voluntad desequilibrada desorganiza el foco de nuestras potencias creadoras. De ahí resulta la necesidad de reglas morales para quien aspire a efectivas conquistas eternas, en los dominios del Espíritu. Renuncia, abnegación, continencia sexual y disciplina emotiva, no representan simples preceptos de carácter religioso. Son providencias de índole científica en la búsqueda del auténtico enriquecimiento de la personalidad. Nunca podremos eludir la ley cuyos artículos y párrafos emanan del Supremo Legislador y abarcan el universo. Nadie engañará a la naturaleza. Los centros vitales desequilibrados obligarán al alma a permanecer en situaciones de desequilibrio. De nada sirve llegar a la muerte física haciendo ostentación de gestos y palabras convencionales, cuando el hombre no se ha detenido a reflexionar acerca de su perfeccionamiento individual. La justicia rectora de la vida eterna jamás se desvió. Es cierto que los sentimientos profundos que acompañan el trance supremo del Espíritu encarnado inciden decisivamente en las futuras actividades de regeneración más allá de la tumba, pero no constituyen la necesaria realización.

El instructor se expresaba con un tono sublime, al menos así lo sentía yo, que por primera vez escuchaba comentarios sobre la conciencia, la virtud y la sublimación, concordantes con conceptos rigurosamente lógicos y científicos en el campo de la razón.

A partir de entonces se aclararon de modo evidente mis razonamientos. Recibir un cuerpo, según las concesiones del mecanismo que rige la reencarnación, no es lo mismo que conseguir un barco para lanzarse a una nueva aventura, al acaso de las circunstancias. Significa una responsabilidad definida en las tareas vinculadas con el aprendizaje, la elevación o la reparación, ya sea en esfuerzos evolutivos o redentores.

-¿Comprende ahora las funciones de la epíffisis en cuanto al desarrollo mental del hombre y el florecimiento de las cualidades del

alma? -me preguntó el orientador-.

-Sí... -respondí bajo una fuerte impresión-.

-En vista de que segrega “unidades-fuerza” -continuó-, la epífisis también puede ser comparada con una poderosa usina, que debe ser aprovechada y controlada en las funciones de iluminación, cuidado y cultivo de la personalidad, en lugar de relajarla por el consumo excesivo del suplemento psíquico en emociones de baja categoría. Quien se revuelca en el charco de las sensaciones inferiores, a la manera de los cerdos, retiene a la epífisis en las corrientes tóxicas de los desvaríos de naturaleza animal. El hombre habituado al consumo excesivo de energías sutiles, con gran dificultad consigue salir de la nefasta inmersión en las sombras, inmersión que se prolonga más allá de la muerte del cuerpo. Por eso es indispensable vigilar atentamente el caudal de las fuerzas, en todo servicio honesto de desenvolvimiento de las facultades superiores. Los materialistas de la razón pura, poseedores de amplios patrimonios intelectuales, percibieron superficialmente semejantes realidades y, con intención de preservar la juventud, la plástica y la eugenesia, fomentaron la práctica deportiva en todas sus modalidades. Contra los peligros posibles, por la excesiva acumulación de fuerzas nerviosas -denominación que reciben las secreciones eléctricas de la epífisis-, aconsejaron a los jóvenes de todos los países adquirir destreza con el remo, la pelota, el salto, la barra y las carreras pedestres. De ese modo se preservaban los valores orgánicos, legítimos y normales, para las funciones de la herencia. Con todo, dicha medida satisface parcialmente porque es incompleta y defectuosa. Indiscutiblemente, la gimnasia y el ejercicio físico, dentro de ciertos límites, constituyen factores valiosos para la salud, del mismo modo que la competencia deportiva honesta es un valioso fundamento de la socialización. No obstante, pueden circunscribirse a meras rutinas para beneficio de los huesos y, algunas veces, degeneran en desencadenantes de pasiones indignas. Son muy raros aún, en la fierra, aquellos que reconocen la necesidad de la preservación tic las energías psíquicas en beneficio del desarrollo del Espíritu eterno. El hombre se ha olvidado

de que Jesús enseñó la virtud como un deporte del alma, y no siempre considera que, en lo atinente al problema del perfeccionamiento interior, no se trata de rectificar la sombra de la sustancia sino la sustancia en sí misma.

Por mi parte, escuchaba esas instrucciones entre la emoción y el asombro.

-¿Comprende la importancia de renunciar? ¿Percibe la magnitud de la ley de elevación mediante el sacrificio? La sangría estimula la producción de células vitales en la médula ósea; la poda estimula la belleza, la renovación y la abundancia de los frutos en los árboles. El hombre que realmente practica el bien vive en el seno de vibraciones constructivas y santificantes, tales como la gratitud, la felicidad y la alegría. Esto no es teorizar sobre la esperanza: es un principio científico, sin cuya aplicación en el ámbito cotidiano no se consigue la liberación del alma, que ha quedado desorientada a causa de haberse envenenado en las zonas más bajas de la naturaleza.

Alexandre notó que las instrucciones le tomaban demasiado tiempo, de modo que para concluir manifestó:

-De acuerdo con nuestras observaciones, la función de la epífisis en la vida mental es de capital importancia.

-Así es -respondí-, comprendo ahora su influencia sustancial en el sexo y entiendo, asimismo, la dolorosa y sistemática tragedia sexual de la humanidad. Percibo claramente el porqué de los dramas que se suceden sin interrupción, de las aflicciones que parecen no tener fin, de las ansiedades que se deslizan hacia el crimen, del pantano del sufrimiento que involucra a hogares y corazones...

-Mientras tanto, el hombre sigue siempre dispuesto a viciar los centros sagrados de su personalidad -concluyó Alexandre solemnemente-, siempre propenso a contraer nuevas deudas, y

raramente decidido a rectificar o pagar...

-Comprendo, comprendo.

No obstante, como conservaba algunas dudas, exclamé:

-¿Entonces no sería más razonable...?

El orientador me cortó la palabra y aclaró:

-Ya sé lo que desea averiguar.

Y con una sonrisa añadió:

-Usted pregunta si no sería más interesante acabar con las experiencias del sexo, sepultar las posibilidades del renacimiento carnal. No obstante, semejante cuestión es improcedente. Nadie debe oponerse a la Ley. El empleo respetable de los patrimonios de la vida, la unión ennoblecedora, la aproximación digna, constituyen el programa para acceder a la elevación. Es, por lo tanto, indispensable establecer la diferencia entre armonía y desequilibrio, a fin de evitar el estancamiento en desfiladeros fatales.

Dichas estas palabras Alexandre hizo silencio, como el orientador criterioso que concede al discípulo el tiempo necesario para que elabore la lección.

### 3

## **Desarrollo mediúmnico**

Las ocupaciones personales no me daban ocasión para las expediciones prolongadas y frecuentes en compañía de Alexandre; sin embargo, aprovechaba el tiempo libre que me dejaban las responsabilidades habituales.

Siempre había algo que aprender. Me producía una enorme satisfacción acompañar al diligente misionero de las actividades de comunicación.

-Hoy, por la noche -me dijo el abnegado amigo-, tendrá oportunidad de observar algunas demostraciones de desarrollo mediúmnico.

Aguardé las instrucciones con interés.

A la hora que me indicó me hice presente en el grupo.

Antes del ingreso de los compañeros encarnados, el movimiento ya era muy intenso. Había un considerable número de trabajadores. Las actividades de naturaleza espiritual eran múltiples.

Observaba admirado las características del socorro magnético que se suministraba a las entidades en sufrimiento, cuando Alexandre destacó:

-Por ahora, nuestros esfuerzos son más fructíferos dentro del círculo de los desencarnados que sufren. Las actividades benéficas de

la casa están en su mayor parte concentradas en ellos, porque es muy raro que los encarnados, incluso aquellos que ya se muestran atraídos por la práctica espiritista, estén sinceramente dispuestos al auténtico aprovechamiento de los genuinos beneficios que nuestra cooperación proporciona.

Después de una larga pausa continuó:

-La transición entre la animalidad rudimentaria y la espiritualidad superior es muy lenta y ardua. En ese sentido, los encarnados aportan un océano de palabras y sólo algunas gotas de acción.

En ese instante penetraron en el recinto los primeros amigos del ámbito carnal.

-Veremos -exclamaba un señor de espesos bigotes- si hoy tenemos buena suerte.

-No he concurrido con regularidad a estas experiencias - comentó un joven-, porque estoy decepcionado... ¿Cuánto tiempo hace que sostengo el lápiz con la mano sin ningún resultado?

-¡Qué pena! -respondía otro señor-. De hecho, la dificultad desanima.

-¡Pareciera que no somos merecedores de estímulo por parte de los benefactores invisibles! -agregaba una señora de edad avanzada-, ¿Cuántos meses llevo intentando el desarrollo en vano? Por momentos percibo vibraciones espirituales intensas alrededor mío, pero no voy más allá de las manifestaciones iniciales.

La conversación continuó interesante y pintoresca.

Cuando habían transcurrido algunos minutos, con la presencia de otros pequeños grupos de experimentadores que llegaban con entusiasmo, se dio comienzo a la sesión de desarrollo.

El director pronunció una sentida oración acompañado por los presentes.

Dieciocho personas se mantenían en expectativa.

-Algunos -explicó Alexandre- aspiran a la psicografía, otros intentan la mediumnidad de incorporación, pero, lamentablemente, casi todos confunden los poderes psíquicos con las funciones fisiológicas. Están absolutamente convencidos de que el proceso es mecánico y aspiran al progreso, que en realidad es ocasional y complejo, pero se olvidan de que la formación moral del alma demanda disciplina, educación, esfuerzo y perseverancia. La mediumnidad que favorece la edificación moral es la lengua de fuego del Espíritu Santo, una luz divina para la cual es preciso conservar el pabito del amor cristiano y el aceite de la buena voluntad en toda su pureza. Si se omite la preparación necesaria, la excursión de los que fuerzan el ingreso en el reino invisible se convierte, por lo general, en un viaje a las regiones sombrías. Acceden a intensas sensaciones, pero se topan con dolorosos dilemas. Realizan descubrimientos sorprendentes para acabar en ansiedad y dudas interminables. Nadie puede traicionar la Ley impunemente y, en la ascensión, ningún Espíritu podrá prescindir de su propio esfuerzo para conquistar la superación interior...

El instructor recomendó, dirigiéndose en forma especial a quienes nos rodeaban:

-Observemos.

Se ubicó al lado de un joven que esperaba, con el lápiz en la mano, sumergido en un profundo silencio.

Alexandre me ofreció su poderoso auxilio magnético y pude analizarlo con detenimiento. Sus núcleos glandulares emitían pálidas irradiaciones. En especial, la epífisis era comparable a una diminuta semilla que emitía una débil luminosidad.

-Observe su aparato genital -me recomendó el instructor con tono circunspecto-.

Quedé estupefacto. Las glándulas generadoras emitían una luminosidad muy tenue, que parecía empañada por aluviones de corpúsculos negros caracterizados por una sorprendente movilidad. Su desplazamiento comenzaba en la vejiga urinaria y vibraban a lo largo de todo el cordón espermático; formaban colonias compactas en las vesículas del semen, en la próstata, en las masas mucosas de la uretra; invadían los canales seminíferos y se trababan en lucha con las células sexuales, hasta que las aniquilaban. Las más vigorosas de aquellas fieras microscópicas se hallaban en el epidídimo, donde ingerían, famélicas, los delicados embriones de la vida orgánica. Me quedé estupefacto. ¿Qué significaba aquella aglomeración de pequeños seres oscuros? Parecían imantados unos a otros, en cumplimiento de la misma faena destructiva. ¿Eran, tal vez, manifestaciones poco conocidas de la sífilis?

Acababa de plantearme esa pregunta cuando Alexandre, sin que le hubiera dirigido la palabra, me respondió:

-No, André. No tenemos ante nuestros ojos la espiroqueta de Schaudinn, ni ninguna nueva forma que pudiera ser investigada por los bacteriólogos humanos. Son los bacilos psíquicos de la tortura sexual: los produce el ansia febril de placeres inferiores. El diccionario médico del mundo no tiene noticias de ellos, y en ausencia de una terminología adecuada para sus conocimientos, denominémoslos simplemente larvas. Este compañero las ha cultivado, no sólo por obra de la incontinencia de sus emociones, a través de experiencias sexuales diversas, sino también por su relación con entidades groseras que tienen afinidad con las predilecciones que él manifiesta; entidades que lo acosan con frecuencia, como si fueran imperceptibles vampiros. Este infortunado joven aún no ha llegado a comprender que el cuerpo físico es apenas una leve sombra del cuerpo periespiritual; no se percató de que la prudencia, en materia de sexo, constituye el equilibrio de la vida



y, cuando recibe nuestras advertencias acerca de la templanza, supone que escucha lecciones superadas, de exclusivo sentido dogmático relativo al examen de la fe religiosa. Con el pretexto de admitir la supremacía de la razón pura, en la esfera de la lógica, considera que el sexo no tiene nada que ver con la espiritualidad, como si ésta no fuese la existencia en sí misma. Se olvida de que todo es Espíritu, manifestación divina, energía eterna. Nuestro amigo incurre en el error de esos religiosos que suponen que el alma está absolutamente separada del cuerpo físico, cuando en realidad las manifestaciones psicofísicas derivan, todas, de la influencia espiritual.

Nuevos mundos del pensamiento se gestaban en mí. Comenzaba a reconocer definiciones más claras de aspectos que me habían parecido hasta entonces temibles incógnitas, dentro del capítulo de la patogénesis en general. No había salido de mi indescriptible sorpresa cuando el instructor atrajo mi atención hacia un caballero que intentaba la psicografía.

-Preste atención a este amigo -me recomendó a tono con su jerarquía-, ¿no percibe un olor característico?

En efecto, en torno a aquel rostro pálido se advertía una atmósfera poco agradable. Su cuerpo parecía un tonel de forma caprichosa, de cuyo interior emanaban ciertos vapores muy leves, aunque incesantes. Era evidente que tenía dificultad para conservar una relativa calma en el pensamiento. No me quedaron dudas: esa persona ingería bebidas alcohólicas en cantidad considerable.

Me valí de la oportunidad para recapitular sus peculiaridades orgánicas.

El aparato gastrointestinal estaba totalmente impregnado en aguardiente, y esa sustancia, que invadía todos los sectores del estómago, comenzaba a hacerse sentir en las paredes del esófago e incluso ponía de manifiesto su influencia en el bolo fecal. Me espantaba

el enorme tamaño de su hígado. Diminutas figuras horripilantes se apostaban, voraces, a lo largo de la vena porta, y sostenían una lucha desesperada con los elementos sanguíneos de reciente formación. La estructura de ese órgano estaba por completo alterada. Se debía a la abundante ingestión de bebidas alcohólicas. Los lóbulos cilíndricos estaban modificados y, a su vez, albergaban células enfermas y debilitadas. Además, el bazo presentaba extrañas anomalías.

-El alcohol -nos explicó Alexandre con un tono discreto- lo aniquila lentamente. Usted está examinando las anormalidades menores. Este compañero se encuentra completamente desviado de sus centros de equilibrio vital. Su sistema endocrino ha sido afectado por el efecto tóxico. La médula trabaja inútilmente para mejorar los niveles de la circulación. En vano se esfuerzan los centros genitales para ordenar las funciones que les corresponden, porque el exceso de alcohol determina alteraciones de carácter inhibitorio sobre la cromatina. En balde trabajan los riñones para la excreción de los elementos corrosivos, porque la acción perniciosa de la sustancia que estudiamos anula a diario una gran cantidad de nefrones. El páncreas, viciado, no atiende con la debida exactitud el servicio de desintegración de los alimentos. Se han desarrollado larvas destructoras que causan el exterminio de las células hepáticas. Profundas alteraciones afectan el funcionamiento del sistema nervioso vegetativo y, si no fuese por las glándulas sudoríparas, tal vez le sería imposible continuar en la vida física.

No podía ocultar mi extrañeza. Alexandre señalaba los puntos enfermos y explicaba los conceptos con tanta sabiduría y sencillez, que no pude ocultar el asombro que se había apoderado de mí.

El instructor me colocó, a continuación, al lado de una dama simpática, entrada en años. Después de examinarla con atención, agregó:

-Observe a esta hermana. Es candidata al desarrollo de la mediumnidad de incorporación.

Una débil luz emanaba de su organización mental y, desde el primer instante, percibí sus deformaciones físicas. El estómago «c le había dilatado horriblemente, y los intestinos parecían sufrir raras alteraciones. El hígado, considerablemente aumentado, mostraba un indefinible trastorno. Desde el duodeno hasta el sigmoides se podían observar importantes anomalías. Tenía la idea de que no estaba en presencia del trabajo de un aparato digestivo normal, sino del de un enorme alambique repleto de masas de carne y caldos grasosos que despedían olor a vinagre, entre otros ingredientes de los empleados para condimento. En una considerable zona del vientre, sobrecargado de alimentación, se veían muchos de los parásitos conocidos, pero además de ellos divisaba otros corpúsculos semejantes a lombrices de gran voracidad, que se agrupaban en enormes colonias, desde los músculos y las fibras del estómago hasta la válvula ileocecal. Tales parásitos atacaban los jugos nutritivos con una asombrosa potencia destructiva.

Al notar mi extrañeza, el orientador vino en mi socorro con una explicación:

-Tenemos aquí a una pobre amiga desviada hacia los excesos de la alimentación. Todas sus glándulas y sus centros nerviosos trabajan para atender las exigencias del sistema digestivo. Omitió el cuidado que se debe a sí misma y fue a caer en la glotonería injustificable, con lo que se ha convertido en presa de seres de baja condición.

Permanecí en silencio, incapaz de replicar ante enseñanzas tan novedosas, de modo que el instructor opinó:

-Delante de estos cuadros usted puede evaluar la magnitud de las carencias educativas en la zona de la corteza terrestre. La mente encarnada se adornó con las conquistas intelectuales y creó el culto de la razón pura, pero se olvidó de que la razón humana no puede prescindir de la luz divina. El hombre común percibe mucho menos aún. Con motivo de la eclosión de nuevos conocimientos, y en vista de la onda regeneradora del espiritualismo que se propaga a las naciones más

cultas de la Tierra, donde prevalece la angustia a raíz de los prolongados sufrimientos colectivos, necesitamos poner en acción las mejores posibilidades de colaboración, para que los compañeros terrestres capitalicen sus oportunidades benditas de servicio y de redención.

Comprendí que Alexandre se refería veladamente al importante movimiento espiritista, en virtud de que nos encontrábamos colaborando en las tareas de una casa dedicada a la divulgación doctrinaria, y no me engañaba, porque el bondadoso mentor expresó luego con un tono de seriedad que anticipaba la importancia de sus palabras:

-El espiritismo cristiano simboliza el resurgimiento del Evangelio de nuestro Señor Jesucristo, y la mediumnidad constituye uno de sus fundamentos activos. Sin embargo, la mediumnidad no es exclusiva de los denominados “médiums”. Todos los seres humanos la poseen, pues significa una percepción espiritual que cada uno debe incentivar en sí mismo. No obstante, no será suficiente con percibir. Es imprescindible sacralizar esa facultad, y convertirla en una función práctica al servicio del bien. En la mayoría de los casos, los candidatos al desarrollo de esa facultad no están dispuestos a los procesos preliminares de limpieza del recipiente que habrá de desempeñar funciones de receptor. Establecen una neta separación entre la materia y el Espíritu, y los ubican en campos opuestos. No obstante, nosotros, estudiantes de la verdad, consustanciados con la certeza de que la organización del universo está basada en vibraciones puras, todavía no hemos conseguido establecer con precisión las fronteras entre una y otro. Incuestionablemente, amigo -y sonrió- no deseamos transformar el mundo en un cementerio donde medre la angustia y la desolación. Tener en cuenta la santificada misión del sexo en su aspecto respetable, degustar un aperitivo común, ingerir una sabrosa comida, de ningún modo son desvíos espirituales; no obstante, los excesos representan desperdicios lamentables de la fuerza, que retienen al alma en los niveles inferiores. Ahora, para los que se resguardan en las cárceles de las sombras, no es fácil desarrollar percepciones avanzadas. No se

puede aludir a una mediumnidad útil donde está ausente el equilibrio edificante de los aprendices iniciados en la sublime ciencia de vivir correctamente.

-¡Oh! -exclamé-. ¿Por qué motivo no trasmitimos todo esto a nuestros hermanos congregados aquí? ¿Por qué no les hacemos una prudente advertencia?

Alexandre sonrió con benevolencia y agregó:

-No, André. Tengamos calma. Cumplimos una labor preparatoria enfocada hacia la evolución. Nuestros amigos no son rebeldes o malos, en sentido voluntario. Están espiritualmente desorientados y enfermos. No pueden transformarse de un momento para otro. Nos compete, por tanto, prestarles ayuda en su t amino educativo.

El orientador dejó de sonreír y agregó:

-Es verdad que sueñan con construir maravillosos castillos, sin los cimientos; realizar valiosos descubrimientos en lo externo, sin haberse estudiado a sí mismos; no obstante, gradualmente comprenderán que ni la mediumnidad elevada ni la percepción educativa constituyen actividades mecánicas de la personalidad, sino conquistas del Espíritu, para cuya consecución no se pueden menospreciar los comienzos dolorosos, los esfuerzos imprescindibles, inclusive la autoeducación sistemática y perseverante. Pero, exceptuando esas ilusiones infantiles, son buenos compañeros de lucha que nos inspiran cariño, no sólo porque son nuestros hermanos más jóvenes, sino también porque son acreedores de reconocimiento por la cooperación que nos prestan, muchas veces inconscientemente. Los tiernos embriones vegetales de hoy serán los árboles robustos del mañana. Las tribus ignorantes de ayer constituyen la humanidad civilizada de hoy. Por eso mismo, nuestras reuniones siempre son provechosas y, aunque sus pasos en ese sentido sean vacilantes, haremos todo lo necesario para librarlos de los peligrosos ardidés del

vampirismo.

4

## **Vampirismo.**

Según deduje de las opiniones que intercambiaban durante su conversación los amigos encarnados, la sesión de desarrollo mediúmnico había tenido muy pobres resultados. En nuestro ambiente había otros puntos de vista. Era perceptible la enorme satisfacción en todos los rostros, comenzando por Alexandre que evidenciaba su júbilo.

Los trabajos se habían extendido por más de dos horas. Por cierto, aunque me mantuve callado mientras hacía una evaluación minuciosa de las enseñanzas recibidas aquella noche, noté el intenso esfuerzo realizado por los trabajadores de nuestra esfera. Muchos de ellos -eran sin dudarlos una gran cantidad-, además de asistir a los compañeros terrenales, atendieron a largas filas de entidades de nuestro ámbito que estaban sufriendo.

Alexandre, el abnegado instructor, se desempeñó de mil diferentes maneras. Al aproximarse a mí manifestó su conformidad mediante la mención a la “nota musical” que más me había impresionado, dentro de la secuencia de observaciones relacionadas con el ennoblecedor “concierto” de los servicios prestados: -Gracias al Señor, hemos tenido una noche exitosa. Hemos realizado un intenso trabajo contra el vampirismo.

¡Oh! El vampirismo era la tesis que me tenía preocupado. Había observado los más extraños bacilos de naturaleza psíquica, absolutamente desconocidos para la microbiología más avanzada. No tenían la forma esférica de las cocáceas, ni eran del tipo de diminutos bastones, característico de las bacterias. No obstante, formaban también

colonias densas y terribles. Había identificado su ataque a los órganos vitales del cuerpo físico, y asimismo su acción de específico potencial destructivo sobre las células más delicadas.

¿Qué significaba aquel mundo novedoso? ¿Qué agentes serían aquellos, caracterizados por un indefinible y pernicioso poder? ¿Estarían todos los hombres sometidos a su influencia?

No me contuve. Expuse al orientador mis incógnitas y mis temores, con franqueza.

Alexandre sonrió y reflexionó:

-¡Muy bien! ¡Muy bien! Usted vino a observar trabajos de mediumnidad y busca su lugar como médico. Es lógico. Si estuviera especializado en otra profesión habría reconocido otros aspectos del tema que estamos analizando.

Y para alentarme, con actitud fraternal, añadió:

-Usted demuestra tener una buena preparación para la medicina espiritual, que aguarda sus estudios.

Al cabo de una larga pausa prosiguió con sus explicaciones: -Sin que aludamos a los murciélagos succionadores, entre los hombres recibe la denominación de vampiro el fantasma de los muertos, que se retira del sepulcro a altas horas de la noche para alimentarse con la sangre de los vivos. No sé quién ha sido el autor de semejante definición, pero en el fondo no está equivocada. Sólo me correspondería agregar que, entre nosotros, el vampiro es una entidad ociosa que se apodera clandestinamente de los recursos ajenos. Como se trata de vampiros que visitan a los encarnados debemos reconocer que ellos satisfacen sus siniestros propósitos a cualquier hora, siempre que encuentren guarida en el envase de carne de los seres humanos.

Alexandre hizo un breve intervalo en la conversación. Nos daba



a entender que acababa de plantear el concepto preparatorio de enseñanzas más profundas, y continuó:

-Usted no ignora que dentro del abanico de las enfermedades terrenales, cada variedad de microbios tiene su campo preferido. El neumococo se aloja habitualmente en los pulmones; el bacilo de Eberth se localiza en los intestinos, donde produce la fiebre tifoidea; el bacilo de Klebs-Löffler, se instala en las mucosas, y es el causante de la difteria. En condiciones especiales del organismo, proliferan los bacilos de Hansen o de Koch. ¿Cree que semejantes formaciones microscópicas se circunscriben a la carne transitoria? ¿No sabe aún que el macrocosmos está repleto de sorpresas en sus variadas formas? En el campo infinitesimal las revelaciones obedecen al mismo sorprendente orden. Amigo André, las enfermedades psíquicas son mucho más deplorables. La patología del alma se subdivide en cuadros dolorosos. La cólera, la intemperancia, los desvíos del sexo, los vicios de diversos matices, forman creaciones inferiores que afectan profundamente la vida íntima. Por lo general, el cuerpo enfermo pone al descubierto una mente enfermiza. La organización fisiológica, según sabemos en el campo de los estudios terrestres, no va más allá del recipiente de barro, dentro del molde preexistente del cuerpo espiritual. Cuando el molde es afectado en su estructura por los golpes de las vibraciones inferiores, el recipiente las reflejará de inmediato.

Comprendí a dónde se proponía llegar el instructor. Entretanto, sus consideraciones relacionadas a las nuevas manifestaciones microbianas daban oportunidad a ciertas indagaciones. ¿Cómo encarar el problema de las formaciones incipientes? ¿Estaba incluida la afeción psíquica en el mismo cuadro sintomatológico conocido hasta entonces, de las enfermedades orgánicas, en general? ¿Existiría el contagio de las enfermedades del alma? ¿Sería razonable que fuera así en esa esfera donde los fenómenos patológicos de la carne ya no deberían existir?

Virchow, había sostenido que el cuerpo humano “es un país

celular, donde cada célula es un ciudadano, y la enfermedad constituye una dificultad para los ciudadanos, provocada por la invasión de elementos externos”. De hecho, el ser humano debe luchar desde su nacimiento contra diversos flagelos climáticos, en un ámbito donde se desarrollan los venenos y las bacterias de diferentes orígenes. ¿Qué explicación tendría, entonces, el nuevo cuadro que se presentaba ante mis escasos conocimientos?

No pude refrenar la curiosidad. Apelé a la admirable experiencia de Alexandre y le pregunté:

-Dígame, amigo, ¿cómo se originan los procesos mórbidos con ascendente psíquico? ¿La enfermedad es consecuencia del asedio de fuerzas exteriores? En nuestro dominio, ¿cómo se explicaría la cuestión? ¿Es la corrupción de la personalidad espiritual la que provoca las creaciones de vampirismo, o son éstas las que invaden el alma y le imponen determinadas enfermedades? En esta última hipótesis, ¿podríamos considerar la posibilidad del contagio?

El orientador me escuchó con atención y explicó:

-En primer término está la siembra, la cosecha viene después. Las semillas de trigo, tanto como las de una hierba dañina, cuando encuentran terreno propicio producirán de acuerdo con su especie y con el modelo reproductivo. En esa simple respuesta de la naturaleza al esfuerzo realizado por el labrador se encuentra la manifestación de la Ley. Usted investiga el sector de las larvas con justificable desconcierto. No tenga duda. En las dolencias del alma, tanto como en las enfermedades del cuerpo físico, antes de la infección existe el campo propicio. Las acciones producen efectos, los sentimientos generan creaciones, los pensamientos dan origen a formas y consecuencias de infinitas manifestaciones. Por consiguiente, en virtud de que cada Espíritu representa un universo en sí mismo, cada uno de nosotros es responsable de la emisión de las fuerzas que ponemos en circulación en las corrientes de la vida. La cólera, la desesperación, el odio y el vicio,

ofrecen campo a peligrosos gérmenes psíquicos en la esfera del alma. Y del mismo modo que en el terreno de las enfermedades del cuerpo, el contagio es aquí un hecho consumado desde el momento en que la imprudencia o la necesidad de lucha instalen el ambiente propicio entre los compañeros del mismo nivel. Por lógica, en el campo de la materia densa esa ley se expresa impetuosamente, mientras que entre nosotros su manifestación se genera con graduales modificaciones. Por otra parte, no puede ser de otro modo, dado que usted no ignora que muchas personas cultivan la vocación por el abismo. Cada vicio de la personalidad, en particular, ocasiona las formas oscuras consecuentes, y éstas, como las plantas inferiores que forman una alfombra en el suelo, por debilidad del responsable, se propagan a las regiones alledañas donde esté ausente la intención de vigilancia y defensa.

Era evidente la esmerada prudencia de Alexandre en el análisis de los hechos, de modo que a fin de prevenirme de alguna concepción contrapuesta a la dignidad, en el sentido de la apreciación de la obra divina, agregó:

-Comprendo que su perplejidad sea grande. No obstante, no puede olvidarse de nuestra condición de obstinados reincidentes en cuanto al abuso de la Ley. A partir del primer instante en que se puso de manifiesto en la mente humana la capacidad de razonar, la idea de Dios creó principios religiosos que nos sugirieron las normas para la vida recta. Con todo, a medida que los conocimientos intelectuales alcanzan niveles de mayor refinamiento, pareciera que el hombre pierde simultáneamente el debido respeto a las dádivas sagradas. Con rarísimas excepciones, en su función de centinelas, los padres terrenales son los primeros viciados que actúan en perjuicio de sus retoños. Es común que al llegar a los veinte años, en virtud de la indolencia de los vigías del hogar, la mujer se haya convertido en una muñeca y el hombre en un modelo de futilidades enfermizas; les preocupa más la forma de vestir que las enseñanzas que les brindan los profesores. Cuando ascienden hasta la cúspide del monte del casamiento son, a menudo, personas ignorantes en exceso o desviadas en demasía. Cabe

aún reconocer que nosotros mismos, durante el transcurso de las experiencias terrestres, en la mayoría de las circunstancias nos consagramos como paladines de la tozudez y la perversidad, en detrimento de nuestras propias fuerzas vitales. Habitados a los abusos, tanto del sexo como de la alimentación, desde la más tierna edad no hemos hecho otra cosa que cultivar las tendencias inferiores y consolidar los hábitos perniciosos. ¿Entonces, cuáles son los motivos valederos para sorprenderse de tantos padecimientos del cuerpo, y de tantas perversiones psíquicas? El mundo superior jamás niega recursos a los necesitados de toda índole, y se vale incluso de las mínimas oportunidades para dispensar auxilio a los hermanos de la humanidad, a los efectos de la recuperación de sus patrimonios vitales, ya sea a través de la cooperación con la naturaleza o de la inspiración a favor del descubrimiento de nuevas fuentes medicinales y reparadoras. Por nuestra parte, dado que por obra de la muerte física nos despojamos de los fluidos más densos, a medida que nos elevamos en comprensión y en aptitud, nos transformamos en auxiliares directos de los seres humanos. Pero, pese a todo, el matorral de la ignorancia es todavía muy intrincado y, por consiguiente, el vampirismo conserva un considerable ascendiente, puesto que así como nuestro Padre es sumamente misericordioso, también es infinitamente justo. Nadie habrá de trastocar sus designios, y la muerte del cuerpo, por lo general, sorprende al alma en una deplorable condición parasitaria. De ese modo, la promiscuidad entre los encarnados indiferentes a la ley divina y los desencarnados que han sido indiferentes al orden supremo, es muy significativa en la corteza terrestre. Carentes por completo de preparación, a consecuencia de haber vivido mucho más de sensaciones animalizadas que de sentimientos y pensamientos puros, los seres humanos, más allá de la sepultura, continúan en su mayor parte imanados a los ambientes domésticos donde recibían el alimento para su campo emocional. Una dolorosa ignorancia somete a sus corazones, mediante una amplísima gama de particularidades, y aprisionados en el magnetismo terrestre, siguen engañándose a sí mismos a medida que consolidan sus antiguas ilusiones. Para los desdichados que cayeron en semejante condición de parasitismo, las larvas que usted observó son el alimento habitual.

-¡Dios mío! -exclamé paralizado por el espanto-.

Alexandre entonces agregó:

-Tales larvas son portadoras de un poderoso magnetismo animal.

Seguidamente el instructor prosiguió, debido tal vez a que había notado que me torturaban numerosos cuestionamientos, que se entrechocaban en mi cerebro:

-Naturalmente, la fauna microbiana que estamos analizando no se sirve en bandejas. Es suficiente con que el desencarnado se aferre a sus pares ignorantes que todavía están encarnados, y les succione la sustancia vital, de la misma manera que lo hacen las plantas parásitas con los brotes de los árboles.

No conseguía ocultar el asombro que me dominaba.

-¿Por qué tanta extrañeza? -me preguntó el escrupuloso orientador-. ¿Qué hacíamos nosotros cuando nos hallábamos en las esferas de la vida carnal? ¿No estaban provistas nuestras mesas con las vísceras del ganado vacuno y las aves? Con el pretexto de abastecernos de alimentos proteicos exterminábamos infinidad de pollos, corderos, lechones y cabritos. Ingeríamos sus tejidos musculares, roíamos sus huesos. No satisfechos con matar a esos pobres seres, que requerían de nosotros vías para su progreso además del estímulo del adiestramiento para enaltecer la obra de nuestro Padre, incrementábamos el refinamiento de la explotación milenaria y sometíamos a muchos de ellos a específicos malos tratos, con el propósito de que sirvieran a nuestro paladar con suprema eficacia. Poníamos al cerdo común en régimen de engorde y, muchas veces a costa de residuos, el pobre animal debía crear determinadas reservas de gordura para nuestro aprovechamiento, hasta que caía postrado por completo debido al peso de la grasa abundante, que le propiciaba estados enfermizos. Imponíamos la sobrealimentación a los gansos, de modo que se

hipertrofiase su hígado, con el fin de obtener sustanciosas pastas destinadas a manjares que conquistaron fama, y nos despreocupábamos de las faltas cometidas, contraponiéndolas a ' la supuesta ventaja de enriquecer la calidad culinaria. Para que nuestras ollas bulleran a satisfacción, en nada nos afectaba la es- I cena conmovedora de las vacas madres conducidas al matadero. ] Con la complicidad de la ciencia exagerábamos la necesidad de proteínas y grasas diversas, y nos olvidábamos que nuestra inteligencia, tan fértil para la creación de bienestar y confort, tendría recursos para encontrar nuevos elementos y mecanismos a fin de estimular los suplementos proteicos para el organismo, sin la I necesidad de recurrir a las industrias dependientes de la muerte. Nos olvidábamos de que el aumento del número de tambos, para I el enriquecimiento de la nutrición, constituye una elevada tarea, pues para la humanidad terrestre habrá de llegar la época en que el establo, al igual que el hogar, será sagrado.

-Con todo, amigo -me propuse reflexionar-, la idea de que muchas personas viven en la Tierra a merced de vampiros in-visibles es francamente desagradable y alarmante. ¿Dónde está la protección de las esferas elevadas? ¿Y el amparo de las entidades angélicas, la amorosa defensa de nuestros superiores?

-Querido André -expuso Alexandre con benevolencia-, debemos ser sinceros, aun en perjuicio de nosotros mismos. En todos los sectores de la creación, Dios, nuestro Padre, reunió a los superiores y a los inferiores a fin de que den cumplimiento al trabajo evolutivo, a través de la colaboración y del amor, de la tutela y la obediencia. ¿Incurriríamos en el atrevimiento de declarar que hemos sido compasivos para con los seres inferiores? ¿No les hemos arrebatado la vida, personificándonos como diabólicas figuras en sus caminos? Por supuesto que no pretendemos crear un principio de falsa protección a los irracionales, obligados como están, al igual que nosotros, a cooperar con la mejor parte de sus fuerzas y posibilidades al enaltecimiento y la armonía de la vida. Tampoco sugerimos la peligrosa conservación de los elementos reconocidamente dañinos. Sin embargo, debemos aclarar

que, en el capítulo de la indiferencia para con la suerte de los animales, de la cual participamos en el desempeño de las actividades humanas, ninguno de nosotros podría en sana conciencia arrojar la primera piedra. Para los seres inferiores del planeta, también necesitados, nosotros no somos superiores generosos e inteligentes, sino verdugos crueles. Confían en la tempestad furiosa que perturba las fuerzas de la naturaleza, pero huyen desesperados ante la proximidad del hombre, cualquiera que sea su condición, exceptuando los animales domésticos que, por confiar en nuestras palabras y actitudes aceptan el cuchillo en el matadero, casi siempre con lágrimas de aflicción, incapaces de discernir con su razonamiento aún embrionario, dónde comienza nuestra perversidad y dónde termina nuestra comprensión. Si no protegemos ni educamos a aquellos que el Padre nos confió, como frágiles gérmenes de racionalidad dentro de los pesados recipientes del instinto; si abusamos ampliamente de su incapacidad para la defensa y la conservación, ¿cómo hemos de exigir el amparo de superiores benévolo y sabios, cuyas más sencillas instrucciones son para nosotros difíciles de aceptar, por nuestra lamentable condición de infractores de la ley del auxilio mutuo? En su condición de médico, usted no puede ignorar que el embriólogo, si contempla el feto humano en sus primeros días, despojado de su envoltorio natural, no puede afirmar con certeza si tiene ante sus ojos el embrión de un hombre o el de un caballo. El médico forense encuentra dificultades para determinar si la mancha de sangre hallada eventualmente, proviene de un hombre, de un perro o de un mono. El animal posee igualmente su sistema endocrino, sus reservas de hormonas, sus procesos particulares de reproducción en cada especie y, por eso mismo, ha sido un auxiliar valioso y fiel de la ciencia, para el descubrimiento de los más eficientes medios de curación de las enfermedades humanas, que ha colaborado activamente en la defensa de la civilización. Con todo..

El instructor hizo una interrupción y, en consideración a la trascendencia del tema, le pregunté, emocionado:

-¿Cómo se resolverán estos problemas tan dolorosos?

-Los problemas son nuestros -aclaró el generoso amigo con parsimonia-, no nos corresponde condenar a nadie. A medida que abandonemos las zonas de nuestro primitivismo, nos compete despertar nuestra propia conciencia en dirección a la responsabilidad colectiva. La misión del superior es amparar al inferior y darle educación. Los abusos para con la naturaleza están profundamente arraigados en todos los países desde hace muchos siglos. No podemos transformar los sistemas económicos de los pueblos de un momento para otro, ni reemplazar de manera repentina los hábitos enraizados y viciosos de una alimentación Inadecuada. Ellos son, en efecto, el reflejo de nuestras faltas milenarias. No obstante, en nuestra calidad de hijos endeudados para con Dios y con la naturaleza, tenemos el deber de continuar la formación educativa, con la expectativa de despertar a los compañeros encarnados con mayor experiencia e ilustración, hacia la nueva era en que los hombres cultivarán el suelo de la Tierra por amor, y se servirán de los animales con intención respetuosa, (ruto de la educación y la capacidad reflexiva.

Después de un breve intervalo, el instructor continuó: -Tal conquista reviste una importancia trascendental en la vida humana, pues si carecemos de amor hacia nuestros inferiores, no es legítimo que aguardemos la protección de los superiores. Si no somos respetuosos con los otros, no podemos esperar el respeto ajeno. Si nos hemos comportado como vampiros insaciables de los seres débiles que nos rodeaban en el ambiente de las formas terrenas, si incurrimos en el abuso de nuestro poder racional ante la incipiente inteligencia de ellos, no es casual que, por obra de la animalidad que aún cultivan empeñosamente, la mayoría de las criaturas humanas caiga en procesos mórbidos, a raíz del vampirismo de las entidades con las que tienen afinidad en la esfera invisible.

Las enseñanzas de Alexandre, despojadas de presunción o crítica, me llegaron en profundidad. Algo nuevo se agitaba en mí. Era el sentimiento de veneración hacia todas las cosas; el reconocimiento efectivo del paternal poder del Señor del Universo.



El abnegado orientador interrumpió mi embelezo de íntima veneración hacia el Padre para agregar:

-Según ha podido observar, el legítimo desenvolvimiento mediúmnicó es un problema vinculado con la ascensión espiritual de los candidatos a las percepciones sublimes. Mientras tanto, André, no importa que nuestros amigos que anhelan los elevados poderes psíquicos hayan venido hasta aquí sin la debida preparación. Aunque sean incipientes en el tema han obtenido un amplio beneficio, pues han recibido auxilios tendientes a defenderlos del vampirismo tóxico y destructor. Usted se sorprendió con las larvas que aniquilaban las energías espirituales de los aspirantes; seguidamente va a ver a las entidades explotadoras que se han apostado fuera del recinto, para aguardar su salida.

-¿Allá afuera? -pregunté alarmado-.

-Así es -respondió Alexandre-. Si nuestros hermanos consiguieran, de hecho, instalar en sí mismos el preciado ímpetu de la disciplina, ganarían considerablemente en energía contra la influencia de sus desventurados perseguidores. Es de lamentar que sean muy pocos los que conservan la suficiente resolución cuando se trata de la puesta en práctica de la luz que reciben. Una vez que se ha quebrado el círculo magnético que implementamos durante el transcurso de cada reunión, la mayoría se olvida de las bendiciones recibidas y regresa de nuevo a las mismas condiciones deplorables en que se encontraba horas antes, con sumisión al yugo de vampiros tercés y crueles.

-¡Oh! ¡Qué lecciones! -exclamé-.

Dado que nuestros amigos encarnados se disponían a retirarse, el instructor me propuso:

-Venga junto conmigo a la calle y observe por sí mismo.



## 5

### **Influjo**

Percibí, entonces, que el ambiente era diferente.

Para nosotros, los desencarnados, la atmósfera interior estaba impregnada de elementos balsámicos, regeneradores. Afuera, el aire estaba pesado. Se había intensificado notablemente mi sensibilidad ante las emanaciones groseras de la calle. Las lámparas eléctricas parecían pequeños globos de luz muy exigua, aislados por una densa sombra.

Al aspirar las corrientes de aire del exterior percibía una indefinible diferencia. El oxígeno estaba aparentemente impregnado de magnetismo un tanto desagradable.

Valoré, una vez más, el efecto sublime de la oración y del servicio de la espiritualidad superior en la intimidad del alma de los seres humanos.

La oración, la meditación elevada, el pensamiento digno, transforman la atmósfera y la purifican.

El instructor interrumpió mis reflexiones al manifestar:

-Evidentemente, la transformación no puede definirse. Entre las vibraciones armoniosas del paisaje interior, iluminado por la oración, y las de la vía pública, repleta de emanaciones de nivel inferior, existen grandes diferencias. El pensamiento elevado depura la atmósfera en

torno al emisor, y es portador de propiedades eléctricas que el hombre común está lejos de imaginar. Entre tanto, la calle es un deslucido depósito de vibraciones antagónicas, en medio de sombríos productos de la psiquis y peligrosas bacterias de variada procedencia, dado que la mayoría de los transeúntes arroja a la circulación, constantemente, no sólo inmensas colonias de microbios sino también malos pensamientos de todo tipo.

Evaluaba la enseñanza recibida, cuando noté que muchos grupos de entidades perturbadas e inquietas se apostaban en las cercanías. Se hacían oír a través de interesantes y pintorescas conversaciones que, no obstante, eran incoherentes e inapropiadas incluso en sus más mínimas expresiones.

Alexandre me señaló un reducido grupo de desencarnados que, aparentemente, eran víctimas de un profundo desequilibrio, y dijo:

-Aquellos amigos constituyen el cortejo casi permanente de nuestros compañeros encarnados, que se marchan de regreso a sus hogares.

-¿Cómo es posible? -pregunté involuntariamente.-

-Así es -agregó el orientador con prudencia-, esos desventurados no están autorizados a ingresar aquí durante las sesiones especiales, como la de esta noche. En las reuniones dedicadas a la asistencia general pueden hacerse presentes, pero en esta ocasión nos proponíamos brindar socorro a los amigos, a fin de reducir las perjudiciales consecuencias del vampirismo del cual son víctimas.

Quedé impresionado por la excelencia de su explicación. En tales trabajos todo obedecía a un orden preestablecido. Todo estaba calculado, programado, previsto.

-Ahora -prosiguió Alexandre con buena disposición- esté atento a la salida de nuestros colaboradores encarnados. Observe de qué

manera regresan instintivamente a los brazos de las entidades ignorantes que los explotan.

Estuve atento. La concurrencia se disponía a abandonar el recinto en forma ordenada.

En la puerta, junto a nosotros, dieron comienzo las despedidas:

-¡Gracias a Dios -exclamó una señora de modales delicados- hemos hecho nuestras oraciones en paz, con inmenso provecho!

-¡Cuánto mejor me siento! -comentó una de las amigas de mayor edad-. La sesión me alivió. Vine con el ánimo cargado de preocupaciones y ahora me siento reconfortada, feliz. Creo que me han quitado densas nubes del corazón. Bastó con que escucháramos las oraciones y compartiéramos las intenciones de desarrollo de la asistencia al prójimo, para que el auxilio que recibimos fuera importante. ¡Ah! ¡Qué generoso es Jesús!

Un caballero de porte distinguido se adelantó mientras manifestaba:

-El espiritismo es nuestro consuelo. Nuestros compromisos con la verdad son muy grandes. Por alguna razón el Señor depositó en nuestras manos las lámparas sublimes de la fe. Alrededor de nosotros lloran los que sufren, y los ignorantes se pierden en el amplio camino del mal. Desde los Cielos nos envían las herramientas de trabajo. ¡Es necesario que hagamos nuestra tarea con entusiasmo, para transformarnos en colaboradores fieles de la nueva revelación!

-¡Exactamente! -concordó una de las interlocutoras, conmovida con la exhortación-. Tenemos muchas obligaciones, no debemos perder el tiempo. La reconfortante doctrina de los Espíritus es nuestro tesoro de luz y consuelo. ¡Amigos, cuánto necesitamos trabajar! Jesús nos convoca al servicio, es imprescindible responderle.

Al reconocer las características de gratitud y amor de la charla, puse de manifiesto una sincera admiración, además de resaltar la fidelidad de los cooperadores de la casa. Demostraban su fervor hacia la fe, confiados en el futuro y animados por el propósito de esparcir los beneficios divinos, en consideración a los dolores y las necesidades de los semejantes.

Al escuchar mis expresiones encomiásticas, Alexandre, sonriendo, manifestó:

-No se deje impresionar. El problema no se resuelve con entusiasmo sino con perseverancia en el esfuerzo. No podemos prescindir de las soluciones condicionadas por el lento paso del tiempo. Son escasos los amigos que logran la coherencia entre las emociones y el ideal, en lo relativo a la superación espiritual. Pronto se cumplirán nueve años, con algunas interrupciones, de que colaboro activamente en esta casa y, mes a mes, veo desfilar por aquí nuevas promesas y votos de servicio. Mientras tanto, al primer embate de las verdaderas necesidades de trabajo, la cantidad de compañeros que permanecen fieles a su propia conciencia es escasa. Durante las horas de calma, grandes alabanzas. En los momentos difíciles, deserciones encubiertas con el pretexto de la indiferencia ajena. Me veo en la obligación de expresar que, en la mayoría de los casos, nuestros hermanos son serviciales y caritativos con el prójimo cuando se trata de las necesidades materiales, aunque por lo general continúan siendo no tan buenos consigo mismos, pues se olvidan de aplicar la luz del Evangelio en la vida cotidiana. Prometen en exceso con las palabras, sin embargo, poco es lo que concretan en el campo de los sentimientos. Salvo excepciones, se sublevan al primer contacto con las luchas más arduas, después de haber ratificado los más sanos propósitos de renovación y, habitualmente, cuando regresan cada semana al núcleo de oración están en las mismas condiciones, y reclaman de nuevo consuelo y asistencia. No es con facilidad que cumplen en sí mismos la promesa de cooperación con el Cristo, base fundamental para una auténtica iluminación.

Mientras Alexandre guardaba silencio observé con atención a los circunstantes. Los encarnados aún irradiaban alegría y paz, obtenidas en la breve convivencia con los benefactores invisibles. De la frente de cada uno de ellos brotaban rayos de sorprendente espiritualidad.

En un gesto significativo, el instructor aclaró:

-Todavía se encuentran bajo las irradiaciones del baño de luz al que se sometieron, a través del servicio espiritual mediante la oración. Si consiguiesen mantener semejante estado mental con la puesta en práctica de las normas de perfección que aprenden, comentan y enseñan, les sería sencillo alcanzar positivamente el nivel superior de la vida. No obstante, André, igual que nosotros lo hemos sido en otras épocas, ellos son actualmente inexpertos y débiles. Cada hábito que atente contra la dignidad, adquirido por el alma en el curso incesante de los siglos, funciona como una entidad viva en el universo de sentimientos de cada uno de nosotros, y nos arrastra a regiones donde reina la perturbación, además de ofrecernos elementos de conexión con los desdichados que se encuentran en un nivel inferior. Examine a nuestros amigos encarnados con mucha atención.

Los contemplé con interés. Intercambiaban gentilmente los últimos saludos de la noche con muestras de luminosa felicidad.

-Sigamos al grupo en que se encuentra el hermano más intensamente atacado por las inquietudes del sexo -exclamó el orientador, dispuesto a proporcionarme una valiosa experiencia-.

El joven se dirigía de regreso al hogar, en compañía de una señora de edad y de una muchacha, que luego percibí eran su madre y su hermana respectivamente.

Nos pusimos en movimiento decididos a seguirlos de cerca.

Algunos metros más allá del recinto donde se habían reunido los compañeros de lucha, el ambiente general de la calle era todavía más

denso.

Tres entidades de aspecto tenebroso, que no reunían condiciones para vernos a causa del bajo nivel vibratorio de sus percepciones, se aproximaron al trío al cual observábamos.

Una de ellas se apoyó en la señora de edad e instantáneamente vi que la frente de la mujer se volvía opaca, con una extraña oscuridad. Su semblante se transformó. Desapareció el júbilo radiante para dar lugar a señales de profunda preocupación. Se había transfigurado por completo.

-¡Oh, hijos míos! -exclamó la madre, en apariencia resignada y bondadosa-. ¿Por qué motivo somos tan diferentes mientras se desarrolla la actividad espiritual? Quisiera tener al retirarme de nuestras oraciones conjuntas, la misma buena disposición de ánimo y la misma paz interior. Pero, no es así. Al retomar el camino de la lucha cotidiana siento que la esencia de las disertaciones evangélicas persiste dentro de mí de un modo vago, sin aquella nitidez de los primeros minutos. Me esfuerzo sinceramente por mantener el mismo estado del alma, sin embargo, me falta algo que no sé definir con precisión.

En ese momento, las otras dos entidades que aún se mantenían distanciadas, se aferraron cómodamente a los brazos del joven, que ofreció a mi vista un fenómeno similar al de su madre. Se disipó la luminosidad de su mente, y dos arrugas de angustia y desaliento surcaron su rostro, que perdió aquella aureola de alegría resplandeciente y de confianza. Fue entonces que él respondió con voz pausada y doliente:

-Es verdad, mamá. Nuestras imperfecciones son enormes. Créeme: mi situación es peor que la tuya. Tú padeces ansiedad, amargura, melancolía. Es muy poco para quien, como yo, se siente víctima de malos pensamientos. Me casé hace menos de ocho meses y, a pesar de la devoción hacia mi esposa, a veces tengo el corazón repleto



de tentaciones impropiedades. Me pregunto la causa de tales ideas extrañas y, francamente, no puedo responder. La incontrolable atracción por los ambientes viciosos provoca confusión a mi alma, a la que siento inclinada al bien y a la rectitud de conducta.

-¡Tal vez, hermano, estás bajo la influencia de entidades con escasa cultura! -reflexionó la joven con buenos modos-,

-Sí -contestó el joven, al mismo tiempo que soltaba un profundo suspiro-, por eso mismo he estado intentando el desarrollo de la mediumnidad, a fin de hallar la causa de semejante situación. En ese instante, el orientador murmuró abiertamente: -Ayudemos a este amigo a través de la conversación.

Sin pérdida de tiempo colocó su diestra sobre la frente de la jovencita, con el propósito de mantenerla bajo un poderoso influjo magnético que le permitiera transmitirle sus bondadosas ideas. Observé que aquella mano protectora, al tocar los cabellos rizados de la joven, despedía chispas luminosas que sólo yo podía percibir con la vista. La muchacha, por su parte, adquirió una expresión de mayor nobleza y dignidad en su apariencia casi infantil, y respondió con seguridad:

-En este caso, opino que el desarrollo mediúmnico debe ser la solución extrema, porque antes de enfrentar a los enemigos, hijos de la ignorancia, deberíamos equipar el corazón con la luz del amor y de la sabiduría. Si descubrieses que hay perseguidores invisibles que te acosan en tus actividades, ¿cómo habrás de beneficiarlos cristianamente si careces de la necesaria preparación espiritual? La reacción educativa en oposición al mal constituye indefectiblemente nuestro deber, pero antes de intentar el desenvolvimiento psíquico, que tal vez sería prematuro, debemos proponernos la elevación de nuestras ideas y sentimientos. No podríamos contar con una buena mediumnidad sin haber consolidado nuestras buenas intenciones. Para ser colaboradores eficaces en los reinos del Espíritu, como paso previo nos cabe aprender a vivir con conciencia espiritual, aunque todavía nos encontremos

dentro del envoltorio de carne.

La respuesta, que para mí había sido una valiosa sorpresa, no despertó mayor interés en ambos interlocutores, que en ese momento estaban casi anulados por la interferencia de los habituales vampiros.

Tanto la madre como el hijo dejaban traslucir una profunda contrariedad, a raíz de las recomendaciones que habían escuchado. La palabra de la jovencita, portadora de intensa luz, los había desconcertado.

-Aún no tienes suficiente edad, hija -exclamó disgustada la progenitora-, de modo que no puedes opinar acerca de este asunto. Y como buena cultora de antiguos sufrimientos, agregó: -¡Cuando tú hayas recorrido los caminos que ya transitaron mis pies, cuando las desilusiones te quiten la esperanza, comprenderás qué difícil es conservar la paz y la luz en el corazón!

-Y si algún día -intervino el joven, melancólico- experimentarás las luchas con las que yo me he familiarizado, verás que tengo motivos para quejarme de la suerte, y que no me queda otra alternativa que permanecer en el círculo de las indecisiones que me asaltan. Hago cuanto puedo por liberarme de las ideas oscuras, y mi vida transcurre en continuo combate contra insospechadas tentaciones; sin embargo, me siento lejos de conquistar la necesaria liberación espiritual. No es porque me falte voluntad, pero...

Alexandre, que había retirado su mano de la frente de la joven, al captar mi perplejidad me informó:

-El amigo que se ha unido a nuestra hermana fue su marido terrenal, un hombre que no desarrolló sus cualidades espirituales y que vivió sumido en un terrible egoísmo dentro del ámbito doméstico. En cuanto a los dos desdichados que se apegan tan fuertemente al joven, son dos compinches ignorantes y perturbados a los que él conquistó al

tomar contacto con el meretricio.

Ante mi estupefacción, el instructor prosiguió con sus explicaciones:

-El antiguo esposo sólo concibió el matrimonio como una unión corporal, para satisfacer conveniencias vulgares de la experiencia humana y, dado que pasó el lapso de aprendizaje en la Tierra indiferente a los ideales ennoblecedores, pues su atención estaba puesta en disfrutar de todas las gratificaciones de los sentidos, no se siente con suficiente fuerza para abandonar el ámbito doméstico donde por su parte la compañera, recién ahora, después de que él ha desencarnado, comienza a interesarse por las cuestiones concernientes a la vida espiritual. En cuanto al joven, de liviandad en liviandad, alimentó fuertes lazos con ciertas entidades atoradas todavía en el pantano de las sensaciones del meretricio, entre las cuales se destacan, por su perseverancia, las dos entidades que ahora están aferradas a él, sintonizadas casi por completo con su campo de magnetismo personal. El desprevenido joven no se dio cuenta de los peligros que lo acechaban, y se ha convertido inconscientemente en una presa de sus invisibles acompañantes, tan débiles y viciosos como él mismo.

-¿Y no existirá algún modo para liberarlos? -pregunté, emocionado-

El orientador esbozó una sonrisa paternal y adujo:

-Pero ¿quién deberá romper las cadenas, sino ellos mismos? Nunca les faltó el auxilio exterior de nuestra constante amistad; no obstante, se alimentan unos a otros en el terreno de las sensaciones sutiles, absolutamente imponderables para aquellos que no puedan sondear el mecanismo íntimo. Es innegable que en este momento buscan las vías de la liberación. Se aproximan a la fuente de las enseñanzas elevadas, están cansados de la situación, y experimentan, en efecto, el deseo de una vida nueva.

Sin embargo, ese deseo está más en los labios que en el corazón, pues se trata de una aspiración muy difusa, casi nula. Si de hecho cultivasen una resolución positiva transformarían sus fuerzas personales, que serían determinantes en el terreno de la acción regeneradora. Aguardan milagros imposibles y renuncian a sus propias energías, que tendrían el efecto de poderosas palancas para conseguir sus objetivos.

-Pero ¿no podríamos provocar la retirada de esos vampiros inconscientes? -pregunté-.

-Los mismos interesados forzarían su regreso -explicó Alexandre sonriendo-. Ya se hizo el intento que usted sugiere con el propósito de beneficiarlos de modo indirecto, pero nuestra hermana se declaró demasiado nostálgica por el compañero, y nuestro amigo afirmó, íntimamente, sentirse menos hombre, confundiendo la humildad con la cobardía y tomando al desapego de los impulsos inferiores como un tedio devastador. Tanto reiteraron sus requerimientos mentales, que sus pensamientos se convirtieron en verdaderas invocaciones, y en vista del poderoso magnetismo del deseo persistentemente alimentado, de nuevo se les acoplaron los desventurados compañeros.

-Y, ¿viven así imanados unos a los otros, en todos los lugares? -indagué-.

-Casi siempre. Se satisfacen mutuamente en el intercambio continuo de las emociones y las sensaciones más íntimas.

Preocupado por hacer algún bien, propuse:

-A lo mejor podríamos conducir a estas entidades a un conveniente fortalecimiento. ¿No sería razonable adoctrinarlas e incentivarlas al equilibrio y al respeto a sí mismas?

-No hemos despreciado semejante recurso -dijo Alexandre, complaciente-. Esa providencia se ha estado efectuando con la

perseverancia y el método precisos. Pero, por tratarse de un caso en el que los encarnados se han convertido en poderosos imanes de atracción, la medida requiere tiempo y tolerancia fraternal. Tenemos una importante cantidad de trabajadores que se han consagrado a esa tarea, en nuestra esfera, y esperamos que la siembra de las enseñanzas dé sus frutos. De todos modos, convéznase de que a los amigos que se encuentran bajo nuestra observación se les ha prestado toda la asistencia a nuestro alcance. Si ellos todavía no avanzaron en el terreno de la espiritualidad elevada se debe a la debilidad y la ignorancia en que viven. La esclavitud en que se encuentran es el resultado de su voluntaria decisión. Recogen lo que siembran.

En ese instante dirigimos nuevamente la atención hacia la charla que se desarrollaba:

-Hago lo que puedo -repetía el joven desalentado-, y a pesar de ello, no logro la armonía interior que busco.

-Lo mismo me sucede a mí -reflexionaba la progenitora con tono apesadumbrado-. Mi única mejoría se verifica mientras hacemos nuestras oraciones colectivas. A continuación, asaltan mi alma las más desagradables emociones. Vivo sin paz, sin un apoyo. ¡Oh, hijos míos! ¡Es cruel rodar por el mundo como un náufrago sin rumbo!

-Te comprendo, mamá -contestó el hijo, como si le trajera satisfacción alimentar las impresiones nocivas que ocupaban su mente-, te comprendo, porque las tentaciones transforman mi vida en una maraña de sombras densas. No sé qué otra cosa hacer para resistir los pensamientos negativos. ¡Ay! ¡Qué sería de nosotros, si el espiritismo no hubiese llegado a nuestros destinos como una sagrada fuente de sublimes consuelos!

En ese momento, Alexandre colocó nuevamente la diestra sobre la frente de la joven, quien tradujo su pensamiento con una inflexión que era al mismo tiempo de respeto y cariño:

-Estoy de acuerdo en que el espiritismo es nuestro manantial de consuelo, pero no puedo olvidar que la doctrina es una bendita escuela preparatoria. Si permanecemos aferrados a la exigencia de alivio, probablemente nos olvidemos de las obligaciones que nos competen en lo inherente al trabajo. Considero que los instructores de la verdad espiritual desean, ante todo, nuestra renovación íntima, de modo que nos encaminemos hacia la vida superior. Si solamente buscamos consuelo y no conquistamos fortaleza, no dejaremos de ser niños espirituales. Si buscamos la compañía de orientadores benévolos, tan sólo para disfrutar de beneficios personales, ¿dónde quedará el aprendizaje? ¿Acaso no permanecemos aquí, en la Tierra, para aprender las lecciones? ¿Acaso hemos recibido el cuerpo, al renacer, sólo para descansar? No se puede suponer que nuestros amigos de la esfera superior vengan a privarnos de la oportunidad de que caminemos por nosotros mismos, usando nuestros propios pies. Por lógica, no está en los propósitos de los benefactores del más allá que seamos los eternos necesitados de la casa de Dios, sino que nos convirtamos en sus compañeros de los gloriosos servicios del bien, tan generosos, fuertes, sabios y dichosos como ellos ya lo son.

La joven modificó la inflexión de su voz para demostrar la ternura filial que vibraba en su alma, y agregó:

-Mamá, bien sabes cuánto te quiero, pero, algo en lo profundo de mi conciencia no me permite comentar nuestras necesidades de otro modo, más que adaptándome a las elevadas enseñanzas que la doctrina grabó en nuestro corazón. No puedo entender el cristianismo sin que incorporemos a la vida práctica los ejemplos de Cristo.

Debido a que el instructor interrumpió la acción magnética, y a que estaba perplejo ante la facilidad con que la muchacha captaba sus pensamientos, cuando por otro lado había observado la complejidad que requerían los preparativos para la psicografía, expuse al orientador amigo las dudas que invadían mi Espíritu.

Sin titubear, Alexandre me explicó:

-Este, André, es un simple trabajo de transmisión mental, y no debe olvidar que el intercambio del pensamiento es una actividad libre en el universo. Los desencarnados, tanto como los encarnados, malquiera sea el sector de la actividad terrestre que se considere, experimentan el más amplio intercambio de ideas. Cada mente es un verdadero mundo de emisión y recepción, y cada cual atrae a los que se le asemejan. Los afligidos agradan a los afligidos, los ignorantes se reúnen, los criminales comparten el mismo terreno, los buenos establecen lazos recíprocos de trabajo y logros. Aquí tenemos el fenómeno intuitivo que, con mayor o menor intensidad, es común a todos los seres humanos, no sólo en el ámbito de la edificación espiritual sino también en los círculos de manifestaciones de menor elevación. Tenemos ante nuestros ojos a una hermana entrada en años y a su hijo mayor, ambos completamente adaptados a la explotación inferior por parte de amigos desencarnados presas de la ignorancia y la enfermedad, quienes establecen un perfecto intercambio de vibraciones inferiores. Hablan por la determinación directa de los infelices vampiros transformados en huéspedes concretos del continente de sus posibilidades físico-psíquicas. Asimismo, se encuentra bajo nuestro análisis una joven que en el presente llegó a los dieciséis años de su nueva existencia terrenal. No obstante, sus disposiciones son bastante amplias. Ella consigue captar nuestros pensamientos y reproducirlos en un lenguaje edificante. No está cumpliendo técnicamente con el servicio de la mediumnidad, pero sí con el bendito trabajo de la espiritualización.

E indicando a la jovencita, rodeada de una maravillosa aureola de luz, agregó:

-Conserva todavía su recipiente orgánico con la misma pureza con que lo recibió de los benefactores que organizaron su actual reencarnación. Aún no ha sido conducida al terreno de las emociones fuertes, y sus condiciones receptivas en el campo de la intuición se

conservan límpidas y maleables. Sus células están libres de influencias tóxicas; sus órganos vocales, por ahora, no fueron viciados por la maledicencia, la rebeldía o la hipocresía; sus centros de sensibilidad no han sufrido desvíos hasta este momento; su sistema nervioso goza de envidiable armonía, y su corazón, envuelto en buenos sentimientos, comulga con la belleza de las verdades eternas, a través de la creencia sincera y consoladora. Además, no tiene deudas muy graves del pasado, condición que la libera del contacto con las entidades perversas que se mueven en las sombras, de manera que puede reflejar con precisión nuestros más íntimos pensamientos. Dado que vive intensamente por medio del Espíritu, en las actuales condiciones en que se encuentra, alcanza con la permuta magnética para que traduzca la esencia de nuestras ideas.

-¿Quiere decir -pregunté- que esta joven considerablemente pura continuará en semejantes condiciones durante toda la existencia?

Alexandre sonrió y contestó:

-No tanto. Custodia los beneficios que trajo del plano espiritual y las cartas de la felicidad están en sus manos para que pueda extraer las mayores ventajas en el juego de la vida, pero en el futuro, dependerá de ella ganar o perder. La conciencia es libre.

-Entonces -continué con una nueva pregunta-, ¿sería difícil que todos los seres humanos se prepararan para recibir la influencia superior?

-De ningún modo -explicó-. Todas las almas rectas, animadas por la intención de prestar servicio y conservar el equilibrio pueden comulgar perfectamente con los mensajeros divinos, y recibir de ellos los programas de trabajo e iluminación, independientemente de la técnica del mediumnismo que en el presente se desarrolla en el mundo. En la creación no hay privilegiados. Existen sí los trabajadores fieles, merecedores de una compensación justa dondequiera que sea.



Bajo los efectos de una intensa emoción, a raíz de las enseñanzas recibidas, sentí que mi pensamiento se perdía en un mar de nuevas y benditas ilaciones.



## 6

### **La oración**

Después de que se separó de su madre y de su hermana, el joven emprendió el habitual camino a su casa.

Lo seguimos de cerca. Me causaba sufrimiento identificar su posición de víctima asediada por las dos figuras oscuras.

Las observaciones relacionadas con la microbiología psíquica me habían provocado una fuerte impresión.

Conocía de cerca las alteraciones circulatorias que determinaban la exteriorización de la embolia, del infarto o de la gangrena. Había tratado en el pasado numerosos casos de infección, a través de la artritis y la miositis, las úlceras gástricas y los abscesos miliares. En el campo de la medicina había examinado con detenimiento las manifestaciones del cáncer y de los tumores malignos en general, en complejos procesos patológicos. Había visto múltiples expresiones microbianas, en el tratamiento de la lepra, de la sífilis, de la tuberculosis. Muchas veces, en mi carácter de defensor de la vida había permanecido largos días en duelo con la muerte, sintiendo la ineficacia de mi técnica profesional en el ataque a los virus extraños, que aceleraban la destrucción orgánica como si se burlaran de mis esfuerzos. Entretanto, en la condición de médico, cuando todavía podía contar con la prodigiosa intervención de la naturaleza, en la mayoría de los casos alimentaba la presunción de conocer diversas maneras de combate, en diferentes direcciones. En el diagnóstico de la difteria no vacilaba en la aplicación del suero de Roux, y conocía la conveniencia de la operación de traqueotomía en el crup declarado. En las congestiones no me olvidaba de acelerar la

circulación. En los eczemas, sin duda, tendría presente los baños de almidón, las pomadas a base de bismuto y la medicación preparada con arsénico y sulfuro. Confirmado el edema, recordaría la veratrina, el calomelano, la cafeína y la teobromina, después de analizar minuciosamente los síntomas. En el cáncer, si los rayos X no demostraban la eficiencia necesaria, practicaba la intervención quirúrgica. Para cada síntoma habría sabido recomendar regímenes y dietas, aplicaciones diversas, aislamientos e intervenciones, pero... ¿y allí?

Frente a nosotros caminaba un enfermo de otro tipo. Su diagnóstico era diferente. Escapaba a mi conocimiento sobre los síntomas y a mis antiguos métodos de curar. No obstante, se trataba de un paciente en condiciones muy graves. Eran visibles los parásitos oscuros. Se le notaba la desesperación interior motivada por el asedio incesante. ¿No habría algún remedio para él? ¿Estaría abandonado, más desdichado que los enfermos del mundo? ¿Qué podría hacer para aliviarle el terrible martirio que se manifestaba como angustias y permanentes inquietudes? En ocasiones anteriores había atendido a entidades perturbadas y sufridoras, y conseguí mitigar sus atroces padecimientos. No ignoraba los constantes esfuerzos de nuestra colonia espiritual destinados a atenuar los sufrimientos de los desencarnados de orden inferior, pero en este caso, en virtud de la contribución magnética de Alexandre, el eminente y generoso instructor que venía detrás de mí, observaba a un compañero encarnado presa de singulares vicios. ¿Mediante qué factores podría suministrarle el socorro indispensable?

Lógicamente, se me ocurrían nuevas reflexiones, una tras otra. ¿Manifestaciones microbianas semejantes a esas acompañarían a los desencarnados? ¿Se ensañarían con el alma, fuera de la carne? Cuando me debatía en tormentos indescriptibles, en las zonas inferiores, seguramente había sido víctima de las mismas crueles influencias. Con todo, ¿dónde hallaría el remedio que le restituyera la salud? ¿Dónde estaría el atenuante para tan dolorosas angustias?

Como muestra de sus intenciones paternales, Alexandre vino a prestarme socorro y me dijo:

-Estas cuestiones íntimas, André, traen consigo un inmenso bien para su corazón. Está en los comienzos del estudio de las manifestaciones de vampirismo, que no se circunscriben al ambiente de los encarnados. La mayoría de los sufrimientos en las zonas inferiores le deben al vampirismo su doloroso origen. Seres humanos desviados de la verdad y del bien, en los extensos caminos de la evolución, se reúnen unos con otros para continuar con las permutas magnéticas de baja índole. Los criminales de variados matices, los débiles de voluntad, los discapacitados del carácter, los enfermos por propia voluntad, los testarudos y recalcitrantes de todas las condiciones y de todos los tiempos, integran comunidades de sufridores y penitentes con las mismas características, y se arrastran pesadamente en las regiones invisibles a la mirada humana. Todos ellos segregan fuerzas abominables y crean formas horripilantes, porque la materia mental está impregnada de potencia modeladora y de exteriorización.

-Sin embargo -objeté-, tengo la impresión de que el campo médico es mucho más amplio después de la muerte del cuerpo.

-Sin duda lo es -respondió mi interlocutor con serenidad-, cuando hemos comprendido la magnitud del ascendiente moral en todos los acontecimientos de la vida.

-Aun así -reflexioné-, me horrorizan los nuevos descubrimientos en el campo microbiano. ¿Qué podríamos hacer contra el vampirismo? ¿Cómo se enfocaría la lucha con las fuerzas mentales degradantes? En el mundo tenemos la clínica especializada, la técnica quirúrgica, los antídotos de numerosos sistemas curativos, ¿y aquí?

Alexandre sonrió, pensativo, y dijo después de una larga pausa:

-Conforme verificamos, André, en los siglos pasados, el

tratamiento a distancia en los templos, la ascendencia de la fe en los procesos de la medicina, y la concepción de que las entidades diabólicas provocan las más extrañas enfermedades en el hombre, no están por completo destituidos de razón. A no dudarlo, entre los Espíritus encarnados las manifestaciones mentales dependen del equilibrio del cuerpo, del mismo modo que el sonido adecuado y perfecto depende del instrumento fiel. Por su parte, la ciencia médica alcanzará niveles culminantes y sublimes cuando corrobore que el cuerpo transitorio es la silueta del alma eterna. Cada célula física es un instrumento de determinada vibración mental. Todos somos herederos del Padre que crea, conserva, perfecciona, transforma o destruye, y, diariamente, con nuestro potencial generador de energías latentes creamos, renovamos, perfeccionamos o destruimos alguna cosa. Justifico la sorpresa de sus deducciones ante el nuevo paisaje que se despliega delante de su vista. La lucha por el perfeccionamiento es muy vasta. En cuanto al combate sistemático al vampirismo en las múltiples enfermedades del alma, aquí también, en el ámbito de nuestras actividades, no faltan procesos sanadores y curativos de naturaleza exterior. No obstante, si examinamos el asunto en su esencia, estamos obligados a reconocer que cada uno de los hijos de Dios debe ser el médico de sí mismo, y, hasta que acepte por completo esta verdad, plasmada en la aplicación de sus principios, el ser humano estará sujeto a incesantes desequilibrios.

Justificando mi extrañeza, Alexandre señaló hacia el joven que se disponía a ingresar en su reducto doméstico, después de un corto recorrido a pie, y dijo:

-Existen diversos procesos de medicación espiritual contra el vampirismo, los cuales podremos desarrollar en distintas direcciones. De todos modos, para ofrecerle a usted una demostración práctica, visitemos el hogar de nuestro amigo. Tendrá ocasión de conocer el más poderoso antídoto.

Con curiosidad, noté que las desventuradas entidades se mostraban terriblemente disgustadas. Algo les impedía acompañar a la

víctima al interior de la casa.

-Como es natural -manifestó mi generoso compañero-, usted sabe ya que la oración demarca fronteras vibratorias.

Sí, ya había observado experiencias de esa índole.

-Aquí -prosiguió él- vive una hermana que tiene la dicha de cultivar la oración con fervor y rectitud.

Entramos. Mientras el amigo encarnado se preparaba para acostarse, Alexandre me explicaba el motivo de la sublime paz que reinaba entre esas humildes paredes.

-El hogar -dijo- no es tan sólo la morada de los cuerpos. Por encima de todo es la residencia de las almas. El santuario doméstico que encuentra personas amantes de la oración y de los sentimientos elevados, se convierte en un campo sublime de las más bellas floraciones y cosechas espirituales. Nuestro amigo todavía no ha conseguido mantener el equilibrio sobre las bases legítimas de la vida, después de los peligrosos titubeos y las livianas experiencias de su primera juventud. No obstante, su compañera, joven mujer de convicciones cristianas, garantiza la armonía de la casa con su presencia mediante la abundante y permanente emisión de fuerzas purificadoras y luminosas con que se nutre su Espíritu.

Estaba sumamente sorprendido. De hecho, en el interior era evidente la armonía reconfortante del alma. En cada ángulo de las paredes y en cada objeto aislado había vibraciones de paz inalterable.

El joven penetró en el modesto aposento dispuesto al descanso nocturno.

Alexandre me tomó de la mano paternalmente, avanzó hasta la puerta, que se había cerrado sin estrépito, y tocó levemente, como si nos halláramos ante un santuario al que no debíamos penetrar sin religioso

respeto.

Una señora muy joven, desligada del cuerpo físico durante los momentos del sueño, en quien reconocí inmediatamente a la esposa de nuestro compañero, vino a abrirnos y saludó al instructor afectuosamente. Después me saludó a mí, con posterioridad a la presentación de Alexandre, y exclamó jovialmente:

-Agradezco a Dios la oportunidad de que oremos juntos. Pasen. Deseo transformar nuestra casa en un templo viviente de nuestro Señor.

Ingresamos en el aposento íntimo y, de mi parte, mal podía contener la sorpresa que me provocaba la situación.

En ese instante, el esposo se metía entre las sábanas con evidente cuidado, para no despertar a la esposa que dormía.

Contemplé un hermoso y santificante cuadro. El lecho estaba rodeado de intensa luminosidad. Observé los hilos tenuísimos de energía magnética que ligaban el alma de nuestra amiga a su forma física, plácidamente acostada.

-Discúlpeme -dijo bondadosamente mientras detenía la mirada en el instructor-, necesito cumplir con mis obligaciones inmediatas.

-Atienda lo suyo, Cecilia -dijo el orientador con la ternura de un padre que emite bendiciones con su pensamiento-, sólo pasamos por aquí para hacerle una visita.

Cecilia le besó las manos y le rogó:

-No se olvide de dejarnos su radiación benéfica. Alexandre sonrió en silencio y, por algunos minutos, se mantuvo en profunda meditación.

Mientras él permanecía aislado en sí mismo, yo observaba la



tierna escena. La esposa, desligada del cuerpo, se sentó a la cabecera y en ese preciso instante el joven, como si acomodara las almohadas, apoyó la cabeza en su regazo espiritual. Cecilia le acariciaba el cabello con ambas manos, al mismo tiempo que elevaba los ojos hacia lo Alto, revelando en su actitud la fervorosa plegaria que realizaba. Luces sublimes la envolvían por completo y yo podía sintonizarme con sus más íntimas expresiones, así como también escuchar su ruego a través de la iluminación de su compañero, a quien parecía amar infinitamente. Conmovido por la belleza de sus súplicas observé con asombro que el corazón se le transformaba en un foco ardiente de luz, del cual salían abundantes partículas resplandecientes que se proyectaban sobre el cuerpo y sobre el alma del esposo con la velocidad de minúsculos rayos. Los corpúsculos radiantes penetraban en su organismo en todas direcciones y, muy especialmente, en la zona del sexo donde había identificado tan importantes anomalías psíquicas. Allí se concentraban en masa y destruían las diminutas formas oscuras y horripilantes del vampirismo devastador. No obstante, los elementos mortíferos no permanecían inactivos: luchaban, desesperados, contra los agentes de la luz. El joven, como si hubiera llegado a un oasis, había perdido la expresión de angustioso agobio. En aquel momento se mostraba en calma y, a cada instante, de modo gradual, más fuerte y feliz. Recuperado en sus energías esenciales abrazó con delicadeza a su amorosa compañera, que permanecía a su lado en actitud maternal, y se durmió inundado de júbilo.

La escena íntima era extraordinariamente hermosa para mis ojos.

Me disponía a requerir explicaciones cuando el instructor me llamó con discreción y me condujo al exterior.

Fuera de la habitación me dijo en tono protector:

-Ya ha visto todo lo necesario. Ahora podrá extraer sus propias conclusiones.

-Así es -contesté-, estoy asombrado con lo que he visto; no obstante, apreciaría sus esclarecedoras consideraciones.

-No tenga duda -prosiguió el orientador-. La oración es el más eficiente antídoto contra el vampirismo. La plegaria no consiste en el movimiento mecánico de los labios, ni es tampoco un disco de fácil repetición en la vitrola mental. Es vibración, es energía, es poder. El ser que al orar pone en acción sus propias fuerzas efectúa tareas de incalculable significación. Semejante estado psíquico pone al descubierto fuerzas ignoradas, revela nuestro origen divino y nos pone en contacto con las fuentes superiores. Dedicado a ese menester, el Espíritu, esté encarnado o desencarnado, puede emitir rayos de sorprendente poder.

Al cabo de un breve intervalo Alexandre adujo, imprimiendo más intensidad a la enseñanza:

-Usted no puede ignorar que incluso las formas inferiores de la materia, en la Tierra, se alimentan casi integralmente de rayos. Descienden a cada instante sobre la frente humana billones de rayos cósmicos procedentes de estrellas y planetas que se encuentran a enormes distancias de la Tierra, sin hacer mención de los rayos solares, caloríficos y luminosos, a los que la ciencia terrestre recién comienza a conocer. Los rayos gamma, que provienen del *radium* que se desintegra incesantemente en el suelo, junto con los de diferentes manifestaciones, emitidos por el agua

y por los metales, alcanzan a los habitantes del planeta a través de los pies y determinan considerables influencias. En el sentido horizontal el hombre experimenta la acción de los rayos magnéticos exteriorizados por los vegetales, por los irracionales y por sus propios semejantes.

El asombro me mantuvo en silencio, pero después de una breve pausa el orientador prosiguió:

-¿Y las emanaciones de naturaleza psíquica que envuelven a la humanidad, provenientes de las colonias de seres desencarnados que rodean a la corteza terrestre? A cada segundo, André, todos y cada uno de nosotros recibe trillones de rayos de distinta índole, emitidos por fuerzas que nos son peculiares, las cuales ejercen su influencia en la esfera de la vida, en ocasiones en regiones muy alejadas de nosotros. En ese ámbito de permuta incesante los rayos divinos, enviados por la oración santificadora, se convierten en factores avanzados que cooperan con eficiencia y en forma definitiva para la curación del cuerpo, la renovación del alma y la iluminación de la conciencia. La oración elevada es un manantial de magnetismo creador y vivificante, y el ser humano que cultiva la oración con el debido equilibrio del sentimiento se transforma, gradualmente, en un foco radiante de las energías de la divinidad.

Las explicaciones del instructor penetraron profundamente en mi ser. No obstante, animado por el propósito de verificar otro detalle de la sublime experiencia, le pregunté:

-¿Será suficiente con el aporte de la esposa para que nuestro enfermo recupere su equilibrio psíquico?

Alexandre respondió con una sonrisa:

-El socorro de Cecilia es valioso para su compañero, pero el potencial de emisión divina le pertenece a ella, como fruto incorruptible de su esfuerzo individual. Para él equivale al “incremento de misericordia” que deberá anexar, en definitiva, al patrimonio de su personalidad, a través de su propio trabajo. Que alguien reciba el auxilio del bien, no quiere decir que sea bueno. Nuestro amigo necesita dedicarse fervorosamente a emplear con fines elevados las bendiciones que recibe, pues la cooperación que proviene del exterior puede ser interrumpida, y cada hijo de Dios, por ser heredero de cualidades sublimes, debe comportarse como un médico que se cuida a sí mismo.



7

## **Socorro espiritual**

-¿Necesita volver a los servicios muy temprano? -preguntó Alexandre cuando regresamos a la vía pública-,

-Puedo disponer de más tiempo -le respondí-.

Tenía sumo interés en la prosecución de la enseñanza. Alexandre contaba con un acervo de vastísimas experiencias como médico. Mis logros en ese terreno, en comparación con los de él, eran conocimientos escasos.

-Tengo en el día de hoy una reunión con fines educativos para hermanos encarnados -continuó el orientador-, y si usted pudiera estar presente nos daría una satisfacción.

-Por supuesto. Estoy en proceso de aprendizaje y no debo perder la oportunidad.

Salimos.

Las entidades perturbadas permanecían en la puerta dando idea de quien espera una brecha para entrar.

Como Alexandre proseguía con su conversación moralizadora, avanzábamos prácticamente paso a paso, como cuando estábamos en la superficie terrestre.

Transcurrían los primeros minutos de la madrugada. Los

transeúntes desencarnados eran muy numerosos. La mayoría, de condición inferior, llevaba vestimenta oscura; sin embargo, de trecho en trecho nos encontrábamos con grupos luminosos que pasaban apresuradamente, en tareas cuya importancia podía adivinarse.

-Siempre hay quehaceres de urgencia, a fin de dispensar el auxilio oportuno a nuestros hermanos de la corteza terrenal -comentó el instructor con afabilidad y dulzura-, si bien la mayor parte de las veces nuestra labor es más efectiva por la noche, dado que algunos elementos que aportamos con nuestra cooperación se desintegran por la acción directa de los rayos solares.

No había terminado cuando, inesperadamente, se acercó a nosotros una simpática anciana.

-¡Justina, querida hermana, que el Señor la bendiga! -la saludó el orientador con gentileza-

La entidad, una amiga que demostraba gran preocupación en la mirada, contestó con afectuoso respeto y manifestó:

-Alexandre, necesito su auxilio en forma urgente; a eso se debe que haya venido a buscarlo. Discúlpeme.

Y antes de que el instructor pudiese explorar verbalmente su aflicción, la interlocutora prosiguió:

-Mi hijo Antonio se encuentra en gravísimo estado...

Ahora era Alexandre quien la interrumpía:

-Adivino lo que sucede. Cuando lo visité, el mes pasado, observé en él ciertas alteraciones en el sistema circulatorio.

-En efecto -continuó la afligida madre-. Antonio vive dentro de un círculo de pensamientos muy descontrolados, pese a su buen

corazón. Hoy ha acarreado al lecho tantas preocupaciones inconvenientes, tanta angustia innecesaria, que sus creaciones mentales se transformaron en verdaderas torturas que le impiden el descanso. En vano lo asistí con mis humildes recursos; lamentablemente, es tan grande su desequilibrio interno que mi aporte resultó inútil, al punto que su cerebro se halla amenazado por un derrame que podría ocasionarle la muerte.

Dado que comprendía la gravedad de ese trance, agregé apenada:

-¡Oh, Alexandre! Sé muy bien que debemos subordinar nuestros deseos a los designios de Dios, no obstante, mi hijo necesita disponer de algunos días más en la Tierra. Considero que en dos meses conseguiré que él, indirectamente, solucione todos los problemas que afectan la paz de su familia. ¡El ascendiente moral que usted tiene puede significar una ayuda efectiva! ¡Sus sentimientos elaborados según el ejemplo del Cristo están en condiciones de hacernos un gran bien!...

Al identificar la urgencia de la situación, el orientador exclamó:

-¡Vamos ya! ¡No perdamos ni un segundo!

Al cabo de pocos instantes ingresamos en una comfortable vivienda. La anciana, afligida, nos condujo hasta una amplia alcoba. Su hijo, el jefe de la familia, reposaba allí entre blancas sábanas y me dio la impresión característica de un moribundo.

Antonio parecía estar acercándose a los setenta años; mostraba todos los indicios de un paciente con arteriosclerosis avanzada.

El cuadro tenía un profundo sentido educativo para mí, pues había ingresado en un productivo círculo de nuevas observaciones.

Identificaba con precisión el estado que antecede a la agonía en todas sus manifestaciones físico-espirituales. El alma confusa, inconsciente, desprendida casi por completo, se movía con dificultad

junto al cuerpo inmóvil, mientras que su respiración era jadeante.

Alexandre se inclinó hacia él con actitud paternal y en ese momento noté que estábamos ante una trombosis de gran riesgo, pues se encontraba localizada en una de las arterias que irrigan la corteza motora del cerebro. La apoplejía no iba a tardar en presentarse. Algunos instantes más y la víctima estaría desencarnada.

Alexandre, con su atención centralizada en el enfermo, le tocó el cerebro periespiritual y dijo con serena autoridad:

-¡Antonio, manténgase vigilante! ¡Nuestro auxilio requiere de su cooperación!

El moribundo, desligado parcialmente del cuerpo, abrió los ojos fuera de la envoltura carnal, y dio a entender vagas nociones de conciencia, de modo que el instructor prosiguió:

-Usted ha sufrido este accidente a raíz del injustificable conflicto que afecta a sus propios pensamientos. El exceso de preocupaciones generó elementos que han determinado este trastorno cerebral. Aumente su deseo de recuperar el dominio sobre las células físicas, mientras que nos disponemos a ayudarlo. Este momento es decisivo en función de sus necesidades.

El interpelado no contestó. Sin embargo, observé que en lo más recóndito de las fuerzas de su conciencia, Antonio había comprendido la recomendación y se puso en un estado propicio para colaborar en favor de sí mismo.

A continuación, el orientador dio comienzo a complejas operaciones magnéticas en el cuerpo inanimado, de modo de infundirle nuevas energías en la espina dorsal. Al cabo de algunos segundos pasó la mano derecha a lo largo del hígado y, más tarde, la aplicó sobre el cerebro físico, exactamente a la altura de la zona motora. Fue entonces que me llamó para decirme:



-André, concéntrese en oración para cooperar con nosotros. Voy a convocar a algunos hermanos que se encuentran en servicio esta noche, para que nos ayuden.

Y destacó, después de meditar por algunos segundos:

-El grupo del hermano Francisco no puede estar lejos.

Dicho esto Alexandre asumió una actitud de profunda concentración del pensamiento.

No había pasado un minuto, cuando una pequeña comisión de ocho entidades, cuatro compañeros y cuatro hermanas, hizo su ingreso en el recinto doméstico, en religioso silencio.

Intercambiamos saludos brevemente, y el instructor se dirigió con respeto a la entidad que parecía tener atribuciones de jefe.

-Francisco, necesitamos los efluvios de alguno de nuestros amigos encarnados cuyo vehículo material se encuentre en reposo equilibrado.

Mientras el hermano recién llegado auscultaba con cuidado al agonizante, Alexandre añadió:

-Como puede ver, estamos ante un caso de extrema gravedad. Es necesario mucho criterio al escoger al donante de fluidos.

El coordinador de los socorristas pensó por algunos momentos y dijo:

-Tenemos un compañero que habrá de satisfacer razonablemente este requisito. Se trata de Alfonso. Mientras voy a buscarlo, nuestro grupo se sumará en auxilio de la tarea curativa mediante la emisión de fuerzas magnéticas a través de la oración.

Francisco se retiró de inmediato.

En ese instante, la anciana se aproximó al instructor y le dijo respetuosamente:

-Si se necesitan fluidos de hermanos encarnados, ¿considera que sería posible la cooperación de mis nietas, que descansan en los cuartos vecinos?

-No -respondió Alexandre con delicadeza-, no serviría, dados los requerimientos de esta circunstancia. Necesitamos alguien con suficiente equilibrio en el campo mental.

La inquieta madre se apartó, mientras se enjugaba las lágrimas.

En respuesta a una afectuosa señal del orientador, me aproximé y me detuve a observar al enfermo más de cerca, aunque mantuve en mi interior la actitud de oración.

-Antonio enviudó hace veinte años -explicó Alexandre- y está en vísperas de reunirse con nosotros en el plano espiritual. No obstante, nuestro amigo necesita permanecer algunos días más en la esfera de la superficie terrestre, para dejar debidamente solucionados algunos problemas serios. El Señor nos concederá la satisfacción de contribuir al transitorio restablecimiento de sus fuerzas.

Entonces, tal vez porque me detuve a observar al grupo de entidades que oraban silenciosamente, o porque pretendía beneficiarme con nuevas enseñanzas, el instructor explicó:

-Tenemos aquí al equipo del hermano Francisco. Se trata de uno de los innumerables grupos de servicio que nos prestan su cooperación. Muchos compañeros se consagran a trabajos de esa naturaleza, sobre todo por la noche, cuando nuestras actividades de auxilio suelen alcanzar mayor intensidad.

Un verdadero mundo de interrogantes giraba en mi cerebro con la intención de resolver los problemas de ese momento. Con todo, ubicado en la gravedad de aquellos instantes y, teniendo en cuenta la tarea para la cual nos habían convocado, decidí permanecer en silencio.

No pasó mucho tiempo hasta que Francisco se reunió nuevamente con nosotros. Alguien lo seguía a corta distancia: se trataba del compañero encarnado al que Alexandre había aludido.

No hubo oportunidad para los saludos. El orientador lo tomó por su mano derecha y lo condujo, sin dilaciones, hasta la cabecera del moribundo, al mismo tiempo que le decía con afectuosa autoridad:

-Alfonso, no tenemos ni un instante para perder. Coloque ambas manos en la frente del enfermo y permanezca en oración.

El interpelado ni pestañeó. Me impresionó como un veterano en semejantes servicios de asistencia. Parecía haberse despreocupado por completo de todos nosotros para concentrarse exclusivamente en el compromiso que debía cumplir.

Fue entonces cuando vi que Alexandre se desempeñaba como un auténtico magnetizador. Me retrotraje con el pensamiento a mis antiguas funciones de médico, cuando en determinados casos extremos debíamos practicar la transfusión de sangre, de modo que apreciaba perfectamente el esfuerzo de transferir los vigorosos fluidos de Alfonso al organismo de Antonio, ya moribundo.

En la condición de discípulo, con énfasis en mis facultades de análisis por tratarse de una valiosa lección, observé que el semblante del enfermo se transformaba gradualmente. A medida que el instructor hacía movimientos con sus manos sobre el cerebro de Antonio, éste revelaba crecientes indicios de mejoría. Con enorme asombro pude verificar que lentamente su forma periespiritual se unía otra vez a la forma física, hasta que se complementaron de modo armonioso la una

con la otra, como si ambas estuvieran de nuevo en un proceso de adaptación célula por célula.

Transcurrido un cuarto de hora, según mi cálculo del tiempo, estuvo terminada la laboriosa intervención magnética. Alexandre llamó entonces a la viejecita y le dijo:

-Justina, el coágulo acaba de ser reabsorbido, y con nuestros recursos hemos conseguido reparar la arteria. Antonio tendrá, como máximo, cinco meses más de permanencia en la Tierra. Así como usted demandó este auxilio, a fin de ayudarlo a resolver urgentes cuestiones que estaban pendientes, no pierda las oportunidades, porque la reparación que acabamos de realizar no durará más de ciento cincuenta días. Incluso, no omita prevenirlo, a través de los procesos intuitivos a nuestro alcance, en cuanto al cuidado que deberá tener para consigo mismo en lo referente a las preocupaciones excesivas, sobre todo por la noche. Los más graves y desastrosos fenómenos en la circulación se producen a consecuencia de la falta de vigilancia de muchas personas, que se valen de las horas sagradas del reposo físico para la creación de fantasmas crueles en el campo activo del pensamiento. Si nuestro amigo descuidara su propio restablecimiento podría llegar a la desencarnación antes de los cinco meses. Es indispensable la máxima cautela.

La progenitora agradeció, conmovida, con lágrimas de alegría.

Alexandre solicitó al socorrista encarnado que retirase las manos de la frente del enfermo y pude observar, entonces, algo inesperado. El enfermo grave, recuperado con la armonía indispensable para sus funciones orgánicas, abrió los ojos físicos y, como si estuviese embriagado, comenzó a gritar estentóreamente:

-¡Socorro! ¡Socorro!... ¡Ayúdenme, por amor de Dios! ¡Me muero! ¡Me muero!...

Acudieron unas jóvenes asustadas y temblorosas, con camisones

blancos, y comprendimos que las hijas cariñosas y sensibles venían a atender al padre ansioso.

-¡Papá! ¡Papá! -exclamaban llorando-. ¿Qué te sucede?

-¡Me estoy muriendo! -gritaba el enfermo con voz pun gente-. Llamen al médico... ¡Deprisa!

-Pero ¿qué sientes, papá? -preguntó una de ellas, en llanto convulsivo-.

-Me siento morir, tengo la cabeza embotada, no puedo razonar...

Grande era la confusión de los encarnados, que pasaban entre nosotros generando indescriptible bulla y atropellándose entre sí, sin que su conciencia tuviera la más leve sospecha respecto de nuestra presencia.

Alexandre le solicitó al hermano Francisco que diese instrucciones a Alfonso, a fin de que regresara a su hogar y, cumplida esta providencia, se dispuso a retirarse. Fue cuando sonriente me dijo, ante la extrañeza que me causaba la actitud de alarma de las jóvenes:

-Por lo general, cuando nuestros amigos encarnados gritan y lloran en demanda de socorro, nuestro servicio de asistencia ya ha sido completado. Retirémonos.

El enfermo proseguía inquieto, con relativa lucidez, mientras el teléfono era el vehículo que propiciaba la inmediata visita del médico.

La anciana se despidió de nosotros de un modo conmovedor y permaneció junto al enfermo, custodiándolo con devoción y humildad.

Una vez que estuvimos en la calle, le pedí al instructor que me pusiese en contacto más directo con el hermano Francisco, que nos acompañaba con disposición servicial.

Alexandre, afable como siempre, atendió mis deseos.

-Los cooperadores de nuestra expedición -explicó Francisco luego de intercambiar conmigo unas palabras cordiales- constituyen uno de los incontables grupos de socorro que colaboran en las zonas aledañas a la corteza terrestre. Sumamos millares los servidores en tales condiciones, vinculados a diversas legiones espirituales de mayor elevación.

-Su núcleo -le pregunté-, ¿proviene de nuestra colonia?

-Así es. Nuestras actividades están interrelacionadas con las tareas de algunos de los instructores de Nuestro Hogar.

-¿Hay tareas especializadas para cada grupo de esta naturaleza?.

-En efecto. El nuestro, por ejemplo -destacó Francisco gentilmente-, se dedica a la reanimación de los enfermos graves y los agonizantes. De modo general, las condiciones de lucha para los enfermos son más difíciles por la noche. Los rayos solares, durante las horas del día, destruyen gran parte de las creaciones mentales inferiores de los enfermos que se hallan en estado grave. No sucede lo mismo por la noche, cuando el magnetismo lunar favorece las creaciones de toda especie, buenas y malas. En vista de eso, nuestro esfuerzo debe incluir la vigilancia. En el círculo de nuestros hermanos encarnados casi nadie conoce la magnitud de nuestras tareas de socorro. Ellos permanecen en un campo de vibraciones muy diferentes de las nuestras, y no pueden asimilar o discernir nuestro auxilio. De todos modos, no es esto lo que importa. Otros benefactores, mucho más elevados que aquellos de quienes podemos tener conocimiento directo, velan por nosotros y nos inspiran con devoción como parte de sus obligaciones habituales, sin que registremos la manera en que se expresan en las tareas relativas a los designios divinos.

Tal vez porque yo esboqué una sonrisa en señal de admiración a

su ideal de renuncia, serena y redentora, el interlocutor también sonrió y agregó:

-Por supuesto, amigo mío, reclamar comprensión y resultados de seres y situaciones que todavía no han madurado como para brindárnoslos, constituye una exigencia aun más cruel que la solicitud de recompensas inmediatas.

Ésa era una verdad muy convincente. El hermano Francisco permanecía dentro de la lógica más elevada. Aquellos que auxilian a alguien, interesados en el reconocimiento o en la compensación, casi siempre conservan los ojos cerrados en cuanto a la colaboración divina e invisible que reciben de lo Alto. Exigen que otros identifiquen su condición de benefactores pero nunca reflexionan sobre los amigos que, con sabiduría y desvelo, les ofrecen la mejor cooperación desde los ámbitos superiores sin reclamarles el más mínimo crédito de gratitud personal.

-Son muchos los hermanos -mi interlocutor prosiguió, interrumpiendo mis reflexiones íntimas- que después de la muerte del cuerpo se reúnen por afinidad en las tareas de amparo fraternal, una vez que han alcanzado los primeros peldaños de la escala de la purificación. De lo que me es posible deducir, semejantes trabajos a favor de los hombres son de los más eficaces y dignos. Raramente los compañeros encarnados, cuando se hallan en excelentes condiciones de salud física, pueden comprender los padecimientos de los enfermos que están en situación desesperada, o de los moribundos prontos a partir. Sin embargo, nosotros, los que nos encontramos en el escenario de las realidades más intensas sabemos que muchas veces, en tales circunstancias, es posible obtener logros realmente sublimes de índole espiritual en unos pocos días, al cabo de largos años de actividades infructuosas. En el lecho de muerte los seres son más humanos y más dóciles. Se diría que la enfermedad pertinaz debilita los instintos más bajos, atenúa las llamas más vivas de las pasiones inferiores, despoja al alma de su animalidad para abrir, alrededor suyo, benditos intersticios

por donde penetra infinita luz. Así es como el dolor derriba gradualmente las pesadas murallas de la indiferencia, del egoísmo exacerbado y del exceso de amor propio. Entonces se produce la comprensión en profundidad. Lecciones admirables propician la felicidad del ser humano que, aunque pálidamente, percibe la dimensión de la herencia divina. Se acentúa su heroísmo, y se graban en su corazón de modo definitivo, mensajes candentes de amor y sabiduría. En la noche densa de la agonía comienza a brillar la alborada de la vida eterna. Al reflejo de sus resplandores difusos, nuestros principios son fácilmente aceptados, la sensibilidad pone en evidencia características sublimes, y la luz inmortal hace brotar manantiales de infinito poder en los pliegues más recónditos del Espíritu.

El interlocutor hizo una larga pausa y concluyó:

-De este modo conseguimos efectuar un servicio de asistencia eficaz, portador de nuevos talentos en el campo de la fraternidad y del legítimo bien. ¿Observó en alguna ocasión la paciencia inesperada de los enfermos graves, la calma de ciertos enfermos incurables, la suprema aceptación de la mayoría de los moribundos? Muchas veces semejantes conquistas, incomprensibles para los encarnados que los rodean, constituyen el triunfo del esfuerzo de nuestros grupos itinerantes de socorro.

Francisco había enunciado verdades sublimes. De hecho, la serenidad de los enfermos que se hallan en condición desesperada y la inexplicable resignación de los que agonizan, aunque estén absolutamente distanciados de la fe religiosa, no podrían tener otro origen. La bondad divina es infinita y, dondequiera que sea, existen invariablemente generosas manifestaciones de la providencia paternal de Dios, para confortar a los deprimidos y apaciguar a los desesperados, para socorro de los ignorantes y bendición de los desdichados.



## 8

### **En el ámbito de los sueños**

Transcurridos algunos minutos de satisfactoria conversación, el hermano Francisco se aproximó al orientador a fin de averiguar sobre los objetivos de la reunión de esa noche.

-Por cierto -aclaró Alexandre con cortesía-, tendremos un trabajo de ilustración general para nuestros amigos con relación a los problemas de la mediumnidad y del psiquismo, sin detenernos en detalles particulares.

-Si nos lo permite -respondió el interlocutor-, desearía traer a algunos compañeros que colaboran a menudo con nosotros. Sería una gran satisfacción verificar que aprovechan los minutos del sueño físico.

-Sin duda alguna. El servicio de hoy estará dedicado a la preparación de nuestros cooperadores que aun se encuentran encarnados en la corteza terrenal. Quedamos a su disposición; recibiremos a sus auxiliares con gusto.

Francisco le agradeció sensibilizado y preguntó:

-¿Podemos providenciar lo necesario?

-De inmediato -explicó el instructor sin titubeos-. Conduzca a los amigos al lugar que ya conoce.

Se alejó el grupo de “socorristas” y me quedé inmerso en un auténtico mundo de nuevos pensamientos.

Según informaciones previas Alexandre iba a dirigir aquella noche una pequeña reunión de estudiosos, y cuando nos vimos a solas me explicó con gentileza:

-Nuestro núcleo de estudiantes terrestres alcanza ya un número significativo de integrantes. No obstante, le faltan determinadas cualidades esenciales para funcionar con pleno aprovechamiento. Por consiguiente, es imprescindible transmitir a los compañeros conocimientos más sustanciosos.

como consideraba conveniente proporcionarme informaciones personales destinadas a mi propia reflexión, agregó con cordialidad:

-Atento a los mandatos en tal sentido, instalé un curso de esclarecimiento metódico para mejorar la situación. No todos saben valerse de las horas del sueño físico para incentivar semejantes logros, no obstante, si los labradores más valientes no se pusieran a cultivar algunas semillas con el fin de iniciarse más tarde en el cultivo intensivo, la comunidad rural jamás obtendría cosechas fértiles con una sonrisa, añadió:

-En nuestro centro de estudios contamos con un número superior a trescientos adherentes. Con todo, apenas treinta y dos consiguen romper las tramas inferiores de las más bajas sensaciones fisiológicas para asimilar nuestras lecciones. Hay noches en las que algunos de ellos quiebran los compromisos asumidos y ceden a seducciones vulgares, con lo que se reduce aún más la frecuencia general. En compensación, de tanto en tanto se produce la participación fortuita de otros compañeros, como ocurre esta noche, en que el hermano Francisco avisó que habrá de traernos algunos amigos.

-Los hermanos que comparecen -indagué con curiosidad-, ¿conservan el recuerdo integral de las tareas compartidas, de los estudios llevados a cabo y de los consejos recibidos?

Alexandre pensó por un momento y manifestó:

-Más adelante, la experiencia le demostrará a usted lo reducida que es la capacidad sensorial. El hombre eterno guarda el recuerdo completo y conservará consigo todas las enseñanzas, incrementándolas y valorizándolas, de acuerdo con el estado evolutivo que lo caracteriza. Entretanto, el hombre físico, esclavo de limitaciones necesarias, no puede ir tan lejos. El cerebro carnal, por las determinaciones de la lucha que el Espíritu fue convocado a experimentar, es una maquinaria de reducido potencial que depende en buena medida de la iluminación de su poseedor, en lo que se refiere al afianzamiento de determinadas bendiciones divinas. De ese modo, André, el archivo de semejantes reminiscencias en el libro temporario de las células cerebrales es muy diferente en cada discípulo, y varía de un alma a otra. Aún así, me corresponde añadir que en la memoria de los hermanos de buena voluntad permanecerá, de todos modos, el beneficio, aunque ellos no consigan identificar el origen durante el período de vigilia. Las clases del tenor de la que usted participará esta noche son mensajeras de inexpresables ventajas prácticas. A continuación de ellas, al despertar en la corteza terrenal los aprendices sienten alivio, reposo y esperanza, a la par de la conquista de nuevos principios educativos. Es cierto que no pueden revivir los detalles, pero guardarán la esencia y se sentirán revigorizados de una manera inexplicable, no sólo para retornar a la lucha diaria en el cuerpo físico sino también para atender a las necesidades de su prójimo, además de combatir con éxito sus propias imperfecciones. Sus pensamientos se tornan más claros, sus sentimientos más elevados, y las oraciones más respetuosas y productivas, con lo que habrán de ampliarse sus reflexiones y actividades cotidianas.

-Es lamentable -aduje, valiéndome de una pausa más prolongada- que no todos los miembros del grupo estén en condiciones de recibir con frecuencia instrucciones de tal naturaleza. Sería de extraordinaria significación el hecho de que se congregaran más de trescientas personas para los mismos fines redentores, y que recibieran en conjunto

sublimes bendiciones de esclarecimiento.

-Sin duda -replicó el orientador con su habitual optimismo-. No obstante, no podemos ejercer violencia sobre nadie. Elevarse equivale a subir, y subir demanda el esfuerzo para la ascensión. Si nuestros amigos no aprovechan la fuerza que les es peculiar, si menosprecian sus propios derechos divinos porque olvidan y, a veces, hasta sienten aversión por los sagrados deberes que el Padre les confió, ¿podríamos acaso hacer lo que a ellos les compete, cuando la conquista de los eternos principios divinos es una ley primordial de la vida?

La reflexión era profunda e irrefutable.

En esos momentos llegamos hasta un amplio edificio que se destacaba por su modesto diseño, aunque irradiaba luz.

-¡Dediquémonos a la tarea! -nos convocó Alexandre con resolución-.

-Pero -objeté por mi parte- ¿no se efectuarán las clases en la sede de la agrupación donde se desarrollan las labores que están a su cargo?

-Si el trabajo estuviera exclusivamente consagrado a las entidades liberadas del cuerpo material -respondió él cordialmente-, podríamos desplegar nuestros esfuerzos allí mismo con el mayor éxito, pero en el presente caso debemos atender a hermanos que todavía están encarnados, que llegan hasta nosotros en condiciones especiales, por lo que necesitamos aprovechar los recursos magnéticos de los amigos que, como ellos, aún se encuentran involucrados en las luchas que propone la vida en la corteza terrenal.

Al llegar a la puerta de entrada, por donde ingresaba una apreciable cantidad de compañeros de nuestra esfera, el instructor explicó:

-Ésta es una digna institución espiritista al servicio de los

necesitados, de los desdichados, de los que sufren. La sagrada esencia de la familia evangélica permanece viva en esta casa, que ha sido erigida para difundir el espiritismo por iniciativa de una venerable misionera del Cristo. Aquí reina el amor cristiano y nuestros trabajos se desenvolverán con la mayor eficiencia, atentos a los fines a los que están destinados.

-¡Qué interesante es -destaqué- el hecho de que necesitemos de los ambientes domésticos para las instrucciones a los compañeros encarnados!

-Así es -comentó Alexandre con profunda sabiduría-. Usted no puede olvidar que las importantes enseñanzas del Maestro fueron suministradas en el seno de la familia. De hecho, la primera institución visible del cristianismo fue el humilde hogar de Simón Pedro, en Cafarnaum. Una de las primeras manifestaciones de nuestro Señor ante el pueblo fue la multiplicación de la dicha familiar, en una celebración de nupcias, en el acogedor seno del hogar. Jesús visitó en muchas ocasiones las casas de pecadores confesos y encendió nuevas luces en sus corazones. La última reunión con los discípulos se realizó en el cenáculo doméstico. El primer núcleo de servicio cristiano en Jerusalén fue también la sencilla vivienda de Pedro, quien por entonces se había transformado en un baluarte inquebrantable de la nueva fe. Innegablemente, cuando los templos de piedra son administrados con la debida fidelidad cumplen funciones de faros en medio de las sombras, que indican las rutas correctas a los navegantes del mundo, con todo no podemos olvidar que el movimiento vital de las ideas y los logros se basa en la iglesia ardiente que es cada Espíritu, cada uno de los corazones del pueblo de Dios. Si careciera de la adhesión del sentimiento popular, en lo que se refiere a la creencia experimentada en la intimidad de cada uno, toda manifestación religiosa quedaría reducida al mero culto externo. Por eso mismo, André, en el futuro de la humanidad, los templos materiales del cristianismo estarán transformados en iglesias-escuelas, en iglesias-orfanatos, en iglesias-hospitales, donde no sólo el sacerdote de la fe difunda la interpretación

de la palabra sagrada, sino donde el niño encuentre acogida y esclarecimiento; el joven, la necesaria preparación para las dignas conquistas relativas al carácter y los sentimientos; el enfermo, el remedio que le devuelva la salud; el ignorante, la luz; el anciano, el amparo y la esperanza. El espiritismo evangélico es también el insigne promotor de la restauración de las tradicionales iglesias apostólicas, caracterizadas por el amor y el trabajo. Sus intérpretes fieles serán valiosos colaboradores para la transformación de los parlamentos teológicos en academias de espiritualidad, y a fin de convertir las catedrales de piedra en acogedores hogares donde resida Jesús.

Hubiera dado todo lo que estaba a mi alcance para continuar escuchando las fascinantes elucidaciones del orientador, pero en ese instante atravesamos el umbral del ingreso.

Verifiqué que faltaban apenas cinco minutos para las dos de la madrugada.

Por la gran cantidad de entidades que vinieron apresuradamente a nuestro encuentro percibí que había enorme interés en torno a la instructiva disertación de la noche. No sólo se hallaban presentes los aprendices vinculados al servicio de Alexandre, en sentido directo, sino también otros amigos que habían sido conducidos hasta allí por Espíritus afines del mundo espiritual.

Se acercó a nosotros con mayor familiaridad un reducido grupo de compañeros, entre los que se destacaba uno que conversó con Alexandre de manera más ostensiva.

-¿Todavía no han llegado todos? -preguntó el instructor con afectuosa curiosidad, después de intercambiar las primeras impresiones-

Percibí claramente que se refería al grupo de los hermanos encarnados que deberían comparecer según las condiciones de

asiduidad establecidas para ellos, grupo del cual Alexandre era uno de los directores espirituales.

-Faltan solamente dos compañeros -informó el interpelado-. Hasta este momento no han llegado ni Vieira ni Marcondes.

-Urge dar comienzo a los trabajos -exclamó Alexandre sin afectación-. Debemos terminar la tarea a las cuatro, como máximo.

Y, dando muestras de un singular sentimiento amistoso, añadió:

-Tal vez han sido víctimas de algún accidente. Conviene averiguar.

Con el ánimo de sosegada determinación que lo caracteriza recomendó al auxiliar que le daba las informaciones:

-Sertorio, mientras voy a ultimar algunos preparativos para las instrucciones de esta noche, averigüe qué sucede.

Respetuoso, el subordinado le consultó:

-En caso de que nuestros hermanos estén bajo la influencia de entidades malhechoras, ¿cómo debo proceder?

-Dejarlos donde estén -replicó el instructor con firmeza-. El momento no admite extensas conversaciones con quienes se vinculan deliberadamente a la zona inferior. Cuando hayamos concluido el trabajo, usted mismo se encargará de lo que sea conveniente.

El mensajero se disponía a partir cuando el orientador, al percibir mi vivo deseo de acompañarlo, agregó:

-Si lo desea, André, puede ir, para colaborar con el emisario en este servicio. Sertorio se sentirá a gusto con su compañía.

Agradecí sumamente satisfecho y abracé al auxiliar de Alexandre, quien me sonrió con fraternal actitud.

Salimos.

Era indispensable cumplir el encargo con presteza. Con todo, para satisfacción de mis averiguaciones, Sertorio me explicó, generoso:

-Mientras estamos encarnados en la corteza terrenal no tenemos suficiente conciencia de las tareas al servicio del bien que realizamos durante el sueño físico. Aun así, esos trabajos de difícil descripción forman un cúmulo inmenso. Si todos los hombres apreciaran en su debido valor la preparación espiritual, cuando son colocados ante semejante tipo de tarea, con seguridad obtendrían conquistas brillantes en los dominios psíquicos aunque todavía se hallen ligados a los envoltorios inferiores. Es de lamentar que la mayoría se valga inconscientemente del reposo nocturno para salir a la caza de emociones frívolas o poco dignas. Se relajan las defensas personales y ciertos impulsos que permanecieron adormecidos durante las largas horas de vigilia, se desbordan en todas direcciones por falta de una educación espiritual cabalmente sentida y vivida.

Interesado en explicaciones más amplias, pregunté:

-Pero ¿ocurre esto con aprendices de cursos avanzados de espiritualismo? ¿Los alumnos de un instructor de la categoría de Alexandre podrían ser víctimas de tales errores?

-Por supuesto -comentó Sertorio fraternalmente-. Con referencia a esa posibilidad, no tenga duda alguna. ¿Cuántos pregonan la verdad sin que interiormente hayan adherido a ella? ¿Cuántos repiten fórmulas de esperanza y de paz, mientras que en el fondo de sus corazones experimentan la desesperación y alimentan persecuciones? ¡Los “llamados” son invariablemente muchos en todos los sectores de la edificación y el perfeccionamiento en el mundo, pero los “escogidos”



son escasos!

A fin de completar el pensamiento, como para eximirlo de toda falsa noción de personalismo en la obra divina, Sertorio agregó: - Necesitamos revisar nuestra definición acerca de los “escogidos”. Los compañeros a quienes cabe tal calificación no reciben favores especiales de la gracia divina, que es una perpetua fuente de bendiciones para todos. Sabemos que en una tarea de edificación espiritual la “elección” no excluye la “calidad”, y si el hombre no ofrece calidad superior en el servicio divino, bajo ninguna hipótesis debe esperar la distinción de ser elegido. Se infiere, pues, que Dios convoca a todos sus hijos a la cooperación en su augusta obra, pero solamente los que son devotos, persistentes, laboriosos y fieles, cultivan cualidades eternas que los hacen dignos de las tareas trascendentes. Asimismo, si reconocemos que las cualidades son el fruto de nuestras acciones, nunca hemos de pasar por alto que la elección divina habrá de comenzar por el esfuerzo que cada uno realiza.

La tesis del compañero era por demás interesante y educativa; mientras tanto, habíamos llegado a una pequeña vivienda, delante de la cual Sertorio se detuvo y me dijo:

-Aquí vive Vieira. Veamos qué sucede.

Lo acompañé en silencio.

Podo después nos introdujimos en una habitación confortable, en la que dormía un hombre de avanzada edad que emitía un singular quejido. Se veía nítidamente el cuerpo periespiritual a un lado de la forma física: estaba parcialmente desvinculado. A su lado había una extraña entidad vestida de negro. Noté que el compañero dormido se encontraba acosado por sensaciones de intenso pavor. Gritos agudos escapaban de su garganta. Se sofocaba a causa de la angustia, en tanto que la entidad oscura hacía gestos que yo no alcanzaba a comprender.

Sertorio se acercó a mí para avisarme:

-Vieira está sufriendo una pesadilla cruel.

Señaló a continuación a la desagradable entidad y continuó: -  
Creo que él ha atraído hasta aquí a esta entidad que lo aterra. En efecto,  
con mucha delicadeza, mi interlocutor comenzó a dialogar con la  
entidad cubierta de luto:

-¿Acaso, amigo, es usted algún pariente del compañero que  
duerme?

-No, no. Somos conocidos de mucho tiempo.

Y con gran impaciencia remarcó:

-Hoy, por la noche, Vieira me llamó con su insistente recuerdo y  
me acusó de faltas que no cometí, durante una conversación imprudente  
que mantuvo con su familia. Eso, como es lógico, me disgustó. ¿No  
bastaba con lo que he sufrido después de la muerte? ¿Necesitaré además  
oír falsas acusaciones de parte de amigos que me difaman? No esperaba  
de él semejante proceder, en virtud de la relación de afecto que unía a  
nuestras familias desde años atrás. Vieira fue siempre una persona de  
mi confianza. A consecuencia de la sorpresa decidí esperarlo en los  
momentos que dedica al sueño, de modo de transmitirle las  
imprescindibles aclaraciones.

El insólito visitante hizo una pausa, soltó además una risa irónica  
y continuó:

-Sin embargo, a partir del momento en que me puse a explicarle  
la situación del pasado, con el propósito de informarlo sobre los  
verdaderos móviles de mis iniciativas y mis resoluciones en la vida  
carnal, para que no siga calumniando mi nombre aunque sea sin  
intención, Vieira puso ese rostro de pavor que ven, y pareciera que no  
desea escuchar mis verdades...

Interesado en las nuevas lecciones me aproximé al amigo Vieira cuyo cuerpo descansaba en posición horizontal, y sentí su sudor frío que empapaba las sábanas. No daba muestras de comprender cabalmente el auxilio que le aportábamos, pues nos miraba con sorpresa y ansiedad, a la vez que intensificaba todavía más los gemidos mezclados con gritos que dejaba escapar de su boca.

Probablemente, como había percibido la silenciosa reprobación de Sertorio, el habitante de las zonas inferiores le dirigió la palabra de una manera especial.

-¿Aprueba usted que debamos oír impasibles las insinuaciones maliciosas? ¿No será merecedor de reproche y castigo el amigo infiel que se vale de las limitaciones impuestas por la muerte para la calumnia y la humillación? Si Vieira sintió que le cabía el derecho de acusarme, aun ignorando algunos pormenores de los problemas de mi vida privada, ¿no es justo que ahora tolere mis aclaraciones hasta el final? ¿Acaso, no sabe él que los muertos continúan vivos? ¿Ignorará, por ventura, que el recuerdo de un compañero debe ser sagrado? ¡Y ahora esto! Si yo mismo, en mi nueva condición de desencarnado, le he escuchado pronunciar extensas disertaciones con referencia al respeto que nos debemos unos a otros... ¿No considera, entonces, que tengo motivos justos para exigir un legítimo entendimiento?

El interpelado esbozó un gesto de complacencia y comentó: -Tal vez tenga razón, apreciado compañero. No obstante, ¡considero que debe disculpar a su amigo! ¿Cómo exigiremos de los demás una conducta rigurosamente correcta si todavía no somos seres irreprochables? ¡Tenga calma, seamos caritativos los unos con los otros!

Y mientras la entidad se ponía a meditar sobre las palabras oídas, Sertorio me dijo en tono discreto:

-Vieira no podrá concurrir esta noche a los trabajos.

No pude reprimir la mala impresión que la escena me causaba y, tal vez porque le dirigí una mirada suplicante, abogando por la causa del pobre hermano que casi estaba desencarnando del miedo, el auxiliar de Alexandre prosiguió:

-Expulsar bruscamente a la visita cuya presencia él mismo propició no es tarea compatible con mis posibilidades por el momento, pero podremos socorrerlo si lo despertamos.

Y, sin dudarlo, sacudió al dormido con energía, al mismo tiempo que le gritaba su nombre con estridencia.

Vieira despertó confuso, desorientado, con enorme fatiga y, lívido, lo oí exclamar:

-¡Gracias a Dios que desperté! ¡Qué pesadilla tan horrible! ¿Será para creer que yo haya estado luchando con el fantasma del viejo Barbosa? ¡No! ¡Imposible!...

No nos vio; tampoco identificaba la presencia de la entidad enlutada que permaneció en la habitación hasta no sé cuándo. Al retirarnos percibí que todavía se planteaba sus íntimas interrogaciones, y se preguntaba a sí mismo sobre lo que había comido en la cena, en un intento de justificar el susto cruel con pretextos de origen fisiológico. Lejos de examinar su propia conciencia, con respecto a la maledicencia y a la indiscreción, procuraba materializar la lección en su propio estómago, en un intento por sustraerse a la realidad.

Sertorio no me proporcionó oportunidad para mayores reflexiones. Me llamó al cumplimiento del deber inmediato cuando dijo:

-Visitemos a Marcondes. No podemos perder tiempo.

Al cabo de unos dos minutos penetramos en otro departamento privado. La escena allí era mucho más penosa y lúgubre.

De hecho, Marcondes estaba parcialmente desligado del cuerpo físico, que descansaba con agradable apariencia cubierto con lujosos acolchados. No estaba bajo impresiones de pavor, como sucedía con el primer amigo que acabábamos de visitar. Por su parte, mostraba la posición de relajamiento característica de los envidados por el opio. A su lado, tres entidades femeninas que denotaban sus hábitos ociosos, se encontraban en actitudes que estaban lejos del buen ejemplo.

Al vernos, de súbito, el dueño del departamento se sorprendió de manera ostensible, sobre todo al ver a Sertorio que era un antiguo conocido de él. Se incorporó, avergonzado, y con dificultad intentó algunas explicaciones.

-Amigo -comenzó a decir dirigiéndose al auxiliar de Alexandre-, usted viene a buscarme... no sé cómo expresar lo que ocurre...

No pudo continuar; sumergió la cabeza entre sus manos como si deseara esconderse de sí mismo.

A esta altura de la tétrica escena verifiqué, sin lugar a dudas, que las entidades visitantes eran, entre las que había conocido en las regiones de las sombras, las de la peor especie.

Irritadas tal vez con la retracción del compañero, que se mostraba afligido y humillado, prorrumpieron en gran alboroto al mismo tiempo que nos rodeaban sin un mínimo de respeto.

-¡No pueden arrebatarnos a Marcondes! -dijo una de ellas, enfáticamente-. Al fin de cuentas, ¿vine desde tan lejos para perder así mi tiempo, sin más ni menos!

-Él mismo nos llamó para que viniéramos esta noche - exclamó la segunda con inflexión atrevida-, y de ningún modo consentiremos en que se aparte de nosotras.

Sertorio escuchaba con serenidad haciendo evidente su íntima

compasión.

La tercera entidad, que parecía poseer instintos inferiores más plenos, se aproximó a nosotros con terrible expresión de sarcasmo para decir, dándome a entender que aquella no era la primera vez que Sertorio estaba en ese lugar, con tales fines y en esas mismas circunstancias:

-Ustedes no son más que intrusos. Marcondes es débil y se deja impresionar por la presencia de ambos. Nosotras haremos que recapite. No conseguirán arrancarnos a nuestro preferido.

Y lanzando carcajadas irónicas agregaba:

-También hemos seguido un curso de placer. Marcondes no nos abandonará.

Contrariamente a mis impulsos, Sertorio no le prestaba la más mínima atención. Las palabras y las expresiones de aquella entidad me causaban irritación. A mi lado, el auxiliar de Alexandre se mostraba imperturbable con sus modales bondadosos. La víctima permanecía humilde, pesarosa. ¿A qué se debían semejantes insultos? Iba a responder algo, en el sentido de aclarar el caso en los términos precisos cuando Sertorio me detuvo:

-¡Conténgase André! ¡Un solo minuto de conversación amable con las tentaciones provocadoras del mundo inferior puede llevarnos a perder un siglo!

A continuación, con envidiable tranquilidad se dirigió al interesado para preguntarle sin intención de censura:

-Marcondes, ¿qué cuentas rendiré hoy en relación con usted, amigo?

El interpelado respondió, entre lágrimas y humillación: -¡Oh,

Sertorio! ¡Qué difícil es mantener el corazón en los caminos rectos! Perdóneme... No sé cómo sucedió esto... ¡No me lo puedo explicar!

Pero Sertorio parecía estar poco dispuesto a alimentar las lamentaciones y, demostrando su deseo de aprovechar el tiempo, lo interrumpió:

-Así es, Marcondes. Cada cual escoge las compañías que prefiere. En el futuro, usted comprenderá que somos sus amigos leales y que le deseamos el mayor bien.

Las mujeres nos lanzaron una nueva serie de frases burlonas. Marcondes comenzó otra vez a quejarse pero el mensajero de Alexandre, sin titubeos, me tomó de la mano y me condujo de nuevo a la vía pública.

-Volvamos de inmediato -dijo con decisión-.

-¿En qué quedamos? -le pregunté-. ¿No va a despertarlo?

-No. No cabe que procedamos aquí del mismo modo. Marcondes debe permanecer en esa situación para que, por la mañana, el recuerdo desagradable sea más duradero, de modo que refuerce su repugnancia por el mal.

-¿Qué haremos, entonces? -pregunté sorprendido-.

-Diremos a nuestro orientador lo que ocurre -arguyo Sertorio con tranquilidad-. Es lo que nos corresponde.

Y sintetizando amplias consideraciones que podría exponer acerca del asunto, manifestó:

-Ahora, André, nos reclama un deber más elevado, en el terreno de nuestra peregrinación hacia Dios. Entre tanto, cuando hayan concluido las instrucciones de esta noche volveré para ver qué se puede

hacer a favor de nuestros infortunados amigos. Por el momento, no debemos perder ni un solo minuto. Las lecciones de Alexandre no tienen como única finalidad la preparación de nuestros hermanos unidos aún a sus envoltorios carnales en la superficie de la Tierra. Son igualmente valiosas para nosotros, que necesitamos enriquecer nuestras posibilidades a fin de socorrer con éxito a los compañeros encarnados.

-Por supuesto, estoy de acuerdo -respondí-. No obstante, la situación de Vieira, al igual que la de Marcondes, me conmueve profundamente.

Sertorio interrumpió mis palabras, para concluir, seguro de sí mismo:

-Conserve su sentimiento, que es sagrado, pero no se arriesgue a caer en el sentimentalismo enfermizo. Esté tranquilo en cuanto a la asistencia, que no les faltará en el momento oportuno. Tampoco olvide que si encadenaron sus corazones en semejantes cárceles es lógico que extraigan de ello alguna experiencia provechosa, a costa de su propia decepción.



9

## **Mediumnidad y fenómeno**

Era considerable el número de amigos encarnados, liberados transitoriamente del cuerpo físico mediante el sueño, que se habían congregado en el amplio salón. Alexandre asumió la jefatura de la mesa directiva y en torno a ella se instalaron, en primer lugar, los alumnos directos y permanentes del generoso y sabio instructor; los demás se distribuyeron en grupos sucesivos, en un segundo plano.

Calculé la asistencia de compañeros en tales condiciones en poco más de cien personas, con excepción de los desencarnados que concurrían allí en mayor cantidad. Además del grupo del hermano Francisco, que había traído a quienes estaban bajo su tutela, otras asociaciones de la misma índole estaban representadas por sus miembros, interesados en nuevas instrucciones.

Asimismo, observé una particularidad: solamente los aprendices comprometidos con Alexandre podían exponer sus dudas, peticiones y preguntas, aunque no en sentido verbal sino a través de consultas que le habían transmitido previamente, antes del comienzo de la disertación.

Para satisfacer mi curiosidad, Sertorio, que permanecía a mi lado, explicó con gentileza:

-Existen muchas escuelas de este tipo para los encarnados dispuestos a aprovechar los momentos del sueño físico. Es lógico que a los discípulos permanentes de cualquiera de los sectores les corresponda el derecho de plantear las preguntas. Como vemos, no hay excepciones de índole particular; se trata de una cuestión de orden en

los servicios, pues los aprendices que comparecen eventualmente tendrán otros derechos dentro de los núcleos a los que pertenecen.

Satisfecho con la aclaración, pregunté:

-¿Cuál es el tema de esta noche? ¿Hay algún programa preestablecido?

-Siempre hay un plan de trabajo preparado con anticipación -respondió-, no obstante, Alexandre organiza los temas después de que recibe las preguntas y consultas de los participantes habituales. Él mismo analiza atentamente las cuestiones propuestas por la mayoría y da instrucciones para satisfacer, asimismo, los asuntos que reflejan las preocupaciones de la minoría.

-¿Me podría dar alguna información acerca del tema principal que ha solicitado la mayoría de los aprendices para esta noche?

-Creo que se refiere a la mediumnidad, y al fenómeno en general.

A continuación, con especial gentileza, el compañero me invitó a que me sumara a la asamblea, concretamente al equipo de los auxiliares del dedicado instructor que ya se había ubicado en la tribuna y estaba dando comienzo a las actividades educativas.

Más que en ocasiones anteriores se destacaba su figura venerable e imponente. Mediante la irradiación de la luz que le era peculiar, Alexandre ejercía dominio sobre el conjunto de trabajadores y estudiantes. Él no se valía del magnetismo absorbente de los oradores apasionados, sino de la obra de la bondad sincera y la legítima superioridad.

Con la atención general centrada en su persona, dio comienzo a su disertación con un ruego al Señor, para suplicarle el don de comprender a su auditorio y de ser comprendido por él. Para mí esa oración era emocionante y novedosa, de absoluta espiritualidad y sin el

más mínimo tizne de personalismo. No obstante, cuanto más el orientador procuraba despersonalizarse, de modo de afirmarse como un mero instrumento de la Voluntad divina, más se destacaba, a mi entender, como un auténtico exponente de sabiduría, humildad, prudencia, fidelidad, confianza y luz.

Terminada la conmovedora plegaria comenzó su alocución. Se dirigía a los oyentes con palabras firmes y directas, para exponerles lo siguiente:

-Hermanos, dispuestos a proseguir con nuestros trabajos, hoy haremos comentarios sobre vuestros pedidos de orientación en el terreno de la mediumnidad, en vista de las dificultades que se os presentan en la lucha cotidiana, a las que calificáis como impedimentos de naturaleza psíquico-fisiológica. Aspiráis a logros fecundos en los ámbitos de la revelación superior, soñáis con conquistas gloriosas y realizaciones sublimes, sin embargo, es imprescindible producir una modificación en vuestras actitudes mentales relativas a la vida humana. ¿Cómo se erigirá un edificio sin bases sólidas? ¿Cómo se alcanzarán los fines sin la debida atención a los principios? La fe no se reduce a una simple aglomeración de promesas brillantes, y el conjunto de ansiedades angustiosas que se ha adueñado de vuestros corazones, en modo alguno podría ser equivalente a una conquista espiritual propiamente dicha. La edificación del reino interior mediante la luz divina demanda un trabajo persistente y equilibrado. No será tan sólo al precio de palabras como edificaréis los templos de la fe ardiente. Del mismo modo que sucede incluso con los triviales servicios de naturaleza terrenal es imprescindible la elección del material, la dedicación a la tarea para arribar a los resultados, los proyectos elaborados anticipadamente, la necesaria puesta en práctica, una sólida experimentación, las evidencias de equilibrio, la coherencia del diseño, la armonía entre los elementos, y la excelencia en la terminación.

Alexandre hizo una breve pausa, miró atentamente a la asamblea como si deseara transmitirle ondas vigorosas de magnetismo creador, y

prosiguió:

-Están reunidos aquí muchos hermanos que aspiran a desarrollar las percepciones mediúnicas. Aguardan, sin embargo, simples manifestaciones fenoménicas, en la errónea suposición de que las fuerzas espirituales se encuentran circunscriptas a un mecanismo ciego y fatal, sin que se tenga en cuenta ningún mérito en cuanto a la preparación, la disciplina y la elaboración. Solicitan la clarividencia, la clariaudiencia, el servicio completo de intercambio con las regiones más elevadas. No obstante, ¿han aprendido a ver, a oír y, sobre todo, a ser serviciales, en la esfera donde desarrollan el trabajo cotidiano? ¿Han dominado los impulsos inferiores para ubicarse en el rumbo que conduce hacia las regiones superiores? ¿Puede el feto caminar y hablar en el ámbito físico? ¿Sería conveniente conceder al niño de cinco años los derechos que corresponden a un adulto de medio siglo? Si las leyes humanas, todavía transitorias e imperfectas, trazan líneas de control a los incapaces, ¿estarán las leyes divinas, inmutables y eternas, a merced de los desordenados deseos de la criatura humana? ¡Oh, amigos míos! ¡Sin duda hay muchos tipos de procesos mediúnicos que se aplican en el mundo de las formas en que vivís! Por consiguiente, ¡os urge priorizar el trabajo por sobre el reposo, cumplir con vuestro deber sin reclamos inoportunos, desarrollar las tareas que son aparentemente intrascendentes antes de que vuestras inquietudes apunten a las grandes obras, y colocar los designios del Señor por encima de toda preocupación individual! ¡Urge huir de la apropiación indebida en el intercambio con las fuerzas invisibles, y eludir el hechizo temporal tanto como la obsesión sutil y perversa! ¡A escala general no somos dos razas antagónicas ni tampoco dos grandes ejércitos estrictamente separados por los límites de la vida y la muerte! ¡Somos, en conjunto, la inmensa e infinita comunidad de los que vivimos, tan sólo diferenciados los unos de los otros por los principios vibratorios, y casi siempre unidos en la tarea común de nuestra redención final! ¡No consideréis que la muerte de la forma eleve a la categoría de santo al ser que habitó dentro de ella! Así como el rayo de sol no se contamina al contacto con el pantano, del mismo modo, el enfermo rebelde sigue

siendo un enfermo si solamente cambia de residencia. El cuerpo físico representa, apenas, el recipiente empleado durante algún tiempo, y el recipiente que ya no sirve no implica la redención ni la elevación de su temporario poseedor. Recurrimos a esta imagen para mostraros que el habitante de nuestra esfera, actualmente invisible a vuestros ojos, es un hermano no siempre superior a vosotros dentro del marco de los círculos evolutivos. Desencarnación no equivale a santificación. Los compañeros que os preceden en el mundo espiritual permanecen reunidos a fin de realizar un aprendizaje que no es muy diferente al vuestro. Los electrones y los fotones que constituyen vuestra vestimenta física también son los componentes de nuestros vehículos de manifestación, aunque con otras cualidades vibratorias. Por lo tanto, es necesario que prestéis atención a vuestras características interiores, en función del cultivo de los talentos de vuestra potencial divinidad.

Junto con vuestros irrefrenables deseos de intercambio con lo invisible, naturalmente anheláis la cercanía con la sociedad celestial. Esperáis la revelación de la verdad imperecedera, a la par de elementos irreprochables que garanticen vuestra confianza. No obstante, en tal sentido es indispensable la organización y el desarrollo de vuestros méritos, como seres destinados a participar de los júbilos celestiales que en verdad sois. Hay un ejército de trabajadores del Cristo que se desempeña en cada núcleo de vuestras actividades relativas a la espiritualización, y os convoca al sentimiento depurado, a la virtud activa, al ámbito más elevado de la vida interior. Sin embargo, todavía es muy fuerte vuestra tendencia a materializar las manifestaciones del Espíritu, olvidados de espiritualizar las manifestaciones de la materia. Solicitáis la luz, aunque por lo general perseveráis en las sombras; reclamáis felicidad, pero sembráis sufrimientos; pedís amor y simultáneamente incentiváis la desunión; buscáis la fe, mientras dudáis hasta de vosotros mismos.

La posibilidad de intercambiar emociones con las regiones invisibles que os circundan no representa, en modo alguno, la realización espiritual imprescindible para la conquista de virtudes

superiores, por parte de cada uno de nosotros. El problema del crédito mediúmnico no reside en ser instrumento de determinadas inteligencias, sino en ser un instrumento fiel de la divinidad. Para que el alma encarnada concrete ese logro es indispensable que desarrolle sus propios principios divinos. La bellota es el roble en potencia. Un puñado de diminutas semillas es el trigal del futuro. El germen insignificante se convertirá, al cabo de escasos días, en el ave poderosa que surcará la inmensidad.

Alexandre nos comunicaba cada vez más entusiasmo y vigor. Desde las alturas descendían, como una cascada que se vertía sobre su frente, hilos irisados de brillante luz.

-Mediumnidad -prosiguió él, arrebatando nuestros corazones- significa “medio de comunicación”, y el propio Jesús nos manifiesta: “Yo soy la puerta... si alguien entra por mí, será salvo y entrará, saldrá y hallará pastos”.<sup>1</sup> ¿A través de qué lance incomprensible, imagináis la realización sublime, si faltara la devoción al Espíritu de Verdad, que es el propio Señor? ¡Oídme, hermanos!... ¡Si estáis dispuestos a prestar el servicio divino, no hay otro camino sino ÉL, que posee la infinita luz de la verdad y es la fuente inagotable de la vida! ¡Para la mediumnidad gloriosa no existe otra puerta que dé acceso al equilibrio divino que anheláis en el recóndito santuario del corazón! Solamente a través de Él, y de una vida en concordancia con sus sublimes lecciones, habréis de alcanzar la sagrada libertad de ingresar en los dominios de la espiritualidad, para de ellos salir habiendo ganado el pan eterno que saciará definitivamente vuestro apetito. Sin el Cristo, la mediumnidad es un simple “medio de comunicación”, nada más; una mera posibilidad de información como tantas otras, de la cual podrán apoderarse también los interesados en perturbaciones, que multiplican las desdichadas presas. ¡Acordaos, pues, de que la ley divina jamás avaló el cautiverio y nunca aprobó la esclavitud! ¿Habéis olvidado tal vez la palabra del Maestro que os anunció: “Vosotros sois dioses.

Al pronunciar esta última frase el orientador asumió una actitud muy diferente. Me pareció que en medio del tórax se le encendía una sublime luz con un leve tinte azulado, que emitía rayos de indescriptible gozo hacia todos. Sus cabellos se asemejaban en ese momento a hilos de sol de color zafirino. La mirada era portadora de mayor sublimidad y penetración. Muchos de nosotros, tanto desencarnados como encarnados, llorábamos lágrimas de agradecimiento y de júbilo, envueltos en una indescriptible emoción.

Después de un breve intervalo, el amoroso y sabio instructor continuó:

-¡Oh, amigos! ¡La persistencia en la condición de animalidad os perturba! Sois la corona espiritual de la faz de la Tierra: el Señor del universo os ha galardonado con la capacidad de razonar. La antorcha esplendorosa del raciocinio irradia luz dentro del santuario de vuestras conciencias; lo sublime os invita a ir “más allá”; hermanos de más edad espiritual os convocan a la convivencia con el Padre. No obstante, os empeñáis en demoraros voluntariamente en la categoría de la fauna irracional primitiva. En el campo vibratorio de la mente humana se capta, todavía, el veneno de las víboras ingratas, el instinto de los lobos hambrientos, las celadas de las raposas, el impulso sanguinario de los tigres voraces, la vanidad y el orgullo de los leones. No creáis que tales atributos sean, simplemente, característicos del cuerpo mortal. Son asimismo cualidades que el Espíritu conserva en sí, en lugar de los patrimonios divinos. Ahora bien, la muerte física sorprende a los seres humanos en la actitud que cultivaron. Se modifican los ámbitos vibratorios, pero la esencia espiritual es siempre la misma. De ahí la maraña de manifestaciones inferiores en las esferas mediúnicas características de vuestras actividades. En muchas ocasiones, en lugar de cultivar las cualidades positivas para las conquistas espirituales junto a Jesús, permanecéis fomentando intenciones mezquinas mediante la concurrencia, cuando encarnados, a los centros transitorios reservados específicamente para sensaciones. Presas de graves errores, con la expectativa del desenvolvimiento mediúmico suponéis que es posible

superar el denso dominio de las vibraciones groseras, consolidadas por los vicios de muchos siglos, tan sólo mediante el movimiento mecánico de las células materiales. Sin preparación alguna, intentáis atravesar las fronteras vibratorias mediante la invocación a las potencias invisibles de cualquier naturaleza, para el entrenamiento de vuestras fuerzas psíquicas, como hace el hombre imprudente que busca orientadores al acaso, en plena multitud, ignorante de que no todos los transeúntes de la vía pública están en condiciones de ayudar, orientar y enseñar. Si las máquinas más sencillas de la Tierra demandan del operario un curso preparatorio, de modo que el correspondiente sector de la producción no merme en calidad y cantidad, ¿cómo esperáis que la mediumnidad sublime se reduzca a procesos automáticos, a manifestaciones particulares del mecanismo fisiológico, que no participa de la educación ni de la responsabilidad? Siempre existirá la posibilidad de abrir medios de comunicación entre vosotros y las regiones que os resultan invisibles, ¡pero no olvidéis que las afinidades son leyes ineludibles de reunión y de complementación en los reinos infinitos del Espíritu! Si carecéis de los méritos de la preparación habréis de encontrar, irremediamente, la compañía de los que huyen a los procesos educativos del Señor; si no cultiváis las bendiciones de la responsabilidad encontraréis, por lógica, a los irresponsables. Objetaréis que el fenómeno es indispensable en el campo experimental de las conquistas científicas, que lo infrecuente debe ser convocado para favorecer nuevas convicciones. Sin embargo, somos de los primeros en reconocer que vuestros caminos en la corteza terrena se despliegan en medio de fenómenos maravillosos. ¿Acaso, ya resolvisteis el misterio de la integración del hidrógeno y el oxígeno en la gota de agua? ¿Explicasteis en todas sus facetas el secreto de la respiración de los vegetales? ¿Por qué disposiciones de la naturaleza brota la cicuta que mata, al lado del trigo que alimenta? ¿Qué podéis decir del pedúnculo espinoso que ofrece la flor en la Tierra, como si se tratara de un atractivo cáliz de fragancia celestial? ¿Solucionasteis todos los problemas biológicos inherentes a las formas físicas que pueblan el planeta, en las diversas especies? ¿Cuál es vuestra definición del rayo de sol? ¿Visteis alguna vez el eje imaginario que sustenta el equilibrio del mundo? Si



semejantes fenómenos de carácter permanente en la corteza terrenal no despiertan a las almas adormecidas ni les suministran la legítima concepción de la existencia de Dios, ¿cómo esperáis demoler la rebeldía milenaria de los hombres exigiendo espectáculos prematuros de manifestaciones de la espiritualidad superior? ¡No, amigos míos! ¡Urge abandonar los sectores de ruido exterior para dar comienzo al desenvolvimiento interior de las facultades divinas! ¡La pasión por el fenómeno puede ser tan viciosa y destructora para el alma como lo es la del alcohol, que embriaga y aniquila los centros de la vida física! ¡Vuestro juego de hipótesis, en la mayoría de las circunstancias no es más que una danza macabra de los razonamientos que eluden las realidades universales y aplazan, indefinidamente, la cabal formación del Espíritu! Concordamos con vosotros en que la experimentación es necesaria; que la investigación intelectual es el punto de partida de las grandes empresas evolutivas; que la curiosidad respetable es la madre de la ciencia realizadora; que todo proceso de conocimiento demanda un campo para la observación y el trabajo, al igual que es indispensable el material didáctico en las escuelas más elementales. No obstante, urge reconocer que los mecanismos de aprendizaje no deben ser convertidos por el alumno en meras manifestaciones de juego o de entretenimiento. Además, aunque los alumnos se instruyan con relación al contenido de las lecciones, es forzoso admitir que la información no lo es todo, por cuanto la ilustración educativa es apenas una parte del aprendizaje. ¿Qué se puede decir de los discípulos que están estudiando siempre, y que jamás aprenden en el terreno de las aplicaciones prácticas? ¿Qué se puede decir de los compañeros que son portadores de luces verbales para los otros, y nunca se iluminan a sí mismos? Catalogar virtudes no significa adoptarlas para la vida. Enseñar el camino a los viajeros no demuestra que haya conocimiento directo y personal del recorrido. Existen excelentes técnicos en estadísticas que nunca han visitado las fuentes originales de donde provienen sus recursos informativos, como también hay eminentes geógrafos que raramente salen de los límites de su vivienda. Hacemos referencia a semejantes imágenes para ayudarlos a comprender que, si es posible mantener actitudes de ese orden en el campo limitado de la breve existencia en la Tierra, no se puede hacer lo

mismo en el reino infinito de la vida espiritual, en cuyos círculos vivís a partir de este momento pese a vuestra condición de criaturas unidas a vuestros vehículos inferiores. La mediumnidad no es una condición de la carne transitoria sino la manifestación del Espíritu inmortal. Naturalmente, el intercambio perfeccionado entre los dos mundos supone condiciones de salud del sagrado recipiente de características fisiológicas que el Señor os confió para vuestra santificación; aún así, el cuerpo es un instrumento elevado en manos del artista, que a tal efecto debe ser divino. Si aspiráis al desenvolvimiento superior, abandonad las regiones inferiores. Si aspiráis al intercambio con los sabios, creced en conocimiento, valorizad las experiencias e intensificad las luces de la razón. ¡Si aguardáis la compañía sublime de los santos, santificaos en la lucha de cada día, porque las entidades angelicales no permanecen aisladas en el clima de los júbilos celestiales sino que trabajan también por la perfección del mundo, aguardando que os convirtáis en ángeles! Si anheláis la presencia de los buenos, sed también bondadosos vosotros. Sin afabilidad y dulzura, sin comprensión fraternal y sin actitudes que promuevan lo bueno y las virtudes, no podréis entender a los Espíritus afables y amistosos, elevados y ejemplares. Del mismo modo que no sería lógico encontrar a Platón enseñando filosofía avanzada a tribus salvajes y primitivas, ni a Francisco de Asís entre salteadores, no se admite la complementación de los Espíritus esclarecidos y santificados con las almas que están rigurosamente aferradas a las manifestaciones más bajas y groseras de la existencia carnal. ¡En vuestras actividades espiritualistas acordaos de que no os encontráis ante una doctrina sectaria de hombres que están de paso en el planeta! ¡Formáis parte de un movimiento mundial de origen divino para la liberación de las conciencias, de una revelación sublime de la vida eterna y de los valores imperecederos cuyos destinatarios son todos los seres humanos de buena voluntad! ¡Admitida esa convicción, no os detengáis en la actitud sectaria y presuntuosa de los que suponen haber encontrado en la mediumnidad tan sólo un sexto sentido! El principio mediúmnic no es un don para privilegiados; es una cualidad común a todos los hombres, que demanda auténtica buena voluntad en el terreno de la elevación. Por ahora, es innegable que necesitamos el

estímulo de las tareas importantes, en las que determinados compañeros encarnados son convocados a los grandes testimonios en ese sector del esclarecimiento colectivo, para la propagación de la fe positiva y moralizadora. Con todo, el futuro nos revelará que el servicio de tal naturaleza nos pertenece a todos, porque todos somos Espíritus inmortales. ¡No os quepa la menor duda! ¡No permitáis que el nivel vibratorio de las fuerzas físicas apague en vosotros la luz gloriosa de la divina convicción de este momento, porque todos nosotros, amados amigos, nos encontramos ante la espiritualidad imperecedera en un proceso de renovación de nuestras energías viciadas durante siglos consecutivos, en camino hacia transformaciones que mal podríais imaginar en el escenario de vuestro presente evolutivo! ¡Elevémonos, pues, en el Espíritu del Señor, quien a partir de hoy nos ha invitado al banquete de la luz! ¡Elevémonos en dirección al porvenir; no en el sentido de menospreciar la Tierra sino con el propósito de perfeccionar nuestras cualidades individuales, para llegar a ser verdaderamente eficientes en relación con las conquistas del porvenir! Amémonos unos a otros intensamente, pongamos en práctica los preceptos evangélicos, y edifiquemos cada día dentro de nosotros las cualidades morales con las que nos erguiremos hacia la redención definitiva.

Para poner término a la espléndida disertación de la noche, después de una larga pausa Alexandre concluyó con una sentida invocación:

-¡Unámonos todos en el compromiso sagrado de hacer realidad la legítima cooperación con Jesús!

¡Si el brazo humano modifica la estructura geológica del planeta a medida que abre nuevos caminos, construye ciudades magníficas y proporciona un trazado diferente al curso de las aguas, intensifiquemos nuestro esfuerzo espiritual mediante la renovación de los esquemas milenarios del pensamiento primitivo del mundo, y tracemos rutas sólidas para la legítima fraternidad, de modo de concretar las obras de elevación de los sentimientos y de las reflexiones de los seres humanos,

con el propósito de establecer bases cristianas que santifiquen el curso de las relaciones entre los hombres!

¡No provoquéis el desarrollo prematuro de vuestras facultades psíquicas! Ver sin comprender u oír sin discernir puede ocasionar desastres colosales para el corazón. Buscad, por encima de todo, el progreso en la virtud y la educación de los sentimientos. ¡Intensificad vuestro propio equilibrio y el Señor os abrirá una puerta a los nuevos conocimientos!

¡Si el deseo de transformar al prójimo atormenta vuestras almas, tened en cuenta que hay mil modos de prestar ayuda sin imponer, y que solamente después de que haya madurado el fruto habrá provisión de semillas con que atender las necesidades de otros núcleos dispuestos a la siembra!

¡Liberaos de la verborragia sin obras! ¡No os hablo tan sólo de las obras del bien materializadas en el ámbito físico, sino, muy especialmente, de las edificaciones silenciosas de la renuncia, del trabajo de cada día para interpretar cabalmente a Jesucristo, de la paciencia, de la esperanza, del perdón; esas edificaciones, en definitiva, que se efectúan puertas adentro del alma, en el amplio panorama de nuestras experiencias interiores!

¡En todas las actividades terrestres transformaos en la voluntad de nuestro Padre! ¡Y en vuestras tareas relativas a la fe no intentéis hacer descender hasta vosotros a los Espíritus superiores! ¡Aprended a ascender hasta ellos, conscientes de que los caminos del intercambio son los mismos para todos, y que vale más elevar el corazón para recibir el infinito bien que exigir el sacrificio de los bienhechores!...

Jamás quebréis el hilo de luz que nos une individualmente al Espíritu divino! No permitáis que el egoísmo y la vanidad, los apetitos inferiores y las tiranías del “yo” empañen vuestra facultad de reflejar la luz divina. Recordad que en nuestra capacidad de servir y en nuestros

lugares de trabajo estamos en relación con Dios como las piedras preciosas de la Tierra con el sol creador: ¡cuanto mayor es la pureza de la piedra, mayores posibilidades presenta de reflejar el brillo solar!

¡Colocad las expresiones fenoménicas de vuestros trabajos en segundo plano, recordad siempre que el Espíritu lo es todo!

En ese instante Alexandre calló, y se mantuvo en una plegaria silenciosa. Admirado, conmovido, noté que el generoso instructor se transfiguraba, allí, ante nuestros ojos. Por primera vez, después de mi regreso al nuevo ámbito, me era dado observar tan singular acontecimiento. Sus vestimentas se convirtieron en una especie de nieve radiosa, su frente emitía intensa luz y sus manos extendidas desprendían rayos brillantes que, a medida que caían sobre nosotros, parecían infundirnos un extraño hechizo. Una profunda emoción me dominó íntimamente. La mayoría de nosotros, sin que pudiéramos definir el origen de aquellas divinas vibraciones, llorábamos de alegría, a la vez que sentíamos una opresión en el pecho en correspondencia con el inesperado júbilo.

Al cabo de algunos momentos de éxtasis sublime noté que Sertorio había comprendido mi perplejidad. Es verdad que en varias oportunidades había presenciado la oración de entidades elevadas, oración que era acompañada en todos los casos de los más bellos fenómenos de luz, ¡pero nunca, hasta entonces, había observado semejante transfiguración!

El compañero me tocó el brazo con delicadeza y manifestó:

-Todas las potencias de naturaleza superior se han congregado en torno a Alexandre en este momento, y lo han transformado en un intermediario de sus dádivas para nosotros. A eso se debe que él irradie y resplandezca con tanta intensidad.

Comprendí la belleza de la escena y la sublimidad de la lección.

Transcurridos algunos segundos más, el noble orientador recuperó su aspecto habitual y elevó una oración de reconocimiento al Señor, con lo que jubilosamente puso término a la excelsa reunión.

## **10**

### **Materialización**

En virtud de mi inclinación por el estudio de los fenómenos de materializaciones no dudé en solicitar la prestigiosa intercesión de Alexandre, quien gentilmente estuvo de acuerdo en satisfacer mis deseos.

-Nuestro grupo -me informó cortésmente- no realiza tareas de esa especie, pero no tendremos dificultad en recurrir a otros amigos. Contamos con compañeros dedicados que cooperan en núcleos de actividades de tal naturaleza.

Como revelé mi profunda curiosidad relativa al aspecto científico del fenómeno, el orientador prosiguió:

-Se trata de un servicio de elevada responsabilidad, dado que además de que demanda las aptitudes en pleno del instrumento mediúmnico, pone en juego la totalidad de las cualidades de colaboración de los compañeros encarnados que están presentes en las reuniones destinadas a tales fines. Si existiera una perfecta comprensión generalizada respecto a los dones de la vida, y si pudiésemos contar con principios morales espontánea y legítimamente consolidados en el seno de la comunidad, esas manifestaciones serían posiblemente de las más naturales, sin perjuicio alguno para el médium ni para los asistentes. Pero sucede que son muy raros los compañeros encarnados predispuestos a reunir las condiciones espirituales que semejantes trabajos exigen. Por eso mismo, ante la incertidumbre en cuanto a una eficiente colaboración, las sesiones de materializaciones se llevan a cabo con gran riesgo para el organismo mediúmnico, y requieren un

número considerable de colaboradores de nuestro ámbito.

-Comprendo -intervine, aprovechando una breve pausa del generoso instructor-. ¡Muchas veces, cuando todavía nos hallamos envueltos en la carne, no sabemos orientar convenientemente la investigación intelectual!...

-¡Eso es cierto! -exclamó mi interlocutor, benevolente-. Si la investigación científica estuviese acompañada por sólidos principios, tanto de los sentimientos como del carácter y de la conciencia, otros serían los resultados, en vista de la luz de espiritualidad que orientaría su trayectoria, pero casi siempre estamos asediados por la exigencia, que va acompañada por numerosas pretensiones, y de ahí provienen los inevitables fracasos.

El amistoso orientador continuó con toda una serie de enseñanzas morales, inductoras a la armonía y la virtud, y quedé aguardando, ansioso, el momento en que podría presenciar esas prodigiosas tareas de los trabajadores espirituales, que se concretan para gran sorpresa de los estudiosos de la corteza terrenal.

Alexandre, esmerado como siempre, me hizo el obsequio de todas las providencias necesarias. Amigos diligentes se encargaron de satisfacer mi sana curiosidad y me notificaron de las medidas que se habían adoptado a tal efecto. En la noche elegida, Alexandre, que me proporcionaba la satisfacción de acompañarme de cerca, me condujo a la residencia donde tendría lugar una asamblea diferente a las habituales.

La reunión daría comienzo a las veintiuna. Sin embargo, con una antelación de cincuenta minutos estábamos ambos en la sala íntima, acogedora y confortable, donde había además un gran número de servidores de nuestro medio, que iban y venían.

Las tareas serían supervisadas por el hermano Calimerio, una



entidad de condición jerárquica superior a la de Alexandre, quien, recibido cariñosamente por el anfitrión espiritual, después de presentarme se expresó así:

-He venido hasta aquí con el propósito de contribuir al aprendizaje de este compañero. André deseaba interiorizarse en cuanto a los servicios de materializaciones, y me tomé la libertad de traerlo. Con todo, no nos encontramos aquí como simples observadores; si fuese posible también prestaríamos nuestra colaboración.

-Alexandre -replicó Calimerio gentilmente, con muestras de gran refinamiento en el trato-, la tarea es de todos. Trasmítale al nuevo amigo los requisitos necesarios, y les ruego me disculpen porque no puedo atenderlos personalmente. La supervisión de los trabajos de esta noche está a mi cargo. Siéntanse como en su propia casa.

Luego, fijó en mí su lúcida mirada y destacó:

-Observar para aprender es una actividad divina. Ingresamos respetuosamente a la vivienda. Con gran sorpresa noté la enorme diferencia del ambiente. No había allí, como en otras reuniones a las que había concurrido, el numeroso grupo de sufridores en la puerta. La residencia particular donde se efectuarían los trabajos estaba aislada por un ancho cordón de trabajadores de nuestro medio, en un círculo de veinte metros de diámetro. Como percibió mi extrañeza, Alexandre explicó:

-Aquí es indispensable el máximo cuidado, a fin de que los elementos mentales de origen inferior no afecten la salud física de los colaboradores encarnados, ni la pureza del material que es indispensable para la producción de los fenómenos. Por tal razón, el aislamiento del núcleo de nuestras actividades constituye un paso imprescindible para defenderlo de la intromisión de entidades poco dignas que podrían infiltrarse a través de las fronteras vibratorias.

Mientras observaba la magnitud de las medidas preventivas puestas en práctica, pregunté:

-Si es necesario tanto cuidado, en lo que se refiere a nuestro campo de trabajo, ¿se tiene la misma exigencia con los compañeros encarnados que desempeñan funciones de asistentes?

Alexandre sonrió al interpretar la sutileza de mi interrogación, y me respondió:

-En estos trabajos el peligro reside en la ausencia de preparación de nuestros amigos de la corteza terrenal, quienes, la mayoría de las veces, alegando fidelidad a los deberes científicos prescinden de elementales principios de elevación moral. Cuando ellos no cumplen con las debidas precauciones, el fracaso puede asumir características terribles, pues los hermanos que mantienen las fronteras vibratorias en el exterior del recinto no pueden impedir la entrada de las entidades inferiores, absolutamente integradas con sus víctimas terrenas. Hay obsesos que se sienten tan cómodos en compañía de sus perseguidores, que se parecen a las madres terrestres que, aferradas a sus bebés, se introducen en recintos consagrados a fines que no son compatibles con el Espíritu en la etapa infantil. Cuando nuestros amigos poco prudentes se suman a la tarea en tales condiciones, las amenazas llegan a dimensiones inquietantes.

-Entonces -consideré-, aquí no pueden ingresar las víctimas del vampirismo...

-En realidad, no deberían entrar -manifestó el orientador mientras sonreía-, incluso porque hay otros centros donde pueden recibir atención; sin embargo, en ocasiones la caridad fraternal aconseja la tolerancia, incluso en un ambiente de estas características.

Y después de una breve pausa, destacó:

-Por eso mismo, las reuniones destinadas a tareas de

materializaciones son raras. La homogeneidad es fundamental. La mayoría de nuestras actividades están consagradas a apoyar la caridad cristiana. Pero en este ambiente el trabajo está limitado a ciertas demostraciones relativas a la sabiduría espiritual. Sin embargo, los hombres, en sentido general, por el momento no han llegado a comprender la esencia divina de tales demostraciones y, a menudo, acuden a ellas atraídos por el razonamiento antes que por el sentimiento. En función de su objetivo de llevar a cabo una investigación, muchas veces desprecian los beneficios de la cooperación, y los resultados que se obtienen son negativos. Sin embargo, el día en que consigan hacer su aporte con el corazón iluminado, habrán de lograr satisfacciones similares a aquella que descendió sobre los discípulos de Jesús cuando, conforme a la narración de los Evangelios, en una humilde casa de Jerusalén a puertas cerradas y en una sublime comunión de amor y fe, recibieron la visita del Maestro perfectamente materializado.

En virtud de que Alexandre hizo silencio durante algunos segundos, intensifiqué mis observaciones.

Sorprendido, reparé en la labor de veinte entidades de elevada jerarquía que hacían circular el aire del ambiente. Con sus gestos rítmicos recordaban a antiguos sacerdotes que estuviesen ejecutando operaciones magnéticas para la purificación del recinto. En consideración a mi espíritu investigador, Alexandre aclaró: -No se trata de hierofantes que realizan gestos convencionales. Son ilustres colaboradores del servicio que preparan el ambiente mediante la ionización de la atmósfera, a fin de combinar elementos que produzcan efectos eléctricos y magnéticos. En los trabajos de esta índole son necesarios los procesos acelerados de materialización y desmaterialización de la energía. Las entidades que se manifiestan en el campo visual de nuestros amigos encarnados son, por lo general, entidades preferentemente vinculadas a la corteza y a sus esferas de sensaciones, si bien los auténticos organizadores de la tarea en curso son verdaderos y competentes orientadores del mundo espiritual, con un gran cúmulo de conocimientos y responsabilidades.

No había transcurrido mucho tiempo, cuando algunos trabajadores de nuestra esfera se hicieron presentes portando pequeños aparatos, que me parecieron instrumentos de reducidas dimensiones pero de poderoso potencial eléctrico, en virtud de los rayos que emitían en todas direcciones.

Mi curiosidad no tenía límites.

-Estos amigos -explicó mi generoso instructor- están encargados de producir la condensación del oxígeno en toda la casa. Para la materialización de una entidad de la esfera invisible a los ojos de los hombres, el ambiente requiere un elevado contenido de ozono y, además, es indispensable semejante operación con el fin de exterminar todas las larvas y las expresiones microscópicas de actividad inferior. La relativa ozonización del ambiente interior es necesaria con fines bactericidas.

Y después de un gesto significativo, agregó:

-El ectoplasma, o fuerza nerviosa, que se extraerá del médium en abundancia, no puede estar expuesto a la intromisión de ciertos elementos microbianos sin que los perjuicios resulten fatales.

A continuación observé, sorprendido, el trabajo que realizaban varias entidades provenientes del exterior, que traían abundante material luminoso.

-Son recursos de la naturaleza -me informó el instructor con gentileza- que los operarios de nuestro medio acopian para el servicio. Se trata de elementos extraídos de las plantas y de las aguas, por lógica invisibles a los ojos de los hombres, organizados para una reducida cantidad de vibraciones.

-¿Los aprovecharán en los trabajos de esta noche? -pregunté-.

-Así es -aclaró Alexandre con paciencia-, los orientadores

tendrán la responsabilidad de hacerlos funcionar.

En ese instante penetraron en la sala personas familiarizadas con la reunión y ocuparon sus lugares habituales.

Entre los encarnados se generó una breve conversación, en la que se comentaban las actividades que se habían llevado a cabo en la sesión anterior.

No habían pasado muchos minutos cuando la joven médium, gentil y simpática, hizo su entrada en el recinto acompañada por varias entidades, entre las cuales se destacaba un amigo de elevada condición. Aparentemente era quien dirigía el grupo de los servidores y, al mismo tiempo, ejercía un considerable control sobre la joven vinculada a él por tenues hilos de sustancia magnética.

Como captó mi irrefrenable curiosidad, el orientador me explicó:

-El controlador mediúmnico es el hermano Alencar, que también fue médico en la Tierra. Calimerio es el auténtico responsable; tendrá a su cargo la supervisión de los trabajos en nuestro círculo.

Al notar mi sorpresa Alexandre reiteró:

-Alencar es el orientador del instrumento mediúmnico a los efectos de las actividades de materialización propiamente dichas. Acerquémonos a él.

Muy emocionado recibí el saludo del nuevo amigo, que nos atendió afectuosamente:

-Nos será muy útil la presencia de ambos -nos dijo mirando en particular a mi instructor-, pues necesitamos colaboradores para el suministro del auxilio magnético al organismo mediúmnico.

-Estamos a su disposición -resaltó Alexandre satisfecho-,

tomaremos lugar entre sus asistentes.

Alencar se lo agradeció con un expresivo gesto de sincera satisfacción.

Entre los colaboradores figuraba una entidad muy querida por mi orientador. Se trataba de Verónica, que había sido una eximia enfermera en la corteza, quien me hizo sentir muy cómodo gracias a su amable conversación.

-Hermano Alexandre -dijo ella, después de algunos segundos de afectuosa conversación-, iniciemos el auxilio magnético. Es preciso que incentivemos los procesos digestivos, de modo que el instrumento mediúmnico funcione sin impedimentos.

No tuve oportunidad de hacer averiguaciones verbales, con todo Alexandre me dirigió una sugerente mirada para invitarme a que continuara con mis observaciones.

Él, Verónica y tres asistentes directos de Alencar, colocaron las manos en forma de corona sobre la frente de la joven. Vi entonces que sus energías combinadas formaban un vigoroso flujo magnético, que proyectaron sobre el estómago y el hígado de la médium, órganos esos que mostraron inmediatamente después un nuevo ritmo vibratorio. Las fuerzas emitidas se concentraron gradualmente sobre el plexo solar y, desde allí, se extendieron por todo el sistema nervioso vegetativo, momento en que con asombro noté que se aceleraba el proceso químico de la digestión. Las glándulas del estómago comenzaron a segregar pepsina y ácido clorhídrico en mayor cantidad, y transformaron rápidamente el bolo alimenticio. Deslumbrado, identifiqué la elevada producción de enzimas digestivas y vi que el páncreas trabajaba activamente, arrojando grandes proporciones de tripsina en la zona inicial de los intestinos, que parecía un importante albergue de los bacilos encargados de la acidificación del proceso. Valiéndome de aquella oportunidad analicé el hígado, que parecía sufrir una especial

influencia, y noté su condición de órgano intermediario, no sólo con funciones definidas para la producción de la bilis sino también cumpliendo un importante rol en los fenómenos nutritivos, en lo relacionado con la vida de los glóbulos de la sangre. Las células hepáticas se esforzaban, con premura, en el almacenamiento de recursos para la nutrición a lo largo de las venas interlobulares, semejantes a minúsculos canales de luz.

Al cabo de unos minutos, el estómago estaba completamente libre.

-Ahora -exclamó Verónica, servicial- preparemos el sistema nervioso para las emisiones de la fuerza.

A continuación de la nueva maniobra puesta en práctica, reparé en la diferenciación de los flujos magnéticos. Los asistentes se habían separado, de algún modo, y mientras Alexandre proyectaba la energía que le era peculiar sobre la región del cerebro, Verónica y los compañeros arrojaban sus propios recursos sobre todo el sistema nervioso central, encargándose cada uno de una determinada zona de los nervios cervicales, dorsales, lumbares y sacros.

Las fuerzas proyectadas sobre la organización mediúmnica realizaban una limpieza eficiente y enérgica, pues veía, asombrado, cómo arrancaban residuos oscuros de los centros vitales.

Por efecto del flujo luminoso que despedía la mano derecha de Alexandre, el cerebro de la joven ganaba un brillo singular, como si fuera un espejo cristalino. Las glándulas más importantes resplandecían como núcleos vigorosos excitados por sublimes elementos. Bajo la lluvia de rayos espirituales que recibía, la médium daba lugar a que percibiéramos el trabajo sagrado del cual era objeto en la intimidad de las células de todo su organismo, donde parecía restablecerse el equilibrio eléctrico.

Concluida la tarea Alexandre se acercó a mí y, ante mi evidente curiosidad, me explicó:

-El instrumento mediúmnico ha sido sometido a procedimientos magnéticos destinados a asistir a su organismo en los procesos de nutrición, circulación y metabolismo, como también en las actividades protoplasmáticas, de modo que su equilibrio fisiológico se mantenga al margen de alguna sorpresa desagradable.

Para seguir con el análisis de las tareas que se desarrollaban, observé que Verónica alzaba su mano derecha por encima de la cabeza de la joven y la detenía en el centro de la sensibilidad.

-Nuestra hermana Verónica -explicó mi orientador con amabilidad- está aplicando pases magnéticos como paso introductorio al necesario desdoblamiento.

No obstante, en ese momento ocurrió algo extraño en el círculo de nuestras actividades espirituales. Se percibió un gran choque de vibraciones dentro del recinto. Dos de los servidores se aproximaron a Alencar y uno de ellos, con espanto, le explicó:

-Se aproxima el señor P...; sus condiciones no son las deseables...

-¿Qué sucedió? -inquirió el controlador con firmeza-

-Ha bebido alcohol en abundancia y deberemos disponer su aislamiento.

El controlador esbozó un gesto de contrariedad y murmuró, mientras se encaminaba hacia la puerta de entrada:

-¡Esto es muy grave! Neutralicemos su influencia sin pérdida de tiempo.

Alexandre me invitó a observar el caso más de cerca. En vista de



la estupefacción que me había asaltado aclaró:

-En estos fenómenos, André, los factores morales constituyen un elemento decisivo dentro de la organización. No nos encontramos ante mecanismos de menor esfuerzo, sino ante manifestaciones sagradas de la vida, en las que no se puede prescindir de los elementos superiores ni de la sintonía vibratoria.

En ese instante, el señor P... traspuso la puerta de ingreso.

Bien presentado, daba muestras de una excelente disposición, y no parecía que fuera a amenazar el equilibrio general, incluso porque no revelaba en su exterior ningún síntoma de embriaguez.

A fin de satisfacer las órdenes de Alencar, varios de los colaboradores de los servicios lo rodearon apresuradamente, como si se tratara de enfermeros que se encargasen de un paciente en grave estado.

Incapaz de contener mi propia impresión, pregunté:

-¿Qué ocurre, en definitiva? Ese hombre aparentemente se encuentra en calma y normal.

-Es cierto -manifestó Alexandre con benevolencia-, pero parecer no es todo. La respiración de este amigo, en semejante estado, emite toxinas. En otro núcleo podría ser tratado caritativamente, pero aquí, en consideración a las funciones especializadas del recinto, las sustancias etílicas que emite por la nariz, por la boca y los poros, son sumamente perjudiciales para nuestro trabajo. Como vemos, existe la necesidad de una preparación moral adecuada para cada caso. Desde todo punto de vista, el vicio rebaja al viciado y también es motivo de perturbación para los demás.

Recordé la función del alcohol en el organismo humano, pero bastó con que el recuerdo aflorase apenas en mi mente para que el instructor me explicara de inmediato:

-Usted comprende que en dosis mínimas, el alcohol acelera el proceso digestivo y favorece la diuresis; no obstante, en exceso es un tóxico destructor. Las emanaciones del alcohol de caña, que ha ingerido nuestro hermano en una elevada dosis, son altamente nocivas para los delicados elementos de modelación plástica que ahora serán derivados a nuestra actividad, al mismo tiempo que constituyen un serio peligro para las fuerzas que ha exteriorizado el instrumento mediúmnico.

De hecho, poco a poco se sentía, aunque vagamente, el olor característico de la fermentación alcohólica.

Observé que el señor P... fue rodeado por las entidades encargadas de la operación, hasta que mediante la influencia de ellas quedó neutralizado, del mismo modo que las abejas laboriosas anulan un residuo en medio de la actividad de la colmena.

Las tareas proseguían con normalidad.

Entre los votos de éxito de los compañeros encarnados, que confiaban a medias, la médium fue conducida a un pequeño gabinete improvisado y seguidamente se pronunció una oración. No obstante, era visible que como en otras reuniones los amigos terrestres emitían solicitudes silenciosas, al punto que las vibraciones mentales entraban en un verdadero conflicto, con lo que ocasionaban un serio perjuicio en lugar de contribuir al trabajo de la noche, que requería el más elevado porcentaje de armonía. A la tenue claridad de la luz roja que había sustituido a la potente lámpara común, se percibían las emisiones luminosas del pensamiento de los amigos encarnados. Francamente no existía, en esa pequeña comunidad, el ánimo de comprensión divina que requería el servicio que se verificaba. Nadie apreciaba la magnitud del hecho para la humanidad terrenal, sedienta de revelaciones celestiales. Era notorio que la reunión estaba profundamente dominada por el "yo". Mientras que algunos ponían de manifiesto exigencias, otros determinaban cuáles serían los seres desencarnados que deberían comparecer en los fenómenos de materialización. No obstante, procuré

reprimir mis impresiones de desagrado, en vista de que los trabajadores de gran elevación que se hallaban en el recinto, se conducían con calma y trataban a los compañeros encarnados con afectuoso desvelo, como sabios que tuvieran delante a niños queridos de sus corazones.

Varios servidores espirituales comenzaron a combinar las radiaciones magnéticas de los compañeros terrenales con el fin de proveer material con el cual cooperar; mientras tanto, Calimerio proyectaba su sublime potencial de energías sobre la médium y producía su desdoblamiento, que se prolongó durante algunos minutos. Verónica y otras amigas amparaban a la joven, parcialmente liberada de su instrumento físico, aunque algo confusa e inquieta junto a su cuerpo sumergido en un profundo trance.

Luego, noté que mediante la acción del noble orientador de la tarea se exteriorizaba la fuerza nerviosa, a la manera de un flujo abundante de neblina espesa y lechosa.

Al advertir la perturbación vibratoria del ambiente, en vista de la actitud desaconsejable de los compañeros encarnados, Calimerio le dijo al controlador mediúmnico:

-Alencar, es necesario eliminar el conflicto de vibraciones. Nuestros amigos ignoran aún cómo podrían auxiliarnos en armonía, a través de sus emisiones mentales. Es más lógico que por el momento se abstengan de la concentración. Dígales que canten o hagan música de otra clase. Procure distraer su atención, que carece de la educación requerida.

Sin embargo, Alencar, que se encontraba acosado por intensas preocupaciones a causa de las múltiples obligaciones que debería desempeñar en ese momento, solicitó la colaboración de Alexandre, que se puso a su disposición de inmediato.

-André -me indicó mi orientador con inflexión grave-,

improvisemos una garganta ectoplásmica sin pérdida de tiempo. Identificando mi inexperiencia, agregé:

-No se inquiete. Es suficiente con que me ayude en la mentalización de los detalles anatómicos del aparato vocal. Estaba aturdido, pero el orientador agregó:

-La fuerza nerviosa del médium es una materia plástica y profundamente sensible a nuestras creaciones mentales.

A continuación, Alexandre tomó una pequeña cantidad de aquellos efluvios lechosos que se exteriorizaban en especial a través de la boca, las fosas nasales y los oídos del instrumento mediúmnico, y, como conservó en sus manos una reducida cantidad de yeso fluídico comenzó a manipularlo, dándome la impresión de que se hallaba por completo ajeno al ambiente, a la vez que con absoluto dominio de sí mismo se concentraba sobre la creación de ese momento.

Al cabo de unos pocos instantes vi, atónito, que tomaba forma delante de mí un delicado aparato de fonación. En el interior del esqueleto cartilaginoso, modelado con perfección en la materia ectoplásmica, se organizaron los delicadísimos hilos de las cuerdas vocales, elásticas y completas en la abertura glótica y, unos momentos después, Alexandre experimentaba la emisión de algunos sonidos, luego de que puso en movimiento los cartílagos aritenoides.

Se había formado, mediante el influjo mental y la acción técnica de mi orientador, una garganta perfecta.

Con asombro, verifiqué que a través del pequeño aparato improvisado y con la colaboración de los sonidos de las voces humanas conservados en la sala, nuestra voz era integralmente percibida por todos los encarnados presentes. Me pareció que Alexandre había quedado satisfecho con el éxito de su trabajo, y habló a través de la garganta artificial igual que quien emplea un instrumento vocal

humano:

-¡Amigos, que la paz de Jesús sea con vosotros! ¡Ayúdenos con el canto! ¡Hagan música y eviten la concentración!...

Se hizo música en el ambiente y vi que el hermano Alencar, después de vincularse estrechamente a la organización mediúmnica, tomaba forma al lado de la médium, sostenida por Calimerio y asistida por numerosos trabajadores.

Poco después, valiéndose de la fuerza nerviosa exteriorizada y de diversos materiales fluidicos extraídos del interior de la casa, sumados a los recursos de la naturaleza, Alencar se presentó ante los ojos de los encarnados perfectamente materializado.

Sorprendido, reconocí que la médium era el centro de todos los trabajos. Cordones tenuísimos la mantenían ligada a la forma del controlador y, era suficiente que tocáramos levemente la organización mediúmnica para que el amigo materializado demostrara evidentes señales de preocupación, como le sucedía a la joven médium en relación con Alencar. Los gestos desbordados de entusiasmo de los presentes, que intentaban saludar directamente al mensajero materializado, repercutían desagradablemente en el organismo de la intermediaria.

El hermano Alencar sostuvo una corta conversación delante de los compañeros terrestres extasiados. Sin embargo, no eran las palabras intercambiadas entre él y los concurrentes lo que impresionaba a mi corazón, sino la belleza del hecho, la realidad de la materialización que daba oportunidad a dilatadas esperanzas en el porvenir humano, en cuanto a la fe religiosa, a la filosofía confortadora de la inmortalidad y a la ciencia enaltecida puesta al servicio de la razón iluminada.

Alexandre se acercó a mí y me recomendó:

-Repare en la trascendencia de este acontecimiento. El médium desempeña el papel de una entidad maternal, mientras Alencar, bajo la

influencia positiva de Calimerio, permanece en temporal conexión con el organismo mediúmnico. Todas las formas que se han materializado son “hijas temporarias” de la fuerza plástica de la intermediaria. El amigo que conversa con los encarnados es Alencar, pero su envoltorio de este momento ha nacido de las energías pasivas de la médium combinadas con las energías activas de Calimerio, el más elevado director de esta reunión. Si ejerciéramos violencia sobre la médium, desde nuestro ámbito, afectaríamos a Alencar en el proceso de materialización; si los compañeros terrestres atacaran al mensajero, repentinamente corporificado, dañarían a la médium, lo que le acarrearía consecuencias funestas e imprevisibles.

Perplejo ante el fenómeno, indagué:

-Esta fuerza nerviosa, ¿es solamente propiedad de algunos privilegiados de la Tierra?

-No -replicó Alexandre-, todos los hombres la poseen con mayor o menor intensidad. Con todo, es preciso comprender que no ha llegado todavía el tiempo de generalizar las materializaciones. Usted sabe que este dominio exige purificación. En el sector del progreso espiritual el hombre no cometerá abusos, como ha venido haciéndolo en el camino de la evolución material, donde prodigiosas dádivas divinas se transforman en fuerzas de destrucción y miseria. Amigo mío: en este campo de conquistas sublimes al que nos sentimos ligados, la ignorancia, la vanidad y la mala fe, permanecen anuladas por sí mismas, puesto que ellas trazan las fronteras de sus propias limitaciones.

Impresionado con las maravillas que tenía ante mi vista, noté que con la voluntad de Alencar sumada a la generosa intervención de Calimerio se materializaban manos y flores, como si se tratara de mensajes afectuosos que tenían por destinatarios a los presentes en la reunión.

Reinaba gran júbilo entre todos, con excepción del señor P..., que

demostraba un indescriptible malestar dado que se encontraba bajo el control directo de varios trabajadores espirituales que neutralizaban su nociva influencia.

Después de maravillosos minutos de servicio y de contento, concluyeron los trabajos de la noche con significativas demostraciones de agradecimiento a Dios, y todos cooperamos para que la médium fuese perfectamente reintegrada a su patrimonio psicofísico.

Mi corazón desbordaba de dicha y de esperanza. No obstante, era forzoso confesar que en comparación con tan importantes demostraciones de servicio y tan sublimes bendiciones, la comprensión de los encarnados era muy reducida. Se asemejaban a niños audaces, más interesados en el inédito espectáculo que deseosos de consagrarse al servicio divino. Francamente, estaba decepcionado. ¿Tantos emisarios celestiales se esforzaban por media docena de personas, aparentemente alejadas del propósito de servir a la causa de la verdad y del bien?

Expuse mi opinión al devoto orientador y Alexandre tranquilamente me contestó:

-¿Y Jesús? ¿Considera usted que Él ha trabajado exclusivamente para los galileos, que no lo comprendían? ¿Supone que ha enseñado tan sólo en el templo de Jerusalén? No, amigo: convéznase de que cada uno de nuestros actos, en el bien o en el mal, repercuten en la humanidad entera. Por ahora, nuestros compañeros terrestres no nos entienden, ni tampoco han crecido lo necesario para la completa consagración a Jesús. No obstante, la siembra tiene vida y producirá a su debido tiempo. Nada se pierde.

Sonrió, luego, y concluyó después de una larga pausa:

-Es verdad que en la vida terrenal usted fue un médico interesado en todo momento en ver el resultado de su trabajo, pero no se olvide del

esfuerzo silencioso de los sembradores del campo. Asimismo, tenga en cuenta que las semillas depositadas dentro de los sarcófagos egipcios, hace miles de años, están comenzando a producir maravillas en el suelo del planeta.



## **11**

### **Intercesión**

Cierta noche, finalizada la disertación que Alexandre dedicaba a los compañeros de la corteza terrestre, se presentaron dos señoras que buscaban a mi orientador. Fueron conducidas hasta allí por razones excepcionales, puesto que aquel era un curso avanzado de enseñanza y ellas todavía se encontraban recluidas en los vehículos de carne, de los que se habían liberado en forma transitoria mediante la influencia del sueño.

La de mayor edad era evidentemente un Espíritu más elevado, dadas las irradiaciones de luz que la rodeaban, y todo indicaba que era una conocida cercana y estimada de Alexandre, que la recibió con efusivas demostraciones de afecto. La otra, en cambio, estaba envuelta en un círculo oscuro, y en su rostro lloroso estaba plasmada la angustia que la invadía.

-¡Oh, amigo! -exclamó la entidad más simpática después de los primeros saludos, dirigiéndose al benévolo orientador-

Aquí vengo con mi prima Ester, que ha perdido a su esposo en dolorosas circunstancias.

Y mientras la mencionada señora se enjugaba los ojos, en silencio, muy apenada la otra continuó:

-Alexandre, conozco la elevación y la urgencia que caracterizan a vuestras actividades, por eso me atrevo a solicitar su ayuda para nuestros pesares terrestres. Si nuestro pedido fuese absurdo, ¡sepa

disculparnos con su corazón clarividente y bondadoso! ¡Somos seres humanos! ¡Perdónenos, pues, si golpeamos a su puerta de benefactor para que atienda nuestros penosos problemas!...

-Etelvina, apreciada amiga -le dijo el instructor con inflexión de ternura-, en todas partes el dolor auténtico es digno de amparo. Así como existen sufrimientos mientras permanecemos encarnados, también los hay aquí, donde nos encontramos libres de los despojos burdos, si bien dondequiera que sea debemos estar dispuestos a prestar una sincera colaboración. ¡Dígame, pues, qué desean, y no se incomode por eso!

Ambas señoras se mostraron aliviadas, y a partir de ahí siguieron la conversación con calma.

Etelvina, satisfecha, presentó a su acompañante, quien comenzó a relatar su dolorosa historia. Se había casado doce años atrás con el segundo novio que el destino le había reservado. Aclaró que el primero, al cual había amado profundamente, se había suicidado en circunstancias misteriosas. Al principio había estado seriamente preocupada por la decisión de Noé, su primer novio, muy amado de su corazón. No obstante, la devoción de Raúl, el esposo que el Cielo le envió, consiguió disipar la aflicción del pasado y consolidó la felicidad conyugal a través de un amoroso entendimiento. Recibieron de la Providencia divina tres hijitos, y vivían en perfecta armonía. Raúl era melancólico, aunque devoto y fiel. ¡Cuántas veces ella había intentado en vano aliviar sus recónditas llagas! Sin embargo, ¡su compañero nunca se le había confiado plenamente! Pese a todo, la existencia transcurría venturosa y en calma, como en un santuario de mutua comprensión. Si bien dedicaban su vida al desempeño de las sagradas obligaciones domésticas, habían surgido enemigos encubiertos que furtivamente les robaron la felicidad. Raúl fue asesinado inexplicablemente. Unos amigos de él, que no se dieron a conocer, recogieron el cadáver en la vía pública y llegaron hasta su casa con aquella terrible sorpresa. El disparo de un revólver había atravesado su

corazón y, aunque se encontró el arma junto al cuerpo exánime, no le pertenecía. ¿Cuál era el misterio que envolvía aquel repulsivo crimen? Algunos vecinos, al igual que la policía, suponían que se trataba de un suicidio, y tanto fue así que todas las diligencias de la justicia criminal se encontraban interrumpidas. Mientras tanto, su intuición femenina admitía el asesinato. ¿Qué motivos podían haber conducido a un hombre probo y trabajador a un suicidio que no tenía justificación? ¿Por qué Raúl habría de quitarse la vida, si todo lo favorecía en relación con el futuro? Por cierto, sus recursos financieros no eran importantes, pero ellos sabían equilibrar honradamente los gastos domésticos con sus ingresos. ¡No, de ninguna manera aceptaba el suicidio! Su compañero, en su opinión, debía de haber abandonado la corteza terrenal forzado por un tenebroso crimen. Con todo, dado que Ester era una mujer generosa, y pese a que sus lágrimas eran incontenibles, no tenía el propósito de culpar a nadie. No deseaba vengarse sino hallar consuelo para su deprimido corazón. ¿Mediante la intercesión de Alexandre, existiría la posibilidad de soñar con su compañero, en el sentido de obtener noticias directas de él y hacerle saber del afectuoso recuerdo de su familia? Sus dos hijos eran pequeños y tenía, además, dos tíos ancianos que dependían de sus cuidados, por lo que la angustiada mujer se encontraba en una pésima situación financiera, lo que se sumaba a su inesperada viudez. No obstante -agregaba sin dejar de llorar-, estaba dispuesta a trabajar y a consagrarse a sus hijos, a comenzar nuevamente la vida. Pero antes necesitaba algún consuelo para su corazón, ansiaba enterarse de lo ocurrido y conocer la nueva situación de su esposo. Así se resignaría.

Al cabo de su extensa y sincera exposición, sin que dejara de llorar, dirigiéndose a mi orientador Ester resumió:

-¡Por piedad, generoso amigo! ¿No hay algo que pueda decirme? ¿Dónde está Raúl? ¿Quién ha podido asesinarlo? ¿Por qué?

La sufrida viuda, alucinada por el dolor, se atrevía a plantear las más disparatadas consultas. Alexandre, por su parte, lejos de

disgustarse con sus intempestivas preguntas asumió una actitud paternal, y, cariñosamente, tomó las manos de su interlocutora en el instante en que le respondía:

-¡Cálmese amiga, sea valiente! En este momento no es sencillo complacerla. La prudencia nos aconseja hacer algunas averiguaciones para llegar a la solución del problema con el debido criterio. Regrese a su hogar, conceda un descanso a su mente oprimida... En ciertos casos la ansiedad no puede curarse con los razonamientos relativos al mundo. Es indispensable familiarizarse con el refugio que ofrece la oración, y confiar la inquietud del alma a la misericordia del Padre Supremo. Busque amparo en la fe sincera, confíe en la Providencia, ya veremos cómo compatibilizar la información solicitada con el socorro que sugiere el sentimiento fraternal. ¡Analizaremos el asunto con detenimiento!

Ambas señoras agregaron otros comentarios punzantes acerca de lo ocurrido, y se despidieron con expresiones de gratitud por el consuelo recibido.

A solas conmigo, tal vez porque conocía mi necesidad de experiencia y conocimiento, el orientador me explicó:

-Nuestros amigos encarnados suponen, muchas veces, que somos simples adivinos, y por el solo hecho de que estemos fuera de la carne ya poseemos prominentes dones adivinatorios. No tienen en cuenta que el esfuerzo personal complementado con el trabajo efectivo es una ley vigente en todos los niveles de la evolución. Aún así, con una sonrisa paternal agregó:

-Entre tanto, es imprescindible reflexionar en cuanto a que nosotros mismos, cuando nos encontrábamos en la corteza terrenal, en circunstancias similares no habríamos procedido de otro modo.

Al día siguiente, como yo tenía más tiempo disponible,

Alexandre me invitó a que lo acompañara hasta la residencia de Ester. Tomaría el hogar de la interesada como punto de partida para los sondeos que deseaba llevar a efecto.

-¿Cómo? -le consulté-. ¿No sería más práctico invocar directamente al esposo desencarnado a través de nuestros poderes mentales? De ese modo se podría escuchar el relato de Raúl sin interferencias, y posteriormente se decidiría qué cabía hacer a favor de la viuda.

No obstante, sin despreciar mi idea, el instructor consideró: -Sin duda, ése es el método más fácil y en muchos casos debemos aplicar ese tipo de soluciones. Pero, André, completar la tarea de intercesión nos demanda algún aporte personal. Si pusiéramos a disposición de nuestra hermana Ester parte de nuestro tiempo y de nuestra capacidad, seremos merecedores de conocimientos más precisos con respecto a la situación general, y simultáneamente se enriquecerán nuestros méritos fundados en la colaboración. Quien hace el bien es el que primero se beneficia; quien enciende la luz recibe la iluminación en primer lugar.

Como si no deseara prolongar la conversación, Alexandre se quedó en silencio y emprendimos el trayecto hacia el hogar de Ester. Una vez más tuve ocasión para reflexionar que, al igual que en la Tierra, el servicio de colaboración fraternal en el mundo de los Espíritus demanda esfuerzo, tolerancia y actitud diligente.

La casa de la desconsolada viuda estaba ubicada en una calle modesta y aunque era relativamente confortable estaba, aparentemente, habitada por muchas entidades de condición inferior, lo que pude observar sin dificultad en función del movimiento de entradas y salidas aun antes de que hubiéramos ingresado al ambiente doméstico. Penetramos sin que los desdichados desencarnados notaran nuestra presencia, a causa del bajo nivel vibratorio que caracterizaba sus percepciones. El cuadro que estaba ante nuestra vista era desolador. La familia, constituida por la viuda, tres hijos y una pareja de ancianos,

estaba sentada a la mesa e ingería un almuerzo muy sencillo. Un hecho, hasta entonces inédito para mí, llamó mi atención: seis entidades envueltas en círculos oscuros participaban de la comida, como si estuviesen alimentándose por absorción.

-¡Oh, Dios! -exclamé aturrido, dirigiéndome al instructor-. ¿Será posible? ¿Desencarnados a la mesa?

Alexandre replicó tranquilamente:

-Amigo, en los hogares donde falta el equilibrio religioso, las escenas caracterizadas por el enviciamiento mental, la ignorancia y el sufrimiento son muy ilustrativas. Donde no existe un orden espiritual no hay defensas para la paz del alma. Ésta es una evidencia intuitiva para quienes aprecian la rectitud de pensamiento.

Hizo una breve pausa para observar el panorama del interior de la vivienda, y compadecido prosiguió:

-Aquellos que desencarnan en condiciones de excesivo apego a los que dejaron en la corteza de la Tierra, y encuentran en ellos las mismas cadenas de reciprocidad, por lo general siguen ligados a la casa, a las situaciones domésticas y a los Huidos vitales de la familia. Se alimentan junto con sus parientes y duermen en las mismas habitaciones donde se liberaron de su cuerpo físico.

-Pero, de hecho, ¿llegan a alimentarse ingiriendo las mismas comidas de otro tiempo? -pregunté atónito, al ver que las entidades congregadas allí absorbían con fruición las emanaciones de los humeantes alimentos-.

Alexandre agregó con una sonrisa:

-¿Tanta sorpresa solamente porque ve que ingieren alimentos por la nariz? ¿Y nosotros? ¿Acaso usted no sabe que el hombre encarnado recibe más del setenta por ciento de la alimentación habitual a través de

los principios atmosféricos, captados por los conductos respiratorios? Tampoco ignora que las sustancias cocinadas al fuego sufren una profunda desintegración. Pues bien, nuestros hermanos viciados de las sensaciones fisiológicas hallan en los elementos desintegrados el mismo sabor que experimentaban cuando poseían el envoltorio carnal.

-No obstante -alegué-, parece desagradable que durante las comidas tengamos la inevitable compañía de desconocidos, y más aún de desconocidos de la especie de los que están delante de nuestros ojos.

-Tampoco puede dejar de lado -adujo el orientador- que no se trata de gente desconocida. Éstos son los familiares que los encarnados retienen mediante sus densas vibraciones de apego enfermizo.

Alexandre reflexionó durante unos instantes y prosiguió:

-Con todo, admitamos su hipótesis. Aunque la mesa familiar estuviese rodeada de entidades indignas, ajenas a los lazos consanguíneos, existe la certeza de que las almas se reúnen en obediencia a las tendencias que los caracterizan, tanto como al hecho de que cada Espíritu tiene las compañías que prefiere.

En seguida, siempre deseoso de aportar bases firmes para mi aprendizaje, completó su explicación:

-La mesa familiar es invariablemente el refugio de influencias de naturaleza invisible. Valiéndose de ella, si el hombre meditara acerca del bien, los trabajadores espirituales cercanos a él habrían de sumarse para participar de su actividad en el bendito campo de los pensamientos sanos. Si la familia se mantiene en un nivel superior y rinde culto a las experiencias elevadas de la vida, se aproximarán a ella los orientadores de la iluminación espiritual que sembrarán, en el terreno de la conversación edificante, las semillas de ideas nuevas, que de esa manera circularán con la belleza sublime de la espontaneidad. No obstante, por los mismos principios de la ley de afinidad, la

maledicencia atraerá a los calumniadores invisibles, del mismo modo que la ironía irá en busca de las entidades burlonas y sarcásticas que inspirarán el anecdotario poco digno, y darán un amplio margen a la liviandad y la perturbación.

Señaló entonces al grupo que se hallaba alrededor de la mesa y añadió:

-Aquí, los deprimidos inveterados atraen a los familiares desencarnados de análoga categoría. Se trata del vampirismo recíproco. Escuche de qué hablan.

Agucé mis oídos y, en efecto, constaté que la conversación era muy lamentable:

-¡Nunca pensé que tendría que sufrir tanto en este mundo! - exclamaba la anciana tía de Ester, quejándose con amargura-. ¡Augusto y yo hemos trabajado arduamente en nuestra juventud!... Ahora, en la vejez, sin recursos para enfrentar la vida, ¡nos vemos obligados a ser un lastre para nuestra pobre sobrina viuda! ¡Oh, qué doloroso destino!...

Mientras las lágrimas se deslizaban por sus pálidas mejillas, el anciano le hacía coro:

-¡Es verdad! ¡Para una vida laboriosa y difícil, tan ingrata compensación! ¡Jamás imaginé una vejez tan sombría!...

Las entidades, cubiertas con túnicas oscuras, al escuchar semejantes declaraciones parecían más conmovidas aún, y abrazaban a los ancianos con vehemencia.

La viuda, aunque apenada, agregaba resignadamente:

-En efecto, nuestras pruebas han sido crueles; sin embargo, debemos confiar en la bondad de Dios.



Alexandre concentró en ella toda su atención y, seguidamente, noté que en el alma de la viuda brotaba una disposición singular. Con sus ojos brillantes, como si percibiese a la distancia nuestra influencia espiritual, recordó en forma vaga un sueño que había tenido durante la noche, y agregó:

-Gracias a la Providencia hoy he amanecido mucho más confortada. Soñé que la prima Etelvina me condujo a la presencia de un mensajero celestial que bendijo mi corazón, para alivio de los intensos dolores de estos últimos días. ¡Oh, cuánto me regocijaría si pudiera reconstruir ese sueño tan alentador!

-¡Cuéntanos, mamá! -exclamó su hijita de unos siete años de edad, que hasta entonces había guardado silencio-.

La señora, de buen talante, comentó:

-Hija querida, las sensaciones profundas no se pueden describir. No me acuerdo con precisión de todo, pero sí recuerdo que el enviado de Jesús me escuchó pacientemente, y luego me dirigió palabras amorosas que me infundieron valor. Lejos de reprenderme, me recibió con bondad y, dando ejemplo de una tolerancia superior escuchó mis quejas hasta el final, como lo hace un médico abnegado. Sin dudas, hoy me levanté con el ánimo renovado. Ejercitemos la resignación, Dios nos ayudará. Tan pronto como me recupere por completo ganaré nuestro pan con el trabajo honesto. Tengamos esperanza y fe.

Ante las valientes declaraciones de Ester los niños intercambiaron miradas y sonrisas, mientras que los ancianos disimulaban la amargura que sentían.

Pensé en la posibilidad de hacerme visible a los compañeros desencarnados carentes de luz que se encontraban en el lugar, a fin de conversar con ellos y sondear sus experiencias, pero Alexandre me disuadió:

-Sería perder el tiempo -dijo-. Si desea beneficiarlos, vuelva otra vez más adelante. Los pensamientos que se conservan estancados en la mente a lo largo de muchos años no se renuevan con las explicaciones verbales de un día. Por el momento nuestro objetivo es otro. Necesitamos obtener noticias acerca de Raúl. Por otra parte, si aprovecháramos la ocasión para escuchar a nuestros hermanos desencarnados aquí presentes, comprobaríamos de inmediato que ellos sólo podrían enunciar dolorosas quejas, lo que no sería de provecho.

A continuación, revelando escaso interés por las conversaciones de los encarnados, atento a nuestro objetivo esencial y prioritario manifestó:

-Busquemos a algunos de nuestros hermanos visitantes. Les suministraremos las primeras informaciones, de modo de organizar de inmediato nuestra intercesión con vistas a dilucidar el caso.

Alexandre se dirigió hacia otras habitaciones y también yo me retiré del modesto comedor, aunque hubiera preferido continuar con mis observaciones. Pero, al parecer, el instructor no tenía mucho tiempo que perder.

A los pocos minutos nos encontramos con una entidad de aspecto humilde pero sumamente digno, a quien Alexandre se dirigió con amabilidad:

-Amigo, ¿es usted un visitador en cumplimiento de sus funciones?

-Así es, para servirlo -respondió respetuosamente el interpelado-

El orientador le expuso con franqueza y en pocas palabras lo que deseábamos.

Entonces, el hermano visitador explicó ordenadamente: él había

conocido a Raúl muy de cerca. Le había prestado ayuda en muchas ocasiones y lo había asistido espiritualmente en forma continuada; no obstante, ni él ni otros de sus amigos habían podido evitar el suicidio que había sido fríamente calculado.

-¿Suicidio? -preguntó Alexandre en procura de información completa-. La viuda cree que se trató de un asesinato.

-En realidad, él lo encubrió con cuidado -manifestó el nuevo amigo-. Había urdido por largo tiempo el lamentable acto, hasta que el último día adquirió el revólver para el fin que se proponía. Disparó a la zona del corazón y arrojó el arma a una corta distancia, después de haberla utilizado, con cuidado suficiente para evitar las impresiones digitales. De ese modo consiguió burlar la confianza de sus familiares, y les hizo suponer que había sido un doloroso crimen.

-¿Llegó a verlo en los minutos finales de la tragedia? -indagó Alexandre en tono paternal-.

-Así es -aclaró el interlocutor-, junto con algunos amigos intentamos socorrerlo, pero dadas las circunstancias de que su muerte era voluntaria y premeditada fríamente, no pudimos sacarlo del abismo sangriento en que se sumergió, atrapado por vibraciones densas y angustiosas. Permanecíamos en cumplimiento de nuestra responsabilidad con el fin de ampararlo cuando se aproximó una “banda” de varias decenas de desdichados, que abusó de él y lo trasladó sin dificultad, debido a la compatibilidad de fuerzas perversas. Como puede comprender, no nos ha sido posible arrebatarlo del poder de los asaltantes de las sombras que se lo llevaron...

El instructor parecía satisfecho con las explicaciones y, cuando comprendí que se disponía a dar por terminada la conversación, osé preguntar:

-Pero... ¿y la causa del suicidio? ¿No sería interesante oír al

visitador?

-No -explicó Alexandre, tranquilamente-. Lo averiguaremos con el propio interesado.

Nos despedimos. Una precisa cuestión atormentaba mi cerebro. No la contuve por muchos instantes y, dirigiéndome al generoso orientador le pregunté:

-¿Una “banda”? ¿Qué significa?

Alexandre, que parecía más preocupado, me explicó:

-La “banda” a que se refiere el informante es una multitud de entidades delincuentes dedicadas a la práctica del mal. Aunque su influencia está limitada por las abundantes defensas que circundan los núcleos de nuestros hermanos encarnados, tanto como nuestras propias esferas de acción, las bandas causan muchas perturbaciones pues concentran los impulsos de sus fuerzas conjuntas.

Como notó que mi extrañeza era muy grande, el instructor agregó:

-No se sorprenda, amigo. La muerte física no es un recubrimiento milagroso que convierte a los malos en buenos y a los ignorantes en sabios de un momento para otro. Algunos desencarnados se apegan a los ambientes domésticos, del mismo modo que la hiedra se adhiere a las paredes. Otros, en gran cantidad, dan rienda suelta a su rebeldía en los círculos de la ignorancia que los caracteriza, y constituyen las denominadas legiones de las tinieblas, que enfrentaron al propio Jesús por intermedio de diversos obsesos. Se organizan diabólicamente, forman cooperativas criminales y, ¡ay de aquellos que se transforman en sus cómplices! Los que caen en la senda evolutiva, porque desprecian las oportunidades divinas, son transformados en sufridos esclavos de esos transitorios, pero terribles, poderes de las sombras, en un cautiverio que suele ser de larga duración.

-El visitador regional, como guardián de estos sitios -averigüé con asombro-, ¿no podría haber defendido al desventurado suicida?

-Si él hubiera sido víctima de asesinato, sí -respondió el instructor-, porque en la condición de verdadera víctima, el hombre segrega determinadas corrientes de fuerza magnética que le permiten tomar contacto con los misioneros dedicados al auxilio. Pero, en el suicidio deliberado previamente, sin la intromisión de enemigos ocultos como en este caso que estamos analizando, el desequilibrio del alma es indescriptible, y una de las consecuencias es la absoluta incapacidad para establecer sintonía mental con los elementos superiores.

-Aun así -pregunté sorprendido-, ¿los centinelas espirituales no podrían haberlo socorrido independientemente?

Alexandre insinuó un gesto de tolerancia fraterna y ratificó: - Puesto que la libertad interior es uno de los atributos de los hijos de la creación, no es posible implementar precipitadamente servicios de socorro para aquellos que caen en los precipicios del sufrimiento impulsados por una acción intencionada, con plena conciencia de sus decisiones. En tales casos, el dolor funciona como una medida de auxilio en lo relativo a las enmiendas indispensables. “Pero... ¿y los malos que parecen felices en su propia maldad?”, preguntará usted como es lógico. Ésos son los sufridores perversos y empedernidos de todas las épocas, que a pesar de que reconocen su propia decadencia espiritual, generan una peligrosa capa de insensibilidad alrededor de su corazón. Desesperados y decepcionados alimentan una venenosa rebeldía y se arrojan a la torva frecuencia vibratoria del crimen, hasta que un nuevo rayo de luz destelle en el cielo de sus conciencias.

El tema ofrecía la oportunidad para valiosas aclaraciones, pero Alexandre hizo un gesto en señal de que no podía emplear demasiado tiempo en palabras, de modo que después de un breve intervalo añadió:

-André, permanezca en oración, necesito de su ayuda durante

algunos segundos. Ahora que tengo informaciones concretas del visitador debo poner en acción mi capacidad visual, a fin de averiguar cuál es el paradero del desdichado hermano.

Aunque me mantuve en oración, observé que el orientador entraba en profundo silencio. Habían transcurrido unos pocos minutos cuando Alexandre tomó la palabra y exclamó, como quién regresaba de una sorprendente excursión:

-Podemos avanzar. El pobre hermano, semiinconsciente, se encuentra imantado a un grupo de peligrosos vampiros en una aldea cercana.

El instructor se puso en camino. Lo seguí paso a paso en silencio, acosado por mi intensa curiosidad.

Poco después, alejados de los núcleos suburbanos, nos encontramos en la vecindad de un enorme matadero.

Mi sorpresa no tenía límites cuando observé la actitud de vigilancia adoptada por mi orientador, que atravesó con decisión la amplia puerta de entrada. Por las vibraciones del ambiente reconocí que el lugar era de los más desagradables que hasta entonces, en mi nueva fase de superación espiritual, había conocido. Seguí a Alexandre muy de cerca, mientras observaba a numerosos grupos de entidades decididamente inferiores que se hacinaban en el lugar. Delante del local donde se procedía a la matanza de los bovinos capté un cuadro aterrador. Numerosos desencarnados, en lastimosas condiciones, se arrojaban sobre los borbotones de la sangre que fluía como si procurasen beber el líquido, con sed abrasadora...

Alexandre percibió el asombro tormentoso que se apoderó de mí, y con serenidad me explicó:

-¿Se da cuenta, André? Estos infelices hermanos, que no nos vendada la deplorable situación de embrutecimiento e inferioridad en que

se encuentran, están succionando las fuerzas del plasma sanguíneo de los animales. Son seres famélicos que despiertan piedad.

Pocas veces en toda mi vida había experimentado tanta repugnancia. Las escenas más desagradables de las zonas inferiores que hasta entonces había podido presenciar, no me habían impresionado con tanta amargura. ¿Desencarnados que buscaban alimentos de tal especie? ¿Un matadero poblado de entidades perversas? ¿Qué significaba todo aquello? Recordé mis reducidos estudios de historia y me remonté a la época en que las generaciones primitivas ofrecían, a sus supuestos dioses, la sangre de los toros y los cabritos. ¿Estaría allí, en aquel cuadro horripilante, la representación de los antiguos sacrificios en los altares de piedra? Dejé que las primeras impresiones se encendieran como brasas en mi cerebro al punto que sentí, como en el pasado, que mis ideas giraban en un torbellino.

Alexandre, servicial como de costumbre, se acercó afectuosamente para explicarme:

-¿A qué se debe tanta sensación de pavor, amigo? Salga de sí mismo, quiebre el caparazón de la interpretación personal y trasládese hacia el amplio campo de la justificación. ¿No hemos visitado juntos en la esfera de la corteza los más diversos mataderos? Recuerdo que en mi antiguo hogar terrestre, la matanza de los cerdos daba, invariablemente, motivo a gran algarabía familiar. La carcasa, recubierta de carne y grasa, significaba abundancia para la cocina y satisfacción para el estómago. Con el mismo derecho, los desencarnados, tan inferiores como nosotros lo hemos sido, se acercan a los animales muertos cuya sangre humeante les ofrece vigorosos elementos vitales. Sin dudas, la escena es lamentable, pero no nos compete condenarlos. Cada cosa, cada ser, cada alma, se encuentra en el proceso evolutivo que le corresponde. Y si ya hemos dejado atrás los niveles inferiores, y comprendemos cuán difícil es el avance dentro del terreno de la elevación espiritual, debemos conservar en todo momento la intención sincera de auxiliar, a fin de poner en acción las mejores posibilidades

que estén a nuestro alcance para cumplir con el servicio al prójimo.

La advertencia era de gran utilidad. Las palabras del instructor penetraron en mi alma como un precepto, y corrigieron mi actitud mental. Encaré con serenidad la escena que estaba ante mi vista y, cuando notó que había recuperado el equilibrio, Alexandre me mostró una entidad de aspecto lastimoso, semejante a un autómatas, que deambulaba entre los demás. Después de observar sus ojos, casi sin expresión, reparé en que su vestimenta estaba ensangrentada.

-Es el suicida que buscamos -exclamó el instructor con certeza-.

-¿Qué? -pregunté desorientado-. ¿Por qué necesitan de él los vampiros?

-Esos desventurados -aclaró Alexandre- abusan de los que recién han desencarnado, carentes de defensas como el pobre Raúl, y en los primeros días posteriores a la muerte física les absorben las fuerzas vitales después de haberse aprovechado de su cuerpo denso...

Estaba atónito. Rememoraba las antiguas informaciones religiosas acerca de las tentaciones diabólicas cuando el orientador, firme en su sagrada misión de auxilio, consideró:

-No se impresione en sentido negativo, André. El hombre que se desvía de la senda recta del bien, esté encarnado o desencarnado, puede llegar a ser un peligroso genio del mal. No tenemos tiempo que perder. Vamos a proceder al socorro de este desdichado.

Fui detrás del diligente mentor y, al igual que él, me aproximé al lastimoso ser. Alexandre levantó su diestra por encima de la cara de Raúl y lo envolvió en un vigoroso influjo magnético. Transcurridos algunos instantes Raúl estaba rodeado de luz. Los seres de las sombras lo notaron de inmediato, y observé que la mayoría se apartaba lanzando gritos de pavor. Cuando vieron la luminosidad que envolvía a la víctima se pusieron lívidos, aterrados. Uno de los verdugos más atrevidos



advirtió al resto, en voz alta:

-¡Dejemos a este hombre entregado a su suerte! ¡Los “Espíritus poderosos” están interesados en él! ¡Soltémoslo!

Mientras los verdugos se retiraban apresuradamente, como si temiesen algo que yo no llegaba a comprender todavía, a causa de la aproximación de aquella bendita luz que provenía de las alturas, por mi parte, me sumergía en angustiosas preguntas íntimas. El cuadro era típico de las antiguas leyendas de demonios que abandonan a las almas prisioneras de sus propósitos infernales. Las palabras “Espíritus poderosos” habían sido pronunciadas con evidente ironía. Por la claridad que envolvía al suicida, ellos comprendían que estábamos presentes y, aunque huyeran amedrentados, nos lanzaban burlas.

Poco más tarde, aquel matadero de grandes proporciones había quedado desierto de los vampiros voraces. Alexandre, para dar por terminada la operación magnética tomó la mano de aquel amigo sufriente, que parecía aturdido por la influencia maligna. Mientras lo sacaba de ese antro, en camino hacia el campo, dijo bondadosamente:

-No conserve en su corazón las palabras irónicas que hemos oído. Esos hermanos desventurados merecen nuestra máxima compasión. Concentrémonos en lo que nos interesa.

Me recomendó que diera amparo al nuevo amigo, que parecía no tener conciencia de nuestra colaboración y, después de algunos minutos de marcha, nos detuvimos bajo un frondoso árbol. Allí depositamos al hermano, debilitado y tambaleante, sobre la hierba fresca.

Impresionado con su mirada inexpresiva, le solicité explicaciones al orientador, cuya palabra amistosa no se hizo esperar: - El pobrecito ha perdido transitoriamente la memoria. Su estado, después de tan prolongada succión de sus energías vitales, es de lamentable inconsciencia.

En vista de mi perplejidad, Alexandre agregó:

-¿Qué desea? ¿Esperaba identificar aquí el proceso del menor esfuerzo? El magnetismo del mal está también lleno de poder, sobre todo en relación con aquellos que caen voluntariamente bajo sus tentáculos.

A continuación se inclinó paternalmente sobre el desventurado suicida y le preguntó:

-¿Hermano Raúl, cómo se siente?

-Yo... yo... -murmuró el pobre, como si se hallara sumergido en profundo sueño- no sé...no sé nada...

-¿Se acuerda de su esposa?

-No... -respondió el suicida de modo vago-.

El instructor volvió a ponerse de pie y me dijo:

-Su inconsciencia es total. Necesitamos despertarlo.

Entonces, determinó que yo permaneciese allí, vigilante, mientras él iría en busca de ayuda.

-¿No podemos despertarlo nosotros mismos? -consulté, sorprendido-.

El orientador sonrió y consideró:

-Fácilmente se reconoce que usted no es veterano en servicios de “intercesión”. ¿Se olvida de que cuando lo despertemos no sólo recuperará la conciencia de sí mismo, sino que también se encontrará con su dolor? Vamos a romper la costra de magnetismo inferior que lo envuelve, y él recuperará el conocimiento de su propia situación.

Asimismo, sentirá el martirio del pecho perforado por el proyectil, y rugirá de angustia al tomar contacto con la supervivencia dolorosa, que por otra parte él mismo creó. Por consiguiente, en tales casos las primeras impresiones son francamente terribles; deben transcurrir algunas horas antes del alivio duradero. En cuanto a nosotros, nos aguardan otras obligaciones, de modo que convendrá confiarlo a los cuidados de otros amigos.

Las reflexiones me habían impresionado profundamente.

Pasaron veinte minutos, aproximadamente, y Alexandre volvió acompañado de dos hermanos que se prepararon para conducir al desdichado y, poco después, nos encontrábamos en una casa espiritual para socorros de urgencia situada en el ámbito de la corteza terrestre. Era notorio que la organización cumplía tareas de emergencia, pues el material de asistencia era francamente rudimentario.

Como si adivinara mi pensamiento, Alexandre me explicó: - Dentro del círculo de las vibraciones antagónicas de los habitantes de la Tierra no se puede instalar una institución completa de auxilio. Por consiguiente, el trabajo de socorro está afectado por una inevitable deficiencia. Con todo, esta casa es un hospital móvil que funciona en virtud de la abnegación de muchos compañeros.

Ubicado Raúl sobre un blanco lecho, el devoto instructor comenzó a aplicarle pases magnéticos sobre la región cerebral. No pasó mucho tiempo hasta que el pobre hermano lanzó un grito estertóreo y vibrante que me desgarró el corazón.

-¡Me muero! ¡Me muero!... -gritaba Raúl en estado de desesperación, intentando escalar las paredes-. ¡Ayúdenme, por caridad!

Y oprimiéndose el pecho con las manos, exclamaba con voz conmovedora:

-¡Mi corazón está destrozado! ¡Ayúdenme!... ¡No quiero morir!...

Enfermeros solícitos lo cuidaban con esmero, pero el paciente parecía presa del horror. Con los ojos desorbitados, en una máscara de inenarrable sufrimiento, continuaba gritando estentóreamente como si despertara de una angustiada pesadilla.

-¡Ester! ¡Ester!... -llamó el desdichado al recordar a su sacrificada esposa-. ¡Ven a auxiliarme, por amor de Dios! ¡Socórreme! ¡Mis hijos! ¡Mis hijos!...

Alexandre se acercó a él paternalmente y le dijo:

-Raúl, ¡tenga paciencia y fe en el divino poder! Procure enfrentar valerosamente la difícil situación que usted mismo creó. No invoque el nombre de la dedicada compañera, ni llame a los hijos amados que dejó en su antiguo paisaje del mundo, porque la puerta material de su casa se cerró junto con sus ojos. Si usted hubiese cultivado el amor cristiano, si hubiera apreciado las oportunidades que el Señor le brindó, le sería fácil en este momento regresar al nido afectuoso para reencontrarse con los seres amados, aunque ellos no consiguieran identificar su presencia. Pero... ahora, amigo, es demasiado tarde... es necesario esperar otra ocasión para trabajar y purificarse, porque su oportunidad, con el nombre terrestre de Raúl, ha finalizado...

Un intenso pavor se estampó en el semblante del desdichado, y preguntó:

-Por ventura, ¿estoy muerto? ¿Acaso no siento el corazón atravesado por el dolor? ¿No está mi ropa ensangrentada? ¿Será esto morir? ¡Es absurdo!...

Con la mayor serenidad, el bondadoso instructor volvió a hablar:

-¿No fue usted quien empuñó el arma contra su propio pecho? ¿No fue usted quien buscó el corazón para acabar con su propia vida?

¡Oh, amigo! ¡Los hombres pueden engañarse unos a otros, pero ninguno de nosotros podrá eludir la Justicia divina!

Al sentirse descubierto, el suicida se mostró muy avergonzado y prorrumpió en sollozos, murmurando:

-¡Ah! ¡Qué desventurado soy! ¡Mil veces desdichado!... Alexandre, compasivo, no volvió a hablarle de aquella circunstancia. Después de recomendarlo cariñosamente a los cuidados de los hermanos responsables de los servicios de asistencia, se dirigió a mí para explicarme:

-Vamos, André. Nuestro nuevo amigo está en una crisis cuya culminación no cederá antes de unas setenta horas, aproximadamente. Volveremos más tarde, a verlo.

De regreso a mis tareas esperé con ansiedad el instante en que reanudaríamos las observaciones educativas. Me impresionaba la complejidad del servicio de “intercesión”. Las simples oraciones de una esposa nostálgica y dedicada habían desencadenado numerosas actividades para mi orientador, y valiosas enseñanzas para mí. ¿Cómo procedería Alexandre en la fase final? ¿Qué revelaciones iríamos a escuchar de Raúl, siendo nosotros compañeros interesados en su bienestar? ¿Conseguiría su esposa algún consuelo en su condición de viudez?

Numerosas preguntas bullían en mi interior, y esperé el momento oportuno. Trascurridos cuatro días el instructor me invitó a volver sobre el tema, lo que me hizo desbordar de alegría ante la posibilidad de proseguir el aprendizaje que favorecía mi propia evolución.

Encontramos a Raúl con muchos dolores. No obstante, estaba más calmo, con disposición para mantener una conversación explicativa. Se quejaba de la herida abierta, del corazón descontrolado, de los agudos sufrimientos, del profundo abatimiento. Sabía que ya no

se encontraba en el círculo carnal, aunque semejante verdad le costara angustioso llanto.

-Tranquílcese -le dijo mi orientador con indescriptible bondad-. Su situación es difícil, pero podría ser mucho peor. Algunos suicidas permanecen aferrados a los despojos cadavéricos por tiempo indeterminado, de modo que asisten a la descomposición de su organismo y experimentan el ataque de los gusanos voraces.

-¡Ay de mí! -suspiró el miserable-. Además de suicida también soy criminal.

Y demostrando una infinita confianza en nosotros, Raúl nos relató su triste historia, en procura de justificar el hecho referido.

En la juventud se había trasladado desde el interior a la gran ciudad, en respuesta a la invitación de Noé, su camarada de la infancia. Compañero devoto y sincero, ese amigo lo presentó en cierta ocasión a su querida novia, con la que en el futuro esperaba preparar un nido de dicha doméstica. ¡Ay! Desde ese día en que vio a Ester por primera vez no pudo olvidarla. La joven personificaba lo que él apreciaba como su más elevado ideal para acceder a un matrimonio feliz. En su presencia se sentía el más dichoso de los hombres. Su mirada le alimentaba el corazón, sus ideas constituían la continuidad de sus propios pensamientos. ¿Cómo le haría sentir su inmenso afecto? Noé, el buen compañero del pasado, se había convertido en un obstáculo que era preciso quitar. Ester no sería capaz de traicionar el compromiso que había asumido. Noé demostraba ser infinitamente generoso y respetable, él no provocaría una ruptura. Fue entonces cuando brotó en su cerebro la tenebrosa idea de un crimen: eliminaría a su rival, no cedería su felicidad a nadie. El compañero debería morir. Pero ¿cómo llevaría a cabo el plan sin dar lugar a complicaciones con la justicia? Cegado por una violenta pasión se puso a estudiar minuciosamente la concreción de sus criminales propósitos, hasta que halló una fórmula sutil para eliminar a quien era un amigo dedicado y fiel. Raúl comenzó

a usar un conocido y poderoso veneno en dosis muy pequeñas, y lo aumentó lentamente hasta habituar a su organismo, con cantidades que para alguna otra persona serían fulminantes. Alcanzado el nivel de resistencia necesario invitó al compañero a una comida y le dio a beber el repugnante veneno en un vino agradable, que él mismo tomó sin riesgo alguno. Sin embargo, Noé falleció a las pocas horas y, para la opinión general, quedó calificado como suicida. Raúl guardó para siempre el terrible secreto y, después de cortejar gentilmente a la llorosa novia consiguió imponerle su simpatía, lo que culminó con el casamiento. Había logrado la conquista que más deseaba: Ester le pertenecía como esposa. Llegaron los hijos para adornarle la vida, pero... en su conciencia conservaba una herida irreparable. En las íntimas escenas del hogar, a través de la pantalla de su mente, veía a Noé que le recriminaba su proceder. Ni los besos de su esposa ni las caricias de sus hijos conseguían apartar la visión implacable. En lugar de disminuir, sus remordimientos aumentaban día a día. En el trabajo, mientras leía, cuando estaban sentados a la mesa, en la alcoba conyugal, la víctima seguía contemplándolo en silencio. A cierta altura de los acontecimientos quiso entregarse a la justicia del mundo y confesar su horripilante crimen, pero no se sentía con el derecho de perturbar el corazón de su compañera; tampoco podía llenar de lodo el futuro de sus hijos. La sociedad lo respetaba, y veneraba el clima de su hogar. Distinguidos compañeros de trabajo apreciaban su compañía. ¿Cómo daría a conocer la verdad en tales circunstancias? Aunque amaba tiernamente, tanto a su esposa como a sus hijos, se hallaba agotado, al final de una prolongada resistencia espiritual. Vivía la amenaza de la perturbación mental, del hospicio, del aniquilamiento, y eludía la confesión del crimen que cada día se hacía más inminente. Para entonces, la idea del suicidio tomó cuerpo en su cerebro atormentado. No resistió más. Escondería el último acto de su drama silencioso, así como había ocultado la primera tragedia. Compró un revólver y esperó. Cierta día, después del trabajo diario, se detuvo en el camino de regreso al hogar y empuñó el arma contra su propio corazón, actuando cautelosamente para evitar las huellas digitales. Alcanzado el blanco, en un supremo esfuerzo se deshizo del revólver homicida y sólo le

prestó atención al indescriptible padecimiento del tórax oprimido... Con dificultad, como si sus ojos estuvieran nublados, sintió que algunas personas intentaban socorrerlo y, luego, una verdadera multitud de seres que él no pudo ver lo arrebató del lugar del hecho aciago... Desde entonces, un debilitamiento generalizado lo había afectado por completo. Se sentía prisionero de un sueño pesado y angustioso, poblado de crueles pesadillas. Finalmente recuperó la conciencia de sí mismo, en aquel modesto cuarto, después de que Alexandre reparara sus exhaustas energías...

Al terminar la extensa y amarga confesión, Raúl tenía el pecho oprimido y gruesas lágrimas le lavaban el rostro.

Profundamente conmovido, por mi parte no sabía qué decir. Aquel drama oculto podía impresionar incluso a los corazones empedernidos. Alexandre, a su vez, dando muestras de la dimensión de sus elevadas experiencias, mantenía una respetable serenidad cuando habló:

-Hasta en los más profundos abismos, Raúl, existe siempre un lugar para la esperanza. No se deje dominar por la idea de impedimento. Piense en la renovación de su oportunidad; medite acerca de la magnanimidad de Dios. Transforme su remordimiento en un propósito de regeneración.

Luego de una breve pausa, mientras el desdichado se deshacía en llanto, el mentor prosiguió:

-En verdad, sus males actuales no pueden desaparecer como por milagro. A todos nos corresponde una cosecha en concordancia con la siembra realizada, e incluso nosotros, que hoy estamos aprendiendo algunas cosas, hemos pasado innumerables veces por la lección que implica volver a comenzar. Tenga calma y valor.

A continuación, Alexandre lo puso en conocimiento de la causa



de nuestro interés en él, y le explicó que la tarea de auxilio fraterno había comenzado a partir de los ruegos de su compañera amorosa y desolada. Le dio noticias acerca de ella, de los hijos y de los ancianos tíos; le mencionó la nostalgia de Ester y la ansiedad que sentía por volver a verlo, aunque fuese por un solo minuto, durante el sueño del vehículo físico.

Al escuchar las últimas informaciones, el suicida pareció reanimarse vivamente, aunque alegó:

-¡Ay! ¡No soy digno! ¡Mi miserable estado acrecentaría sus penas!...

Sin embargo, el orientador acarició paternalmente su frente y le prometió intervenir para dar una solución al problema.

Nos retiramos nuevamente y, al percibir mi profunda sorpresa, Alexandre manifestó:

-Por medio del pequeño drama que consideramos, amigo, usted puede calcular la extensión y la complejidad de nuestras tareas en los servicios de “intercesión”. Nuestros compañeros encarnados a veces nos solicitan determinados trabajos, lejos de imaginar la complejidad de las verdaderas situaciones. Para la sociedad humana Raúl es una víctima de sicarios ocultos, cuando en realidad es víctima de sí mismo. Para la compañera es el marido ideal, pero él fue un criminal y un suicida.

Comprendí las dificultades morales que teníamos delante para satisfacer el pedido que nos había conducido a semejante investigación. Las palabras del instructor no evidenciaban otra cosa. Desde mi punto de vista osé preguntar:

-¿Cree que la hermana Ester está suficientemente preparada para admitir la realidad de nuestras conclusiones?

Alexandre movió su cabeza indicando una negación y replicó:

-Solamente son dignos de la verdad absoluta quienes se encuentran plenamente liberados de las pasiones. Ester es profundamente bondadosa, pero todavía no logró el dominio sobre sí misma. No es dueña de sus emociones, todo lo contrario, sus emociones se han adueñado de ella. Por consiguiente, de ningún modo debemos ponerla en conocimiento pleno de lo sucedido. Está predispuesta a recibir consuelo, pero no la verdad.

Las manifestaciones del instructor me chocaron, en cierto modo. ¿Cómo haríamos para omitir los detalles de la tragedia? ¿No sería eso faltar a la verdad? ¿Cuál sería el proceso adecuado para consolar a la nostálgica esposa, y al mismo tiempo ocultarle el verdadero sentido de los acontecimientos?

Con todo, Alexandre comprendió mis digresiones y dijo:

-¿Qué derecho nos asiste para perturbar el corazón de una pobre viuda en la corteza terrenal, con el pretexto de ser veraces? ¿Con qué motivo empañaríamos la esperanza plácida de tres adorables niños si tal vez envenenaríamos su destino, sólo para exhibirnos como paladines de la verdad? ¿En qué habrá más alegría, en mostrar la lobreguez de un crimen o en descubrir la fuente de donde mana el consuelo? André, querido hermano, ¡la vida nos demanda mucho discernimiento! ¡Cada palabra tiene su ocasión, y cada revelación su momento propicio! No es compatible un servicio de socorro con la agresión a quien lo solicita. La respuesta a la plegaria de Ester no debe ser portadora de desaliento. Por eso mismo no todos reciben, aunque lo quieran, la delegación de lo Alto para los servicios de asistencia.

Entendí la observación.

Ese mismo día acompañé a Alexandre a la entrevista con las autoridades del sector del Auxilio, a las que pidió la colaboración de

una de las hermanas que se desempeñaban en los grupos de socorro, como intercesora de mayor eficacia en relación con los sentimientos de Ester. Fue designada Romualda, por su dedicación y bondad, una joven que descendió a la corteza terrena junto con nosotros y recibió con sumo cuidado las recomendaciones del servicial amigo. Alexandre no se extendió en abundancia de instrucciones. Romualda debería preparar espiritualmente a la viuda para la visita al esposo desencarnado, que sería en la noche siguiente y, a continuación, permanecer al lado de ella durante dos semanas, de modo de colaborar con el restablecimiento de sus energías psíquicas y contribuir, también, a la reorganización del aspecto económico de su vida mediante un empleo honesto y digno.

Era para destacar el cariño con que el considerado instructor atendía las providencias para el cumplimiento de los objetivos propuestos.

Poco antes del momento marcado para el encuentro de los cónyuges llegamos al hospital volante de socorro espiritual, donde el instructor supervisó personalmente todas las medidas. Recomendó a Raúl el mejor ánimo y le insistió que no pronunciase la menor expresión de queja, así como también que se abstuviese de hacer algún gesto que pudiese traducir impaciencia o aflicción. Luego ordenó que se vendara la llaga abierta, de la cual todavía manaba sangre, y era muy visible en la región desgarrada del organismo periespiritual, de modo que la esposa no recibiese ninguna impresión de sufrimiento. El propio Raúl, admirado de la lección de buenas maneras, estaba atento a todas las instrucciones y se mostraba satisfecho y reanimado.

Unos minutos después entró Romualda acompañada de Ester, cuya mirada dejaba entrever angustia y expectación. Alexandre la tomó por el brazo y le mostró al compañero, acostado en un lecho entre blancas sábanas.

-¡Raúl! ¡Raúl! -gritó la desolada viuda, provisoriamente liberada del cuerpo carnal, con un tono de voz tan angustioso que me estrujó el

corazón-.

Estaba sumamente conmovida. Quiso proseguir y no pudo. Se le doblaron las rodillas y se encontró genuflexa junto al lecho de su esposo, sollozando desconsolada. Observé que él tenía los ojos llenos de lágrimas contenidas. Alexandre lo miraba fijamente, dándole a entender la importancia de que conservara el valor en aquel angustioso testimonio. Como un niño interesado en conocer las recomendaciones paternas, el suicida seguía con la mirada los menores gestos de nuestro generoso orientador. En cierto momento Alexandre le hizo una sutil seña, y Raúl tomó la mano de su compañera deshecha en lágrimas, y le dijo:

-¡No llores más, Ester! ¡Ten confianza en Dios! ¡Vela por nuestros retoños y dame el soporte de tu fe! Aquí todo está bien... ¡No existe un motivo para que nos lamentemos! Querida, la muerte no es el final. Acepta la voluntad del Padre, así como yo trato de aceptarla... Nuestra separación es transitoria... ¡Nunca te olvidaré! Yo también siento nostalgia de tu compañía, de tu dedicación, ¡pero el Altísimo nos enseñará a transformar la melancolía en esperanza!

Al escuchar las palabras del suicida, tanto como la dulce inflexión de su voz, me quedé sorprendido. Raúl demostraba un potencial de sutileza y refinamiento psicológico que hasta entonces no había revelado a la captación de mi intelecto. En ese preciso instante agucé mi percepción visual y noté que unos hilos tensísimos de luz conectaban la frente de Alexandre al cerebro de él, y comprendí que el instructor le suministraba un vigoroso influjo magnético, de modo de ampararlo en aquel difícil trance.

Al escuchar sus expresiones de consuelo, la viuda pareció reanimarse y exclamó, en medio de su llanto:

-¡Oh, Raúl, sé que estamos separados por el abismo de la sepultura!... Sé que debo esperar la decisión suprema para unirme a ti

definitivamente... ¡Escúchame! ¡Ayúdame en la Tierra, en mi viudez inesperada y dolorosa! ¡Levántate y ven a nuestra casa, para infundir esperanza a mi alma abatida! Defiéndenos asimismo de los que pudieran hacernos daño... no me dejes sola con nuestros hijitos, que tanto necesitan de ti... ¡Pide a Dios esa gracia y ven a ayudarnos hasta el fin!...

Aunque continuaba tendido en el lecho, el interpelado le acarició afectuosamente los cabellos y respondió:

-¡Ten valor y fe! Ten presente, Ester, que existen padecimientos mayores que los nuestros, y busca la resignación... Voy a fortalecerme y proseguiré trabajando por todos nosotros... Así como tú esperas mi asistencia, yo cuento con tu confianza. ¡El Señor no nos encomienda la solución de problemas ajenos a nuestras necesidades! ¡Regresa a nuestro hogar y conserva la alegría! ¡No temas a la necesidad; nunca habrá de faltarnos la bendición del pan! ¡Procura la alegría a través del trabajo honesto, y siembra el bien en cada una de las oportunidades que el mundo te presente! ¡La práctica del bien aporta salud al cuerpo y alegría al alma! De ese modo, Dios, bueno y justo, bendecirá a nuestros niños, a fin de que sean felices junto a ti... ¡No te demores más! ¡Vuelve confiada! ¡Ten la convicción de que estoy vivo, y de que la muerte del cuerpo sólo constituye una imprescindible transformación!...

La esposa había disimulado su ansiedad, pero al comprender que la oportunidad de ese reencuentro se agotaba dejó al descubierto una gran curiosidad y aflicción cuando, con la mirada fija en el compañero, a través de las lágrimas le preguntó:

-Raúl, antes de que me vaya, dime con franqueza... ¿Qué ocurrió?  
¿Quién te quitó la vida?

Noté que el interpelado mostró en su mirada una terrible angustia, ante esa inesperada pregunta. Tal vez, tuvo la intención de confesar la verdad, de hacer luz en torno a sus últimas experiencias,

pero el socorro magnético de Alexandre no se hizo esperar. Un haz de intensa luminosidad salió de la mano del orientador que, a esa altura de la conversación, mantenía sobre la frente del suicida su mano protectora. Se transformó la expresión fisonómica de Raúl y se restableció su serenidad y su valor. Nuevamente en calma, le dijo a su compañera:

-Ester, los procedimientos de la Justicia divina no están al alcance de nuestra apreciación... Conserva contigo la certeza de que somos instruidos, día a día, a través de cada uno de los acontecimientos... Aprende a buscar por encima de todo... la voluntad de Dios...

La pobre viuda hubiera deseado que la conversación se prolongara. Se adivinaba en sus ojos afligidos el ardiente propósito de continuar absorbiendo el sublime consuelo de aquel momento, pero Alexandre la tomó por el brazo y le recomendó la necesidad de despedirse. La esposa, llorosa, no se resistió. Concentró toda su capacidad afectiva en las palabras, le dijo adiós al suicida y le besó las manos con infinito amor. Estábamos ya a cierta distancia del hospital de emergencia cuando el instructor la confió a los cuidados de Romualda, y emprendió el regreso en mi compañía.

No conseguí ocultar mi desbordante admiración ante semejante servicio de asistencia.

Alexandre percibió el estado de mi alma y me dijo, conmovido:

-Según observa, el trabajo de socorro demanda gran esfuerzo y devoción fraternal. No podemos olvidar que tanto Raúl como Ester son enfermos espirituales y, en esa condición, requieren la mayor consideración de nuestra parte. Felizmente, la viuda regresa con el ánimo renovado. En cuanto a nuestro amigo, al comprender la magnitud de los cuidados de que está siendo objeto y al notar por sí mismo cuánto puede auxiliar a su compañera encarnada, se dará prisa en crear nuevas

manifestaciones de estímulo y de energía en su propio corazón.

Impresionado en relación con el daño que había en su organismo espiritual, indagué:

-¿Y la zona herida? ¿Hasta cuándo Raúl padecerá tales sufrimientos?

-Puede que deba sobrellevarlos por muchos años -respondió el instructor en tono grave-. Pero eso no le impedirá trabajar intensamente en el campo de la conciencia, a fin de esforzarse para llegar a ser, nuevamente, merecedor de una bendita oportunidad regeneradora.

Otros problemas afloraban en mi pensamiento, mientras el instructor necesitaba ausentarse para resolver complejos menesteres en los que yo no podía acompañarlo.

Le solicité permiso para seguir de cerca el trabajo de asistencia llevado a efecto por Romualda, y recibí su generosa aprobación. Deseaba saber hasta qué punto se había recuperado la afligida viuda, y analizar el beneficio aportado por aquel reencuentro que significaba una elevada concesión.

Al día siguiente volví al modesto hogar precisamente en ocasión del almuerzo familiar. Romualda estaba afligida. El clima interno había adquirido un nuevo aspecto. Las entidades viciadas no habían desaparecido por completo, pero su cantidad se había reducido considerablemente. Amparando a su protegida, la hermana que le dispensaba auxilio me recibió con amabilidad. Me hizo saber que la viuda había amanecido mucho mejor y que ella, Romualda, había hecho lo posible por conservarle el recuerdo nítido del sueño. Como era natural, la pobrecita no podía acordarse de todos los detalles; no obstante, había registrado las impresiones principales, que podían mantener viva en ella la divina esperanza y devolverle su optimismo. Me recomendó que verificara por mí mismo el efecto maravilloso de la

experiencia.

De hecho, el semblante de la viuda tenía una nueva expresión. Con la mirada límpida y brillante relataba a sus tíos y a sus hijos el sublime sueño de la noche anterior. Todos escuchaban con gran interés, especialmente los niños, que parecían participar de su júbilo interior.

Ester concluyó la narración, emocionada. Observé, entonces, que la anciana tía esbozaba un gesto de incredulidad al preguntarle:

-¿Y crees haber visitado a Raúl en el otro mundo?

-Por supuesto -contestó la viuda sin pestañear-, aún conservo la impresión de sus manos sobre las mías, y sé que Dios me concedió semejante gracia para que yo recuperara mis fuerzas para el trabajo. ¡Hoy me desperté profundamente reanimada y feliz! ¡Enfrentaré el futuro con nuevas esperanzas! Voy a esforzarme y triunfaré.

-¡Oh, mamá, cuánto nos consuelan tus palabras! -murmuró uno de los pequeños, de ojos muy vivos-. ¡Cómo hubiera deseado estar contigo para escuchar a papá en ese sueño maravilloso!...

En ese instante el anciano, que se alimentaba en silencio, manifestó en su calidad de excelente representante de la incredulidad humana:

-Es interesante notar que Raúl, si bien ha dado tanto consuelo a tu corazón de mujer, no ha hecho ninguna alusión al crimen que lo llevó al sepulcro.

Ester, que captó la ironía del comentario, bajo la influencia de la benefactora que permanecía a su lado respondió con celeridad:

-A menudo, querido tío, no sabemos ser agradecidos por las bendiciones divinas. Recuerdo esta verdad al oírte enunciar semejante razonamiento. Me avergüenzo cuando recuerdo haberle hecho una



pregunta de esa naturaleza al pobre Raúl, abatido y pálido en el lecho. Me alcanza la felicidad de haberlo visto y oído, en un mundo que en la actualidad se halla fuera de mi entendimiento. Tengo el convencimiento de que lo visité en algún lugar. ¿Qué interés podemos tener en descubrir a los criminales, cuando no podemos hacer que resucite su cuerpo físico? En nuestra preocupación por castigar a los culpables, sin rendir cuentas de nuestras propias culpas, ¿llegaremos hasta la absurda actitud de querer ser más justos que el propio Dios?

El tío hizo silencio, pensativo, y observé que los niños experimentaban una inmensa alegría ante la respuesta materna.

El corazón de Ester había penetrado en la zona lúcida y sublime de la fe viva, y allí absorbía paz, júbilo y esperanza, en camino hacia una vida nueva.

Al despedirme felicité a Romualda por su digno trabajo. La generosa servidora me interiorizó de su proyecto de servicio. Permanecería más estrechamente al lado de la viuda, infundiéndole valor y optimismo, y en el curso de la semana siguiente, contaba con la posibilidad de colaborar en el sentido de conseguirle un empleo bien remunerado.

Me quedé admirado al tomar conocimiento del programa, principalmente en lo atinente al auxilio material. Romualda adujo con mucha calma:

-Cuando los compañeros terrestres se hacen merecedores podemos colaborar en su beneficio con todos los recursos a nuestro alcance, siempre que nuestra cooperación no interfiera con su libertad de conciencia.

Le rogué, entonces, que aceptara mi colaboración el día que había sido fijado para los servicios finales.

Romualda accedió gustosamente y, después de una semana, me

avisó sobre la decisión de concluir los trabajos de asistencia.

Volví al hogar de la viuda en compañía de la digna servidora espiritual, que me recomendó:

-Haga el favor de asistir a nuestra amiga mientras voy a buscar a la persona indicada para ayudarla. Ya puse en acción todas las providencias que la situación requiere y no tenemos tiempo que perder.

Permanecí allí con profunda curiosidad y al cabo de tres horas aproximadamente, alguien golpeó a la puerta despertando mi ansiedad. Seguida de Romualda, una dama distinguida venía a ver a Ester, a fin de ofrecerle un trabajo honesto en su taller de costura. La viuda lloró de emoción y de alegría y, mientras se ponían de acuerdo acerca de ciertas condiciones relativas al empleo, en una reconfortante escena de júbilo general, la hermana que había desempeñado la labor de auxiliadora me dijo contenta:

-Ahora podemos regresar tranquilos, hermano André. El servicio que se nos confió está concluido, gracias al Señor.

## 12

### **Preparación de experiencias**

Alexandre y yo nos disponíamos a regresar a la sede espiritual de nuestro trabajo cuando el orientador fue solicitado por un compañero de elevada condición jerárquica, que nos saludó en una efusiva demostración de aprecio y cariño.

-Seré breve -le dijo a mi instructor, que lo escuchó atentamente-, el tiempo no me deja espacio para conversaciones extensas.

Cambió entonces la expresión de su rostro y le preguntó:

-¿Se acuerda de Segismundo, nuestro viejo amigo?

-Claro que sí -respondió Alexandre-. Hace tiempo que ambos le debemos importantes favores.

-Pues bien -prosiguió el visitante-, Segismundo necesita ayuda con urgencia. Reconozco que usted no es especialista en trabajos relacionados con la reencarnación, no obstante me siento obligado a recurrir a su colaboración.

El nuevo compañero hizo un breve intervalo y continuó:

-¿Tiene presente que a pesar de sus rasgos de generosidad, nuestro común amigo asumió compromisos muy serios en el pasado?

-Así es -respondió el orientador-, su drama aún sigue vivo en nuestra memoria.

-Segismundo va a retornar al río de la vida física -prosiguió el otro-. La situación así lo requiere, y no debemos dejar pasar la oportunidad de encaminarlo hacia la necesaria reparación. Conforme usted ya ha sido informado, Raquel, esa pobre mujer a la que él desvió en una época en que nuestros lazos afectivos eran más estrechos, y Adelino, el desventurado esposo a quien nuestro hermano asesinó en una lamentable disputa armada, ya se hallan en la corteza terrenal desde mucho tiempo atrás, y hace cuatro años que han vuelto a unirse mediante los vínculos del matrimonio. Todo está dispuesto de modo que Segismundo regrese a la compañía de la víctima y del enemigo del pasado, con la finalidad de hacer honor a sus intenciones. Él será, conforme lo han permitido nuestros mayores, el segundo hijo del matrimonio. No obstante, estamos luchando contra enormes dificultades para instalarlo en ese hogar. Adelino, que transitoriamente será su padre, tan pronto se sumerge en el sueño físico lo rechaza vehementemente, en oposición a nuestros mejores propósitos de compatibilización. En consecuencia, el trabajo preparatorio de la nueva experiencia se ha demorado, además de que se ha vuelto ingrato.

-¿Y Segismundo? -le preguntó el mentor alarmado-. ¿Cuál es la actitud predominante en él?

Herculano, el mensajero que nos visitaba, informó con tono fraternal:

-Al principio estaba animado por una perspectiva muy optimista. Sin embargo, dado que su antiguo rival le dirige pensamientos de odio y celos, dejando de lado compromisos asumidos en nuestra esfera de acción, se siente nuevamente desdichado y sin ánimo para reparar el daño. Por momentos, su sufrimiento se convierte en rebeldía y, en ese estado negativo, pese a nuestros mejores esfuerzos es impermeable a nuestra cooperación.

El visitante hizo una breve pausa y agregó con inflexión de ruego.

-¿Podría ayudarnos en este difícil proceso de reencarnación? Recuerdo que usted compartía su amistad con ambos, así que probablemente su intervención afectuosa consiga convencer a Adelino.

-Cuente conmigo -respondió el orientador con gentileza-, haré cuanto esté dentro de mis posibilidades para que no se desperdicie esta oportunidad.

Ante la sonrisa de satisfacción del otro, Alexandre concluyó:

-Durante la próxima semana estaré a su lado para conversar espiritualmente con Adelino y solucionar el problema del acercamiento. Confíemos en el auxilio divino.

Herculano agradeció conmovido y se despidió.

A solas con el dedicado y fraterno mentor comencé a meditar sobre la posibilidad de que también yo prestara mi colaboración en este caso que se presentaba. Nunca antes había tenido oportunidad de acompañar de cerca un proceso de reencarnación, incluyendo el estudio de los antecedentes espirituales en concordancia con las propuestas de la embriología. ¿No sería favorable a mis investigaciones que aprovecharse esta experiencia? Con este propósito me dirigí al instructor, aunque sin mencionar mi finalidad en sentido directo:

-Me resulta sorprendente el pedido que ha recibido hoy -exclamé-. Mientras estuve en el mundo, lejos me encontraba de pensar en la variedad de tareas asignadas a los benefactores y misioneros desencarnados. La amplitud del servicio, en nuestro campo de acción, asombraría a cualquier mortal.

-Sin duda -respondió atento el mentor-, los trabajos se multiplican en todas las direcciones. La petición de Herculano enfoca uno de los más importantes problemas de la felicidad humana: el del acercamiento fraternal, del perdón recíproco, de la siembra del amor a través de la ley de reencarnación.

Alexandre meditó algunos segundos y prosiguió:

-El caso es típico. El drama de Segismundo es demasiado complejo para que lo comentemos en pocas palabras. Basta con recordar que él mismo, junto con Adelino y Raquel, son los protagonistas principales de una dolorosa tragedia ocurrida en la época de mi última existencia en la corteza terrenal. Después de una violenta pasión, Adelino fue la víctima de un homicidio, Segismundo cometió el crimen y Raquel fue a parar al prostíbulo. Desencarnaron, cada uno en su momento, bajo una intensa vibración de odio y desesperación, lo que dio lugar a que padecieran durante varios años en las regiones inferiores. Más tarde, gracias a la intercesión de amigos redimidos se concedió a los antiguos cónyuges el regreso al cuerpo físico, con el fin de que honraran los lazos sentimentales y de que los antiguos adversarios volvieran a aproximarse. Pero como acontece casi siempre, aquellos que heroicamente prometen, flaquean en el cumplimiento porque se apegan mucho más a sus propios caprichos que a la comprensión de la voluntad divina. En posesión de los atributos de la vida física, Adelino se niega a perdonar, en una equivocada recapitulación de las lecciones del pasado. Incluso, antes de la reencarnación de quien en el pasado lo expulsó violentamente de la vida, ya demuestra su oposición a todo tipo de auxilio. Se repite el antiguo círculo vicioso. Al considerar la dimensión de sus necesidades, cuando no está a su alcance la bendita oportunidad del trabajo terrestre, el compañero se desvela en promesas de fidelidad y logros. Pero, tan pronto entra en posesión del tesoro del cuerpo físico regresa a su obstinación espiritual y al menosprecio de las leyes de Dios.

El mentor calló durante algunos instantes, y destacó luego:

-No obstante, intentaré hacer que recuerden sus compromisos.

En ese momento, estimando que la oportunidad era valiosa, solicitó:

-¿Existe la posibilidad de que yo lo acompañe? Creo que me sería muy fructífero. Tal vez pudiera obtener algún mérito en relación con el servicio al prójimo, que redundara en un progreso personal. Ignoro hasta cuándo se me permitirá realizar estudios en su compañía, de modo que apreciaré el aprovechamiento integral de esta oportunidad.

Alexandre sonrió compasivo y manifestó:

-No tengo objeciones. Aunque no creo que le convenga avanzar en estos trabajos sin algún conocimiento previo del asunto. Para que un edificio resulte estable, no podemos prescindir de los cimientos. Tenemos buenos amigos en Planeamiento de Reencarnaciones, un servicio de suma importancia en nuestra colonia espiritual, directamente relacionado con las actividades del sector de Esclarecimiento. En esa institución, al cabo de algunos días de estudio tendrá una idea aproximada de nuestra tarea, desde el interior de los trabajos. Un elevado porcentaje de las reencarnaciones en la corteza terrenal se procesa mediante modelos comunes a todos, en el campo de las manifestaciones puramente evolutivas. Sin embargo, el porcentaje restante no obedece al mismo programa. A medida que el alma se eleva en cultura y en conocimiento, y consecuentemente en responsabilidad, el proceso reencarnatorio individual es más complejo y, como es lógico, se aparta de las características generales. Por consiguiente, las colonias espirituales de mayor elevación mantienen servicios especiales para la reencarnación de trabajadores y misioneros.

Las explicaciones eran seductoras y relevantes y, al comprender la importancia de las informaciones para mi Espíritu ansioso de nuevos conceptos, Alexandre continuó:

-Cuando me refiero a trabajadores no hablo de compañeros absolutamente virtuosos y redimidos, sino de aquellos que presentan una mayor suma de cualidades superiores, en camino a la victoria plena sobre las condiciones y las manifestaciones de incultura en la vida. En general son, como nosotros mismos, entidades deudoras que han

acreditado ciertos méritos de buena voluntad, perseverancia y sinceridad, que les otorgan el derecho de influir sobre los factores determinantes de su reencarnación, razón por la cual escapan en cierto modo a la planificación general. Claro que no siempre se verifican tales modificaciones en condiciones agradables para la experiencia futura. Los servicios de rectificación implican tareas muy complejas.

Y como si deseara grabar en mi conciencia de un modo indeleble la noción de responsabilidad, el instructor imprimió un tono más grave a su voz y prosiguió:

-El problema de la caída también es una cuestión de aprendizaje, dado que el mal indica una posición de desequilibrio que demanda la expiación y la reparación. La evolución nos confiere poder y, por cierto, empleamos mucho tiempo en instruirnos acerca de cómo emplear ese poder en términos de armonía. La racionalidad ofrece un campo que garantiza nuestros conocimientos, mientras tanto, André, casi todos nosotros, los trabajadores de la Tierra, permanecemos durante siglos ocupados con el servicio de la iluminación íntima. No basta con la conquista de las ideas y las oportunidades, es preciso obrar con responsabilidad; no es suficiente la información aportada por el razonamiento, es imprescindible el cultivo de la luz del amor.

-¡De ahí las luchas que se prolongan en las sucesivas reencarnaciones del alma! -exclamé, vivamente impresionado-

-Así es -continuó mi amable interlocutor-. Nos resulta imprescindible la lucha que corrige, renueva, repara y perfecciona. La reencarnación es el medio, la educación divina es el fin. Por eso mismo, a la par de millones de semejantes nuestros que progresan, existen millones que se reeducan en determinados aspectos de los sentimientos, pues, aunque ya hayan conquistado ciertos objetivos de la vida, les faltan otros no menos importantes.

Al identificar que yo tenía dificultades para comprender sus



enseñanzas de manera integral, mi orientador repitió:

-Pese a su condición de médico en el mundo, creo que usted no ha sido completamente ajeno a los estudios evangélicos.

-Claro, claro -contesté-, conservo ciertos recuerdos en tal sentido.

-Pues bien, el propio Jesús nos legó material para que reflexionemos acerca del asunto que estamos analizando, cuando nos recomendó que si nuestra mano o nuestros ojos eran motivo de escándalo debían ser cortados a nuestro ingreso en el templo de la vida. De modo que nos compete transferir la imagen literal, para la interpretación del sencillo mensaje. Si ya hemos fracasado en muchas ocasiones en experiencias relacionadas con la autoridad, la riqueza, la belleza física o la inteligencia, no sería lógico recibir idénticas oportunidades en los trabajos tendientes a nuestra reforma.

Había comprendido claramente adonde pretendía llegar Alexandre con sus instrucciones amistosas.

-Precisamente, para la reglamentación de tales servicios funciona en nuestra colonia espiritual el Planeamiento de Reencarnaciones, en el que usted tendrá ocasión de recibir valiosas enseñanzas.

Al día siguiente, como un padre afectuoso atento a mis necesidades, el instructor me condujo hasta una imponente institución.

El activo centro de servicios constaba de varios edificios, donde había numerosas instalaciones. Árboles acogedores se alineaban a lo largo de extensos jardines y conferían un aspecto muy grato al paisaje. Noté de inmediato que el instituto se caracterizaba por un intenso movimiento. Entidades aisladas o en pequeños grupos, iban y venían mostrando en su actitud la concentración que dedicaban a sus responsabilidades. Parecían por completo despreocupadas de nuestra presencia. Cuando no pasaban a solas, a nuestro lado, ensimismadas en profundos pensamientos, iban en grupos cordiales, entretenidos en

discretas conversaciones entre formales y aplicadas, según mi apreciación. Muchos de esos hermanos que pasaban a nuestro lado, llevaban en sus manos pequeños rollos de una sustancia semejante a la del pergamino que conocemos en la corteza terrestre, acerca de la cual no había tenido hasta entonces la más leve noticia.

Alexandre, como era habitual, vino en socorro de mi asombro para explicarme bondadosamente:

-Los seres que vemos son trabajadores de nuestra esfera ocupados en las próximas reencarnaciones. No todos están directamente relacionados con tal propósito, puesto que gran parte de ellos cumple con tareas de intercesión y obtienen concesiones de esa naturaleza para amigos de su intimidad. Los rollos blancos que llevan son pequeños mapas de las formas orgánicas, que han sido elaborados por los orientadores de nuestro ámbito, especializados en temas biológicos de la existencia terrenal. De conformidad con el grado de progreso del futuro aspirante a la reencarnación, y de acuerdo con la tarea que se le asignará cuando esté en un nuevo cuerpo carnal, corresponde realizar una planificación adecuada a los fines esenciales.

-¿Y en lo relativo a la ley de la herencia fisiológica? -pregunté-.

-Funciona con un dominio intransferible sobre todos los seres en evolución, si bien sufre naturalmente la influencia de todos aquellos que alcanzan cualidades superiores a las del ambiente general. Además, cuando el interesado en nuevas experiencias en la región de la corteza terrenal merece los servicios de “intercesión”, las fuerzas más elevadas pueden imprimir ciertas modificaciones a la materia, a partir de las actividades embriológicas, de modo de determinar cambios que favorezcan el trabajo redentor.

A esta altura de la charla ilustrativa Alexandre me invitó a entrar.

Pronto nos encontramos en una de las amplias salas del edificio

principal, donde uno de los numerosos amigos del orientador vino a atendernos con gran cordialidad.

Alexandre me presentó al asistente Josino, quien me recibió con suma gentileza y distinción en su trato. El instructor explicó el objetivo de nuestra visita. Deseaba que se me concediese la posibilidad de visitar la institución de planeamiento tantas veces como me fuera posible, durante la semana en curso, dada mi necesidad de asimilar nociones precisas en relación con el trabajo de auxilio en las actividades inherentes a la reencarnación. El asistente prometió dispensarme la mejor buena voluntad. Me pondría en contacto con sus colegas, a fin de que me facilitaran los detalles relativos a tal conocimiento; asimismo expondría sus propias experiencias para mi observación, de modo que yo extrajera de ellas el máximo provecho y, en síntesis, en cuanto estuviera a su alcance guiaría mis esfuerzos durante el aprendizaje.

Las mejores y más reconfortantes impresiones colmaron mi interior de alegría, no sólo por la recepción cariñosa sino también por el clima educativo. No lejos de nosotros, sobre luminosos pedestales, descansaban dos maravillosas estatuas: se trataba de las esmeradas figuras de un cuerpo masculino y un modelo femenino, singularmente bellos por su perfección anatómica, no sólo de la forma en general sino también de la de cada uno de los órganos y las diferentes glándulas. A través de dispositivos eléctricos, ambas figuras palpitaban de vida y calor, y emitían efluvios luminosos como los hombres y mujeres más evolucionados de la esfera carnal.

Al notar mi admiración Alexandre sonrió y le dijo al asistente Josino, con el propósito de que también yo lo oyera:

-Tal vez André no conozca lo suficiente acerca de nuestro respeto y gratitud hacia el instrumento físico terrestre.

-En verdad -agregué- ignoraba hasta el presente que el cuerpo carnal fuese entre nosotros motivo de tantos cuidados. No sabía que

nuestra colonia contaba con una institución de esta índole.

-¿Cómo no, amigo? -intervino el asistente con tono afectuoso-. En la corteza del planeta el cuerpo físico representa una bendición de nuestro Padre eterno. Constituye una primorosa obra de la sabiduría divina en cuyo perfeccionamiento incesante nosotros tenemos la felicidad de colaborar. ¿Cuánto le debemos a la máquina humana por los sucesivos milenios de servicio que lleva a favor de nuestra elevación a lo largo de la vida eterna? Nunca llegaremos a estimar con precisión la magnitud de semejante deuda.

Y dirigiendo la mirada a los modelos que causaban mi asombro, agregó:

-Nuestro empeño en el servicio de la reencarnación queda muy distante de lo mucho que deberíamos realizar a favor del perfeccionamiento de la máquina orgánica.

Aunque indeciso, osé preguntar:

-¿Todos los núcleos de la espiritualidad superior mantienen círculos de trabajo de esa naturaleza?

Esta vez Alexandre fue quien respondió con su habitual delicadeza:

-En todas las colonias de elevada manifestación esas tareas se desempeñan con infinito cariño. El auxilio a la reencarnación de nuestros compañeros es el reflejo de nuestro reconocimiento al instrumento físico, que nos ha proporcionado tantos beneficios a través del tiempo.

Recordé, entonces, que mi padre terrenal había vuelto a la experiencia carnal procedente de zonas francamente inferiores, y consulté:

-Y los que regresan a la corteza terrenal provenientes de las regiones más bajas, ¿recibirán el mismo generoso auxilio?

Con el deseo de imprimir a la pregunta la más viva sinceridad, agregué:

-Hace ya tiempo que mi padre, en su última peregrinación terrestre, volvió a la esfera carnal en condiciones muy ingratas... Alexandre interrumpió el desarrollo de mi frase y agregó: - Comprendemos a qué se refiere. Si se trataba de una persona con la razón desarrollada, aunque no iluminada, debería permanecer después de la muerte en estado de caída, y es probable que no haya vuelto a la bendita oportunidad de la escuela física sin el trabajo previo de “intercesión”, además de una decidida ayuda de seres de buen corazón de nuestro medio. En ese caso puede haber recibido la cooperación de benefactores ubicados en posiciones más elevadas, que avalaran sus promesas en relación con el servicio regenerador. Por otra parte, si él fuera un individuo cuyo esfuerzo durante la encarnación estuvo aplicado exclusivamente al proceso evolutivo, circunstancia en la cual no habría regresado en condiciones dolorosas, contaría espontáneamente con el bendito concurso de los trabajadores espirituales que velan en la corteza del planeta por la realización de los trabajos relativos a la reencarnación, a través de procesos naturales.

De acuerdo con las aclaraciones del orientador comprendí las diferentes condiciones y mi corazón se apaciguó.

Ya fuera porque el escalpelo de la conversación había tocado el delicado tema de la familia humana, o por el propósito de dejarme a solas con mis profundas reflexiones en aquel inmenso gabinete de servicio, el orientador y el asistente se quedaron en silencio, lo que me llevó a buscar nuevos motivos de conversación para mi aprendizaje.

Pasé entonces a analizar detenidamente los detalles de los modelos masculino y femenino, que no se encontraban lejos.

Gentilmente, Josino apoyó con suavidad su mano derecha sobre mis hombros, y me dijo:

-Aproxímese a esas esculturas educativas. Lo beneficiará mucho observarlas de cerca.

Sin omitir un gesto de agradecimiento, me aparté de los dos respetables amigos para acercarme a las figuras expuestas allí. Me detuve en la contemplación del modelo masculino que mostraba una absoluta armonía en sus líneas, similar a la concepción artística helénica de la antigüedad.

El modelo, elaborado con una sustancia luminosa, constituía en mi opinión la más primorosa obra anatómica que hasta entonces me había sido dado analizar. Aquella figura humana inmóvil era, en apariencia, un objeto salido de las manos de un sublime creador.

Me detuve a observar sus detalles con asombro. Nunca había visto semejante perfección. Los músculos estaban organizados con fibras radiantes. Desde el frontal hasta el ligamento anular del tarso se podían identificar los hilos de luz que representaban las diversas zonas de la musculatura en general. Había determinadas fibras, como las correspondientes a la zona orbicular de los párpados, al triangular de los labios, al gran pectoral, al pectíneo, a las prominencias tenar e hipotenar hasta el extensor de los dedos, que eran más brillantes. Del reconocimiento de su superficie pasé a la observación en mayor profundidad, e identifiqué las maravillosas disposiciones de los elementos representativos de la circulación linfática y sanguínea. ¡Oh! Los órganos estaban todos incluidos allí y vibraban comandados por dispositivos eléctricos para demostraciones educativas. Los vasos para la sangre venosa mostraban una luz cenicienta, mientras que las regiones de sangre arterial resaltaban con un color encarnado.

Sorprendido, rendí silencioso tributo de admiración a la sabiduría divina, que nos concede el sublime instrumento físico terrestre para

nuestras conquistas eternas.

Me impresionaba la perfecta distribución de los vasos alrededor del tronco celíaco, a la manera de pequeños ríos de luz, entre los que se destacaba en intensidad el resplandor de las cavas, superior e inferior; de las yugulares, externa e interna; de las arterias y venas auxiliares, de la vena porta, de las arterias esplénica y mesentérica superior, de la aorta descendente, de los vasos ilíacos y de los ganglios inguinales.

A modo de recubrimiento del maravilloso organismo estaba el sistema nervioso, semejante a una capa radiante conformada con hilos muy tenues de una luz fantástica. La región del cerebro parecía una lámpara de un azul delicadísimo, cuya luminosidad estaba directamente ligada al cerebelo, y descendía a continuación por la médula espinal hasta el plexo sagrado, donde el foco brillante adquiría una manifestación de mayor intensidad, para disminuir después en el gran ciático.

Trasladé mi investigación a la forma femenina, que emitía una similar radiación, y concentré mi potencial analítico sobre el sistema endocrino, dispuesto a la manera de una constelación entre las piezas orgánicas. Desde la epífisis, situada entre los hemisferios cerebrales, hasta los núcleos procreadores, las glándulas parecían formar un bello sistema luminoso, semejantes a pequeños astros de vida congregados en sentido vertical, como si se tratara de una antena rutilante que atrajera la luz proveniente de esferas más elevadas. Cada cual mostraba su forma específica, sus manifestaciones vibratorias y sus características particulares. Se diferenciaban, asimismo, los colores respectivos, aunque en cierto modo, todas recibían la coloración de la epífisis, semejante a un diminuto sol azulado que mantenía dentro de su campo de atracción magnética a todas las demás. Desde la hipófisis hasta la región de los ovarios, como el astro rey de nuestra vida, la epífisis garantizaba la cohesión y la actividad de su gran familia de planetas y asteroides.

Mi estupor no tenía límites.

Con todo, debo confesar que mi sorpresa se amplió mucho más cuando reparé en los efluvios brillantes que emanaban de los centros genitales, que en su conjunto sugerían un minúsculo santuario desbordante de luz.

Luego dirigí a mi instructor una mirada inquisidora, y sus explicaciones no se hicieron esperar.

-En la corteza del planeta -me dijo Alexandre con una sonrisa, al acercarse a mí nuevamente- aún existe, en general, mucha ignorancia acerca de la misión superior del sexo. Sin embargo, para quienes deseamos valorizar las experiencias con las connotaciones que tienen en la Tierra, tanto la paternidad como la maternidad son sagradas. La facultad creadora es asimismo una expresión de la divinidad del ser humano. El útero materno significa para nosotros la puerta bendita que franquea el acceso a la redención. Además, así como en el ámbito terrenal, para una considerable cantidad de personas la vida celestial está simbolizada por el reposo y la alegría incesante, para muchos de nosotros la vida terrenal equivale a trabajo edificante y saludable. No obstante, no alcanzaremos la tierra prometida del servicio redentor sin la contribución de las fuerzas creadoras del hombre y la mujer conjugadas.

Comprendí, con un nuevo sentido, el carácter sublime de las energías sexuales y pensé compasivamente en aquellos encarnados que aún no han conseguido cimentar el respeto y la comprensión, con referencia a los sagrados órganos procreadores. Mi orientador, entre tanto, como si fuera una antena receptora de mis emisiones mentales me advirtió bondadoso:

-Relegue al olvido las insinuaciones de las reminiscencias poco estimulantes. Quienes agravan al sexo mediante sus escritos, sus acciones o sus palabras, son por eso mismo grandes desdichados.



Guardé aquella lección y agradecí la nueva experiencia que estaba en sus comienzos.

Alexandre se despidió dejándome en la inmensa institución de planeamiento donde el asistente Josino, ocupado en las funciones de su departamento, me confió a la diligencia de Manassés. Era éste un hermano a quien se habían delegado los servicios informativos del instituto; me recibió con simpatía, y me rodeó de gentileza y afecto.

De inmediato percibí que mi aprendizaje se iniciaba con extraordinarias perspectivas. Manassés era un libro abierto. Tanto sus puntos de vista como sus informaciones constituían preciadas enseñanzas.

Estábamos aproximándonos a los pabellones de diseño, donde numerosos colaboradores trazaban planos para reencarnaciones especiales, cuando mi nuevo compañero fue abordado por una simpática entidad que le solicitó informaciones. Manassés me la presentó con optimismo. Se trataba de un colega que, después de quince años de trabajo en las actividades de auxilio, iba a regresar a la esfera carnal para saldar ciertas cuentas que tenía pendientes. El recién llegado parecía indeciso. Se notaba su recelo, su vacilación.

-No se deje dominar por impresiones negativas -le decía Manassés para infundirle buen ánimo-. El problema de la vuelta al nacimiento no es tan intrincado. Por lógica, requiere valor y buenas resoluciones.

-Aún así -exclamaba el interlocutor con un dejo de tristeza-, temo contraer nuevas deudas en lugar de saldar mis antiguos compromisos. Es muy arduo salir victorioso de la experiencia carnal, a raíz del olvido que se produce con la reencarnación...

-Pero, mucho más difícil resultaría triunfar si se conservara la memoria -replicó Manassés sin demora-.

Prosiguió, sonriente, para agregar:

-Si tuviésemos grandes virtudes y buenas acciones no necesitaríamos recapitular las lecciones que ya hemos experimentado en la carne. Y si apenas tenemos heridas y separaciones para recordar, bendigamos el olvido que el Señor nos concede con carácter transitorio.

El otro hizo un esfuerzo para esbozar una sonrisa y objetó:

-Conozco su optimismo; también yo quisiera ser así. Regresaré confiado en vuestra colaboración fraterna para conmigo.

Luego cambió el tono de su voz para preguntar:

-¿Me puede informar si mi modelo está listo?

-Creo que podrá retirarlo mañana -dijo Manassés cortésmente-; ya he observado el gráfico inicial y lo felicito por haber aceptado la sugerencia afectuosa de los amigos bien inspirados, en relación con el defecto en la pierna. Por cierto, enfrentará grandes dificultades en el comienzo de la nueva existencia, pero su decisión le hará mucho bien.

-Sí-respondió el otro, algo reconfortado-, necesito estar prevenido de ciertas tendencias de mi naturaleza inferior. La pierna enferma me será de gran ayuda, pues me acarreará serias preocupaciones. Será un antídoto para mi vanidad, un centinela para evitar la devastación que podría ocasionar mi excesivo amor propio.

-¡Muy bien! -respondió Manassés, francamente optimista-

-¿Puede informarme también acerca del promedio de tiempo concedido a mi futura forma física?

-Setenta años, como mínimo -respondió mi nuevo compañero, contento-

El otro hizo un gesto de reconocimiento, mientras que Manassés continuaba:

-Aprecie la gracia que ha recibido, Silverio, y después de tomar posesión de ella en el ámbito físico no regrese por aquí antes de los setenta. Trate de aprovechar la oportunidad. Sus amigos ansían que cuando más adelante vuelva a nuestra colonia, lo haga en la gloriosa condición de “completista”.

El interpelado dejó ver un destello de esperanza en su mirada, agradeció y se despidió.

Los últimos comentarios de Manassés estimularon más aún mi curiosidad. No contuve la pregunta que rondaba mi pensamiento y le pregunté sin reservas:

-Amigo, ¿qué significa la palabra “completista”?

Él sonrió complaciente, y me contestó con buen humor: -Es el título que designa a los raros hermanos que aprovecharon todas las posibilidades de progreso que el cuerpo terrestre les ofrecía. Por lo general, cuando regresamos a la esfera carnal casi todos nosotros perdemos oportunidades muy importantes porque desperdiciamos las fuerzas físicas. Vagamos por allá sin un rumbo definido, y si bien hacemos cosas de utilidad, tanto para nosotros como para los demás, algunas veces despreciamos el cincuenta, el sesenta, el setenta por ciento y, con frecuencia incluso más, de nuestras posibilidades. En muchas ocasiones prevalece aun, para nuestro perjuicio, el agravante de que hemos aplicado las energías sagradas de la vida a actividades inferiores, que degradan la inteligencia y embrutecen el corazón. No obstante, aquellos que emplean la máquina física tal como lo hace el operario que da ejemplo de máxima fidelidad, conquistan derechos muy significativos en nuestras esferas. El “completista”, en su calidad de trabajador leal y productivo, puede escoger a voluntad el cuerpo para la futura encarnación, cuando le plazca el regreso a la corteza terrenal en

misiones de amor e iluminación, o bien recibe un instrumento enaltecido para que prosiga sus tareas, en camino hacia regiones más elevadas.

Semejante novedad constituía para mí una valiosa revelación. Nada más legítimo que dotar de recursos completos al servidor fiel. Reflexioné luego sobre los abusos de toda índole a que se entregan los seres humanos, en todas las latitudes, doctrinas y situaciones, al dar lugar a complicaciones en sus caminos evolutivos a través de la creación de lazos esclavizantes, del arraigo a circunstancias transitorias de la existencia material, del estímulo de fraudes y fantasías, de ocasionar la destrucción del cuerpo y el envenenamiento del alma. En un transporte de justificada admiración expuse:

-Cuando consideramos el cautiverio de los Espíritus encarnados en el ámbito de las sensaciones, nos consuela saber que existe un premio para los rarísimos hombres que viven ejercitando el sublime arte del equilibrio espiritual, aun cuando estén dentro del instrumento de carne.

-En efecto -dijo Manassés, aprobando mi opinión con su mirada-, por más extraño que pueda parecer, semejantes excepciones existen en la corteza terrenal. Retornan a menudo a nuestro mundo entre los anónimos de la Tierra, sin que hayan quedado registrados entre los famosos del planeta pero con un sólido basamento de espiritualidad superior.

Fue entonces que me dio la impresión de que deseaba trasmitirme algunas elucidaciones acerca de él mismo, pues agregó:

-Hace muchos años que persevero en el objetivo de equipararme con los “completistas”, sin embargo, hasta este momento continúo en la fase de preparación...

Comprendí que Manassés, al igual que yo, cargaba un apreciable bagaje de recuerdos poco felices con respecto al uso que había hecho

del cuerpo terrenal durante las experiencias pasadas, y traté de modificar el rumbo de la conversación.

-¿Conoce algún “completista” que haya regresado a la corteza terrenal? -le pregunté-

-Sí, claro.

-Por supuesto -proseguí con curiosidad-, el “completista” habrá escogido un organismo en óptimas condiciones.

Mi nuevo compañero mostró una significativa expresión en su rostro y destacó:

-Ninguno de los que he visto partir, pese a los méritos con que se hallan revestidos, eligieron las mejores formas en referencia a las líneas exteriores. Solicitaron providencias para una existencia saludable; se interesaron por la resistencia, el equilibrio, la duración y la fortaleza del instrumento que debería servirlos; incluso, solicitaron medidas tendientes a disminuir su magnetismo personal, en forma transitoria, para evitar que su aspecto físico fuera excesivamente esmerado, y para ocultar de tal modo la belleza de sus almas, como una segura garantía a favor de los compromisos asumidos. Se comportan así porque, dado que la mayoría de los seres humanos se desenvuelve en medio del juego de las apariencias mientras se encuentra en la corteza del planeta, si conocieran su verdadera condición ellos mismos se encargarían de causar perjuicios a los misioneros del bien, a través de las destructoras vibraciones de la envidia, del despecho, de la antipatía gratuita y de las controversias injustificables. Por eso mismo, los trabajadores conscientes, la mayoría de las veces organizan sus ocupaciones de acuerdo con una apariencia poco agraciada, de modo de huir por anticipado del influjo de las pasiones devastadoras a las que se entregan las almas que todavía no han alcanzado el necesario equilibrio.

Comprendí el significado implícito en esa explicación y me

quedé meditando acerca de la magnitud de los principios espirituales que rigen la experiencia humana, cuando Manassés agregó después de una larga pausa:

-Los jóvenes, como si fueran niños, juegan en el mundo con el fuego de las emociones. En cambio, los Espíritus maduros, sobre todo cuando llegan a la situación de “completistas”, dejan de lado las experiencias que podrían distraerlos del camino elegido para cumplir con la voluntad divina.

Seguidamente, mi nuevo amigo me invitó a que penetráramos en una de las dependencias consagradas a los servicios de diseño. Pequeñas telas que mostraban partes del organismo humano estaban dispuestas ordenadamente por todas partes. Tenía la nítida sensación de que me hallaba en un importante centro de anatomistas, a los que acompañaban auxiliares competentes y laboriosos. En ese ámbito estaban esparcidos los diseños de miembros, tejidos, glándulas, fibras, órganos de todo tipo y para todos los gustos.

-Como sabe -manifestó Manassés con prudencia- en el servicio de recapitulación o de tareas especializadas en la superficie del planeta, la reencarnación nunca puede ser un hecho vulgar. Para eso, trabajan en este sector centenares de técnicos en cuestiones de embriología y biología en general, con el fin de orientar las futuras experiencias individuales de aquellos hermanos vinculados a nosotros mediante el esfuerzo colectivo.

Experimentaba una espontánea veneración al contemplar a los servidores concentrados en sus respectivas tareas, proyectando el porvenir de muchos compañeros. ¡Cuánta complejidad había detrás de la ocasión de renacer! ¡Qué intensa actividad demandaba a los benefactores espirituales! A mi gesto de extrañeza, Manassés respondió con una síntesis elocuente:

-No ignora que los hombres salvajes o semisalvajes, pese a que

emplean los recursos sagrados de la naturaleza, edifican sus habitaciones según criterios muy sencillos y rudimentarios. Por su parte, el hombre que ya alcanzó cierto nivel de ideal, porque ha desarrollado sus facultades superiores, construye una casa después de haber elaborado los planos.

Y en alusión a la escena que se desenvolvía a nuestro alrededor, con intensa actividad, agregó sonriente:

-Del mismo modo, nosotros estamos aquí realizando los proyectos para futuras habitaciones carnales. En tanto sea necesario que permanezcamos en la corteza terrena, el cuerpo humano no deja de constituir nuestra más importante vivienda. No nos olvidemos que el divino Maestro lo calificaba de templo del Señor.

Impresionado, seguía con atención los trabajos que allí se realizaban. Nos disponíamos a avanzar hacia otro sector, cuando una hermana de porte muy respetable se aproximó y saludó a Manassés afectuosamente. Él respondió con gentileza y me la presentó:

-Ésta es nuestra hermana Anacleta.

La saludé, percibiendo su personal simpatía.

-Se trata de una de nuestras trabajadoras más valerosas - destacó el colaborador del servicio de informaciones-.

La señora sonrió, algo contrariada por el halago que le dispensara la opinión sincera de su compañero. No obstante, con el optimismo que lo caracterizaba, Manassés prosiguió:

-Imagínese que volverá a la esfera terrenal dentro de pocos días, con una tarea de profunda abnegación hacia cuatro entidades que hace más de cuarenta años se debaten en las regiones abismales de las zonas inferiores.

-No veo en eso abnegación alguna -refutó la señora con una sonrisa-, sólo cumpliré con mi deber.

Y con una mirada que me transmitía decisión y serenidad, manifestó:

-Las madres que no completaron la obra de amor que el Padre les confió junto a sus amados hijos, deben ser suficientemente valientes para comenzar de nuevo los trabajos pendientes. Ése es mi caso. No se debe hablar de sacrificio donde sólo existe la obligación.

Me interesaba la historia de aquella hermana modesta y simpática, por eso me animé a preguntarle:

-Entonces, ¿regresará en breve? De todos modos, su resolución es una muestra de devoción y bondad. No me olvido que también mi madre volvió al ámbito carnal impulsada por una sublime dedicación.

Noté que sus ojos se llenaron de discretas lágrimas que no llegaron a caer, como emocionada respuesta a la sinceridad de mi comentario. Me extendió gentilmente su mano y, dando a entender que no deseaba continuar la conversación relacionada con el tema, me dijo conmovida:

-Le agradezco mucho sus confortadoras palabras. Más adelante, cuando se acuerde de mí, ayúdeme con su pensamiento amistoso.

En ese punto de la breve conversación, Manassés preguntó:

-¿Recibió ya todos sus proyectos?

-Sí -respondió ella-, no sólo los que se refieren a mis pobres hijos, sino también el diseño relativo a mi forma futura.

-¿Está satisfecha?



-¡Muchísimo! -respondió la señora-. En la ley de nuestro Padre la justicia lleva implícita la misericordia, y yo continuó en la condición de gran deudora.

A continuación se despidió con serenidad y cortesía.

Manassés comprendió mi curiosidad y, por consiguiente, agregó:

-Anacleta es un ejemplo vivo de ternura y devoción. Volverá a las luchas propias del envoltorio de carne a fin de producir determinadas enmiendas en su sentimiento materno. Por su imprudencia del pasado, los cuatro hijos que el Señor le había confiado fracasaron lamentablemente. La pobrecita cultivaba ciertas nociones de afecto que no corresponden a la realidad. Su esposo era un hombre probo y trabajador, y a pesar de su desahogada posición económica nunca omitió los deberes que relacionaban sus ocupaciones de hombre de bien con el terreno benéfico en general. Lo caracterizaba una energía invariablemente positiva, pero su esposa, aunque muy abnegada, obstruía la influencia que a él le correspondía en el hogar, al viciar su afecto de madre con injustificados excesos de generosidad. Como una consecuencia indirecta, a esas cuatro almas les faltó la orientación necesaria en una jornada que debió ser de rescate. Tres muchachos y una jovencita, cuya preparación intelectual había demandado los más arduos sacrificios, cayeron en excesos de índole física y moral con el pretexto de cumplir con sus compromisos sociales. Tan degradantes llegaron a ser los excesos, que transcurrido un breve lapso de sus existencias perdieron el templo del cuerpo e ingresaron en regiones bajas, en un penoso estado. Pese a todo, a su regreso al campo espiritual Anacleta comprendió el problema y se dedicó a trabajar afanosamente a fin de conseguir, no sólo su propia reencarnación sino también la de sus hijos, que habrán de seguir sus pasos en las pruebas purificadoras que les reserva la existencia en la corteza terrenal.

-¿Cuántos años le tomó obtener semejante concesión? -le pregunté impresionado-.

-Más de treinta.

-¡Me imagino los sacrificios que la aguardan! -exclamé-.

-Así es -agregó Manassés-, la experiencia será muy dura. Dos de los jóvenes tendrán que regresar en la condición de parálíticos, otro como débil mental, y para darle ayuda en la etapa en que quedará precozmente viuda contará solamente con la hija, que será también portadora de apremiantes necesidades de reparación.

Iba a manifestar mi profunda sorpresa por el mecanismo que antecedió a la reencarnación, cuando otra hermana se acercó a nosotros buscando a Manassés.

Luego de los saludos afectuosos, dirigiéndose a mi nuevo amigo explicó con gentileza:

-Necesito su generosa intervención a fin de modificar mi proyecto.

Desplegó entonces un pequeño plano donde estaba diseñado con la máxima perfección el organismo de una mujer, y expresó:

-Observe bien mi proyecto para el sistema endocrino. Sé que los amigos me favorecieron planeando con gran armonía hasta los menores detalles; no obstante, desearía algunas modificaciones...

-¿En qué sentido? -indagó el interpelado con sorpresa-. La recién llegada señaló los puntos del proyecto donde se localizaba el cuello, y dijo:

-Varios benefactores me han advertido de la conveniencia de no presentarme en la corteza terrena con una forma física de líneas impecables. Por eso, para que tenga más probabilidades de éxito a mi favor en la tarea que me propongo llevar a cabo, estimaría que la tiroides y las paratiroides no estuvieran diseñadas con tanta perfección. Usted

sabe, Manassés, mi tarea no será sencilla. Debo recuperar un patrimonio espiritual de importantes dimensiones. Necesito evitar todas las posibilidades de fracasar, y la armonía física perfecta resultaría perturbadora para mis intenciones.

El nuevo compañero me dirigió una significativa mirada antes de decirle:

-Tiene razón. La seducción carnal es un gran peligro, no sólo para aquellos que emiten su influencia sino también para los que la reciben.

-Prefiero la fealdad del cuerpo -prosiguió ella-. No me interesa un cuerpo como el de Venus, sino la redención de mi Espíritu en el sentido de la eternidad.

Manassés prometió interponer sus buenos oficios y, tan pronto como se despidió de la nueva interlocutora, pasó a mostrarme los más interesantes diseños del cuerpo humano.

Admiraba, embargado de profunda impresión, aquellos abundantes gráficos que se sucedían en absoluto orden, como una evidencia del esmero espiritual que precede al servicio de las reencarnaciones, cuando mi amigo manifestó:

-La medicina humana será muy diferente en el futuro, en la medida que la ciencia pueda comprender la magnitud y la complejidad de los factores mentales en el terreno de las enfermedades del cuerpo físico. Son muy raras las afecciones que no se encuentran relacionadas directamente con la psiquis. Todos los órganos están subordinados al ascendiente moral. Las preocupaciones desmedidas por los síntomas patológicos aumentan las enfermedades; las grandes emociones pueden curar el cuerpo o aniquilarlo. Si eso sucede en la esfera de las actividades habituales de las luchas físicas, imagine el enorme campo de investigaciones que nos ofrece el mundo espiritual, hacia donde se transfieren todos los días millares de almas desencarnadas en

lamentables condiciones de desequilibrio mental. El médico del porvenir conocerá esas verdades y no circunscribirá su acción profesional al simple suministro de indicaciones técnicas, sino que en las decisiones relacionadas con la curación apelará mucho más a las providencias espirituales, en las que el amor cristiano represente el rol más importante.

Con la intención de proseguir con las enseñanzas relativas al servicio de la reencarnación, Manassés tomó un pequeño gráfico y después de mostrarme sus líneas generales manifestó:

-Éste es el proyecto de la futura reencarnación de uno de mis amigos. ¿Llega a ver unos puntos oscuros, desde el colon descendente hasta el arco del sigmoides? Eso indica que él padecerá una úlcera de importancia en esa zona, tan pronto como llegue a la adultez. Con todo, se trata de una enfermedad que él ha escogido.

Como notó que mi mirada reflejaba una enorme curiosidad, Manassés explicó:

-Hace más de cien años, mi amigo cometió un horrible crimen: asesinó a un pobre hombre a puñaladas. Luego de cometido el homicidio, como sucede muchas veces, la víctima desencarnada se vinculó intensamente a él, y, de la semilla del crimen que el infeliz asesino sembró en un instante cosechó resultados terribles durante largos años. Como usted sabe, el odio recíproco produce una poderosa imantación, de modo que la entidad que fue expulsada de su envoltorio de carne comenzó a vengarse de él día tras día, aniquilándolo lentamente a través de ataques sistemáticos mediante el pensamiento mortífero. En resumen, cuando el homicida desencarnó, su organismo periespiritual estaba en dolorosas condiciones, aparte del remordimiento lógico que la situación le había ocasionado. Se arrepintió del crimen, padeció mucho en las regiones de purgación, y al cabo de prolongados padecimientos, se aproximó a la víctima para concederle el beneficio de loables servicios de rescate y penitencia.

Creció moralmente, ganó la amistad de muchos benefactores, conquistó la simpatía de varias agrupaciones de nuestro ámbito, y obtuvo valiosas intercesiones. Pese a todo... la deuda está pendiente. Sin embargo, el amor transformó las características del trabajo relativo a la expiación. Cuando regrese a la corteza terrena, nuestro amigo no tendrá necesidad de desencarnar en un espectáculo sangriento, sin embargo, donde quiera que se encuentre, mientras dure todo el proceso de curación dentro de la carne que en el pasado menospreció, cargará con su propia herida hasta que haya conquistado día a día la imprescindible renovación. Soportará malestares, a consecuencia del sufrimiento físico pertinaz; deberá luchar incesantemente desde la eclosión de la úlcera hasta el momento del rescate final en el cuerpo físico. No obstante, si supiera mantenerse fiel a los nuevos compromisos, conquistará en el futuro la plena liberación.

Mientras yo me concentraba con el mayor cuidado en el proyecto, Manassés continuaba:

-Según podemos comprender la justicia se cumple indefectiblemente, pero tan pronto el Espíritu está dispuesto a la necesaria transformación en la jornada que conduce hasta el Señor, disminuye la severidad del proceso redentor. El apóstol Pedro nos enseñó hace ya muchos siglos que “el amor cubre una gran cantidad de pecados”.

Analicé, impresionado, el plano instructivo, y como no encontraba palabras que transmitieran mi asombro con la suficiente elocuencia, guardé silencio conmovido.

Mi compañero comprendió el estado de mi alma, y añadió:

-Es incalculable la cantidad de proyectos de cuerpos futuros en nuestros sectores de servicio. De la mayoría de ellos se desprende que los enfermos en la carne son almas que realizan ingentes trabajos para triunfar sobre sí mismas. Nadie traiciona la Voluntad de Dios en los

procesos evolutivos sin quedar comprometido a pesadas tareas de reparación, y todos aquellos que intentan engañar a la naturaleza, escenario legítimo de las leyes divinas, acaban por engañarse a sí mismos. La vida es una sinfonía perfecta. Cuando procuramos distorsionarla, falseando los sonidos que debemos emitir para su máxima glorificación, somos obligados a permanecer en un arduo servicio de restablecimiento de la armonía que hemos destruido.

Estuve durante algunos días más en aquella institución benemérita. Allí comprendí que la existencia humana no es un acto accidental, y que dentro del plan del orden divino la justicia ejerce su ministerio cada día, en obediencia al elevado designio que establece suministrar los dones de la vida “a cada uno según sus obras”.

## 13

### **Reencarnación**

Cuando Alexandre me invitó a visitar en su compañía el hogar de Adelino y Raquel, me sentí dichoso y emocionado. En él tendría lugar la reencarnación de Segismundo.

Mi Espíritu irradiaba una profunda complacencia: era la primera vez que estaría en contacto directo con el fenómeno de la reencarnación. Desde la época en que comencé los estudios en el campo de la medicina me fascinaban las leyes biogenéticas. Sin embargo, no había tenido antes oportunidad de intensificar las observaciones o especializar las experiencias. En la colonia espiritual a la que me condujo la providencia de Dios y la generosa intercesión de los amigos había recibido, muchas veces, lecciones referentes al asunto. No obstante, hasta entonces nunca había visto de cerca el proceso mediante el cual una entidad desencarnada se sumerge en el campo de la materia densa.

Ésa fue la causa de que acompañara al diligente orientador con grata y ansiosa expectativa.

Alexandre me explicó, en un exceso de gentileza, que anteriormente había recibido muchos favores de los personajes involucrados en aquel caso de reencarnación, y que se sentía feliz por la oportunidad de serles útil. Hizo comentarios acerca de las dificultades del servicio de liberación espiritual y exaltó la ley del bien, que convoca a todos los hijos de la creación a la colaboración recíproca y a los servicios de “intercesión”.

Completamos la reconfortante e instructiva conversación en el preciso momento en que llegamos al hogar de Adelino, acertadamente emplazado en una pintoresca zona suburbana, como un agradable refugio bordeado de colinas tapizadas de vegetación.

Eran cerca de las dieciocho.

Me sorprendió la presencia de Herculano, que nos aguardaba en la puerta. El instructor me informó que había avisado al amigo acerca de nuestra visita, con la recomendación de que trajera a Segismundo a fin de efectuar las tareas de aproximación.

El compañero nos saludó con afecto, y se dirigió a mi orientador para explicarle:

-Segismundo vino conmigo; está esperándonos adentro.

-Muy acertada medida -dijo Alexandre con entusiasmo-, anoche me consagré a nuestros amigos. Veremos qué se puede hacer hoy.

Entramos.

El matrimonio formado por Adelino y Raquel estaba cenando junto con un niño, que supuse era el primogénito de la casa. No lejos, instalada en un sillón, reposaba una entidad que se levantó de inmediato al notar nuestra presencia, y fue en especial al encuentro de mi orientador que le abrió los brazos con un gesto de cariño.

Herculano, cerca de mí, me dijo en tono discreto:

-Él es Segismundo.

Noté que el desencarnado se abrazó a Alexandre, llorando convulsivamente. El instructor lo recibió como lo haría un padre y, después de escucharlo por algunos minutos, le dijo compasivamente:



-¡Cálmese, mi amigo! ¿Quién no tiene sus luchas, sus problemas, sus dolores? Y puesto que todos somos deudores, los unos de los otros, ¿no cree que es motivo para júbilo y glorificación recibir la sublime posibilidad de la expiación y el pago? ¡No llore! Nuestros hermanos están comiendo. No debemos perturbarlos con la emisión de fuerzas magnéticas desalentadoras.

Y lo colocó de nuevo en el amplio asiento con apoyabrazos, como si Segismundo estuviese debilitado y enfermo, para continuar luego:

-Tenga valor. La ocasión que está cercana representa una dádiva divina en relación con su futuro espiritual. Organizaremos las cosas como conviene, no tema.

-Sin embargo, amigo -dijo el interlocutor con lágrimas en los ojos-, experimento grandes obstáculos.

Y agregaba con tono sumiso:

-Reconozco que he sido un criminal y pretendo reparar mis antiguas culpas. Pero Adelino, pese a las promesas que hizo en la esfera espiritual, en la presente recapitulación ha omitido el perdón de mis faltas pasadas...

Alexandre lo oía enternecido y sonrió paternalmente al contestarle:

-Bueno, Segismundo, ¿por qué conserva veneno en su corazón? ¿Por qué no es usted el que cede una disculpa? No complique su situación cultivando un injustificado desánimo. ¡Arriba las energías, amigo! ¡Póngase en la situación de su adversario del pasado! ¡En cierto momento él fue la víctima de su acto imprevisto! ¿No encontraría usted, tal vez, las mismas dificultades? Tenga calma y prudencia. No derroche la bendita oportunidad de tolerar algo que es desagradable a sus sentimientos, a fin de reparar el pasado y dar cumplimiento a las

necesidades del presente. ¡Vamos, no pierda el equilibrio! ¡La ocasión es para agradecer a Dios y conservar la armonía con sus semejantes!...

Segismundo se enjugó los ojos, sonrió con esfuerzo y murmuró:

-Tiene razón.

Herculano, que lo contemplaba compadecido, se sumó a la conversación para agregar:

-Él ha estado muy deprimido, desanimado...

-Es lógico -alegó Alexandre con firmeza-, en tales circunstancias el ser humano padece cierto desequilibrio, dadas las condiciones requeridas por el regreso a la carne. No obstante, Segismundo ha ido muy lejos con el fenómeno, y aumentó sus propios sufrimientos con expectativas y temores que no se justifican.

A continuación se concentró con mayor detenimiento en el matrimonio que seguía sentado a la mesa, y dijo con afecto:

-Observemos a Adelino y a Raquel. Veamos qué cooperación pueden recibir.

Lo acompañamos en silencio.

El jefe de la casa permanecía taciturno, y la conversación que mantenía con su esposa se limitaba a monosílabos. Era evidente que su compañera se esforzaba; pese a todo, él continuaba casi envuelto en sombras.

-¿No se concretó el negocio que esperabas? -le preguntó la mujer, que intentaba aportar afecto a la conversación-.

-No -le respondió él secamente-.

-¿Y tú sigues interesado?

-Sí.

-¿Viajarás la próxima semana, en el caso que no se haya realizado el negocio antes del domingo?

-Tal vez.

La esposa hizo una larga pausa, algo desanimada, y luego argumentó:

-¿Qué disculpa presenta la empresa ante semejante demora?

El marido la miró indiferente y respondió lacónico:

-Ninguna.

A esta altura, Alexandre hizo un gesto de preocupación con la cabeza y nos dijo:

-Por cierto, la condición espiritual de Adelino es de las peores. El sublime amor que debiera guardarse en el altar doméstico está ausente cuando los cónyuges pierden la satisfacción de conversar entre sí. En semejante estado psíquico no contribuirá a nuestros propósitos.

Alexandre se puso de pie y dio algunos pasos alrededor de la reducida familia, para luego dirigirse a nosotros al manifestar:

-Intentaré despertar las fibras sensibles de su corazón, de modo de prepararlo convenientemente para que esta noche nos escuche.

Al decir así, el dedicado orientador se aproximó a la criatura, un hermoso niño que andaría por los tres años, y le colocó la diestra sobre el corazón. Observé que el pequeño esbozó una sonrisa y en sus ojos azules apareció un nuevo brillo. Entonces, con una inflexión de infinito

cariño dijo así:

-Mamá, ¿por qué papá está triste?

El dueño de la casa levantó la cabeza sorprendido, al mismo tiempo que su esposa respondía conmovida:

-No lo sé, Juancito. Tal vez lo tengan preocupado los negocios, hijito.

-¿Y qué son “negocios”, mamá? -insistió el niño ingenuamente-

-Son las luchas de la vida.

El niño miró a su madre con atención y le preguntó:

-¿A papá le dan alegría los negocios?

-Sí -respondió la señora sonriendo-

-¿Y por qué en casa está triste?

Mientras el padre acompañaba el diálogo muy impresionado, la cariñosa madre le explicó al niño con paciencia:

-En las luchas diarias, Juancito, tu papá debe mostrarse contento con todos y cuidar de no ofender a nadie. Entonces, lo que te parece tristeza es cansancio debido al trabajo. Cuando regresa al hogar trae consigo muchas preocupaciones. Así como en la calle debe mostrarse cordial y alegre, de modo de no herir a los demás, no sucede lo mismo aquí, donde tiene la libertad para reflexionar acerca de los problemas que lo afectan en mayor medida. Éste es su hogar, hijo mío, donde tiene derecho a no ocultar sus preocupaciones más secretas...

El niño escuchó atento, al mismo tiempo que dividía sus miradas afectuosas entre el padre y la madre, para luego decir: -Qué pena,

mamá, ¿no es cierto?

El jefe de la familia, tocado en las fibras recónditas de su alma por la ternura del hijo y por la humildad sincera de la compañera, sintió que la nube de sombra de sus propios pensamientos daba lugar a tranquilizantes sensaciones de alivio y consuelo. Sonrió, repentinamente transformado, y se dirigió al pequeño con una nueva inflexión en la voz:

-¿Qué idea es ésa, Juancito? No me siento apenado. Además, estoy muy satisfecho, ¡como el último día de nuestro paseo a las sierras! Tu mamá te explicó muy bien lo que me sucede. Cuando tu papá está en silencio no quiere decir que se encuentra desalentado. A veces es preciso callar, para pensar mejor.

La dueña de casa mostró su satisfacción con una amplia sonrisa, al observar el brusco cambio de su compañero. A su vez, el niño no ocultaba el júbilo en su semblante infantil; y tan pronto como el padre terminó las explicaciones afectuosas, siempre envuelto en las irradiaciones magnéticas del bondadoso instructor, se dirigió nuevamente al jefe de la casa para preguntarle:

-Papá, ¿por qué no vienes a rezar conmigo cada noche?

El padre intercambió una elocuente mirada con su esposa y le dijo:

-De costumbre he estado muy ocupado por la noche, pero hoy regresaré más temprano para acompañarte en las oraciones.

Y con una paternal sonrisa de alegría, añadió:

-¿Ya sabes orar solo?

El pequeño respondió, satisfecho:

-Todas las noches, mamá me enseña a rezar por ti. ¿Quieres verlo?

Entonces, abandonó los cubiertos, miró instintivamente hacia lo alto y, con las manos unidas, recitó:

- “ ¡Dios, guarda a papá en los caminos de la vida, dale salud, tranquilidad y valor en las luchas de cada día! ¡Que así sea!”

El padre, que al principio parecía tan impenetrable y descortés, dejó ver sus ojos inundados de lágrimas, sensibilizado en las fibras más íntimas, y al mismo tiempo que miraba tiernamente a su hijo, murmuró:

-Estás muy adelantado. Hoy, Juancito, yo también rezaré.

Con el alma despejada, Adelino contempló luego a su compañera, orgulloso de contar con su devoción, y agregó:

-La conversación con Juan me ha hecho mucho bien. Llegué con el corazón desalentado, oprimido. Yo mismo no sabría cómo definir el estado de mi alma... ¡Hace unos cuantos días que paso las noches agitado, en medio de aflicciones y pesadillas! He soñado reiteradamente que alguien se aproxima a mí, y que se trata de un enemigo violento. A veces, cuando me despierto por la mañana le doy gracias a Dios, porque me siento mejor dispuesto para enfrentar a las máscaras humanas que luchando la noche entera en medio de sueños crueles...

La esposa, sorprendida, acotó con cariño:

-Creo que deberías descansar un poco...

Conmovido, ante la delicadeza de su mujer, Adelino continuó: - ¡He tenido temor de mí mismo! Tan pronto como me acomodo en el lecho siento instintivamente que una sombra se aproxima a mí. Me duermo con una indescriptible ansiedad y comienza la pesadilla, sin que conscientemente sepa hallar alguna explicación.

-Y los sueños ¿son los mismos cada vez? -preguntó la esposa solícita-.

-Siempre son los mismos -respondió él emocionado-. Veo que un hombre se aproxima a mí con las manos extendidas, como si fuera un mendigo común que implora socorro. No obstante, cuando lo miro a la cara me invade un inexplicable terror... Tengo la impresión de que su propósito es asesinarme por la espalda... En ciertas ocasiones intento ofrecerle mis manos, superando la sensación de pavor, ¡pero una y otra vez acabo huyendo, con una mezcla de odio y repugnancia! ¡Oh, qué pesadillas tan terribles y reiteradas!

Modificó entonces el tono de su voz y agregó:

-Reconozco que me encuentro bajo un intenso desequilibrio nervioso, pero no puedo identificar el motivo...

-¿Por qué no te sometes a un adecuado tratamiento médico? -preguntó la esposa afectuosamente-.

El marido reflexionó durante algunos segundos, como si su Espíritu vagase a través de lejanos recuerdos. Después, detuvo en su compañera su mirada brillante y destacó:

-Tal vez no necesite recurrir a los facultativos. Probablemente nuestro hijito tenga razón... Las arduas luchas del mundo me impusieron el olvido de la fe en Dios. ¿Cuántos años hace que abandoné la oración?

Con los ojos húmedos, pensativo, prosiguió:

-Cuando niño, mi madre me educaba en la ciencia de la plegaria. Me había enseñado a inclinarme ante la voluntad del Altísimo, de modo que percibía la bondad divina en todas las cosas y me arrodillaba confiado, a los pies de mi cariñosa madre, para implorarle las bendiciones de lo Alto... Más adelante llegaron las emociones de los

sentidos, el duelo con los hombres agresivos, la difícil rutina de competir por el pan de cada día... A partir de entonces perdí la pureza en la creencia y actualmente necesito recuperarla.

La esposa secó sus ojos, conmovida. Hacía muchos años que no observaba en su compañero tales demostraciones emotivas. Se puso de pie, emocionada, y le dijo tiernamente:

-Vuelve más temprano para que oremos juntos.

Ella procuró introducir notas de optimismo en la conversación y solicitó la opinión de Juancito al decirle:

-Juancito, hoy papá orará junto con nosotros.

El rostro del pequeño se iluminó con indescriptible entusiasmo. Contempló, enternecido, a su mamá y manifestó:

-Entonces, mamá, haré todas las oraciones que he aprendido.

Una vez concluida la comida, experimentando una disposición diferente, Adelino se despidió con tal delicadeza que Herculano la calificó de desusada.

Alexandre afirmó, muy satisfecho, después de restituir al niño a los cuidados maternos:

-Felizmente, nuestros servicios preparatorios se desarrollan con excelentes perspectivas. Hemos conseguido mucho en unos pocos minutos.

Por mi parte, era inmensa la sorpresa que invadía a mi Espíritu. ¿Por qué tanta prudencia? Alexandre y otros benefactores tan elevados como él, ¿no podían organizar los servicios relativos a la reencarnación de Segismundo? ¿No eran dueños de un gran poder por encima de cualquier obstáculo?



Sin embargo, dándome la impresión de que deseaba responder a mis preguntas íntimas, el instructor le habló amistosamente a Herculano en estos términos:

-No debemos ni podemos obligar a nadie; necesitamos de la buena disposición de Adelino para la tarea que nos espera.

Luego, se puso a orientar a Segismundo en relación con la conducta mental, y le aconsejó que se preparara con todos los recursos a su alcance para garantizar el éxito de la experiencia que estaba próxima. Otros amigos espirituales de los personajes de aquel drama, que tenía por escenario al mismo tiempo a dos ámbitos diferentes, llegaron también al nido doméstico y se intensificó el buen humor en un clima de fraternal camaradería. La presencia de mi instructor parecía un incentivo para la satisfacción de todos. Alexandre sabía conducir la charla de carácter elevado y comunicaba su poderoso optimismo a todos los compañeros. Se hacían comentarios acerca de las dificultades que acompañan a la reencarnación, a raíz de los conflictos vibratorios que ocasiona la falta de colaboración de los seres humanos que residen en la corteza, cuando el jefe de la casa regresó al hogar predispuesto a cultivar las dulces emociones de aquel día.

Gratamente sorprendidos, la esposa y el hijito le dedicaron abundantes manifestaciones de afecto, y dieron comienzo a una nueva conversación reconfortante y educativa. Consagraron más de una hora a la buena lectura y a un excelente intercambio de ideas. Adelino reiteró sus propósitos de recuperar la serenidad interior, a través de una más profunda comunión espiritual con su pequeña familia.

Cuando la cariñosa madre le recordó al pequeño la necesidad de ir a la cama, Juancito tenía presente la promesa paternal, de modo que preguntó:

-¿Papá ya sabe qué debemos hacer antes de ponernos a orar? El dueño de la casa sonrió y le pidió explicaciones.

El niño, con asombrosa vivacidad, le explicó:

-Mamá dice que debemos llamar a los mensajeros de Dios, para que nos asistan.

-Pues bien -respondió el padre con agrado-, llámalos para que vengan a nuestro lado.

El pequeño pronunció algunas palabras de invitación con sus manos unidas, y seguidamente, los tres se trasladaron a la habitación privada.

Alexandre, que parecía muy satisfecho con la espontánea plegaria del niño, nos dijo:

-Estamos invitados a participar de sus oraciones en la intimidad. Acompañémoslos.

En aquel momento se sumaron a nuestro grupo tres entidades amigas de Raquel que se habían acercado hasta allí, convocadas por Herculano, con el fin de que cooperaran también en la resolución del asunto.

La escena familiar era de las más conmovedoras. El pequeño estaba arrodillado y hacía la oración dominical con infantil emoción. Adelino y su compañera seguían su plegaria, atentos. Por nuestra parte observábamos con recogimiento, animados por la intención de colaborar en aquella tarea espiritual con las mejores potencias de nuestros sentimientos.

Noté que la esposa estaba rodeada de una intensa luminosidad, que emanaba de su corazón y envolvía tanto al esposo como al niño con suaves irradiaciones. Muy sensibilizado, Adelino dejó escapar una lágrima furtiva cuando su hijo, una vez que hubo concluido las oraciones, breves en palabras pero grandiosas en espiritualidad, le besó las manos cariñosamente.

Algunos minutos después todos se acostaron y se cubrieron con los cobertores, felices y tranquilos.

En ese instante, Alexandre dijo:

-Ahora, amigos, aportemos una oración para interceder. Debemos conversar seriamente con Adelino acerca de su situación.

El orientador rogó en voz alta la protección divina para el matrimonio, y nosotros lo acompañamos en profundo silencio. Al orar, las vibraciones de nuestro pensamiento, como porciones de sustancias luminosas, se unieron en un todo y se derramaron sobre el lecho conyugal como sutiles corrientes de fuerzas magnéticas vigorizantes y regeneradoras.

Vi entonces que Raquel abandonaba su cuerpo físico envuelta en luminosas irradiaciones, como si estuviera ajena a la situación. Despreocupada y feliz, abrazó a una de las entidades que nos acompañaban, una señora de edad avanzada que Alexandre nos había presentado poco antes, mencionando que se trataba de la abuela materna de la dueña de casa. La anciana desencarnada invitó a su nieta a que permanecieran juntas, en oración, a lo que Raquel consintió con visible alegría.

La esposa de Adelino aparentemente sólo identificaba la presencia de la cordial anciana. Fijaba la mirada en nosotros con indiferencia, como si no estuviésemos allí. Extrañado por aquel hecho me dirigí al instructor a fin de solicitarle explicaciones. Alexandre no se hizo de rogar, y aunque era muy delicada la tarea que nos había reunido, me aclaró con delicadeza:

-No se sorprenda. Cada uno de nosotros debe tener la posibilidad de ver aquello que nos proporcione auténtico provecho. Además, no sería conveniente ampliar la percepción de nuestra amiga para que nos acompañe en el trabajo de esta noche. Ella nos auxiliará con el aporte

de la oración, pero no es necesario que siga de cerca las enseñanzas que la condición del esposo demanda. Quien hace lo que está a su alcance recibe el salario de la paz. Raquel ha estado haciendo cuanto puede para conseguir el éxito en el desempeño de las obligaciones que la trajeron al mundo; por consiguiente, no debe ser advertida ni perturbada. Atendamos a Segismundo y a Adelino.

Satisfecho con las explicaciones recibidas, y admirado de la Justicia divina que se ponía de manifiesto en los mínimos detalles de nuestras actividades espirituales, observé que la compañera de Adelino se mantenía, no lejos de nosotros, en una fervorosa plegaria.

En ese momento, el esposo de Raquel se apartó del cuerpo físico con embarazo. No presentaba, como su consorte, un halo radiante alrededor de su persona y parecía tener mucha dificultad para moverse. Mientras su mirada vagaba por la habitación, angustiado y asustadizo, Alexandre se aproximó a mí y me comentó:

-¿Está analizando la lección? Repare en las particularidades de la vida espiritual. Adelino y Raquel son Espíritus que se han asociado a través de muchas existencias en común, y comparten el mismo cáliz de dolores y alegrías durante las experiencias terrestres. En la actualidad, sus cuerpos reposan uno al lado del otro, en el mismo lecho; no obstante, viven en zonas mentales diferentes. Es muy difícil que estén reunidas mediante los lazos domésticos almas de la misma esfera. Raquel, fuera del envoltorio de la carne puede ver a su abuelita, a quien se encuentra ligada dentro del mismo círculo de elevación. Adelino, por su parte, sólo podrá ver a Segismundo, a quien se encuentra magnetizado por las fuerzas del odio cuyo desarrollo imprudentemente estimuló de nuevo dentro de su corazón...

A esta altura de las explicaciones, la palabra del orientador fue interrumpida por un grito desgarrador. Adelino, atemorizado, había reconocido la presencia de su antiguo adversario y, despavorido, intentaba huir inútilmente. Se movía con dificultad y, a la manera de

una criatura miedosa en busca de refugio, ansiaba volver al cuerpo físico. Por su parte, Alexandre se aproximó a él con amoroso ascendiente y le tendió las manos, que despedían enormes chispas de luz. Contenido por aquellos rayos magnéticos, el esposo de Raquel se puso a temblar y notamos que comenzó a ver algo más que la presencia de su ex enemigo. Poco después, gracias a las poderosas emisiones magnéticas de Alexandre, pudo captar con la vista a nuestro venerable orientador, con el cual se sintonizó directamente y cayó de rodillas en medio de un convulsivo llanto. Analicé el pensamiento de Adelino en aquel momento conmovedor, y percibí que él asociaba la aparición radiante con las oraciones de su hijito. Veía allí la extraña figura de Segismundo junto a la resplandeciente presencia de Alexandre, y hacía un indescriptible esfuerzo por recordar el pasado distante que su memoria no conseguía ubicar con precisión. Supuso, obviamente, que nuestro mentor debía ser un emisario del Cielo con la misión de liberarlo de sus crueles pesadillas y, encandilado por la intensa luz, sollozaba de rodillas entre el miedo y el júbilo a la vez que suplicaba paz y protección.

El bondadoso instructor se dirigió a él con la serenidad de un padre cariñoso y experimentado, y lo ayudó a que se pusiera de pie mientras exclamaba:

-Adelino, ¡conserva la paz que te traemos en nombre del Señor! Lo abrazó entonces contra su pecho como lo haría con un amigo y continuó:

-¿A qué le temes, hermano?

Adelino alzó los ojos humedecidos por las lágrimas, y mientras señalaba a Segismundo, apenado, alegre con énfasis:

-Mensajero de Dios, ¡líbrame de esta infausta pesadilla! Si has venido atraído por las oraciones de mi inocente hijo, ¡ayúdame, por caridad!

Y aludiendo al pobre amigo continuaba:

-¡Este fantasma me tiene loco! ¡Me siento enfermo, desventurado!...

Alexandre lo miró fijamente y le preguntó:

-¿Es así como recibes a los hermanos infelices? ¿Es así como respondes a los designios supremos? ¿Dónde has dejado las nociones de solidaridad humana? ¿Con qué justificación habremos de abandonar a los más desafortunados? Es fácil amar a los amigos, admirar a los buenos, comprender a los inteligentes, defender a los familiares, ensalzar a los seres queridos, conservar el vínculo con quienes nos estiman, loar a los justos y exaltar a los héroes conocidos. Sin embargo, si nos comportamos respetablemente en tales relaciones personales, es necesario reconocer que son el resultado de una tarea que hemos realizado en nuestro proceso evolutivo. Nosotros, amigo, aún no hemos conseguido la redención definitiva. Por eso mismo, la tempestad es nuestra bienhechora; la dificultad, nuestra maestra; el adversario, un instructor eficiente. ¡Modifica las vibraciones de tus pensamientos! ¡Recibe caritativamente al mendigo que golpea a tu puerta, aun cuando no hayas conquistado aún suficiente luz como para recibirlo con el amor que Jesús nos enseñó!

Impresionado con las palabras que escuchaba, pronunciadas con una inflexión de ternura paternal, Adelino lloraba copiosamente. Se dirigió entonces hacia Segismundo y lo encaró. Alexandre, como para aprovechar su novedosa actitud agregó: -¡Contempla al pobre que te pide socorro! Observa su estado de humillación y desamparo. ¡Imagínate en la posición de él y reflexiona! ¿No te dolería la indiferencia? ¿La crueldad ajena no te dilaceraría el alma? ¿Estarías conforme con que alguien te calificase como fantasma, tan sólo por las evidencias de tu sufrimiento? Adelino, amigo, abre las puertas de tu corazón a los que vienen a buscarte en nombre del Padre Todopoderoso.

El interpelado se volvió, como un niño atemorizado, y fijando la mirada en el generoso mentor exclamó:

-¡Oh, mensajero de los Cielos! ¡Tengo miedo, mucho miedo!... ¡Algo existe entre este hombre de las sombras y yo, que me impulsa a una profunda aversión! ¡Me parece que él viene a quitarme la vida, a destruir la felicidad de mi familia, a envenenar mi corazón irremediabilmente!...

Comprendí que la cercanía de Segismundo despertaba en Adelino, reencarnado, las reminiscencias del oscuro pasado. Él, la víctima de otro tiempo, no conseguía precisar los hechos vividos, sin embargo, a nivel emotivo experimentaba los recuerdos imprecisos de los acontecimientos, que eran portadores de dolorosa ansiedad.

Transcurrido el breve intervalo Alexandre objetó:

-No debes permitir la intromisión de fuerzas negativas y destructoras en el campo íntimo del alma. Siempre se puede transformar el mal en bien, cuando existe una firme disposición del individuo para el servicio de fidelidad al Señor. ¡Ten en cuenta, amigo, las trascendentes verdades de la vida eterna! Aunque este hermano te buscara en la condición de adversario, aunque él te reclamara como un enemigo feroz, ¡deberías abrirle tu sentimiento fraternal! Las reconciliaciones son difíciles cuando somos inexpertos en la práctica del amor, no obstante, ¡sin la reconciliación entre los hombres, jamás sería realidad nuestra integración gloriosa con la divinidad!

Como el esposo de Raquel estaba deshecho en lágrimas, el orientador prosiguió:

-¡No llores! ¡Equilibra tus sentimientos y aprovecha esta sagrada oportunidad!...

Entonces, Adelino se enjugó las lágrimas y pidió con humildad:  
-¡Auxíliame, por amor de Dios!

Al notar su profunda sinceridad, el instructor invitó a Segismundo a que se aproximara. Éste se levantó, tambaleante, angustiado.

Asistiendo a la ex víctima, Alexandre le señaló la figura del ex asesino y se lo presentó:

-Éste es nuestro amigo Segismundo. Él necesita que tú cooperes en el proceso de su redención. ¡Tiéndele tus manos fraternas, bríndale asistencia en nombre de Jesús!

Adelino no titubeó y, pese al gran esfuerzo que debió realizar en su interior, evidente para nuestra percepción espiritual, estrechó con profunda emoción la mano de quien había sido su adversario.

-¡Perdóname, hermano! -musitó Segismundo con infinita humildad-. ¡El Señor te recompensará por el bien que me haces!...

El marido de Raquel lo miró fijamente a los ojos, como si se propusiera disipar las últimas tinieblas de la desavenencia, y le dijo:

-¡Cuenta conmigo... seré tu amigo!...

El ex homicida se inclinó, respetuoso, y le besó las manos. El acto espontáneo de Segismundo lo conquistó. No podía ser malo aquel Espíritu angustiado y doliente que le besaba las manos con veneración y cariño. Fue entonces que observé un fenómeno singular. El organismo periespiritual de Adelino parecía despojarse de densas nubes, que se disolvían desde arriba hacia abajo y dejaban al descubierto sus características de luminosidad. Muy tenues irradiaciones aureolaban su persona y revelaban sus sentimientos elevados y nobles.

Herculano, a mi lado, me dijo en tono discreto:

-El perdón de Adelino es sincero. Las densas sombras del odio, evidentemente, han sido disipadas. ¡Loado sea Dios!



Alexandre abrazó a ambas almas reconciliadas, y les renovó sus fraternales palabras de estímulo, inspiradas por la sabiduría y la ternura. A continuación, recomendó al esposo de Raquel que descansase de la lucha y se dispuso a retirarse en nuestra compañía. Noté que marido y mujer, a instancias de los amigos espirituales allí presentes, regresaban al cuerpo físico a fin de intercambiar opiniones relacionadas con los hechos, a los que calificarían como sueños según el color mental de cada uno.

Alexandre se retiró satisfecho, mientras comentaba con una inflexión paternal:

-Con el auxilio de Jesús, la tarea ha sido cumplida con éxito. Miró luego a Segismundo y agregó:

-Creo que la próxima semana podrá comenzar su proceso definitivo de reencarnación. Lo acompañaremos con nuestro afecto. No tenga ningún temor.

Mientras Segismundo sonreía, mostrando una actitud que al mismo tiempo era de resignación y confianza, el orientador se dirigió a Herculano para explicarle:

-He observado el gráfico perteneciente al organismo físico que nuestro amigo recibirá en el futuro, y he verificado de cerca las imágenes de la dolencia de su corazón, que padecerá en la edad madura a consecuencia de la falta que cometió en el pasado. Segismundo experimentará importantes perturbaciones de los nervios cardíacos, en particular de los nervios del tonus. Mientras tanto -y en ese momento concentró toda su atención en el interesado-, es necesario que usted le ayude a ver que las pruebas de la verdadera reparación inducen al alma encarnada a afrontar situaciones riesgosas y complejas, al realizar la recapitulación de las experiencias. Sin embargo, no obligan al interesado a incurrir en nuevos fracasos espirituales, cuando dispone de verdadera buena voluntad para efectuar el trabajo que propiciará su

elevación. El aprendiz aplicado puede recuperar mucho tiempo y conquistar muchos méritos, si, de hecho, se propone aprender las lecciones y ponerlas en práctica. La Justicia divina está invariablemente constanciada con el amor y, cuando la fidelidad sincera al Señor permanece viva en el corazón de los hombres, siempre hay lugar para “el acrecentamiento de misericordia” al que aludía Jesús durante su apostolado.

Seguidamente, Alexandre se despidió de los demás y me invitó a acompañarlo, al mismo tiempo que remarcaba:

-Volveremos a reunirnos el día en que comenzará la vinculación de Segismundo con la materia física. Es necesario cooperar en esa ocasión con nuestros amigos “constructores”, a quienes he solicitado que me presenten los mapas cromosómicos relacionados con las tareas que van a iniciarse.

Nos separamos.

Torturado por una singular curiosidad, en vista de los cuidados extremos destinados a que Adelino y Segismundo se reconciasen en los momentos previos a la aproximación mediante los lazos de la carne, no pude contener las preguntas que me atormentaban. ¿No era lícito facilitar la reencarnación del necesitado sin demoras? ¿A qué se debía tanta demostración de afecto hacia el esposo de Raquel, si él era quien debería sentirse satisfecho de cooperar en esa sublime obra de redención? ¿No teníamos poder suficiente para desarticular todas las resistencias?

Alexandre me escuchó pacientemente, mostró después una sonrisa paternal y respondió:

-Su desconcierto es lógico. Todavía no está habituado a los trabajos de socorro o de organización, de este lado de la vida. Y después de una breve pausa reflexionó:

-Cada hombre, tanto como cada Espíritu, es un mundo en sí mismo, y cada mente es como un cielo... Del firmamento descienden los rayos del sol y las lluvias bienhechoras para el organismo del planeta, pero también, en el instante en que se produce la fricción entre los elementos atmosféricos, de ese cielo proceden chispas destructivas. Lo mismo ocurre con la mente humana. En ella tienen origen las fuerzas que conservan el equilibrio y promueven el restablecimiento de los trillones de células del organismo físico, sin embargo, cuando la mente se encuentra perturbada emite rayos magnéticos de alto poder destructivo hacia las comunidades celulares que están a su servicio. El pensamiento contaminado de Adelino destruía la sustancia responsable de la herencia, y producía el envenenamiento de la cromatina dentro de la vesícula del semen. Él podía responder a los llamados de la naturaleza y entregarse a la unión sexual, pero no lograría los objetivos sagrados de la creación porque, por las características lamentables de su vida interior, aniquilaba las células creadoras en cuanto nacían, y aunque no las destruyera por completo, intoxicaba los genes del carácter y obstaculizaba el desenvolvimiento de nuestra labor... Ahora bien, en cuanto a Segismundo, unido a él en un proceso activo de redención, no podemos dispensarle la asistencia afectuosa y fraternal. De ahí la necesidad de ese trabajo intenso para despertar en él los principios del afecto. Solamente el amor proporciona vida, alegría, equilibrio. A partir de este momento en que se ha transformado su actitud íntima, Adelino emitirá fuerzas magnéticas protectoras de los elementos destinados al elevado servicio de la procreación.

La palabra del orientador no podía ser más sensata. A partir de entonces comencé a comprender el sentido sublime del trabajo que se había llevado a cabo, a fin de que el esposo de Raquel se hiciera más humano y más blando de sentimientos. Como no encontraba expresiones para definir mi asombro, Alexandre sonrió y después de un prolongado intervalo destacó:

-Según he podido observar, el culto del menor esfuerzo no realiza milagros. Cuando por todas partes enseñamos la necesidad de vivir

según la ley del amor, no lo hacemos en respuesta a meros enunciados de esencia religiosa sino atendiendo a los verdaderos principios de la vida.

En el curso de sus enseñanzas, alusivas al interesante caso de Segismundo, el bondadoso instructor había tocado temas de gran relevancia para mí. Había aludido a la unión sexual, y definió al trabajo creador como su objetivo sagrado. ¿No sería este un momento oportuno para que se expusiera más acerca de tan delicado asunto? Lo abrumé con preguntas ansiosas. Alexandre no se mostró sorprendido y escuchó mis inquietudes con imperturbable serenidad. Cuando me ubiqué en una actitud expectante, me respondió con amabilidad:

-El sexo ha sido envenenado a tal punto por la mayoría de los hombres reencarnados en la corteza terrena, que por el momento resulta muy difícil para nosotros ilustrar a la razón humana con referencia al asunto. Basta con decir que la unión sexual entre la mayoría de los hombres y las mujeres terrestres, se encuentra demasiado cerca de las manifestaciones de esa naturaleza entre los irracionales. En el capítulo relativo a las relaciones de esa clase hay mucha inconsciencia criminal e indiferencia sistemática a las leyes divinas. Desde esa posición, no parecería razonable ninguno de nuestros comentarios. Se trata de un nivel de semibrutos, y muchas son las inteligencias dignas de admiración que prefieren permanecer en las bajas corrientes evolutivas. Es innegable que también ahí se desenvuelven las tareas de abnegados constructores espirituales, que colaboran en la formación básica de los cuerpos destinados a servir a las entidades que reencarnan en esos círculos más burdos. Entretanto, es preciso considerar que el servicio, en esa esfera, se lleva a efecto en masa, con las características de un mecanismo primitivo. En esos ámbitos más bajos, el amor es como el oro oculto debajo de un espeso manto de ganga, que demanda inmenso esfuerzo y laboriosas experiencias hasta que queda expuesto a los entendidos. Sin embargo, entre los seres humanos que efectivamente se encaminan hacia las cimas de la elevación, la unión sexual es muy diferente. Refleja la permuta sublime de las energías periespirituales, y

simboliza el alimento divino reservado a la inteligencia y al corazón, como también la fuerza creadora, no sólo de los hijos carnales sino también de las obras y las realizaciones generosas del alma destinadas a la vida eterna.

Alexandre hizo una breve pausa, y con una sonrisa paternal continuó:

-Tenga presente, André, que me he referido a los objetivos sagrados de la creación, y no exclusivamente al trabajo procreador. La procreación es una de las tareas que puede realizar aquel que ama, sin que sea el motivo excluyente de las uniones. El Espíritu que odia o que se coloca en una posición negativa en relación con la ley de Dios, no puede crear vida superior en ninguna parte.

Comprendí que el problema presentaba dificultades para quien se propusiera explicarlo, no obstante, como si quisiera despejar todas mis dudas, después de una breve interrupción el abnegado instructor prosiguió:

-Es necesario reubicar el concepto de sexo, y abstenemos de reservarlo sólo a determinados órganos del cuerpo transitorio de los seres humanos. Veamos al sexo como una cualidad del alma que es al mismo tiempo positiva y pasiva, emisora y receptora. Una vez que hayamos llegado a esa comprensión, verificaremos que las manifestaciones sexuales evolucionan junto con el ser. Mientras nos zambullamos en el charco de las vibraciones densas y venenosas experimentaremos en ese aspecto simples sensaciones. A medida que nos ponemos en camino hacia el equilibrio hacemos acopio de elementos provenientes de experiencias positivas, de oportunidades de rectificación, de fuerza, de conocimiento, de alegría y poder. Asimismo, al colocarnos en armonía con las leyes supremas encontramos la iluminación y la revelación, mientras que los Espíritus superiores conquistan los merecimientos de la divinidad. Sustituyamos las palabras “unión sexual” por “unión de cualidades” y observaremos que

la vida universal se basa por completo en ese sublime fenómeno, cuya causa reside en el propio Dios, Padre creador de todas las cosas y de todos los seres.

Las palabras de Alexandre desplegaban nuevos horizontes a mi pensamiento. Los aspectos oscuros del tema se volvían inteligibles para mi campo mental. El benévolo orientador me hacía sentir que los intervalos de la conversación estaban destinados a concederme tiempo para meditar, y continuó después de una larga pausa:

-Esa “unión de cualidades” entre los astros se denomina magnetismo planetario de atracción, entre las almas recibe el nombre de amor, y entre los elementos químicos se la conoce como afinidad. No sería admisible, entonces, reducir tal fundamento de la vida universal para circunscribirlo a meras actividades de determinados órganos del cuerpo físico. La paternidad, o la maternidad, son tareas sublimes; sin embargo, no constituyen los únicos servicios divinos en el sector de la creación infinita. El apóstol que realiza aportes en el campo de la virtud, de la ciencia o del arte, se vale de los mismos principios del intercambio, sólo que en ámbitos diferentes, porque para él la permuta de cualidades se verifica en esferas superiores. Existen, pues, las fecundaciones físicas y las fecundaciones psíquicas. Las primeras requieren las disposiciones del cuerpo, con el fin de cumplir con carácter provisorio las exigencias de la vida dentro del campo de las experiencias necesarias. Las segundas prescinden de la cárcel del organismo físico, que impone limitaciones, y se efectúan en los resplandecientes ámbitos del alma, en un maravilloso proceso de eternidad. Cuando nos referimos al amor del Omnipotente, cuando estamos sedientos de divinidad, nuestros Espíritus no procuran otra cosa que no sea el intercambio de cualidades con las esferas sublimes del universo, ávidos del principio fecundante eterno...

Alexandre hizo una pausa extensa, como si él mismo estuviera extasiado con tales evocaciones. Por mi parte, estaba deslumbrado. Nunca antes había oído definiciones de tanta profundidad, con

referencia al lugar que corresponde al sexo en la vida universal.

-Es de lamentar -continuó el orientador circunspecto- que la mayoría de nuestros hermanos encarnados en la corteza terrenal haya menospreciado las facultades creadoras del sexo, y las desviara hacia la voráGINE de los placeres inferiores. Pagarán, centavo tras centavo, la deuda con ese altar santificado, a través de cuya puerta recibieron la gracia de trabajar y aprender en la superficie terrestre. Todo acto creador está impregnado de sagradas emociones vinculadas con la Divinidad, y son esas sublimes emociones inherentes a la participación del alma en los poderes creadores de la naturaleza, las que los hombres trasladan imprudentemente a la zona del abuso y el vicio. Intentan arrastrar la luz hacia las tinieblas, y convierten los actos sexuales, profundamente venerables en todas sus características, en una pasión viciosa tan deplorable como la embriaguez o la manía por el opio. Entre tanto, André, aunque los ojos mortales no lleguen a contemplar las angustiosas rectificaciones, los desdichados que han caído en semejantes abismos reciben severos escarmientos de la naturaleza divina.

A esa altura de las luminosas elucidaciones, al percibir que el respetable amigo entraría en una nueva pausa, me animé a preguntarle:

-¿Acaso el empleo del sexo no es una ley natural en la esfera de la Tierra?

Alexandre sonrió con benevolencia y respondió:

-Nadie cuestiona ese carácter de las manifestaciones sexuales en los círculos de la vida corporal, pero las leyes naturales, sea en la experiencia humana o en cualquier otro ámbito de la vida, deben ser ejercidas según las bases de la ley universal del bien y el orden. Quien huye del bien se enfrenta con el crimen; quien huye del orden cae en el desequilibrio. Por lo tanto, las uniones sexuales que se realizan al margen de esos sublimes principios se transforman en causas

generadoras de sufrimiento y perturbación. Por otra parte, no debemos olvidar que el sexo, en la existencia humana, puede ser uno de los instrumentos del amor, si bien amor no es sinónimo de sexo. Por ese motivo, los hombres y las mujeres cuyas almas se van independizando del cautiverio de la forma física, se liberan gradualmente de la supremacía

absoluta de las sensaciones carnales. Para ellos la unión sexual orgánica deja de ser una exigencia, porque aprenden a realizar el intercambio de los valores divinos del alma entre sí, y se alimentan recíprocamente a través de permutas magnéticas no menos valiosas para los sectores de la creación infinita. De tal modo, generan realizaciones espirituales afines con la gloriosa eternidad, más allá de la exigencia de los obstáculos celulares. Para esa categoría de seres humanos la unión reconfortante y sublime no está circunscripta a las emociones de unos pocos minutos, sino que constituye la complementación de un alma con otra alma a través de toda la vida, en el campo de la espiritualidad superior. En lo relativo a los fenómenos propios de la presencia física, la mayoría de las veces les alcanza con la mirada, la palabra, un simple gesto de cariño y comprensión, para que reciban el magnetismo creador del corazón amado y se impregnen de energía y estímulo para las más arduas conquistas.

Alexandre hizo un breve intervalo en la conversación y, luego, con un significativo movimiento de la cabeza observó:

-No hay creación sin fecundación. Las formas físicas provienen de las uniones físicas. Las realizaciones espirituales proceden de las uniones espirituales. La obra del universo es hija de Dios. Por lo tanto, el sexo, como cualidad positiva o pasiva de los principios y de los seres, es una manifestación cósmica en todos los círculos de la evolución, hasta que lleguemos a alcanzar el campo de la armonía perfecta donde esas cualidades se equilibran en el seno de la divinidad.

No quise quebrar el silencio que siguió a estas explicaciones. El



venerado instructor, absorto en profundos pensamientos no volvió a tocar el tema, hecho que probablemente me condujo a nuevas reflexiones edificantes.

Aguardé ansiosamente la ocasión en que retomara las enseñanzas relativas al caso de Segismundo. El estudio comenzado era en verdad fascinante. Fue por eso que recibí con justificada alegría la invitación de Alexandre a que regresáramos al hogar de Adelino. El bondadoso orientador alegaba que era preciso visitar al matrimonio y al amigo en proceso de reencarnación, en la víspera del primer enlace con la materia orgánica.

Al llegar a la vivienda, que ya nos era familiar, encontramos a Herculano y a Segismundo en compañía de otras entidades. Alexandre me informó que se trataba de Espíritus constructores que iban a cooperar en la formación fetal de nuestro amigo.

Como en la ocasión anterior, el recinto doméstico estaba bañado en la luz del crepúsculo, y la pequeña familia se encontraba con la misma disposición afectiva. Sin embargo, Adelino mostraba una actitud espiritual diferente. Lo envolvía un sereno ambiente de optimismo, delicadeza y alegría. Mi amable instructor, muy satisfecho con la nueva situación, se puso a analizar los mapas cromosómicos con la asistencia de los constructores que estaban presentes. En vano me propuse interpretar aquellos caracteres singulares, semejantes a diminutos arabescos francamente indescifrables para mí.

No obstante, Alexandre, siempre gentil y benévolo, aclaró:

-Éste no es un estudio que usted pueda interpretar por el momento. Estoy examinando la geografía de los genes en las estrías cromosómicas, a fin de cerciorarme hasta qué punto podremos colaborar en bien de nuestro amigo Segismundo, mediante recursos magnéticos dirigidos a la organización de las características hereditarias.

Me conformé y decidí observar a Segismundo, que aparentemente estaba extenuado y abatido, al punto que no conseguía mantenerse sentado. Asistido por el diligente Herculano conversaba con dificultad, tendido en una cama, en gran postración.

Dio muestras de satisfacción con mi presencia fraterna y, mientras los demás estudiaban su estado, mantuve con él una corta conversación que me permitió otra vez tomar contacto con la penosa sensación de quienes se encuentran al borde de una nueva experiencia terrestre.

-He estado con más ánimo -me dijo apenado-, pero, ahora la energía parece agotarse... Me siento débil, torpe... Mientras luché para conseguir la transformación de mi futuro padre, experimentaba mayor confianza y serenidad,... ahora... que he logrado la dádiva del retorno a la lucha, tengo temor de volver a fracasar...

-Conserve la calma -alegué para reconfortarlo-, su oportunidad de redención es de las mejores. Además, muchos compañeros estarán cerca de usted para colaborar con su triunfo en la etapa venidera.

El interlocutor sonrió con dificultad y explicó:

-Sí, lo reconozco... Entre los hermanos que me asisten en este momento, Herculano me acompañará con desvelo y constancia... Bien lo sé. No obstante, la vuelta a la vida en la carne, con las cualidades espirituales que ya hemos atesorado, representa un hecho de gran trascendencia en nuestro proceso de elevación... ¡Ay de mí si cayera otra vez!...

Le transmitía recomendaciones tendientes a reforzar su valentía y su optimismo cuando mi orientador, que había dado por concluido el examen de la documentación, se aproximó y le dijo a Segismundo con tono afectuoso no exento de firmeza:

-Amigo, cuesta creer que esté desfalleciente en el momento

culminante de sus actuales conquistas. Reavive su fe, regenere su esperanza. Usted no puede ingresar en la corriente material de la misma manera que nuestros hermanos ignorantes e infortunados, que requieren un estado casi absoluto de inconsciencia para acceder de nuevo al santuario materno. No deje de cooperar con nuestra labor mediante su confianza; es para su propio beneficio. Mantenga activa su imaginación creadora. Mentalice el comienzo de su condición fetal, y dé forma en su mente al modelo correspondiente, Usted va a encontrar en la digna maternidad de Raquel el más eficiente auxilio, y recibirá de nosotros la más decidida colaboración. No obstante, tenga en cuenta que en esta ocasión, para lograr el triunfo, tanto en lo atinente a la adaptación como a la receptividad, su trabajo individual será decisivo. No pierda tiempo en expectativas ansiosas, pobladas de malestares y aprehensiones. Eleve el nivel de sus potencias morales.

Segismundo escuchó respetuoso las recomendaciones. Reconoció que las palabras reconfortantes de Alexandre estuvieron acompañadas por un extraordinario efecto. Segismundo se recuperó repentinamente, en un esfuerzo por liberarse de la carga de preocupaciones inútiles.

Impresionado con las explicaciones del prestigioso mentor, no dudé en hacerle una nueva consulta.

-¿Existen, entonces -pregunté con gran curiosidad-, aquellos que reencarnan inconscientes del acto que realizan?

-Por cierto -respondió cortésmente-, del mismo modo que desencarnan a diario en la corteza terrenal millares de personas sin la menor noción del acto que protagonizan. Solamente las almas preparadas tienen comprensión cabal de la verdadera situación que se les presenta cuando ocurre la muerte del cuerpo. De igual modo sucede aquí. La mayoría de los que regresan a la existencia corporal en la esfera del planeta están magnetizados por benefactores espirituales que organizan para ellos nuevas ocupaciones redentoras, de modo que quienes reciben tal auxilio son conducidos al templo maternal de la

carne como si se tratara de niños entregados al sueño nocturno. El trabajo inicial que en rigor les compete, en cuanto a la organización del feto, es realizado por la mente materna conjuntamente con los amigos que los ayudan desde nuestro plano. Es muy grande la cantidad de los que retornan a la corteza en tales condiciones, asistidos por autoridades superiores de nuestra esfera de acción, atentos a las necesidades específicas de las almas encarnadas, de los hogares y de determinados núcleos afectivos.

La explicación no podía ser más lógica y, una vez más, admiré en el afectuoso amigo el don de la claridad y la sencillez.

Permanecemos un poco más de tiempo en aquel refugio acogedor y en el instante de la despedida, casi al borde de la medianoche, después de haber reconfortado a Segismundo, Alexandre se dirigió a Herculano y a los Espíritus constructores en los siguientes términos:

-Volveremos mañana a la noche para realizar la ligación inicial y hacer entrega de nuestro hermano en proceso de reencarnación a nuestros amigos.

Uno de los Espíritus constructores que parecía el jefe del grupo de operadores, lo abrazó conmovido y le dijo:

-Contamos con su ayuda para la división de la cromatina dentro del útero materno.

-¡Será un gran placer! -replicó con buena disposición de ánimo-

Concentrado más tarde en otras ocupaciones, no podía refrenar las nuevas ideas que la experiencia de Segismundo había despertado en mí. ¿Cómo se llevaría a efecto el auxilio en aquellas circunstancias? ¿Raquel sería consciente de nuestra colaboración? ¿Cómo interpretaría el matrimonio las actividades de nuestro medio, en caso de que llegara a conocer la dimensión de nuestra tarea? Alexandre se encargó de interrumpir mis cavilaciones y, como si oyera mis preguntas, agregó:

-En los casos de esta naturaleza, André, nuestra intervención se desarrolla con la misma unción que caracteriza al desempeño de un médico responsable y honesto en el parto común. El moldeado fetal, al igual que el desarrollo del embrión, obedecen a leyes físicas naturales, del mismo modo que ocurre con la organización de las formas en otros reinos de la naturaleza. Sin embargo, en estos fenómenos, en concordancia con los proyectos de evolución o reparación, coexisten las influencias de la cooperación espiritual con las leyes correspondientes. La colaboración es, en tales procesos, una de nuestras tareas habituales.

Comprendí la elevación de esa enseñanza y mi mente se serenó, en espera del día siguiente.

No obstante, cuando se acercaba el plazo establecido, la curiosidad volvió a acicatearme. ¿En qué momento volveríamos a la residencia de Adelino? Sin ninguna intención aviesa, me preocupaba el momento en que comenzaría la unión de Segismundo con la materia. ¿Intervendría Alexandre en el momento de la unión sexual, o el fenómeno obedecería a diferentes mecanismos? Mi orientador sonreía, silencioso, comprendiendo mi tortura mental. Las horas se sucedían una tras otra y, al percibir mi impaciencia, Alexandre me explicó con su natural bondad: -No se requiere nuestra presencia en el acto de la unión celular. Esos momentos en el tálamo conyugal son sublimes e inviolables en los hogares organizados sobre bases sanas. Usted sabe que la fecundación del óvulo materno solamente se verifica algunas horas después de la unión genésica. El elemento masculino debe realizar un extenso viaje antes de alcanzar su objetivo. Y, sonriendo, agregó:

-Tenemos tiempo.

Comprendí la delicadeza de las aclaraciones, y sediento de informaciones referentes al asunto le pregunté:

-Según su opinión, ¿son inviolables todas las uniones sexuales?

-De ningún modo -adujo el cordial instructor-, no debe omitir que aludí a los “hogares organizados sobre bases sanas”. Los encarnados que edifican el nido conyugal sobre la rectitud son merecedores de la presencia de testigos respetuosos que garantizan la privacidad de sus actos más íntimos, porque instalan los límites vibratorios y los defienden de la intromisión de las fuerzas poco dignas. A tal efecto, toman como base de sus tareas los pensamientos elevados que encuentran en el ambiente doméstico de los amigos. No ocurre lo mismo en las casas cuyos propietarios escogen a testigos espirituales de baja condición, a los cuales buscan en las zonas inferiores. La esposa que falta a la fidelidad debida a los principios de decoro de la vida en común, así como el esposo que pone a su casa en conexión con el meretricio, no deben suponer que sus actos afectivos serán coronados por la veneración y la santidad. En sus relaciones más íntimas participan los testigos descarriados que ellos mismos eligieron. Se convierten en víctimas inconscientes de grupos perversos que comparten sus emociones de naturaleza fisiológica, y los inducen a los más lamentables vicios. Pese a que estos cónyuges desventurados se encuentren transitoriamente catalogados en el pináculo de las posiciones sociales humanas, no podrán negar su miserable condición interior, puesto que viven ansiosos de placeres viles, dominados por una extravagante e irrefrenable voluptuosidad.

La impresionante respuesta de Alexandre me sorprendió. Comprendí con mayor profundidad que cada uno de nosotros, donde sea que esté, se encuentra con la situación que ha elegido. Sin embargo, una nueva cuestión brotaba en mi cerebro y procuré ponerla de manifiesto, a fin de aclarar todavía más mi comprensión.

-Entiendo la magnitud de sus elucidaciones -manifesté respetuoso- pero, si consideramos el peligro que encierran ciertas actitudes inferiores de quienes asumen el compromiso de la fundación de un hogar, por ejemplo, ¿cuál es la situación de la esposa fiel y dedicada en relación con un marido desleal y aventurero en el terreno sexual? ¿Quedará la mujer digna y respetable a merced de los viles

testigos escogidos por su marido?

-¡No! -respondió con vehemencia-. Lo malo de ningún modo puede ocasionar perturbación a lo que es genuinamente bueno. En tales casos, la esposa sustentará el clima doméstico aunque eso le cueste la más esforzada abnegación y el más abrumador sacrificio. Los actos que requieran su noble presencia son sagrados, aunque su compañero en la vida en común se haya ubicado en un nivel inferior al de los brutos. En situaciones de tal naturaleza, el marido descuidado se vuelve paulatinamente ciego a la virtud y se convierte, en ocasiones, en esclavo absoluto de las entidades perversas que eligió como testigos habituales, que lo siguen a cada paso y en cada actividad que realice fuera del templo familiar. Llegado a ese punto es difícil evitar su caída en los fatales abismos del crimen y las tinieblas.

-¡Oh, Dios mío! -exclamé-. ¡Cuánto trabajo en espera de la colaboración de las almas valerosas! ¡Cuánta ignorancia por abatir!...

-Dice usted bien -agregó el orientador con tono grave-, porque de hecho, la mayoría de las tragedias conyugales se transfieren hacia más allá de la tumba y crean pavorosos infiernos para aquellos que las vivieron en la superficie del mundo. Es muy doloroso observar la dimensión de los crímenes perpetrados durante la existencia carnal; y ¡ay de los desprevenidos que no se esfuerzan a su debido tiempo, en el sentido de combatir sus bajas pasiones! ¡Angustioso será para ellos el despertar!...

Callé. Alexandre, pensativo, también guardó un profundo silencio, dándome una muestra de sus admirables facultades de concentración.

Eran aproximadamente las veintidós cuando nos dirigimos hacia la residencia de Raquel.

La familia acababa de irse a dormir.

Herculano y los demás, nos recibieron con inequívocas muestras de cariño.

El jefe de los constructores se dirigió a mi instructor en los términos siguientes:

-Esperábamos su cooperación para iniciar el servicio magnético en el paciente.

Pasamos a continuación a la pequeña alcoba donde Segismundo descansaba. Permanecía afligido, con la mirada triste y perdida.

No pude reprimir una pregunta:

-¿Cuál es el motivo de que Segismundo sufra tanto? -le consulté a Alexandre en tono discreto-

-Hace cierto tiempo, y en especial desde la semana pasada, que está en un proceso de vinculación fluidica directa con quienes serán sus futuros padres. Herculano es el encargado de ayudarlo en ese trance. A medida que progresa la aproximación, él va perdiendo los puntos de contacto con los vínculos que consolidó en nuestra esfera, a través de la asimilación de los elementos del nuevo ámbito. Esa operación es necesaria para que el organismo periespiritual pueda recuperar la plasticidad que lo caracteriza y, en el grado evolutivo en que él se encuentra, dicha operación le causa algunos inevitables sufrimientos.

La explicación era muy novedosa para mí, de modo que continué con las preguntas:

-Pero, el organismo periespiritual de Segismundo, ¿no es el mismo que él trajo de la corteza terrena cuando desencarnó por última vez?

-Así es -concordó el orientador-, tiene la misma identidad esencial. Sin embargo, con el paso del tiempo, debido a la nueva



alimentación y los nuevos hábitos en un medio muy diferente, incorporó determinados elementos de nuestros círculos de vida de los cuales debe despojarse a fin de que penetre con éxito en la corriente de la vida carnal. A tal efecto, las luchas que se desencadenan entre las uniones fluidicas primordiales y las emociones que les son consecuentes desgastan sus resistencias de esa naturaleza; esta noche, precisamente, es de destacar que haremos la parte restante del servicio y, para auxiliarlo, pondremos en acción nuestros recursos magnéticos.

-¡Oh! -manifesté-. ¿Tendremos aquí un acto equivalente a la muerte física en la corteza terrena?

Alexandre, sonriente, agregó:

-No lo dude, siempre que consideremos la muerte del cuerpo carnal como el simple abandono de los envoltorios atómicos terrestres.

Reconocí entonces que no era momento para largas disertaciones y, al ver que mi bondadoso instructor concentraba su atención en los constructores, me abstuve de nuevas preguntas.

Seguido por los amigos, Alexandre se aproximó a Segismundo y con tono optimista le dijo:

-¿Y ahora, está más fuerte?

Acarició su mejilla y luego agregó:

-Debe sentirse satisfecho: ha llegado el momento decisivo. Todas nuestras manifestaciones de reconocimiento a Dios son insignificantes en relación con la nueva oportunidad recibida.

-Lo sé... -dijo Segismundo, jadeante- estoy agradecido... no se olviden de mí... concédanme el auxilio necesario.

Y al mismo tiempo que dirigía una mirada angustiosa a mi

orientador, dijo con inquietud:

-Tengo miedo... mucho miedo...

Alexandre se sentó paternalmente a su lado y le dijo con ternura:

-No dé albergue al monstruo del miedo en su corazón. Este momento es para confiar y ser valeroso. ¡Oiga, Segismundo! Si guarda alguna preocupación, comparta con nosotros sus pesares, ¡manifieste todo lo que según sus sentimientos constituya alguna dificultad! ¡Abra su alma, querido amigo! Tenga presente que el instante del cambio definitivo de residencia está próximo. ¡Es indispensable que mantenga su pensamiento puro, limpio de todo residuo!

El interlocutor dejó caer algunas lágrimas y manifestó, con esfuerzo:

-Usted sabe que emprendí una humilde obra de socorro en las cercanías de nuestra colonia espiritual... Una obra que cuenta con la autorización de nuestros mayores, y, no obstante, su eficiente funcionamiento... siento que no está concluida, y que tengo una enorme responsabilidad dentro de su organización... No sé si hice bien... al solicitar mi retorno a la corteza terrena sin antes haber consolidado mi trabajo... Con todo... comprendí que para seguir adelante... necesitaba reconciliarme con mi conciencia y fui en busca de quienes han sido mis adversarios en el pasado... con el propósito de reparar mis faltas...

Mientras el instructor y los demás amigos lo acompañaban en silencio, Segismundo proseguía:

-Por tal razón... insistí tanto para conseguir mi regreso... ¿Cómo habría de conducir a los demás a la plena conversión espiritual... según las enseñanzas del Cristo... sin haber pagado mis propias deudas? ¿Cómo enseñaría a los hermanos sufrientes... si yo mismo padezco... dolorosas llagas en virtud de mi crueldad del pasado? Ahora... que está cercano el nuevo comienzo, difícil por cierto... me tortura el temor de

volver a equivocarme... Cuando Raquel y Adelino regresaron... me garantizaron amparo fraternal, y tengo la certeza... de que serán dos benefactores para mí... No obstante, me angustian los temores y la ansiedad, ante un futuro desconocido...

Valiéndose de una pausa espontánea, Alexandre tomó la palabra con franqueza y optimismo:

-¡De nada sirve preocuparse tanto, amigo! Despréndase ya de sus creaciones. Las obras que realizamos de acuerdo con las leyes divinas se sustentan por sí mismas, y nos esperan en el tiempo propicio para la cosecha de sabrosos frutos, que nos depararán alegría inalterable. Sólo el mal está condenado a la destrucción, mientras que el error requiere laboriosos procesos de rectificación. Por consiguiente, cultive la calma y la felicidad. Su insistencia para el regreso a los círculos terrenales de actividad, en este momento, ha sido muy acertada. El rescate de los desvíos de épocas pasadas concederá a su Espíritu una luz nueva y más brillante. Persevere en su plan. Recurrir a la escuela para recibir su preparación ennoblecedora y asimilar sus favores, constituye la mayor felicidad del alumno fiel. Así pues, Segismundo, su dicha por regresar en esta ocasión a la esfera carnal es incommensurable. Lave su mente con el agua viva de la confianza en Dios y avance. A esta nueva experiencia usted no puede llevar consigo ninguna otra cosa que no sea el patrimonio divino que ha conquistado con su esfuerzo, en relación con la vida eterna, y que está constituido por las ideas dignificantes y la iluminación interior que alcanzó su Espíritu. No se detenga en la enunciación de aspectos ajenos a nuestras actividades en este mundo. Persistir en semejantes estados del alma podría acarrearle consecuencias perjudiciales, puesto que su falta de adaptación perturbaría el desenvolvimiento fetal, y determinaría la muerte prematura de su nuevo organismo físico durante el período infantil. No se apegue a temores pueriles. Es verdad que usted debe y necesita pagar. Pero, en sana conciencia, ¿quién de nosotros no es deudor? Con tristeza y abatimiento nunca rescataremos nuestros débitos. Es indispensable crear nuevas esperanzas.

Segismundo hizo un efusivo gesto de afirmación y sonrió con dificultad, mostrando que su tristeza había cedido.

-No perturbe su valioso trabajo de este momento. ¡Piense en las gracias que hemos recibido y no tema!

Al quedar el mentor en silencio noté que Segismundo, embargado de fuerte emoción, no disponía de recursos para mantener la conversación. Sin embargo, vi que tomaba la diestra de Alexandre con infinito esfuerzo, y la besó respetuosamente en señal de reconocimiento.

Reflexioné luego acerca de la enorme colaboración que todos recibimos, cuando nos disponemos a retornar al círculo carnal. Aquellos devotos benefactores auxiliaban a Segismundo desde el primer día; y aún ante la posibilidad de que el interesado retrocediera, se mostraban dispuestos a reconfortarlo de su tristeza y a levantarle el ánimo a fin de garantizar el éxito final.

Los Espíritus constructores dieron comienzo al trabajo de magnetización del cuerpo periespiritual, en lo que eran ampliamente secundados por el esfuerzo del abnegado orientador, que conservaba invariablemente su actitud de dedicación y firmeza en todos los campos de la actividad que le competía.

No me resulta fácil hacerme entender por el lector, pero debo manifestar que desde la forma de Segismundo se estaba expulsando algo. Casi imperceptiblemente, a medida que avanzaban las operaciones magnéticas se acentuaba su palidez. Su mirada parecía penetrar en otras regiones: se tornaba difusa, menos lúcida.

A cierta altura Alexandre le dio una orden:

-¡Segismundo, ayúdenos! ¡Mantenga la claridad en los propósitos y el pensamiento firme!

Tuve la impresión de que el amigo en proceso de reencarnación se esforzaba por obedecer.

-Ahora -prosiguió el instructor- sintonícese con nosotros, en relación con la forma previa a la infantil. ¡Mentalice su regreso al refugio materno del cuerpo terrenal! ¡Enfoque su mente en la organización fetal, hágase pequeño! ¡Imagine su necesidad de volver a ser niño para aprender a ser hombre!

Comprendí que para que el éxito fuera completo, el interesado debía ofrecer el mayor coeficiente de cooperación individual. Sorprendido, reconocí que al influjo magnético de Alexandre y de los constructores espirituales, la forma periespiritual de Segismundo se reducía.

La operación no fue corta ni sencilla. Identificaba el esfuerzo general para que se efectuase la necesaria reducción.

Segismundo parecía cada vez menos consciente. No nos miraba con la misma lucidez, y sus respuestas a nuestras preguntas afectuosas eran incompletas.

Por fin, para mi gran asombro, verifiqué que el aspecto de nuestro amigo era semejante al de una criatura.

El fenómeno me maravillaba, y no pude contener las preguntas que se acumulaban en mi interior. Al observar que Alexandre y los constructores se disponían a hacer un intervalo de algunos minutos, antes de penetrar en la cámara conyugal, me acerqué al diligente orientador que captó mi curiosidad con una sola mirada.

Como era habitual, la aceptó con cortesía y dijo:

-Ya sé. Usted sigue torturado por su espíritu de investigación.

Sus palabras me tomaron desprevenido, pero cobré ánimo y le

pregunté:

-¡Cómo voy a creer en lo que veo! ¡Ignoraba que el proceso de reencarnación obligara al mundo espiritual a tareas de tal complejidad!

-El trabajo ennoblecedor se encuentra en todas partes - manifestó Alexandre deliberadamente-. El paraíso de la ociosidad es tal vez la más grande quimera de los principios teológicos, que han distorsionado en la corteza terrenal el sentido divino de la verdadera religión.

Hizo una pausa a la que acompañó con un gesto expresivo, y después continuó:

-En cuanto a la sorpresa que lo domina, no encontramos justificación para tanto. La desencarnación natural, en la Tierra, obliga al cuerpo denso de carne a modificaciones que no son sencillas. La enfermedad mortal, para el hombre terrenal, en cierto sentido no deja de ser una prolongada operación reductora, que finalmente libera al alma porque la desembaraza de los lazos fisiológicos. Hay personas que después de algunas semanas en el lecho se vuelven francamente irreconocibles. Debemos considerar que el organismo físico está muy lejos de la plasticidad del cuerpo periespiritual, sumamente sensible a la influencia magnética.

La explicación no podía ser más lógica.

-Con todo, lo que acabamos de ver con Segismundo, ¿es una regla que se aplica en todos los casos? -pregunté-.

-De ningún modo -respondió el instructor cortésmente-, los procesos de reencarnación, tanto como los de la muerte física, difieren hasta el infinito y no existen, según creemos, dos que sean absolutamente iguales. Las facilidades, al igual que los impedimentos, están subordinadas a numerosos factores, muchas veces relacionados con el estado de conciencia de los interesados en regresar a la corteza terrenal, o en liberarse de los vehículos carnales. Hay compañeros de

gran elevación que cuando vuelven a la esfera terrestre en cumplimiento de un apostolado de servicio, con el propósito de esclarecerse, hacen casi innecesaria nuestra participación. Otros hermanos, no obstante, provenientes de zonas inferiores, requieren una cooperación mucho más compleja que la cumplida en el caso de Segismundo.

-Por consiguiente, ¿no deberían renacer solamente aquellos que demuestran estar preparados? -pregunté con curiosidad-

-No podemos olvidar -refutó mi esclarecido interlocutor-, que la reencarnación es el curso repetido de las lecciones necesarias. La esfera terrestre es una escuela divina. El amor, por medio de las actividades de “intercesión”, ubica a diario de nuevo en el banco escolar de la carne a millones de aprendices.

El amistoso orientador calló por algunos instantes, y prosiguió:

-La reencarnación de Segismundo obedece a las reglas más comunes. Representa una expresión simbólica de la mayoría de los casos de esa naturaleza, por cuanto nuestro hermano pertenece a la enorme clase media de los Espíritus que habitan la corteza terrenal: ni elevadamente buenos, ni conscientemente malos. Cabe añadir que la vuelta a la encarnación de entidades de las zonas más bajas, ocasiona laboriosos y pacientes esfuerzos de los trabajadores de nuestro ámbito. Esos seres nos obligan a procesos de servicio cuya comprensión le demandará todavía mucho tiempo.

Las enseñanzas de Alexandre penetraban profundamente en mi interior, y satisfacían al mismo tiempo mis ansias de investigación intelectual. Mientras tanto, nuevos interrogantes brotaban en mi mente sedienta de conocimientos. Fue entonces que, apremiado por intensa y legítima necesidad de averiguar, pregunté respetuoso:

-El auxilio que estamos presenciando, ¿acaso se le brinda a todos? Aquí nos encontramos en un hogar sustentado sobre bases rectas,

según su propia manifestación. Pero... ¿si nos hallásemos en una casa típica de perversión carnal? ¿Y si nos viéramos ante pasiones criminales y desvaríos que atentaran contra el equilibrio? El instructor se concentró en una breve meditación y respondió.

André, aunque el diamante esté tapado por el lodo durante cierto tiempo, no deja de ser un diamante. Del mismo modo, la paternidad y la maternidad son en sí mismas invariablemente divinas. Donde quiera que sea se despliega el auxilio de la esfera superior, siempre que esté en juego una tarea que responda a la voluntad de Dios. No obstante, debemos considerar que en las circunstancias especificadas, las actividades de auxilio se convierten en un auténtico sacrificio. Las vibraciones contradictorias y turbulentas de las pasiones descontroladas, características del alma que cayó en estado de desequilibrio, comprometen nuestros mejores esfuerzos. A menudo, frente a esos panoramas de irresponsabilidad y perversión, debemos dirimir grandes luchas para prestar ayuda en cumplimiento de la responsabilidad que se nos delegó. Ante todo, contra entidades monstruosas que ejercen su dominio en los círculos donde se desarrolla la vida de esos hombres y mujeres, que por imprudencia eligen el peligroso camino de la perturbación emocional. Ése es el camino que transitan precisamente tales entidades, presas de la ignorancia y el desequilibrio. En esos casos, no siempre nuestra colaboración puede llegar a ser absolutamente efectiva, dado que los propios padres menosprecian la dimensión del mandato que se les confió, y abren las puertas de sus potencias sagradas a los despiadados monstruos de las sombras, que acosan a sus hijos aun antes de que nazcan. Hay almas heroicas que escogen semejante entrada a la existencia carnal, con el fin de fortalecerse mediante la resistencia suprema contra el mal desde los primeros días en el refugio uterino. No obstante, debemos considerar que se necesita estar bien afirmado, tanto en la fe como en el valor, para no sucumbir. Aun así, en los renacimientos de esa clase, la mayoría de los seres cumple el programa saludable de las pruebas reparadoras. Muchos fracasan; no obstante, siempre es importante la cantidad de los que extraen excelentes resultados espirituales en el terreno de la



experiencia orientada hacia la vida eterna.

Alexandre había expuesto el tema con majestuosa belleza. Finalmente comencé a comprender de dónde provenían ciertos fenómenos teratológicos y determinadas enfermedades congénitas, que en el mundo de los encarnados oprimen el corazón. Las enseñanzas de aquel momento me transportaron a un nuevo y fascinante estudio: la cuestión de las imprescindibles pruebas rectificadoras.

A continuación, Alexandre invitó a los constructores a que examinaran los mapas cromosómicos en su compañía, conjuntamente con Herculano. Acompañé la labor con atención, aunque carecía por completo de competencia para emitir opiniones fundamentadas acerca de aquellos sorprendentes diseños que tenía ante mis ojos.

No se me permite difundir algunas de las determinaciones de aquel reducido grupo de autoridades espirituales, por falta de elementos para establecer una comparación analógica, aunque puedo manifestar que una vez terminada la parte propiamente técnica de las conversaciones, mi orientador manifestó satisfecho: -Con excepción del tubo arterial, en la porción que habrá de dilatarse para el mecanismo del corazón, todo irá muy bien. El conjunto de los genes podrá ser instalado con normalidad absoluta. Después de una pequeña pausa resaltó:

-Tanto los miembros como los órganos tendrán excelentes condiciones. Además, si nuestro amigo supiera valorar las oportunidades que le reserva el futuro es probable que logre el funcionamiento equilibrado de su aparato circulatorio, en tanto se mantenga atento a su objetivo de iluminación interior durante el bendito lapso de actividad en la corteza del planeta. El éxito depende de él.

Se dirigió entonces a los constructores y les dijo cordialmente:

-Amigos, en esta nueva experiencia, nuestro hermano Herculano habrá de permanecer junto a Segismundo desde el nacimiento hasta que

cumpla los siete años, época en que el proceso inherente a la reencarnación habrá quedado consolidado. Con posterioridad a ese período sus funciones de amigo y de orientador serán más sencillas, puesto que acompañará a nuestro hermano guardando mayor distancia. Sé que el abnegado compañero adoptará todas las medidas indispensables para la armonía de la organización fetal, ya sea mediante el auxilio que dispense al protagonista de la reencarnación, o bien, defendiendo el templo maternal del asedio de fuerzas poco dignas. Mientras tanto, les solicito mucha atención a los esbozos de la formación del timo, glándula que como saben es de importancia primordial para la vida infantil, incluso desde el útero materno. Necesitamos el equilibrio perfecto de ese departamento glandular hasta que se haya formado la médula ósea y comience la producción de los glóbulos rojos para la sangre. Los diferentes gráficos con las disposiciones cromosómicas facilitarán los trabajos en tal sentido.

Algunos de los amigos presentes se pusieron a observar los mapas con mayor atención.

Mientras se desplegaban ante mi vista aquellos microscópicos signos que permitían un minucioso examen de la célula-huevo me acerqué al instructor y, al percibir que estaba más accesible a mis interrogatorios, le consulté:

-En estos mapas tenemos la geografía de los genes de la herencia distribuidos en los cromosomas. ¿Acaso la ley de la herencia será ilimitada? ¿Recibirá la criatura, al volver a nacer, la imposición absoluta de las características de los padres? Las enfermedades o los rasgos de conducta criminales, ¿serán trasmisibles en su totalidad?

-No, André -manifestó el orientador, con una firme inflexión en su voz-, estamos ante un fenómeno físico natural. El organismo del feto en su manifestación de mayor densidad proviene del cuerpo de los padres, que le sustentan la vida y generan sus características con su propia sangre. Sin embargo, semejante designio de las leyes divinas, a

los efectos del servicio de reproducción de las formas, no debe ser interpretado como una transgresión a los principios de libertad espiritual subyacente en el orden de la creación infinita. Por eso mismo, la criatura terrenal hereda tendencias, no cualidades. Las tendencias asedian al individuo que renace desde los primeros días de la lucha, no sólo 1 en lo que atañe a su cuerpo transitorio sino también en lo relativo al ambiente general donde fue convocado a vivir a los efectos de su evolución. Por otra parte, las cualidades son el resultado de la labor individual del alma encarnada en cuanto a la defensa, la educación y el perfeccionamiento de sí misma, en los círculos venerables de la experiencia. Si el Espíritu que ha reencarnado prefiere las tendencias inferiores, las desarrollará a medida que las encuentre dentro del nuevo paisaje de la experiencia humana, y perderá un tiempo precioso, que significará el menosprecio de la sublime oportunidad de elevación que se le ha concedido. Pero, si el alma que regresa al mundo permanece dispuesta al servicio de la autoelevación, superará todas las exigencias que atenten contra la dignidad, ya provengan del cuerpo o del ambiente, y triunfará sobre las condiciones adversas, conquistando por su victoria títulos de muy elevado significado en relación con la vida eterna. Por lo tanto, en su sana conciencia nadie debiera quejarse de las potencias destructivas o de las circunstancias constrictoras, al aludir al medio en que tuvo lugar su renacimiento. Existirá invariablemente, dentro de nosotros, la luz de la libertad íntima que nos indicará el rumbo para la ascensión, y si practicamos la ascensión espiritual siempre conseguiremos renovarnos. Tal es la Ley.

En virtud de las precedentes explicaciones del orientador, con relación a la importancia de la asistencia de Herculano a Segismundo reencarnado hasta los siete años de edad, procuré obtener del instructor alguna aclaración, previo pedido de disculpas a Alexandre pues no me pude sustraer a la delicada averiguación. ¿Por qué tanto cuidado con la sangre de quien en un futuro cercano habría de nacer? ¿Exclusivamente al cabo de los primeros siete años de la existencia humana estará concluido el servicio de la reencarnación?

Como acostumbraba, el noble mentor me escuchó complaciente, sonrió como lo haría un padre afectuoso, y respondió con cordialidad:

-Usted no ignora que el cuerpo humano tiene una actividad específicamente vegetativa; sin embargo, tal vez no sepa aún que el cuerpo periespiritual que da forma a los elementos celulares está firmemente radicado en la sangre. En la organización fetal el patrimonio sanguíneo es una dádiva del organismo materno. Inmediatamente después del nacimiento se inicia un período diferente de asimilación de las energías orgánicas, en el que el “yo” reencarnado ensaya la consolidación de sus nuevas experiencias, y recién a los siete años de vida comienza a regir por sí mismo el proceso de formación de la sangre, elemento básico de equilibrio para el cuerpo periespiritual, o forma preexistente, en el nuevo servicio comenzado. Por lo tanto, la sangre sería como un fluido divino que determina nuestras actividades en el campo material, y en su flujo y reflujo incesantes dentro de la organización fisiológica, nos suministra el símbolo del eterno movimiento de las fuerzas sublimes de la creación infinita. Cuando su circulación deja de ser libre surge el desequilibrio o la enfermedad, y si se presentan obstáculos que llegan a impedir su movimiento de manera decisiva, entonces sobreviene la extinción del tono vital en el campo físico, al cual le sigue la muerte aparejada con la inmediata partida del alma.

Fuertemente impresionado con la revelación del respetable amigo comenté:

-¡Oh! ¡Qué grande es la responsabilidad del hombre hacia el cuerpo material!

-Dice bien -agregó el orientador- al referirse con tanta admiración a ese soberano deber del Espíritu reencarnado. Si dejara de atender las pesadas responsabilidades que le competen para la preservación del cuerpo físico, ningún hombre podrá realizar el progreso espiritual. El Espíritu renace en la carne para la producción de

méritos divinos en su naturaleza, pero ¿cómo cumplirá con ese deber si destruye la máquina orgánica, base fundamental de la tarea que le cabe realizar? Poco antes se refería usted a la ley de la herencia. El cuerpo terrenal es también un patrimonio heredado hace milenios al que la humanidad ha ido perfeccionando a través de los siglos. El plasma, sublime elemento obtenido con agua del mar mediante el influjo divino en las épocas primitivas, es el fundamento primordial de los organismos fisiológicos. Cuando volvemos a la vida en la Tierra debemos aprovechar su herencia, de relativa evolución en el cuerpo humano.

A esa altura de las sorprendentes elucidaciones que Alexandre me proporcionó, hizo un breve intervalo para luego continuar:

-Por eso mismo, usted no ignora que mientras atendemos nuestras actividades en la esfera correspondiente al envoltorio de carne, somos criaturas marinas que respiramos en tierra firme. En el proceso vulgar de la alimentación no podemos prescindir de la sal; en rigor, nuestro mecanismo fisiológico está constituido de un sesenta por ciento de agua salada, cuya composición es casi idéntica a la del mar, resultado de las sales de sodio, de calcio y de potasio. En el ámbito de la actividad fisiológica del hombre reencarnado se encuentra el sabor de la sal en la sangre, en el sudor, en las lágrimas, en las secreciones. Los corpúsculos aclimatados en los mares más templados vivirían a su gusto en el líquido orgánico. Aparecerían verdaderas sorpresas si efectuáramos la comparación analógica en este sentido.

No supe qué responder luego de haber escuchado tales definiciones; y a raíz de mi silencio fue el propio Alexandre quien continuó, después de una elocuente interrupción:

-Como comprenderá, al renacer en la corteza del mundo recibimos con el cuerpo una herencia sagrada, cuyos valores nos cabe preservar con el propósito de perfeccionarlo. Las fuerzas físicas deben evolucionar al igual que nuestras almas. Si nos ofrecen un recipiente para el trabajo relativo a nuevas experiencias de elevación debemos

retribuir con nuestro esfuerzo, así como también contribuir a su desenvolvimiento con la luz de nuestro respeto y equilibrio espiritual, en el campo del trabajo y la educación orgánica. El hombre del futuro comprenderá que sus células no representan apenas segmentos de su carne, sino compañeras de evolución, acreedoras de su reconocimiento y auxilio efectivo. Si no existiera esa comprensión de armonía dentro del imperio orgánico, en vano se buscaría la paz.

Las brillantes reflexiones del magnánimo y sabio orientador sugerían sublimes temas de conversación. No obstante, él mismo me hizo recordar el trabajo que estábamos atendiendo, y dio por finalizados los esclarecimientos de aquel momento.

Habían pasado dos horas desde la medianoche.

Permanecían a nuestro lado, no sólo Alexandre y los constructores, sino también diversos amigos espirituales de la familia.

Como figura suprema de aquella reunión, Alexandre había congregado a todos los compañeros en torno suyo y dijo, con una inflexión grave:

-Ahora, hermanos, ingresemos en la cámara de nuestros dedicados colaboradores, a fin de que se concrete el júbilo de la unión espiritual.

Seguidamente depositó a Segismundo en los brazos de la entidad que había sido en la corteza terrestre la afectuosa madre de Raquel, y agregó:

-Sea usted, hermana mía, la portadora del sagrado depósito. El corazón filial que nos espera experimentará una nueva felicidad al contacto de su ternura. Raquel bien merece esa alegría.

Se dirigió luego al grupo que se había congregado allí, y explicó:

-Haremos ahora el acto de la unión inicial, en sentido directo, entre Segismundo y la materia orgánica. Espero, queridos compañeros, la visita reiterada de todos ustedes a nuestro hermano reencarnante, principalmente en el período de gestación de su futuro cuerpo. No ignoran el valor de la colaboración afectuosa en ese servicio. Solamente aquellos que sembraron muchos afectos pueden recibir el concurso de muchos amigos, y Segismundo debe recibir ese premio por sus nobles sentimientos y por los elevados trabajos con todos nosotros en estos últimos años, que ha dedicado a importantes obras de beneficencia y fraternidad.

Inmediatamente después penetramos en el aposento conyugal, donde el espectáculo íntimo era de una belleza sublime. En el lecho de madera, entre delicadas sábanas de lino, reposaban dos cuerpos inmóviles por la bendición del sueño. Allí mismo, Adelino y Raquel nos esperaban en Espíritu, conscientes de la trascendencia de ese momento. Cuando despertaran posteriormente en la esfera densa destinada a la lucha y el aprendizaje, sus cerebros carnales no conservarían la reminiscencia minuciosa de aquella escena espiritual, en la que ellos se destacaban como principales protagonistas. No obstante, el hecho quedaría registrado definitivamente en su memoria eterna.

Los amigos invisibles del hogar, compañeros de nuestro ámbito, habían llenado la habitación de flores de luz. A partir de la medianoche habían obtenido permiso para ingresar en el recinto que acogería a Segismundo, con el afectuoso propósito de adornar los caminos que él habría de transitar en su nuevo comienzo.

Más de cien amigos estaban reunidos y le rendían un afectuoso homenaje.

Alexandre avanzó delante de nosotros y saludó con cariño al matrimonio, que provisoriamente estaba desligado de los instrumentos físicos.

A continuación, en la mayor armonía, los presentes brindaron sus saludos de tal modo que hicieron que desbordaran de estímulo celestial los corazones de los esperanzados cónyuges.

El hermoso cuadro no era menos conmovedor.

Dos entidades que se hallaban a mi lado comentaban con fraternal intención:

-Siempre es penoso volver a la carne después de haber conocido las regiones donde reina la luz divina. No obstante, tan sagrado es el amor cristiano, que aun en tal circunstancia la felicidad de quienes lo aplican alcanza el nivel de sublime.

-Así es -respondió la interlocutora-. Segismundo ha luchado mucho por su redención, y en esta lucha se ha conducido como un abnegado servidor de todos nosotros. Bien merece la alegría de este momento.

En ese instante observé que la entidad invitada para sostener al reencarnante se mantenía a corta distancia de Raquel, entre los Espíritus constructores.

Reflexionaba sobre ese hecho cuando alguien me tocó discretamente para despertar mi atención:

Se trataba de Alexandre, que me sonreía paternalmente al mismo tiempo que me aclaraba:

-Dejemos a nuestros amigos durante algunos minutos, envueltos en la dulce satisfacción de las expansiones afectivas. Daremos comienzo al trabajo en el momento oportuno.

Perplejo, ante los hechos que eran nuevos para mí, no había conseguido organizar mis reflexiones a raíz de los múltiples acontecimientos de aquella noche. Por eso mismo vagaban en mi



cerebro alucinantes interrogaciones. El orientador percibió el estado de mi alma y, tal vez por ese motivo, me dio la impresión de su especial paciencia para conmigo.

Aproveché aquel instante para señalar a Segismundo, instalado en los brazos acogedores que lo cuidaban, y pregunté:

-Nuestro hermano reencarnante, ¿se presentará más tarde entre los hombres, con la misma apariencia que cuando vivía entre nosotros? Dado que sus instrucciones se basan en la forma espiritual preexistente, ¿tendrá la misma altura, así como la misma fisonomía que lo caracterizaba en nuestra esfera?

Alexandre me respondió sin titubear:

-¡Razone lentamente, André! Hablamos de la forma preexistente, que significa el modelo de la configuración típica o más propiamente el “uniforme humano”. Los contornos y los detalles anatómicos se desarrollarán de acuerdo con los principios de equilibrio y con la ley de la herencia. La forma física futura de nuestro amigo Segismundo dependerá tanto de los cromosomas paternos como de los maternos; agregue además a ese factor primordial, la influencia de los moldes mentales de Raquel; el desempeño del propio interesado; el aporte de los Espíritus constructores, que se desempeñarán como servidores de la naturaleza divina, invisibles a la mirada de los encarnados; y el auxilio afectuoso de las entidades amigas que visitarán constantemente al reencarnante durante los meses que durará la formación de su nuevo cuerpo. De ese modo, se podrá hacer una idea de lo que será el templo físico que él poseerá durante un determinado lapso, como dádiva de la suprema autoridad de Dios, a fin de que se valga de la bendita oportunidad de redención del pasado e iluminación en relación con el futuro, en el tiempo y en el espacio. Algunos fisiólogos de la corteza del planeta concuerdan en asegurar que la vida humana es una resultante de conflictos biológicos, pero olvidan que muchas veces el conflicto aparente de las fuerzas orgánicas no es más que la aplicación avanzada

de la ley de cooperación espiritual.

-¿Entonces, Segismundo tendrá una forma física eventual, que por el momento no está definida para nuestro nivel de conocimiento? - insistí-.

El instructor me aclaró sin demora:

-Si estuviéramos directamente vinculados a su caso tendríamos a nuestra disposición la totalidad de las informaciones referidas a su porvenir, en ese aspecto; pero, nuestra colaboración en este acontecimiento es circunstancial y sin mayor repercusión en el tiempo. Sin embargo, los orientadores de Segismundo custodian en las altas esferas el programa trazado para el bien del reencarnante. Note que me refiero al bien, y no al destino. Mucha gente confunde el proyecto constructivo con el fatalismo. El propio Segismundo, así como nuestro hermano Herculano, están en conocimiento de los informes a los que nos reportamos, pues nadie ingresa a un colegio para un ciclo relativamente prolongado sin una finalidad específica, y sin haberse compenetrado del contenido de los estatutos a los que tendrá que obedecer.

A esa altura de sus explicaciones, el generoso mentor hizo una breve interrupción y continuó luego:

-Los contornos anatómicos de la forma física, sean deformes o perfectos, de elevada o escasa estatura, agraciados o antiestéticos, forman parte de los estatutos educativos. En general, la reencarnación sistemática es, sin excepciones, un curso laborioso para la lucha contra los defectos morales preexistentes, a través de las lecciones y la resolución de los conflictos del presente. Los caracteres anatómicos imperfectos, las circunstancias adversas, los ambientes hostiles constituyen, en la mayoría de las ocasiones, las mejores coyunturas a favor del aprendizaje y la redención de quienes renacen. Por eso, el mapa de las pruebas ventajosas se organiza con antelación, y es

comparable al cuaderno de apuntes de los aprendices en las escuelas comunes. Por consiguiente, el mapa alusivo a Segismundo ha sido trazado correctamente teniendo en cuenta la contribución fisiológica de los padres, el ambiente doméstico y el concurso fraternal que le dispensarán innumerables amigos de aquí. Imagínese, entonces, que nuestro compañero regresa a una escuela, que es la Tierra. En tal sentido abriga el propósito de conquistar nuevas cualidades, y para lograrlo deberá someterse a las reglas del establecimiento educacional, lo que le demanda hasta cierto punto renunciar a la considerable libertad de que dispone en nuestro medio.

-¿Podríamos denominar a semejante prueba “destino determinado”? -pregunté-.

El instructor adujo con su habitual buena voluntad:

-No incurra en el error de muchos. Eso implicaría una conducta espiritual obligatoria. Por cierto, el ser humano vuelve a la encarnación gozando de relativa independencia aunque, en ocasiones, subordinado a ciertas condiciones muy arduas en razón de las finalidades educativas. No obstante, semejante compromiso no suprime en ningún caso el impulso libre del alma en el sentido de la elevación, como tampoco el estacionamiento o la caída en situaciones de más bajo nivel. Existe un programa de tareas edificantes que se compromete a cumplir aquel que reencarna, en el cual los rectores del alma establecen la cota aproximada de cualidades meritorias para la vida eterna que el reencarnante está en condiciones de conseguir, a lo largo de la existencia transitoria. Mientras tanto, el Espíritu que vuelve a la esfera del cuerpo de carne puede mejorar ese nivel de méritos y superar la previsión de sus superiores mediante el esfuerzo personal intensivo, o alejarse de ella para comprometerse aún más en las deudas para con el prójimo, lo que implicaría el menosprecio de las sagradas oportunidades que se le concedieron.

A esa altura Alexandre interrumpió sus enseñanzas, tal vez para

evaluar el tiempo invertido en nuestra conversación y, como quien experimenta la necesidad de poner término a una charla, reflexionó:

-Todos los planos elaborados en la Esfera Superior tienen como objetivo primordial el bien y la ascensión. Por consiguiente, todas las almas que reencarnan en el círculo de la corteza terrestre, aun aquellas que se encuentran en condiciones aparentemente desesperadas, tienen a su disposición recursos que favorecerán su regeneración.

A continuación, el amistoso orientador me invitó a que nos aproximáramos al matrimonio.

Alexandre recordó que las horas habían transcurrido, y que era nuestro deber proceder a entregar la sagrada dádiva a los felices cónyuges.

Los Espíritus constructores por intermedio del mentor que los tutelaba lo instaron a que hiciera la oración dedicada a aquel acto de confianza, y se generalizó un profundo silencio.

El instructor se disponía a dar comienzo al servicio de la oración cuando Raquel se le aproximó y, humildemente, le rogó: -Si fuese posible, bondadoso amigo, ¡desearía recibir a mi nuevo hijo de rodillas!...

Alexandre accedió con una sonrisa y permaneció entre ella, que se había arrodillado, y Adelino que estaba de pie igual que nosotros. Sumamente conmovido, el instructor inició su plegaria al mismo tiempo que extendía sus generosas manos hacia lo alto:

“ ¡Padre de amor y sabiduría, dignate bendecir a los hijos de tu casa terrestre que van a participar contigo, en este momento, de la divina facultad creadora! Señor, haz descender por misericordia tu bendición sobre este nido de afecto, transformado en un albergue de reconciliación. ¡Aquí estamos reunidos quienes somos compañeros de lucha desde el pasado, para acompañar a un amigo que retorna para dar

testimonio de humildad y de comprensión de tu ley!

“¡Oh, Padre, fortalécelo para la extensa travesía por el río del olvido transitorio! ¡Permite que seamos capaces de mantener viva su esperanza en todo momento! ¡Ayúdanos hoy y siempre a que derrotemos al mal!

“¡A quienes reciben una nueva responsabilidad inherente a la orientación del hogar, a raíz del nacimiento de su nuevo hijo, concédeles tu luz abundante y pura que disipa todas las sombras! ¡Robustece, Señor, su noción de responsabilidad; ábreles la puerta de tu confianza sublime; consérvalos en el clima de bendita alegría que genera el desvelo de tu amor! ¡Regenera sus energías para que acepten jubilosos la misión de la renuncia hasta que la hayan concluido; sacraliza sus placeres a fin de que no caigan en el abismo de la fantasía!

“¡Éste es un acto de confianza en tu infinita bondad, Señor, a la que nos proponemos honrar sin nunca desfallecer! ¡Bendice, pues, nuestra tarea inspirada en tu amor y, sobre todo, Padre, suplicamos tu gracia para nuestra hermana que se entrega reverente al divino sacrificio de la maternidad! ¡Unge su corazón con tu magnanimidad paternal, refuerza su buen ánimo, amplía su fe en el porvenir imperecedero! ¡Sean para ella en particular nuestros más elevados pensamientos, nuestros votos de paz y nuestras esperanzas más puras!

“¡En especial, Señor, que se cumpla tu voluntad en todo el universo y que nos quepa a nosotros, humildes servidores de tu reino, la alegría de reverenciarte y obedecerte por toda la eternidad!”

Alexandre se quedó en silencio. Observé que el aposento se colmaba de nueva luminosidad. Advertí que de cada uno de nosotros, las entidades espirituales allí congregadas, partían rayos luminosos que se derramaban sobre Raquel. Ella a su vez lloraba con sublime emoción. El radiante fenómeno no se circunscribió a eso: tan pronto mi orientador calló, nos pareció que algo respondía a su súplica. Era un leve rumor

que apenas hacía eco en nuestros oídos, y se percibía por encima de nuestras cabezas. Levanté la mirada y, sorprendido, pude ver que una corona, brillante e indescriptiblemente hermosa, descendía de las alturas hacia la cabeza de Raquel, arrodillada, en silencioso recogimiento. Tuve la impresión de que la aureola estaba compuesta por turmalinas etéreas, y tal era su brillo que supuse que se debía a la intervención de algún milagroso orfebre. Su resplandor hería nuestra vista, y el propio Alexandre al mirarla, se inclinó reverente. Espíritus muy superiores a nosotros, a los cuales yo no podía ver, sostenían esa sublime corona que colocaron sobre la cabeza de Raquel.

No obstante la emoción de ese momento, noté que mi instructor hizo un gesto a la depositaria de Segismundo para que procediese a la entrega del reencarnante en los brazos de su madre.

Tenía la impresión de que Raquel no captaba con la vista la luminosa diadema. Al recibir el depósito que el Cielo le confiaba levantó sus ojos llenos de lágrimas, y Alexandre le tendió la mano, a fin de ayudarla a ponerse de pie. Vi, entonces, que Adelino se aproximó a su esposa y la estrechó cariñosamente entre sus brazos, mientras besaba su frente aureolada de luz.

En ese momento, ¡oh, divino misterio de la creación infinita de Dios!, la vi estrechar la “forma infantil” de Segismundo sobre su corazón, con tal firme y amoroso gesto que me pareció una sacerdotisa del poder de la Divinidad suprema. Segismundo se vinculó a ella como la flor se une al tallo. Comprendí así que a partir de aquel momento él era el alma de su alma, y, más tarde, también sería carne de su carne.

Alexandre recomendó a los amigos presentes, con excepción de los constructores, de Herculano y de mí, que se retiraran de la habitación y se llevaran con ellos a Adelino, confortado y feliz, a un corto recorrido por el exterior. Seguidamente, con infinito cuidado, guió a Raquel hasta su cuerpo físico y nos dijo:

-Ahora asistamos a nuestro amigo en su primer contacto con la materia de mayor densidad.

Raquel se había despertado y experimentaba en el corazón una extraña dicha. Se abrazó instintivamente a su compañero, dormido, como el feliz navegante que arriba a un puerto tranquilo y seguro. Había atravesado el espeso velo de vibraciones que separa el ámbito espiritual de la esfera física, y no conservaba ninguna reminiscencia definida de la sublime felicidad experimentada unos momentos antes. No obstante, su sentimiento jubiloso permanecía intenso, sus esperanzas desbordaban, y una confianza inmensa en el porvenir abrigaba su corazón. ¿Sería madre otra vez? -se preguntaba, dichosa-. Esa idea, que no asomaba de su cerebro por acaso, era para su alma un bálsamo portador de placentera alegría. Estaba preparada para el servicio divino de la maternidad; confiaría en el Señor como una esclava de su bondad infinita.

La esposa de Adelino no percibía que Alexandre, conjuntamente con los constructores espirituales, envolvían su mente con sublime luz y bañaban sus ideas con el agua viva del amor espiritual.

Mientras me concentraba en observar que la forma de Segismundo se había vinculado a ella a través del celestial proceso de la unión magnética, recibí la indicación de mi orientador para que siguiera de cerca el trabajo de auxilio que él realizaría, a fin de proceder a la alianza definitiva de Segismundo con la materia.

Señaló en Raquel los órganos para la reproducción, y al mismo tiempo que hacía incidir sobre ellos su luz, Alexandre me alertó sobre la trascendencia del cuadro que estábamos observando y añadió respetuosamente:

—Tenemos aquí el altar sublime de la maternidad humana. Ante este augusto tabernáculo, al cual debemos la claridad poderosa de nuestras experiencias, nos corresponde cooperar en la tarea del amor

conservando nuestra conciencia dirigida hacia la Majestad suprema.

Hice una reverencia a los órganos femeninos de nuestra hermana encarnada con una veneración que hasta entonces jamás había sentido.

Auxiliado por el aporte magnético del afectuoso mentor me puse a observar los detalles del fenómeno de la fecundación.

A través de los conductos naturales se desplazaban los elementos sexuales masculinos en busca del óvulo, como si estuviesen preparados de antemano para una prueba eliminatoria, a una velocidad de tres milímetros aproximadamente por minuto. Sorprendido constaté que eran varios millones los que con un impulso instintivo avanzaban en masa hacia adelante, en esa sagrada competencia.

En el silencio sublime de aquellos minutos comprendí que Alexandre, en vista de ser el misionero más elevado del grupo que realizaba la operación de auxilio, dirigía las importantes tareas relacionadas con la vinculación primordial. Según deduje, él podía ver las disposiciones cromosómicas de todos los elementos masculinos que se encontraban en movimiento, después de haber analizado atentamente el futuro óvulo materno, en su carácter de responsable del trabajo previo de la determinación del sexo del cuerpo que estaba en proceso de organización.

Profundamente absorto en la tarea que realizaba, después de acompañar la marcha de los diminutos competidores que constituían la sustancia fecundante, identifiqué al más apto y concentré en él su potencial magnético. Tuve la idea de que lo ayudaba a desembarazarse de sus compañeros, de modo que fuese el primero en penetrar en la pequeña cavidad maternal. El elemento seleccionado se apoderó de nueva energía por sobre los demás, y avanzó velozmente en dirección al blanco. En relación con el microscópico proyectil espermático, la célula femenina se asemejaba a un diminuto mundo de forma esférica compuesto de azúcar, almidón y proteínas, en espera del rayo que le



infundiría nueva vida. La embestida provocó la ruptura de la cutícula, como si se tratara de una embarcación atacada por un torpedo, y se contrajo de manera particular cerrando los sutilísimos poros como si estuviese dispuesta a replegarse en las profundidades de sí misma, a fin de recibir cara a cara al esperado visitante, e impedir la intromisión de alguno de los restantes competidores que habían perdido la primera posición en la gran prueba. Siempre bajo el luminoso influjo magnético de Alexandre, el elemento victorioso prosiguió la marcha y luego de haber atravesado la periferia del óvulo empleó poco más de cuatro minutos para llegar al núcleo. Ambas fuerzas, la masculina y la femenina, formaron una sola, y ante mi vista se convirtieron en un tenue foco de luz. Mi orientador, dedicado por completo a su trabajo, tocó la pequeña forma con su mano, y permaneció atento al proceso de división de la cromatina cuyas particularidades son todavía inaccesibles a mi entendimiento. Su actitud era la de un cirujano seguro de sí mismo en cuanto al empleo de la técnica operatoria. A continuación, Alexandre ajustó la forma reducida de Segismundo y pude observar una recíproca adaptación entre él y el organismo periespiritual de Raquel, sobre aquel microscópico globo de luz impregnado de vida. A partir de ese instante la vida latente comenzó a tener movimiento.

Había transcurrido exactamente un cuarto de hora, contado desde que el elemento activo penetrara en el núcleo del óvulo pasivo.

Después de una prolongada aplicación magnética secundada por el esfuerzo de los Espíritus constructores, Alexandre se aproximó a mí y me dijo:

-Ha concluido la operación inicial de la unión. ¡Que Dios nos proteja!

Como notó la admiración con que yo seguía el proceso de la división celular, mediante el cual se formó rápidamente la vesícula de germinación, el orientador agregó:

-El organismo materno suministrará todo el alimento necesario para la organización básica del instrumento físico, mientras que la reducida forma de Segismundo, como un vigoroso modelo, hará las veces de un imán entre la limalla de hierro, de modo de consolidar una forma consistente a los efectos de su futura manifestación en el escenario de la corteza terrestre.

Estaba boquiabierto ante lo que se me había permitido observar. A continuación, comprendiendo que el fenómeno de la reducción periespiritual de Segismundo era un acontecimiento extraordinario para mi vista, el instructor agregó bondadosamente:

-No olvide, André, que la reencarnación significa volver a comenzar los procesos de evolución o de reparación. Tenga presente que los organismos más perfectos de nuestra casa planetaria provienen, en principio, de la ameba. Ahora bien, “recomienzo” significa “recapitulación” o “vuelta al principio”. Por eso mismo, durante su desarrollo embrionario el futuro cuerpo de un hombre no puede ser diferente a la formación del reptil o del pájaro. Lo que da por resultado la diferenciación de la forma es el principio evolutivo contenido en el molde periespiritual del ser que captura los fluidos de la carne. Así pues, al regresar a la esfera más densa, como acontece con Segismundo, es indispensable revisar todas las experiencias vividas a lo largo del drama de nuestro mejoramiento, aunque sólo sea durante breves días u horas, de modo de analizar en un curso rápido las etapas cumplidas y las lecciones aprendidas, hasta detenerse en la posición desde la cual debemos proseguir el aprendizaje. Después de la forma microscópica de la ameba surgirán en el proceso fetal de Segismundo las evidencias de la era acuática de nuestra evolución, y así, sucesivamente, todos los períodos de transición o las estaciones de progreso por las que el ser ha pasado en la incesante jornada de su perfeccionamiento, dentro de la cual nos encontramos actualmente en la condición de seres humanos.

Las horas se habían deslizado veloces.

Con la certeza de que Alexandre no se demoraría mucho más en esa tarea, me acerqué nuevamente al cuadro de la formación fetal. El óvulo fecundado estaba animado con profunda vida que evolucionaba hacia la vesícula germinal.

Cuando el orientador me invitó a que nos retiráramos, siempre amistoso dijo:

-Mi trabajo ha concluido. No obstante, André, en consideración a sus necesidades de nuevas experiencias, podría solicitar a los Espíritus constructores el consentimiento para que usted coopere fraternalmente en las actividades de protección, cada vez que se le presente la oportunidad de venir hasta aquí.

Sentí un indescriptible júbilo; estaba satisfecho. En efecto, no deseaba otra cosa. Aquel estudio de embriología desde un nuevo punto de vista era fascinante y maravilloso.

Mientras yo daba expansión a mi júbilo interno, el gentil mentor en conjunto con sus compañeros adoptaba providencias relativas a mi participación, que simultáneamente constituiría una valiosa oportunidad de aprendizaje.

Después de algunos minutos, mientras intercambiábamos los saludos de despedida, con gran simpatía y hospitalidad, Herculano manifestó que sería bienvenido, cada vez que yo pudiese regresar a la residencia de Adelino para colaborar en las tareas de protección.



## 14

### Protección

Al día siguiente, después de haber descansado del cumplimiento de mis obligaciones habituales, regresé ansioso al hogar de Raquel.

Era noche cerrada cuando encontré al fiel amigo de Segismundo y a los Espíritus constructores atentos a su trabajo, en la intimidad afectuosa que caracteriza las reuniones de las entidades superiores.

Apuleio, el jefe, me recibió con amabilidad.

Al contrario de la víspera, la esposa de Adelino no se sentía bien físicamente. Aunque mantenía su cuerpo en posición de reposo, se encontraba muy excitada e inquieta.

-Nuestra hermana Raquel -me explicó el director- comienza a percibir el esfuerzo de la adaptación. Por lo pronto, durante algunos días permanecerá indispuesta, pero el malestar será pasajero.

-¿Logrará dormir? -pregunté-.

-Más adelante -respondió él-; por ahora su sueño será más breve hasta que se formen los estratos blastodérmicos. Es la etapa de la organización inicial del feto, y no podemos dispensarle nuestra cooperación activa.

Observé con atención la extraordinaria actividad celular para el desarrollo de la estructura del cuerpo que estaba en formación, y noté el esmerado desempeño de los Espíritus presentes a fin de que el disco

embrionario fuese esculpido con la debida precisión.

-La ingeniería orgánica -explicó el jefe del trabajo con entusiasmo- requiere bases perfectas. El cuerpo carnal es asimismo un edificio delicado y complejo. Urge elaborar sus cimientos con sensatez y competencia.

Comprendí que los procesos de segmentación celular y de adaptación de los corpúsculos divididos al molde del cuerpo periespiritual reducido eran absolutamente mecánicos, en obediencia a las características propias del terreno orgánico. No obstante, la totalidad de la entidad microscópica a que había dado lugar el desarrollo de la estructura celular recibía la manipulación magnética de las generosas entidades que cumplían así con su deber, lo que me sugirió que esa célula básica del organismo del futuro hijo, era convenientemente preparada para sustentar las actividades iniciales del cuerpo en formación.

Tal vez con la intención de justificar el esmero empleado, Apuleio me explicó gentilmente:

-Grande es nuestra responsabilidad en la misión de construir el mecanismo fetal. Debemos eliminar los obstáculos y dar asistencia a los organismos unicelulares del embrión en la intimidad del útero materno, de modo que la reencarnación, en ocasiones tan difícilmente proyectada y elaborada, no vaya a fallar en la primera etapa a causa de una colaboración deficiente de nuestra esfera, dado que anticipadamente hemos asumido nuestros compromisos.

Escuchaba su palabra reveladora de experiencia y sabiduría con mucha atención, a fin de aprovechar por completo su contenido educativo.

-A esto se debe -prosiguió él- que el aborto muy raramente obedezca a causas generadas en nuestra esfera de acción. Por regla

general, tiene su origen en la irreflexiva abdicación de los padres terrenales a las sagradas obligaciones asumidas, o en los excesos de lascivia e inconsciencia criminal de las madres, por escasa preparación en cuanto a la responsabilidad y el debido conocimiento relativo a esa misión divina. Aun así, cuando encontramos recipientes maternos carentes de dignidad, hacemos todo lo posible para oponer nuestra resistencia a los proyectos de huir del deber, cada vez que esa huida representa un mero capricho de la irresponsabilidad sin base alguna en programas edificantes. Por cierto, nuestra intervención en este asunto tiene sus límites, dado que se trata de una lucha directa contra nuestros amigos reencarnados que transitoriamente han olvidado el deber que debían atender. Si los interesados retroceden en sus decisiones espirituales y perseveran sistemáticamente en oponerse a nuestra colaboración, nos vemos obligados a dejarlos confiados a su propia suerte. De ahí que existan muchos matrimonios humanos absolutamente privados del coronamiento de los hijos, dado que anularon sus propias facultades generadoras. Si no procedieron de semejante modo en el presente, sedientos de una satisfacción egoísta, se comportaron así en el pasado, con lo que determinaron serias anomalías en su propia estructura psíquica. En este último caso deben experimentar dolorosos períodos de soledad y sed afectiva hasta que reparen, a través de una conducta digna, el patrimonio de veneración que todos debemos a las leyes de Dios.

Las definiciones enunciadas por el jefe de los constructores aclaraban mi pensamiento en lo referente a algunos graves problemas que se presentan en medio de las luchas humanas.

Con el propósito de aprender a través de la cooperación, intenté ocupar la posición de un trabajador más en busca de la tarea que le competía, en el terreno del auxilio magnético a las organizaciones celulares.

Más tarde, antes de retirarme me aproximé al director a fin de recoger algunas informaciones.

Me habían impresionado ciertos detalles del trabajo que se había llevado a cabo la noche anterior. ¿Mediante qué proceso se había conseguido instalar el comienzo de la unión entre Segismundo y su futuro cuerpo en los órganos reproductores de Raquel? ¿Qué podía explicarme acerca del tema del elemento masculino más apto? ¿En todos los casos de fecundación deberían participar amigos de la condición de Alexandre en la tarea selectiva?

Apuleio me escuchó con la benevolencia característica de las entidades elevadas y me informó:

-La pasividad no significa falta de cooperación. Cuando Raquel aceptó la tarea maternal lo hizo con decisión y obediencia positiva. Recibió a Segismundo en su organismo periespiritual y puso en acción los poderes naturales de su mente. Colocó el molde vivo en la región uterina con la misma espontaneidad de otros procesos orgánicos supervisados por la actividad mecánica del subconsciente, cuyo automatismo deja en evidencia una de las conquistas del alma reencarnada, a través de las experiencias sucesivas a lo largo de incalculables milenios. Para la mujer, la aceptación de las fuerzas creativas es tan sencilla como es natural, para el hombre, el mantenimiento de la actitud patriarcal y protectora mientras perduran los lazos paternos.

Como había percibido mi intención de canalizar sus informaciones hacia este pequeño esfuerzo mío, en el sentido de escribir para lectores encarnados, Apuleio destacó:

-Tendríamos grandes dificultades para explicar a los hombres terrestres el fenómeno de la adaptación de las energías creadoras en el útero materno, durante los procesos de la reencarnación. Por el momento, la tendencia de la mayoría de nuestros hermanos encarnados se encamina a una interpretación de nuestras elucidaciones según los principios del materialismo. Por consiguiente, es necesario esperar que transcurra más tiempo antes de que les suministremos ciertas



informaciones que en la actualidad no podrían comprender.

Y prosiguió sonriente:

-Ellos se alimentan a diario de formas mentales sin utilizar su boca física; se valen de la capacidad de absorción del organismo periespiritual, pero aún no captan la dimensión de esos fenómenos dentro de sus experiencias cotidianas. En el hogar, en la vía pública, en el trabajo, en las diversiones, cada individuo recibe el alimento mental que le proporcionan aquellos con quienes convive, condimentado con el magnetismo personal de cada uno. La mayoría de las veces, en especial para el inmenso porcentaje de los encarnados que aún no han alcanzado el dominio sobre sus propias emociones, de esa alimentación dependen los estados íntimos de felicidad o de disgusto, de placer o de sufrimiento. Como puede observar, el hombre también absorbe materia mental a toda hora y la asimila dentro de los círculos más íntimos de su propia estructura fisiológica.

El jefe de los constructores, optimista, percibió mi expresión de sorpresa al recibir explicaciones tan elementales acerca de un asunto tan complejo, y añadió:

-En su última experiencia en la corteza terrenal, vestido con los fluidos carnales, ¿nunca sintió una molestia en el hígado después de una fuerte discusión? ¿Jamás experimentó el momentáneo desequilibrio del corazón al recibir una noticia angustiada? ¿A qué se debía la falta de armonía orgánica en momentos que muchas veces eran de satisfacción y felicidad? La respuesta es que el hombre, en tales momentos, recibe una “cierta cantidad de fuerza mental” en el campo de su pensamiento, del mismo modo que el cable recibe “la carga de electricidad positiva”. El punto de recepción se encuentra concretamente en el cerebro, pero si el individuo no se identifica con la ley del control emotivo que establece seleccionar las emisiones que llegan hasta nosotros, hará lugar a la fuerza perturbadora dentro de sí mismo, en la intimidad de las células de su organismo, con grave perjuicio para las zonas vulnerables.

Apuleio, con gran serenidad, hizo un breve intervalo y reflexionó:

-Si existe considerable dificultad para que los hombres encarnados comprendan los procesos de rutina, como esos a los que acabamos de referirnos, que se repiten dentro de ellos decenas de veces cada día de la lucha en el cuerpo carnal, ¿cómo hemos de darles informaciones precisas y detalladas acerca de cómo se prepara el molde viviente, en función de la construcción fetal en el interior del útero? Debemos esperar el aporte del tiempo para enlazar nuestras experiencias.

Animado por las enseñanzas recibidas expresó:

-Tiene razón. Hoy mismo, pese a mi condición de desencarnado, no me siento a la altura debida para recibir determinadas informaciones sin que se produzca alguna conmoción en mi campo emocional.

-¡Muy bien! -manifestó el director satisfecho-. Usted está siguiendo el extenso curso del autodomínio. Cuando lo haya completado habrá aprendido a seleccionar las fuerzas que vienen a buscarlo, y sólo conservará en las zonas íntimas de su alma las de calidad reconfortante o constructiva.

Seguidamente, dándome la impresión de que deseaba continuar con el asunto que analizaba, Apuleio agregó:

-En cuanto a sus reflexiones alusivas a la colaboración de Alexandre en la selección del elemento masculino para la fecundación, me corresponde dejar en claro que no podemos contar en todos los casos con ese aporte que depende del sector del merecimiento. No obstante, cuando el factor magnético no proviene de una contribución elevada de tal naturaleza, debemos considerar que prevalece de igual modo y se da por sentado que la esfera pasiva está igualmente impregnada con las energías de la atracción. Así como el elemento masculino de la

fecundación está colmado de fuerza positiva, el óvulo femenino está repleto de fuerza receptiva. Y si ese óvulo está imantado con energías desequilibrantes, naturalmente ejercerá una especial atracción sobre el elemento que esté próximo a su naturaleza intrínseca. En vista de eso, amigo, la célula masculina que llega al óvulo en primer lugar, para fecundarlo, no es la más apta en el sentido de “superioridad” sino en el sentido de “sintonía magnética”, en todos los casos de fecundación para el mundo de las formas. Ésta es la ley por la cual los especialistas en genética de la corteza terrestre suelen ser sorprendidos en sus investigaciones, a raíz de los cambios inesperados en la estructura de diversos tipos dentro de las mismas especies. En el campo de las manifestaciones vitales, las células también poseen su “individualidad magnética” con relativa independencia.

En ese punto, el director sonrió antes de continuar:

-Si la mujer puede ejercer su influencia decisiva en la elección del compañero, también la célula femenina, la mayoría de las veces, puede ejercitar su ascendiente en la selección del elemento que habrá de fecundarla. Claro que aludimos aquí a un problema de ciencia física, sin que nos refiramos a los problemas espirituales relativos a las tareas, las misiones o las pruebas necesarias.

Al identificar mi silencioso gesto de interrogación, el director prosiguió:

-Claro que en ciertos deberes previstos para algunos Espíritus, durante la reencarnación, los trabajadores con mayores responsabilidades de nuestra esfera de lucha disponen de suficiente autoridad para intervenir en la ley biogenética, dentro de ciertos límites, de modo de adaptar sus principios en beneficio de objetivos especiales.

En ese momento, un reducido grupo de entidades amigas interrumpió nuestra conversación.

Los recién llegados reclamaban la presencia de Apuleio fuera de la cámara donde cumplía su labor.

Muy gentil, el jefe del equipo me invitó a acompañarlo.

El grupo se presentó en forma espontánea. Estaba constituido por dos señoras desencarnadas, amigas de Raquel, y por un amigo de Segismundo. Deseaban testimoniarles su afecto y acompañamiento en aquella experiencia que se desarrollaba. Venían desde nuestra colonia espiritual para cumplir funciones de asistencia a familiares que aún se hallaban en la corteza terrena, y tenían el propósito de aprovechar la oportunidad para hacer esa visita afectuosa.

El director los escuchó atento y con buena disposición pero, para mi gran sorpresa, manifestó:

-Como responsables de la organización primordial del nuevo cuerpo de carne de nuestro hermano Segismundo, agradecemos vuestra atención, pero no podemos autorizar la visita en este momento. Estamos aprovechando el escaso tiempo de armonía relativa que la mente materna nos ofrece, para delicadas actividades de urgente magnetización celular.

Con una sonrisa cordial agregó:

-No obstante, una vez que se haya completado el vigésimo primer día, cuando el embrión haya alcanzado la configuración básica, nuestros amigos podrán ser visitados a cualquier hora. Debo destacar que para entonces tanto la madre como el hijo podrán ausentarse del cuerpo con facilidad. Por ahora nuestro amigo Segismundo no puede apartarse de él, y la hermana Raquel, aun cuando se halle en estado de sueño físico, debe permanecer junto a nosotros, a corta distancia.

-¡No hay duda! -replicó el caballero de nuestra esfera-. No deseamos perturbar el desarrollo del trabajo.

-Sabemos que Raquel se sentiría muy conmovida con nuestro abrazo personal -comentó una de las señoras-. De cualquier modo, la alegría inesperada es también un choque.

-Es lo que debemos evitar -contestó Apuleio satisfecho-. No obstante, deseo transmitirles que Segismundo necesita del amparo espiritual de todos nosotros. Tenemos la recomendación de notificar de la presente reencarnación de él a todos sus amigos, a fin de que vengan hasta aquí siempre que puedan, no sólo para beneficiarlo con los tributos del estímulo espiritual, sino también para colaborar con sus vibraciones de simpatía en la organización armoniosa del feto.

-Volveremos en la primera oportunidad -exclamó una de las visitantes que hasta entonces se había mantenido en silencio-. Necesitamos colaborar para bien de Raquel.

Y agregó sonriente:

-Hemos preparado una serie de excursiones espirituales para las próximas noches en que ella esté disponible. Haremos todo lo posible para brindarle un estado de alma confiado y feliz. Algunas amigas ya han sido avisadas para tal fin.

-¡Muy bien! -respondió el director con una inflexión cordial-.

A continuación los visitantes se despidieron, mientras yo tomaba nota de otra valiosa lección del ámbito espiritual.

A solas de nuevo, Apuleio me explicó bondadosamente:

-El momento que atravesamos es delicado y no podemos distraernos.

En sucesivas ocasiones ingresé durante la noche en la cámara donde se llevaba a cabo el trabajo relativo a la reencarnación, lugar en el cual al mismo tiempo aprendía y cooperaba, lo que me facilitó un

mejor conocimiento acerca de la generosidad de los benefactores Espirituales y de la sabiduría de Dios, que se ponía de manifiesto en todas las cosas.

Con la cooperación magnética de los Espíritus constructores hacia cada una de las células, después de la vesícula germinal se formaron los tres estratos blastodérmicos. A tal fin se aprovechó el molde que Raquel había idealizado mentalmente para su futuro hijo, el cual fue aplicado sobre el modelo vivo de Segismundo en el proceso de su nueva reencarnación.

Observé que los trabajos de los técnicos espirituales eran en todos sus aspectos semejantes a los servicios que había acompañado en la sesión de materialización de desencarnados. Se tomaba el aporte del interesado y se aprovechaba la colaboración de Raquel, que en este caso cumplía la función de “médium” de la vida. Entraban en acción algunos amigos, se empleaban los recursos magnéticos, se requería el auxilio directo y positivo de Adelino, el futuro padre de Segismundo, del mismo modo que se requería en la sesión la colaboración del orientador mediúmnico sobre las fuerzas pasivas de la intermediaria. El símil era completo salvo la diferencia de que los trabajos de materialización de los desencarnados insumían algunas horas de preparativos para una aparición incompleta y transitoria, mientras que aquí se emplearían nueve meses consecutivos para la reencarnación tangible del alma con carácter relativamente prolongado y definitivo.

A medida que transcurrían los días se formaba el nuevo cuerpo de Segismundo, célula a célula, de acuerdo con un plan simple e inteligente.

Para proseguir con las observaciones metódicas, verifiqué que el estrato blastodérmico inferior, en obediencia al diseño del modelo nervioso. El estrato medio asumía un aspecto especialísimo, y daba lugar a las primeras manifestaciones de la columna vertebral, de los músculos y de diversos vasos.

El tubo intestinal comenzó a dilatarse en ciertas regiones y dio origen al estómago y a diversas especies de arcos. Posteriormente, revelando determinados movimientos de invaginación interna y externa, organizaba las estrías inferiores y las superiores, constituidas por pliegues, vellosidades y glándulas. El tubo cutáneo comenzó el complejo servicio de estructuración de la piel, al mismo tiempo que el tubo nervioso se doblaba paulatinamente sobre sí mismo, en el proceso de formación del laboratorio encefálico. Mientras eso ocurría, las sustancias del estrato medio se transformaban de un modo sorprendente. Cada día las lecciones que recibía eran más bellas, y observé por entonces a causa de qué maravillosas disposiciones se segmentaba el cordón axial en vértebras, que abrazaban el tubo nervioso en la parte superior, y el tubo intestinal en la zona inferior.

El servicio de los Espíritus constructores, sumado a la dedicación de Herculano, revelaba enseñanzas siempre nuevas.

No sería posible describir las evidencias de su cariño para la construcción de la nueva residencia carnal de Segismundo. Trabajaban con dedicación insuperable y desarrollaban un vasto sistema de garantía para las organizaciones celulares. En ocasiones, en los pasos preliminares de la formación de los órganos más importantes, se detenían a orar y suplicaban las bendiciones de Jesús para la tarea iniciada. Asimismo, noté que cada vez que sucedía eso, brillantes luces procedentes de lo Alto se esparcían en la cámara para incentivo de su labor.

El trabajo asumía las características de una verdadera revelación divina. Para plasmarlo en detalles sería preciso relegar la finalidad doctrinaria de nuestras sencillas observaciones, e incursionar en el campo de la técnica propiamente dicha, esfuerzo descriptivo que ha sido objeto de extensas consideraciones de parte de los tratadistas del asunto, y que han de servir al investigador que busca exclusivamente informaciones de orden material en los sectores de la inteligencia.

La primera célula de la fecundación se había transformado en un verdadero mundo, y respondía a una organización activa y sabia. El embrión estaba notablemente desarrollado.

En la parte anterior el tubo intestinal daba origen al esófago, mientras que el intestino, con sus complejas disposiciones, estaba situado en la región posterior. Internamente se había realizado en él un perfecto trabajo de plegamiento, y se destaca que en la zona interior se formaban pliegues y vellosidades, mientras que en la parte exterior se organizaban prominencias que a su vez, poco a poco, se convertían en diversas glándulas.

Proseguía aceleradamente la formación de los diversos departamentos cerebrales, la preparación de las glándulas sudoríparas y sebáceas, los órganos autónomos, los vasos sanguíneos, los músculos y los huesos.

En el vigésimo día de servicio Apuleio se mostraba muy satisfecho. Me informó que el trabajo básico estaba listo. Algunos de los cooperadores podrían ya retirarse. Para la continuación de la tarea bastarían dos de ellos asociados al esfuerzo permanente de Herculano.

Ese día, la futura forma física de Segismundo acomodada en el líquido amniótico, me produjo la perfecta impresión de un pez. No faltaban siquiera las concavidades branquiales que se ponían de manifiesto en el feto con precisión absoluta, remitiéndonos al servicio de recapitulación que estaba en proceso y a las reminiscencias de las antiguas épocas de nuestro paso por las corrientes marinas.

En la noche del vigésimo primer día se abrió la puerta magnética de la cámara de Raquel a las visitas de carácter afectivo.

No eran pocos los amigos espirituales que aguardaban ese feliz momento.

La futura madre desligada del cuerpo por la sutil influencia del



sueño, se sentía aliviada y casi dichosa.

Apuleio y sus compañeros, así como también Herculano, recibieron los saludos de los visitantes, radiantes de alegría y emoción.

Algunos de los amigos de Adelino también acudieron, con el propósito de felicitarlo y de ofrecerle la ayuda que estuviera dentro de sus posibilidades.

Noté que Segismundo estaba aliviado. Los hilos delicados que vinculan a los encarnados al instrumento físico cuando se hallan en estado de liberación temporaria, lo unían a él a la organización fetal. A medida que Raquel se apartaba, también él se podía apartar, aunque no podía abandonar la compañía materna. Raquel lo abrigaba en sus brazos cariñosos y al mismo tiempo intercambiaba gestos de júbilo con nosotros, fuera del campo material de mayor densidad.

Reconocí que la tregua tenía validez para todos, con excepción de Herculano que no se apartó de la cámara, donde se mantuvo vigilante. Los constructores establecieron una pausa generalizada en el servicio, y mientras los amigos de Adelino lo trasladaban a otros ámbitos, a fin de que obtuviera ciertas informaciones que necesitaba, participé junto con Raquel y su hijito de una reunión donde reinó la esperanza y la alegría. Muchas amistades que se habían congregado nos condujeron a un inmenso jardín ubicado en la corteza terrestre, y en el momento en que el Sol anunciaba a la distancia su reaparición en el hemisferio, oramos en conjunto expresando loas a la bondad de Dios que había colmado de bendiciones nuestro camino evolutivo. Observé después que muchos amigos desencarnados, entre los allí presentes, preparaban con las emanaciones de las plantas y las flores, tónicos y bálsamos reconfortantes que derramaban

sobre Raquel y su hijo con el propósito de fortalecerlos para la lucha. Era grato constatar el cariño fraterno que inspiraba aquellas demostraciones de devoción y ternura. Aprendía extasiado, otra lección

en la esfera espiritual. Así como las aves viajeras saben dónde buscar las plumas más suaves para su nido, incluso en zonas lejanas, y el alimento imprescindible para sus pequeñuelos recién nacidos, el alma de las madres devotas y cariñosas sabe atravesar grandes distancias, en busca de los aportes de cariño que contribuyan a conformar el nido de carne en que un hijo muy amado volverá a nacer.

El servicio de organización fetal prosiguió normalmente dados los respetables hábitos del matrimonio, que día a día parecía más integrado con la asistencia que le llegaba desde nuestra esfera de acción.

El desenvolvimiento de la futura forma de Segismundo obligaba a Raquel a verdaderos sacrificios orgánicos. No obstante, cada noche, al acercarse la madrugada se repetían las excursiones espirituales que ella y su hijito realizaban, invitados por los amigos de nuestro ámbito. El trabajo de Herculano mereció la cooperación de una considerable cantidad de amigos. Rara era la noche en que no venían Espíritus que, por gratitud hacia Segismundo, velaban por el equilibrio de su nueva encarnación y prestaban al hogar, a sus padres y a él mismo, los más variados tipos de auxilio.

Cuando completé el período correspondiente a mis estudios fundamentales, tampoco yo volví al hogar de Adelino con la misma asiduidad. Si bien continuaba interesado en el trabajo que se había estado realizando, solamente regresaba a la cámara de la reencarnación alguna que otra vez, atraído por otro género de servicios y escoltando a Alexandre.

Sin embargo, en la víspera del nacimiento de la nueva forma física de Segismundo, fui hasta allá para acompañar a mi venerable orientador, que estaba obstinado en cooperar para el fortalecimiento de la madre en el momento culminante.

Después de prolongados esfuerzos, a través de los cuales percibí una vez más la sublime exaltación de la mujer, digna esposa y madre,

Segismundo nacía nuevamente...

Extrañado por la rigurosa asistencia espiritual que desde nuestra esfera se le dispensaba al asunto, escuché que Alexandre manifestaba conmovido:

-Hemos concluido el servicio inicial de la reencarnación. ¡El trabajo completo, con la plena integración entre nuestro amigo y los elementos físicos, se verificará de aquí a siete años!

Admirado y al mismo tiempo enternecido hasta en mis fibras más íntimas, me sumergí en las oraciones que formulábamos al Señor en demostración de gratitud, y como reconocimiento al tesoro divino que constituía la concesión de un cuerpo de carne, a favor de nuestra experiencia y nuestro aprendizaje en la superficie de la Tierra.



## 15

### **Fracaso**

Alexandre verificó mi aprovechamiento en el caso de Segismundo, y en el momento en que se despedía de los constructores se dirigió con su habitual gentileza al director y le manifestó:

-Le agradezco, Apuleio, cuanto ha hecho por André en los últimos días. Nuestro compañero no olvidará su amable participación.

El director sonrió, me dirigió algunas palabras de estímulo y, cuando finalmente se disponía a salir, mi orientador le dijo:

-Con todo, nuestro amigo necesita consolidar las enseñanzas que ha recibido. André acompañó un caso normal de reencarnación en el cual un esposo honesto escuchó desde el principio nuestros ruegos, a fin de que Segismundo renaciese con la imprescindible serenidad. Pronto se solidarizó con un corazón maternal sensible y abnegado, y estuvo atento al estudio en una cámara conyugal defendida por el poder sagrado de la plegaria, y consolidada por la protección del ámbito superior. No obstante, sería conveniente que analizase un proceso diferente, de los que hay por ahí cientos, en los que nos vemos acechados por toda clase de obstáculos. De ese modo quedaría habilitado para conocer la extensión y complejidad de nuestro esfuerzo cuando debemos sostener a compañeros imprevisores, que menosprecian la responsabilidad moral al huir de los compromisos.

Y en un gesto de afecto fraterno le preguntó:

-¿No tendrá en la actualidad algún caso de ese orden, de modo

que André pueda recoger las lecciones precisas?

-Sí, lo tenemos -aclaró Apuleio atentamente-, se trata del caso Volpini.

Como Alexandre ignoraba el proceso al que se refería, prosiguió:

-Después que establecimos las bases del proceso de Segismundo me ocupé de otros servicios de la misma naturaleza y, entre ellos, ha sido confiada a nuestra vigilancia la tarea relacionada con el hermano que mencioné. Créanme que recurrimos a todo lo que estaba a nuestro alcance en el sector de la asistencia para evitar el fracaso del trabajo, sin embargo, en mi opinión esta experiencia es absolutamente impracticable.

-Quiere decir, entonces -replicó mi instructor con sabiduría-, que la futura madre no correspondió a las expectativas de nuestro plan de acción...

-Eso mismo -prosiguió el interlocutor-. Mientras los desequilibrios se localizan en la esfera paterna o proceden de la influencia de entidades malignas, contamos con recursos para interponer; pero, si la discordancia parte del campo materno es muy difícil establecer una protección eficiente. Esa pobre mujer provocó por dos veces consecutivas el aborto, a raíz de su conducta inconsciente, por exceso de liviandad, y ahora según parece será víctima de su propia irreflexión por tercera vez. En balde le hemos brindado el socorro que podemos disponer. La desdichada se ha dejado cautivar por la idea de gozar de la vida y se identificó con entidades desencarnadas de la peor especie, que para hacer más funestos sus oscuros planes la separaron de su compañero, ansiosas por precipitar su corazón en la zona de las bajas emociones.

Mientras Alexandre lo oía en silencio, Apuleio continuó después de un largo intervalo:

-Volpini ha llegado al séptimo mes de gestación de la nueva forma física, y la noche que se avecina será decisiva para él. Ya recibí el llamado de los colaboradores que permanecen en servicio activo en relación con el caso, en el sentido de evitar ciertas extravagancias que la futura madre ha planificado para el día de hoy. Con todo, no creo que ella siga nuestros consejos. La organización fetal no se halla en condiciones de soportar nuevos desequilibrios, y si la pobrecita no toma conciencia de su deber cometerá, hoy mismo, una tercera equivocación. Si André pudiese venir con nosotros nos daría mucho placer.

Alexandre, que en aquel momento se mostró muy prudente, sugiriendo la idea de quien deseaba evitar algún comentario poco edificante, manifestó:

-Nuestro compañero irá con ustedes. A veces, para preservar convenientemente la salud es preciso conocer las enfermedades, así como para cultivar el bien es necesario no ignorar la existencia del mal.

En efecto, anocheecía cuando Apuleio, dos compañeros de él y yo, llegamos a una residencia confortable de apariencia distinguida.

El importante reloj de pared indicaba que faltaban cinco minutos para las veinte.

Penetramos, detrás del director, en un aposento bien amueblado donde se encontraban tres entidades desencarnadas de horrendo aspecto, que debido a su bajo nivel vibratorio no percibieron nuestra presencia. Conversaban entre sí acordando medidas detestables que no me corresponde mencionar aquí. En tal sentido, a cierta altura de la conversación hicieron mención al caso de la reencarnación de manera explícita:

-No sé -comentó uno de aquellos perversos enemigos del bien- por qué arte infernal el intruso ha estado resistiéndose. Lo expulsaremos en la primera oportunidad.

-Cuando ocurre eso -dijo otro- es porque hay “manos de ángeles” trabajando por detrás.

-¡Pues que se vayan al infierno! -exclamó el que parecía más cruel-. Veremos quién puede más. Cesarina ya nos pertenece en un noventa por ciento. Responde perfectamente a nuestros propósitos. ¿Por qué consentiremos un hijo entrometido en nuestros planes? Es necesario combatir hasta el fin.

-No obstante -alegó el tercero, que hasta entonces se había mantenido en silencio-, ¡hace más de seis meses que estamos trabajando en vano para librarnos de él!

-Aún así los resultados son positivos -agregó el más rebelde-; no creo que él pueda aguantar por mucho tiempo. Tal vez hoy hagamos el resto. Un hijo podría quitarnos a la buena compañera con que contamos en el presente. Todas sus atenciones convergerían hacia él, y nosotros sufriríamos un grave perjuicio. Si hubiera “manos de ángeles” trabajando en el caso, nosotros tenemos “manos de demonios” para hacer nuestra parte. Ya triunfamos dos veces, ¿por qué no hemos de triunfar una vez más?

-Si llegara el hijo -consideró uno de los interlocutores-, con seguridad el esposo regresaría. No podríamos mantenerlo alejado por más tiempo en el caso que así ocurriera.

-¡Eso nunca! -respondió el adversario más feroz, con inflexión siniestra-.

¡Qué diferente era aquel panorama interior comparado con la alcoba de Raquel, donde había realizado tan hermosas observaciones relacionadas con la tarea de la reencarnación! El aposento estaba absolutamente desguarnecido de defensas magnéticas, y no se veía el movimiento de visitantes espirituales de la esfera superior que caracterizó el trabajo de formación del nuevo cuerpo de Segismundo.



-¿Está atento? -me preguntó Apuleio con gentileza-. No siempre nuestra tarea se desarrolla en medio de los jardines del afecto. Muchas veces debemos obrar bajo verdaderas tormentas de odio, que desintegran nuestros mejores elementos magnéticos de cooperación. Este caso es típico.

Recordé que la residencia de Adelino se llenaba a diario de amistades del ámbito espiritual, y pregunté:

-¿La futura madre no mantiene relaciones con nuestra esfera?

-Cualquiera sea nuestra situación -respondió él-, siempre tenemos buenos amigos en la zona superior a aquella en la que nos encontramos. No obstante, en ciertas circunstancias nos apartamos voluntariamente de ellos. Cesarina podría contar con algunas amistades, pero ella misma se encarga de imponerles el alejamiento.

Impresionado, pregunté:

-¿No tiene en nuestros círculos espirituales un padre o una madre que asuma el sacrificio de defenderla?

-Tiene un padre que le dedica un gran afecto -explicó el director-, y que sufría inmerecidamente por la hija frívola y grosera. Tanto fue su padecimiento a causa de ella que sus superiores, en nuestra colonia espiritual, lo sometieron a un tratamiento para que olvidase transitoriamente a su querida hija, hasta tanto él esté en condiciones de recordar y aproximarse a ella sin que lo afecten esas emociones angustiosas.

El asunto era nuevo para mí. ¿Entonces, en el mundo de las almas había recursos para aplicar el olvido?

Apuleio sonrió, bondadoso, y dijo:

-No lo dude. En nuestra esfera la crueldad y la ingratitud no

pueden acosar al amor puro. Cuando las almas reencarnadas se muestran impenetrables al reconocimiento y a la comprensión, aunque sean portadoras de valiosas joyas en el corazón, nos alejamos de ellas espontáneamente hasta tanto se integren con el conocimiento de las leyes de Dios, y se dispongan a respetarlas en nuestra compañía. Aunque nuestros sentimientos sean amorosos, si somos débiles y no nos sentimos con suficiente valor para tomar la indispensable distancia, en el caso que fuéramos merecedores del auxilio de nuestros mayores, ellos nos favorecerán con el tratamiento magnético que producirá en nosotros el olvido pasajero.

En ese instante, Cesarina penetró en la habitación seguida por los Espíritus constructores que velaban por Volpini, el reencarnante.

Mientras la señora se sentaba frente a un gran espejo y daba comienzo a un esmerado arreglo que incluía un atuendo festivo, los cooperadores de Apuleio se aproximaron y nos saludaron con gentileza.

-Lamentablemente -dijo uno de ellos al jefe-, la situación es muy grave. Es imposible continuar nuestro esfuerzo de asistencia y obtener el éxito deseado. Nuestra hermana se hunde cada vez más en los desequilibrios destructores. Se alía voluntariamente -y señaló a las entidades viciosas que la rodeaban- a estos adversarios infelices, y se entrega a placeres y abusos de toda índole. En los últimos días sus desvíos sexuales han sido atroces, y es enorme la cantidad de bebidas alcohólicas aparentemente inofensivas que ha estado consumiendo sistemáticamente. Sumados tales disturbios a las vibraciones desordenadas de su mente, vemos que la situación de Volpini no puede sostenerse, a pesar de que hagamos nuestros mejores esfuerzos para protegerlo.

Apuleio escuchó las graves noticias en silencio y comentó luego:

-Ya sé lo que está previsto para esta noche.

-Por cierto -consideró el interlocutor-, apelamos a su autoridad porque el organismo fetal no podrá resistir una nueva embestida.

El director me invitó a que examinara a la gestante. Junto a ella se encontraban las entidades inferiores a las que me referí, que demostraban absoluta ignorancia de nuestra presencia.

Cesarina, con el excesivo cuidado de las mujeres demasiado vanidosas e inconscientes de su responsabilidad moral, empleaba ciertos recursos para ocultar el estado de avanzada gravidez y se podía adivinar que se acicalaba prolijamente para una larga noche de intensas emociones.

Auxiliado por el jefe de los constructores detuve mi atención en el feto, y no pude esconder mi sorpresa, ni mi compasión.

El caso Volpini era muy diferente del proceso de reencarnación que acompañamos en la casa de Raquel. La forma física embrionaria mostraba manchas violáceas que revelaban desgarros. Diminutos monstruos, sólo perceptibles a nuestra mirada, nadaban en el líquido amniótico e invadían el cordón umbilical, apropiándose de la mayor parte del delicado alimento reservado al cuerpo en formación. La placenta soportaba asimismo el asedio de esos seres, lo que me provocó una terrible impresión.

Por la acentuada anormalidad de los órganos reproductores percibí que el aborto no iba a demorarse.

También Apuleio sentía una enorme preocupación y lo demostró al hacer un expresivo movimiento con la cabeza.

Interrumpió súbitamente el examen y nos dijo:

-Si esta noche, la desdichada mujer sigue obcecada en los placeres criminales, provocará la expulsión del organismo fetal mañana mismo.

Después de pensar durante algunos momentos destacó:

-Intentaré un último recurso.

Apuleio se dirigió al interior de la vivienda y regresó en compañía de una señora entrada en años.

-Ésta es la dueña de la casa -me dijo señalándola-, una vieja amiga de Cesarina. Tiene aptitudes para recibir nuestra influencia. Aprovecharé su colaboración de modo que nuestra desventurada hermana no pueda alegar en el futuro que careció de asistencia o de los consejos adecuados.

En un gesto de bondad, que antes había observado en diversos superiores de nuestro medio, colocó su diestra sobre la frente de la recién llegada en el preciso instante en que ésta se aproximó a Cesarina, y con mucha ternura le dijo:

-Cesarina, amiga, me tienes muy preocupada... No vayas. Desconfía de esas amistades poco dignas. Tu estado es de cuidado. ¿Por qué te permites excesos? Una fiesta de cumpleaños en un bar nocturno no puede ser beneficiosa para tus necesidades actuales. Te di amparo en nuestra residencia como lo hubiera hecho con una hija, y debo prevenirte. Alimento la esperanza de verte unida otra vez a tu esposo que, según entiendo, se ha marchado por una simple cuestión de incompatibilidad de caracteres. Si tú no te defiendes del mal, ¿qué puedo hacer yo?

Uno de los desventurados seres, emisarios de la ignorancia y la oscuridad, que perseguían a Cesarina por su falta de vigilancia, la envolvió con sus brazos como si deseara comunicarle su extraño y peligroso magnetismo. Noté que las entidades inferiores presentes observaban de cerca a la señora y oían sus palabras sensatas, pues todas hacían gestos y demostraciones de rebeldía y de desagrado que no podemos reproducir.

La interpelada se dejó envolver por la influencia neutralizadora del mal y soltó una fuerte carcajada, para luego agregar: -Tranquilícese, mi buena Francisca. No necesita darme lecciones de virtud... ¡Tengo un compromiso y no puedo faltar!...

-No estoy de acuerdo, Cesarina -replicó la interlocutora con energía, bajo la inspiración directa de Apuleio-. No estoy predicando virtud a tu conciencia responsable. Me propongo despertar tus fibras de esposa y madre. Estás dispuesta a atender la invitación de un hombre que no merece confianza ni es digno de consideración. Además, debes preservar tu organismo. ¿No te duele la expectativa de ocasionar un perjuicio a tu hijo? ¿No piensas en el futuro?

Y la respetable amiga continuó con las advertencias en un severo tono maternal, mientras la futura madre de Volpini se mantenía en abierta posición de negativa y hermetismo.

La conversación se prolongó a lo largo de dos horas. Durante ese lapso el director de los constructores apeló a la caridad, a la lógica y a la paciencia en las más altas dosis, hasta que se escuchó en la entrada la bocina de un automóvil.

Cesarina tapó un pequeño frasco de perfume, abrazó a su vieja amiga, que quedó decepcionada, y se despidió:

-Adiós, volveré tarde. No tengo tiempo que perder.

El vehículo circuló en dirección a las avenidas asfaltadas.

Las entidades perturbadas se fueron tras él, en su marcha veloz, mientras que nosotros permanecemos allí en espera de la explicación de Apuleio, porque ansiábamos escuchar su palabra.

Con cierta congoja, el jefe de servicio se dirigió a los colaboradores para manifestar:

-Pueden regresar a nuestra colonia a descansar. Por ahora, ya nada les queda por hacer. Todos han cumplido correctamente con su deber.

Me miró a mí significativamente, y agregó:

-Iré yo mismo junto con André a buscar a Volpini, de modo de resguardarlo en un lugar adecuado.

El clima era de consternación pues, aunque los Espíritus superiores son equilibrados, no son insensibles.

Acompañé a Apuleio durante largos minutos de silencio, hasta que penetramos en una casa donde el bullicio era ensordecedor.

El amplio salón, al igual que los compartimentos reservados, estaba repleto de hombres y mujeres en estado de alteración, excitados por la música estridente y aturdidora. No obstante, la

multitud de desencarnados de baja condición, invadida por la misma alucinación de peligroso placer, era mucho mayor.

-Manténgase a la defensiva -me advirtió el director-. Son contados los desencarnados con escasa experiencia que pueden penetrar en ambientes como éste para cumplir tareas de protección.

No es de nuestra incumbencia la descripción de las ingratas escenas que se desarrollaban ante nuestra mirada. Sí nos corresponde explicar que no tuvimos dificultad para encontrar a Cesarina, que estaba en compañía de un caballero poco escrupuloso bebiendo licores en finas copas, ambos elegantemente enmascarados.

El director se aproximó, y para cumplir con mayor efectividad su tarea retiró a Volpini y lo depositó en mis brazos, mientras que el reencarnante, en estado de semiinconsciencia, se aferraba al seno materno. Seguidamente vi cómo Apuleio aplicaba pases magnéticos en

la región uterina de la imprudente gestante, empleando un infinito cuidado. Luego volvió a tomar a Volpini y me dijo con tono calmo:

-Desligué al reencarnante del santuario materno. Sin embargo, no deberíamos omitir el debido socorro a la madre. Ella necesita proseguir la lucha terrestre tanto como le sea posible, para aprovechar de algún modo su oportunidad...

Nos retiramos conduciendo al compañero prematuramente desligado a una organización socorrista. Con todo, después de atender los deberes que me competían, desde mi condición de médico me propuse observar qué pasaba con la pobre mujer que había fracasado en su misión sublime.

A primera hora de la mañana me dirigí a la residencia que habíamos visitado en la víspera.

Con gran sorpresa verifiqué que Cesarina no estaba en la casa. No habían pasado muchos minutos cuando una vecina interpelló a la señora que la noche anterior había recibido la influencia de Apuleio, para preguntarle precisamente lo que yo deseaba saber.

-Cesarina -explicó la matrona con preocupación- fue hospitalizada esta mañana; su estado es grave.

En el transcurso de la breve conversación recogí las informaciones necesarias acerca de la dirección, y de inmediato me propuse hacer una visita a la desventurada mujer que habíamos dejado en la mundana fiesta de la víspera.

Me causó una fuerte impresión enterarme de que Cesarina se hallaba en muy grave estado, y acababa de dar a luz a un niño muerto.





## 16

### **Incorporación**

En prosecución de mis estudios sobre fenómenos mediúmnicos de diferentes manifestaciones, cada vez que mis funciones habituales me lo permitían regresaba a la superficie terrestre, a fin de aprender y al mismo tiempo colaborar en el grupo en que Alexandre se desempeñaba como orientador.

Debido a las obligaciones asumidas en nuestra colonia espiritual, no podía hacerlo con la frecuencia que deseaba, razón por la cual trataba de aprovechar las mínimas oportunidades de modo de enriquecer mis experiencias.

En una de las reuniones en las que me hice presente, uno de los colaboradores de nuestra esfera se aproximó al compasivo instructor y le solicitó con humildad:

-Nuestros hermanos encarnados en sucesivos pedidos insisten en que se les conceda una comunicación con el hermano Dionisio Fernandes que, como sabe, ha recibido albergue en una organización de socorro. Alegan que la familia no tiene consuelo, André Luiz

que sería conveniente recibir su visita, que tienen gran interés en escuchar a ese antiguo compañero de luchas doctrinarias...

Mientras Alexandre oía en silencio, el simpático colaborador prosiguió después de una breve pausa:

-Estaríamos agradecidos de recibir la debida autorización para

traerlo... Podría incorporarse en la organización mediúmnica de nuestra hermana Octavia, y en cierto modo sería escuchado por sus amigos y familiares...

El mentor se concentró durante algunos momentos y respondió:

-No tengo ninguna objeción personal para lo que usted sugiere, apreciado Euclides. Sin embargo, aunque nuestro grupo de cooperadores encarnados está constituido por excelentes amigos, no los veo debidamente preparados para el aprovechamiento integral de esa experiencia. Abunda en casi todos, tanto en investigación como en razonamiento, lo que les falta en sentimiento y comprensión. Colocan la pesquisa muy por encima del entendimiento, y como usted bien sabe los organismos mediúmnicos no son filtros mecánicos... Por otra parte, Dionisio lleva poco tiempo en nuestra esfera y todavía ni siquiera puede ausentarse del asilo que le da amparo en nuestro medio. Agreguemos a esos factores la intranquilidad de la familia, por su escasa atención hacia la fe activa, la diferencia de vibraciones de la nueva esfera a la que nuestro amigo procura adaptarse actualmente, la profunda emoción que le causaría esa aproximación tal vez prematura, la inestabilidad natural del instrumento mediúmnico, y probablemente estaremos de acuerdo en que no es oportuna semejante medida.

Euclides, el interlocutor, respaldando el pedido obstinado del círculo no se desanimó y reiteró:

-Reconozco que vuestra opinión, invariablemente prudente, está inspirada por un sentimiento de amistad. Conuerdo en que no alcanzaremos el objetivo deseado; aun así, insisto en mi solicitud, aunque el hecho no vaya más allá de una simple experiencia... Sucede que hay algunos hermanos esforzados, a quienes mucho les debemos por el trabajo cotidiano dedicado al bien del prójimo sufriente, y nos sentiríamos felices de otorgarles el testimonio de nuestro reconocimiento y nuestra sincera estima... Alexandre sonrió con su característica generosidad y alegó: -Sólo conozco razones para avalar

su pedido, y ya que usted insiste en que se comunique -como una atención dedicada a los compañeros que, a la recíproca, se sienten acreedores de su confianza y estima-, puede avisarles que Dionisio vendrá. Me encargaré de traerlo personalmente.

Euclides agradeció con inmensa alegría y Alexandre concluyó la conversación al agregar:

-Haga la promesa para mañana a la noche. Siempre es más fácil dar con alegría que recibir con sensatez.

Nos retiramos.

Entonces lo interrogué acerca del proceso del fenómeno de incorporación, a lo que el benévolo instructor respondió con buena voluntad:

-En términos de mediumnidad, las medidas son las mismas que se adoptan en los casos de la psicografía común, con el agregado de que necesitaremos proteger con especial cuidado el centro del lenguaje en la zona motora. Por consiguiente, hacemos reflejar nuestro auxilio magnético sobre los músculos del habla, ubicados a lo largo de la boca, de la garganta, de la laringe, del tórax y del abdomen.

Para completar su respuesta a mis requerimientos, el instructor enunció una serie de reflexiones de orden moral alusivas al asunto, y al final, en relación con los sentimientos terrenales, hizo algunos comentarios sobre las dificultades para difundir el concepto del legítimo consuelo, en virtud de las desmedidas exigencias de la investigación intelectual. Admiraba su profunda sabiduría, que se conjugaba con la sublime comprensión de las debilidades humanas, en el momento en que llegamos a la institución de socorro donde Dionisio había recibido albergue, en plena región inferior no muy alejada de la corteza terrestre.

Se puso de acuerdo con los Espíritus del bien, consagrados a los servicios basados en el amor cristiano en tales zonas, y me condujo a la

presencia del recién desencarnado que se mantenía bajo los efectos de una fuerte excitación.

-Dionisio -le dijo Alexandre bondadosamente después del saludo habitual-, ¿se acuerda de nuestro grupo de estudios espiritualistas?

-Por supuesto, ¡y con cuánta nostalgia! -suspiró el interlocutor-.

-Nuestros amigos del círculo reclaman su presencia, al menos por unos minutos -prosiguió el mentor con gentileza-, y resolví conducirlo hasta allá para que les hable, no sólo a ellos, también a sus familiares...

-¡Qué ventura! -exclamó Dionisio casi llorando de júbilo-.

-Pero ¡escúcheme bien, amigo! -volvió a decir Alexandre con serenidad y energía-. Es indispensable que usted medite acerca de este acontecimiento. Tenga presente que va a utilizar un instrumento neuromuscular que no le pertenece; nuestra amiga Octavia servirá de intermediaria. No obstante, usted no debe ignorar las dificultades de un médium a los efectos de satisfacer los detalles técnicos para la identificación de los comunicantes, en función de las exigencias de nuestros hermanos encarnados. ¿Comprende bien?

-Sí -contestó Dionisio algo contrariado-, me encuentro en el mundo de la verdad y no debo fallar. Me acuerdo que muchas veces recibí las comunicaciones del mundo invisible a través de Octavia, y fui muy cauteloso. Alguna que otra vez dudaba, convencido de que era víctima de reiteradas mistificaciones.

Alexandre, con mucha calma, destacó:

-Pues bien, ha llegado su ocasión de examinar prácticamente el fenómeno. Y si antiguamente a usted le era tan fácil dudar de los otros, sepa disculpar la fragilidad de nuestros hermanos encarnados si ellos dudaran de su esfuerzo. Es posible que no alcancemos el objetivo, sin embargo, puesto que nuestros colaboradores insisten en recibir su visita,

no debemos poner obstáculos a la experiencia.

Antes de que Dionisio se internase en nuevos pensamientos el interlocutor concluyó:

-Concéntrese con atención en el tema, solicite la luz divina en sus oraciones y espéreme. Lo conduciré hasta la residencia de la médium algunas horas antes, de modo de facilitarle la tarea de compatibilización.

Por último nos despedimos y recibí efusivas manifestaciones de agradecimiento de parte del interlocutor.

Este caso me interesaba. Fue así que solicité el permiso de Alexandre para seguirlo de cerca.

Recibida la autorización, al día siguiente acompañé al instructor a la institución que amparó a Dionisio, con el propósito de prepararlo convenientemente para la visita proyectada.

Con la gentileza habitual, Alexandre nos guió hasta la vivienda de la médium Octavia, donde Euclides, el benévolo amigo de la víspera, nos aguardaba con abundantes atenciones.

El servicial mentor se despidió con suma delicadeza, y me dejó en compañía de los nuevos colegas luego de que añadió:

-La reunión de los compañeros encarnados comenzará a las veinte; estaré aquí de regreso entre las dieciocho y las diecinueve, para acompañarlos hasta el núcleo donde llevaremos a cabo nuestro trabajo.

Me miró entonces fijamente y concluyó con su característica bondad:

-Querido André, aproveche la proximidad de Euclides; un buen trabajador siempre tiene edificantes lecciones que enseñar.

Euclides esbozó una sonrisa y agradeció conmovido. A continuación nos condujo al interior de la vivienda, mientras que Alexandre se retiraba en otra dirección.

Llegamos a un humilde aposento.

-En este sector de la casa -nos explicó el guía amablemente- nuestra hermana Octavia acostumbra hacer sus meditaciones y plegarias. A eso se debe que la atmósfera reinante sea reconfortante, liviana y balsámica. Pónganse cómodos. En vista de que hoy es uno de los días consagrados al servicio mediúmnico, terminará más temprano los quehaceres relativos a la cena, para orar y prepararse.

Consulté la esfera del enorme reloj de pared que no lejos de nosotros marcaba las dieciséis, y manifesté el deseo de ver a la hermana que iba a desempeñarse aquella noche como intermediaria entre los dos ámbitos.

Dejé a Dionisio en el aposento donde nos encontrábamos, y Euclides me condujo a la pequeña cocina. Allí, una señora de avanzada edad preparaba con esmero algunos platos sencillos. Todo era limpieza, orden y armonía doméstica. La noté algo pálida y abatida...

Al oír el discreto comentario el compañero me informó:

-Octavia es una excelente colaboradora de nuestros servicios espirituales, pero por fuerza de las pruebas necesarias para su redención se halla unida a un hombre ignorante y casi cruel. Mientras el brutal compañero está ausente, durante las horas en que debe “ganarse el pan”, la casa está tranquila y feliz porque nuestra amiga no ofrece hospedaje a las entidades perturbadoras de la oscuridad. Sin embargo, cuando el desventurado Leonardo penetra en este pequeño territorio, la situación se modifica, porque el pobre esposo representa a un auténtico “cantero de espinos” en el jardín que es este hogar, además de que tiene por acompañantes a peligrosos elementos de las zonas más bajas...

-¿No consiguió identificarse con la misión espiritual de su esposa? -pregunté con curiosidad-,

-No, de ningún modo -explicó Euclides sin titubeos-. Para él no es una novedad la comprensión elevada, pero está obstinado en sus propios errores. Permite que la consorte nos ayude en vista de la insistencia de unos parientes consanguíneos de él, dedicados a nuestra causa, y que influenciados por nosotros no le permiten apartarla. Aún así la tarea no es muy sencilla, porque tanto como Octavia es dócil a los Espíritus del bien, su esposo es obediente a los cultores del mal. A veces alcanza con que esbochemos un programa constructivo con la participación de ella para que Leonardo, acosado por los portadores de tinieblas, perturbe nuestra labor al crearnos graves dificultades.

Como notaba que el abatimiento de la médium no me pasaba desapercibido, Euclides añadió:

-Tan pronto que llevado por el entusiasmo prometí ayer la visita de Dionisio, con el deseo de incentivar el buen ánimo de los amigos encarnados y contando con el concurso mediúmnico de nuestra hermana, empeoró la situación psíquica del esposo imprudente. Leonardo amaneció hoy más nervioso que de costumbre, se emborrachó poco antes del almuerzo, insultó a su humilde compañera y llegó incluso a infligirle tormentos físicos. Asustada, la bondadosa señora sufrió un tremendo conflicto nervioso que le afectó el hígado, al punto que en este momento se encuentra con una intensa alteración gastrointestinal. En consecuencia, durante el día su alimentación ha sido muy escasa, y no ha podido mantener la necesaria armonía de la mente para atender con eficiencia a nuestros propósitos. Ya implementé diversos recursos de asistencia, inclusive la colaboración magnética de competentes enfermeros espirituales para elevarle el nivel de energías en la medida de lo necesario, y gracias a eso la pobrecita aún no cayó en cama. Pese a toda la asistencia que se le dispensó se encuentra bastante debilitada.

Un tanto decepcionado Euclides consideró, luego de permanecer unos instantes en silencio:

-Como usted sabe, la armonía no es un producto que se improvise, y si nosotros, los desencarnados consagrados al bien, estamos en lucha frecuente por conservar nuestra iluminación íntima, los médiums son seres humanos expuestos a los acontecimientos y a los desequilibrios propios de la esfera carnal...

-¡Oh! -exclamé, mirando a la pobre mujer-. ¿No tendremos a alguien que la sustituya? Está casi tambaleante...

-Todas las tareas requieren una preparación, un entrenamiento -alegó mi interlocutor sensatamente-, y de un momento para otro no podemos traer a alguien que reemplace a Octavia -¿Cree que si ella fuera feliz colaboraría con mayor eficiencia? -indagué-.

-¿Quién sabe? -respondió Euclides deliberadamente-. La práctica de la mediumnidad como una misión no es incompatible con el bienestar y, con ese criterio, todas las personas que gozan de un relativo confort material podrían aspirar a excelentes oportunidades de servicio, en sus respectivos sectores de trabajo moralizador. No obstante, cuando las almas encarnadas son favorecidas por la calma natural en la existencia física, se mantienen en la región de servicio habitual que corresponde a sus necesidades individuales y, como el cumplimiento del deber con regularidad ya representa un gran esfuerzo, rara vez trasponen la frontera de las obligaciones genuinas en busca del campo divino de la renuncia. No obstante, la lucha intensa amplía las aspiraciones del alma. Cuando el sufrimiento está iluminado por la fe viva, incita a la resignación y de tal modo se convierte en una fuente creadora de alas espirituales.

A esa altura de las explicaciones fraternas, el compañero sonrió y manifestó:



-Cuando enunciamos semejantes conceptos, no queremos decir que la mediumnidad constructiva sea una condición exclusiva de los corazones sometidos al dolor. De ningún modo. Las misiones de la espiritualidad superior, pertenecen a todos los seres humanos de buena voluntad. Sólo ponemos de manifiesto nuestra convicción de que existen almas que abrazan fervorosamente el ideal del bien y de la verdad, y que se valen de los obstáculos para escalar con mayor constancia la montaña de la redención divina.

La dueña de la casa había concluido la tarea de elaboración de la humilde cena y, antes de que el esposo regresase al hogar, se dirigió al cuarto íntimo en el que conforme a lo informado por Euclides acostumbraba realizar sus oraciones previas a la reunión.

Penetramos en el aposento en su compañía.

Euclides acomodó a Dionisio junto a ella. Mientras la médium se concentraba en oración, el dedicado amigo le aplicaba pases magnéticos fortalecedores de los nervios de las vísceras y, por lo que percibí, le suministró una considerable cantidad de energía, no sólo a las fibras nerviosas sino también a las células gliales.

Doña Octavia le pedía a Jesús suficiente energía para el cumplimiento de la tarea. Su ruego silencioso, sencillo y sincero nos conmovió. Meditó acerca de la promesa que los amigos espirituales habían hecho la víspera, relativa a la comunicación del recientemente desencarnado Dionisio. Procuraba predisponerse para una colaboración mediúmnica eficiente, y en tal sentido intentaba conservar la mente aislada de las contrariedades de naturaleza material. De a poco, bajo la influencia de Euclides, se formó un lazo fluídico que unió a la médium con el comunicante que estaba junto a ella. El compañero que organizaba el trabajo recomendó al amigo desencarnado que hablase a Doña Octavia con todas sus energías mentales, de modo de preparar un ambiente favorable para el servicio de la noche.

Dionisio comenzó a hablarle a la médium de sus necesidades espirituales. Hizo comentarios sobre la esperanza de que, además de los antiguos compañeros de aprendizaje espiritualista, lo reconociera su familia de la corteza. Noté, por mi parte, que ella registraba su presencia y su mensaje en forma de imágenes y recuerdos, aparentemente brotados de la esfera de su pensamiento. Analicé minuciosamente la extensión de la frontera vibratoria que nos separa de los Espíritus encarnados. Si bien nos encontrábamos frente a frente con una organización mediúmnica habituada a la práctica, era necesario que iniciáramos el trabajo para establecer el contacto como si ella estuviese a una enorme distancia, a fin de ir trasponiendo gradualmente los densos círculos de resistencia.

El singular diálogo se prolongó por largo tiempo hasta que finalmente constaté, cuando concluyó la interesante conversación previa entre la médium y el comunicante -charla que en todos sus detalles fue sugerida por la prudencia fraternal de Euclides-, que Doña Octavia parecía más familiarizada con el asunto y adhería claramente a las intenciones de Dionisio.

Todo iba bien, y no dejaba de sentirme sorprendido por aquel inusitado trabajo de preparación mediúmnica, hasta que ocurrió algo muy grave. Regresó el dueño de la casa y quebró violentamente las armoniosas vibraciones en que estábamos sumergidos. Tan pronto entró se puso a vociferar, lo que hizo que su esposa se desconcentrara. El infortunado ser puso en evidencia su brutalidad y sus características de tirano doméstico, seguido por un séquito de entidades burlonas y perversas.

Doña Octavia sirvió la cena haciendo una prodigiosa ejercitación de la paciencia evangélica.

Finalizada la sencilla refección, de la que participó el esposo y dos hijos mayores, la digna señora se dirigió al marido en particular.

-Leonardo, como sabes hoy iré a la reunión, de modo que saldré antes de las ocho.

-¿Qué? -exclamó el interlocutor encharcado en vino, al mismo tiempo que alisaba sus bigotes entrecanos-. ¡Hoy no vas a salir! ¡Nada de sesiones! ¡Hoy, no!

Impresionado con aquella actitud intempestiva le pregunté a Euclides, que presenciaba la escena con absoluta calma:

-¿Y ahora?

-Ya preveía esta reacción -me respondió con manifiesta tristeza en la mirada-, por consiguiente, le pedí a una de nuestras hermanas que trajese hasta aquí a una tía del agresivo Leonardo. Ella intercederá a favor de nuestros fines. No tardarán en llegar; se trata de una persona a la que se rendirá sin esfuerzo.

En efecto, mientras Doña Octavia enjugaba silenciosamente su llanto y despejaba la mesa del comedor, se oyeron palmadas en la puerta de calle.

Leonardo fue a atender, y poco después una entidad desencarnada que irradiaba mucha simpatía penetraba en el interior, acompañando a una anciana de semblante bondadoso y risueño.

La colaboradora de Euclides se acercó a nosotros y nos saludó sonriente. Profundamente sorprendido, en vista de que eran necesarios tantos trabajos para implementar una simple tarea de consuelo, me concentré en la conversación que se desarrolló entre los encarnados:

-En cuanto finalicé mis tareas diarias -dijo la respetable matrona dirigiéndose a la médium, después de los saludos-, vine hasta aquí para que vayamos juntas.

Octavia procuró esconder su amargura; con esfuerzo intentó

sonreír y le respondió:

-Querida Georgina, hoy no puedo... Leonardo está descompuesto y se propone acostarse más temprano que de costumbre.

-Ya comprendo, ya comprendo -manifestó la visitante, con un tono de afecto en las palabras y de severidad en las actitudes, al mismo tiempo que observaba la reacción del jefe de la casa-. ¡Octavia, tú tienes un compromiso y no puedes faltar!

Mientras así decía se puso de pie y tocó los hombros de su sobrino, que se había recostado en un sofá, y le dijo con franqueza:

-Hijo mío, no puedo impedir que tú te regales con placeres y postergues tus realizaciones espirituales por imprudencia y falta de voluntad. Pero, te advierto en cuanto a los deberes de tu esposa en nuestro núcleo de iluminación, y te ruego que no te interpongas entre ella y los designios superiores. Octavia es una esposa ejemplar; ha tolerado tus impertinencias durante toda su vida y, además, te ha entregado dos hijos, ya mayores, educados con rigor tanto en lo intelectual como en lo afectivo. No le impidas que atienda el servicio divino. Podría rebelarme contra ti e inducirla a que se resista, pero prefiero advertirte que tu acción en contra del bien no quedará impune.

Observé que las palabras de la venerada señora eran emitidas conjuntamente con importantes emisiones de energía magnética, que envolvieron a Leonardo y lo indujeron a que razonara con sensatez. Él meditó durante algunos segundos, hasta que respondió derrotado:

-Octavia puede ir cuando quiera, siempre que sea en tu compañía.

La matrona le expresó su agradecimiento, y le transmitió también palabras para estimularlo al estudio de las cuestiones relativas a la espiritualidad. Cuando ambas señoras se disponían a encaminarse hacia el local donde se reunía el grupo de estudios, regresó Alexandre, dispuesto a acompañarnos.

Advertí que con una sola mirada el instructor había percibido el estado de abatimiento de la médium, y comprendía cuáles eran las dificultades que se interponían con la prometida comunicación de Dionisio. Sin embargo, lejos de hacer alusión a las advertencias del día anterior era él mismo quien se mostraba con mayor optimismo, y noté, también, que por reflejo Euclides se predisponía más entusiastamente a prestar su colaboración en el servicio del bien.

Llegamos al amplio salón de aquel taller reservado para actividades espirituales, cuando faltaban quince minutos para que dieran las veinte.

Como siempre, los trabajadores de nuestro ámbito eran numerosísimos, y se distribuían en los múltiples trabajos de asistencia, preparación y vigilancia. La familia del comunicante constituida por la esposa y los hijos, junto con algunos ansiosos amigos, aguardaban la palabra de Dionisio. Entre tanto, nuestro esfuerzo para mejorar las condiciones receptivas de Octavia era considerable.

Tal como lo había hecho en otras ocasiones, Alexandre se esmeraba en dar ejemplo de una cooperación eficiente. Determinó que algunos de los colaboradores desencarnados activasen el sistema endocrino en general, y proporcionasen al hígado mejores recursos para lograr la normalización inmediata de sus funciones, de modo de establecer un cierto equilibrio en el estómago y en los intestinos en virtud de las necesidades del momento. El objetivo era que el instrumento mediúmnico se desempeñase con tanto equilibrio como fuera posible.

A las veinte en punto estaba congregada una reducida cantidad de hermanos encarnados, y se dio comienzo al servicio con la conmovedora plegaria del compañero que dirigía la casa.

Gracias a la colaboración magnética que se le había brindado, era evidente que la médium se sentía más fuerte.

Una vez más contemplaba con admiración el fenómeno luminoso de la epífisis y estaba atento al importante trabajo de Alexandre, de acuerdo con la técnica de preparación del intermediario. Observé que en esa oportunidad el tenaz instructor ponía el mayor cuidado en la tarea de prestar asistencia a las células de la corteza cerebral, en especial al centro del lenguaje, aunque también extendía su procedimiento a los componentes y músculos involucrados en la emisión de la palabra.

Finalizada la oración, con el aporte de numerosos servidores de nuestro ámbito, se consiguió el equilibrio vibratorio del ambiente. Con sumo cuidado, Octavia fue apartada parcialmente de su envoltorio físico y entonces se aproximó Dionisio, que también de manera parcial comenzó a valerse de las aptitudes que la médium le ofrecía. La esforzada intermediaria se mantenía a corta distancia, con la posibilidad de regresar al cuerpo en el momento que se lo propusiera y conservando relativa conciencia de lo que ocurría. Dionisio, por su parte, se hacía oír mediante el empleo de órganos que no le pertenecían, a los que debía usar cuidadosamente bajo el control directo de la legítima propietaria y mediante la afectuosa vigilancia de amigos y benefactores que verificaban sus acciones con la mirada, a fin de que mantuviera un adecuado equilibrio emotivo. Reconocí que el proceso de la incorporación común guardaba similitud con el injerto de un árbol frutal. La planta extraña revela sus características y ofrece sus frutos específicos, mientras que el árbol que recibió el injerto no pierde su naturaleza y sigue activo sustentado por su propia vitalidad. En el fenómeno mediúmnico que estudiábamos, Dionisio era un elemento que se ligaba a las facultades de Octavia y las empleaba para producir las expresiones que caracterizaban a su propio Espíritu. Naturalmente estaba subordinado a la médium, pues sin su desarrollo mental, su fortaleza y su receptividad, el comunicante no hubiera podido poner de relieve ante los encarnados presentes las cualidades de su personalidad. Lógicamente, ése era el motivo por el cual era imposible aislar por completo la influencia de Octavia, que permanecía vigilante. La casa física era al mismo tiempo el templo de su ser, al que debía defender de toda manifestación que pusiera en riesgo su equilibrio. Por tal motivo

ninguno de nosotros, los desencarnados presentes, tenía el derecho de exigirle una separación mayor, pues le competía resguardar su potencial fisiológico y preservarlo de todo posible daño, ya fuera cerca de nosotros o a distancia de nuestra asistencia afectiva.

Con todo, nuestra atmósfera impregnada de armonía no alcanzaba para apaciguar la perturbadora expectativa de los compañeros encarnados.

Entre nosotros prevalecían el control, la disciplina, el autodomínio; entre ellos se propagaban el desequilibrio y la inquietud. Exigían que Dionisio, con las características del hombre al que habían conocido, se manifestara por la boca de Octavia. En cambio, nuestro ámbito les imponía un Dionisio cuyo Espíritu era el que se daba a conocer mediante las manifestaciones de la médium. La familia humana aguardaba a un padre emocionado, sometido aún a arrebatos poco edificantes; al mismo tiempo, nosotros auxiliábamos al hermano para que su alma mantuviera la calma y la sobriedad en beneficio de sus familiares terrestres.

El comunicante se expresaba bajo el influjo de una intensa emoción. No obstante, Alexandre y Euclides, que se ocupaban respectivamente de él y de la intermediaria, ejercían un control sobre sus actitudes y sus palabras a fin de que se refiriese tan sólo a los asuntos convenientes para la instrucción de todos. Por su parte, Dionisio era el responsable de las imágenes mentales nocivas que su palabra pudiera crear en el cerebro y en el corazón de los oyentes.

En consecuencia, el comunicante se condujo con admirable dignidad espiritual en todos los conceptos de la comunicación oral, si bien debió realizar verdaderos prodigios de disciplina interior, para no mencionar ciertas situaciones familiares y simultáneamente contener las lágrimas que estaban estancadas en su corazón.

Después de hablar durante casi cuarenta minutos en alusión a la

familia y a los compañeros de la lucha humana, Dionisio transmitió una conmovedora oración de despedida con un mensaje de agradecimiento dictado por Alexandre, que también estaba visiblemente conmovido.

Nuestra colaboración había transcurrido en absoluta armonía. El manifestante ofreció los posibles elementos de identificación personal, pero la reducida concurrencia de encarnados no recibió la dádiva como hubiera sido de desear. Cuando a continuación del cierre se interrumpió la concentración mental, comenzaron las evaluaciones. Entonces se pudo verificar que cuatro de cada cinco de los presentes no admitían la veracidad de la manifestación. Solamente la esposa de Dionisio y unos escasos amigos sintieron efectivamente su palabra vivaz y vibrante. Sus propios hijos se internaron en el terreno de la duda y la negación.

Interpelado por uno de los compañeros, el mayor expresó:

-Imposible. No puede ser mi padre. Si él fuese el comunicante sin duda habría aludido a la difícil situación de nuestra familia...

Otro de los hijos de Dionisio agregó irreflexivamente:

-No creo en semejante manifestación. Si fuese nuestro papá habría respondido a mis preguntas íntimas. ¿Será que en el otro mundo los padres ya no se acuerdan del cariño debido a sus hijos?

En un grupo que se formó en uno de los rincones de la sala comenzó la charla con una insinuación maliciosa. Sólo la viuda y otros tres hermanos de ideal se mantenían junto a la médium incentivando su espíritu de servicio, a través de palabras y pensamientos de comprensión y de alegría.

En el grupo donde los hijos exteriorizaban ingratas impresiones, uno de los amigos que adhería al cientificismo afirmaba solemne:

-No podemos admitir la pretendida incorporación de Dionisio. Octavia conoce todos los pormenores de su vida pasada, está casi a



diario en contacto con la familia, y el Espíritu comunicante no reveló ninguna particularidad por la que pudiese ser identificado.

Y después de arrojar la ceniza del cigarrillo en un cenicero próximo, agregaba, con mordacidad:

-El problema de la mediumnidad es una cuestión muy complicada en la doctrina. El animismo es una hierba dañina que prolifera en todas partes. En nuestro intercambio con el mundo invisible abundan los lamentables engaños.

Uno de los jóvenes presentes lo miró con los ojos desorbitados y le preguntó de inmediato:

-¿Usted considera que Doña Octavia sería capaz de engañarnos?

-No conscientemente -respondió el científico con una sonrisa de superioridad-, pero sí inconscientemente. La mayoría de los médiums son víctimas de sus propias alucinaciones emotivas. Las personalidades comunicantes, en sentido general, constituyen creaciones mentales de los sensitivos. He estudiado pacientemente el tema para no caer, como le sucede a muchos, en conclusiones fantasiosas. Debemos evitar el ridículo, amigos.

Soltó entonces una risa sarcástica mientras remarcaba en tono triunfal:

-Las manifestaciones que emergen del subconsciente en las hipnosis profundas logran desorientar a los más valientes investigadores.

Y, como si las palabras difíciles y las referencias importantes constituyesen la solución definitiva para el asunto, proseguía, enfático:

-Para corregir los desbordes de la imaginación en el espiritismo se creó la metapsíquica, a fin de dar una orientación a nuestras

investigaciones intelectuales, y no podemos olvidar que el propio Richet murió en la duda. No fueron suficientes las decenas de años consecutivos que dedicó al estudio sistemático de los fenómenos. Incluso, las materializaciones no le infundieron la certeza de la supervivencia. Por lo tanto...

La reducida asamblea seguía atenta a su palabra enjundiosa, como si escuchara a un oráculo infalible.

En otro ángulo del salón se comentaba el mismo asunto discretamente.

-No creo en la veracidad de la manifestación -afirmaba en voz baja una señora relativamente joven, dirigiéndose a su marido y a sus amigas-. Al fin de cuentas, en la comunicación prevaleció la banalidad... No aportó nada nuevo. Para mí, las palabras de Octavia provienen de ella misma. No percibí ninguna señal convincente con respecto a la posible presencia de nuestro viejo amigo. La esfera de los desencarnados carecería de atractivo si sólo proporcionase a los que nos preceden las frivolidades que el supuesto Dionisio nos trajo.

-Tal vez haya habido alguna perturbación -dijo el esposo de la misma señora-. No estamos libres de los mistificadores del mundo invisible...

El grupo no ocultaba la risa espontánea.

Nunca experimenté tanta decepción como en esos instantes en que analizaba el proceso de la incorporación mediúmnica.

Nadie evaluaba las dificultades que debió enfrentar Euclides, el buen colaborador espiritual, para llevar a esa casa el consuelo de aquella noche. Nadie tenía en cuenta el desafío que el acontecimiento representaba para la propia médium, animada por el propósito de servir con amor a la causa del bien. Los compañeros encarnados se sentían con absoluto derecho a dudar y criticar. Los benefactores espirituales,

según la apreciación de los presentes, no eran más que simples servidores de sus caprichos, que regresaban del más allá de la tumba para satisfacer exclusivamente el placer que les causaban las novedades. Con rarísimas excepciones nadie pensó acerca del consuelo, de los méritos o del aprovechamiento de la experiencia realizada. En vez del agradecimiento, del comentario positivo, se cultivaba la desconfianza y la maledicencia.

Alexandre percibió que Euclides, atento a la escena, estaba afectado por una justificada decepción agravada por las advertencias de la víspera. No obstante, aplicando el culto del amor y la gentileza, el instructor le recomendó que se apartase y confió a sus cuidados a la entidad comunicante que debería regresar sin pérdida de tiempo a su lugar de origen.

El instructor se acercó a mí, y comprendiendo mi asombro dijo:

-No se sorprenda, André. Nuestros hermanos encarnados padecen complicadas limitaciones.

Y manifestó a continuación, dando muestras de confianza y alegría en su rostro:

-Por otra parte, como usted ha podido observar, la mayoría tiene el cerebro hipertrofiado y el corazón endurecido. En general, nuestros amigos de la corteza terrena critican muy a menudo y aprueban muy difícilmente; aprecian la comprensión ajena, sin embargo, rara vez están dispuestos a comprender a los otros... Pese a todo, el trabajo es una concesión del Señor y confiados en la providencia del Padre nos cabe perseverar incansablemente en nuestra labor, en busca del mejor resultado.

Seguidamente, hizo algunas recomendaciones a varios amigos que iban a permanecer en el pabellón de las realizaciones espirituales, y luego dijo:

-Vámonos.

Al retirarnos, cerca de la puerta oímos que un caballero le decía al director de los servicios:

-Todos tenemos el derecho de dudar.

No oí la respuesta del interlocutor encarnado, pero Alexandre opinó con el semblante de un padre optimista y bondadoso: -Casi todas las personas terrestres que se valen de nuestra cooperación se sienten con derecho a dudar. Es muy raro que haya un compañero que se sienta con el deber de ayudar.

**17**

**Adoctrinamiento**

Habían terminado las actividades de una de las reuniones habituales de estudios evangélicos, cuando una entidad muy simpática se acercó a nosotros y saludó a mi instructor, quien respondió con espontánea cordialidad.

Se trataba de una madre afectuosa que expuso sin rodeos las punzantes preocupaciones que atacaban su alma, y solicitó después de las primeras palabras la valiosa colaboración de Alexandre.

-¡Oh, amigo! Hasta hoy prosigo luchando con mi infortunado Marinho. Pese a mis constantes esfuerzos, el pobrecito permanece prisionero de oscuros poderes. Con todo, alimento la esperanza de que sea posible su reforma, ¡vengo a pedirle colaboración en el servicio de auxilio a esa alma infeliz!

-¿Un nuevo adoctrinamiento? -le preguntó el mentor con gentileza-

-Así es -dijo la madre angustiada, mientras enjugaba sus lágrimas-. He recurrido a diversos amigos que colaboran en el pabellón de trabajos espirituales donde sé que usted se desempeña como orientador, y todos se mostraron dispuestos a prestarme su ayuda fraterna.

-¿Nota en Marinho alguna señal evidente de transformación interior? -preguntó Alexandre-

Ella respondió afirmativamente con un movimiento de su cabeza, y prosiguió:

-Hace más de diez años que procuro desarraigarlo del mal camino mediante una influencia indirecta. En más de una oportunidad logré conducirlo a situaciones de esclarecimiento e iluminación pero, como usted bien lo sabe, no dio resultado. Sin embargo, ahora observo que su disposición está algo cambiada. No experimenta el mismo entusiasmo cuando recibe las sugerencias malignas de sus desventurados compañeros de rebeldía y de desesperación. Se siente inexplicablemente hastiado de su condición de desequilibrio y en diversas ocasiones he tenido la satisfacción de inducirlo a que ore, aunque sin conseguir sustraerlo de su profunda rebeldía.

La venerable entidad hizo una breve pausa en la conversación y continuó en tono de súplica:

-¿Habrá llegado el sagrado instante para que él cultive la iluminación interior? He sufrido mucho por ese pobre hijo desviado del camino recto, y tal vez el Señor me conceda ahora la gracia de encauzarlo nuevamente en la senda del bien... Con esa finalidad apelo a mis afectos más puros.

A continuación miró al mentor con un singular brillo en los ojos y le imploró:

-¡Oh, Alexandre, cuento con su apoyo decisivo! Necesito hacer algo a favor de Marinho. Hasta cierto punto me siento responsable de su desdicha y le confieso, amigo, ¡me siento exhausta, con un profundo agotamiento espiritual!...

-La comprendo -exclamó el interlocutor conmovido-, la lucha incesante para arrebatar a un corazón amado que ha caído prisionero de las tinieblas es para abrumar a cualquiera de nosotros. Conserve la calma. Dado que Marinho experimenta tedio en relación con sus

compañeros de criminal desvío, será fácil ayudar a su Espíritu a que vuelva al camino de la verdadera elevación. Si así no fuera, no me habría entregado a este quehacer. Confíe en nuestra tarea; hagamos por él cuanto esté dentro de nuestras posibilidades. ¿Está todo listo en el campo preparatorio?

-Sí -le informó la respetable matrona desencarnada-. Algunos amigos me auxiliarán para traerlo, mientras otros se encargarán de ayudar a Octavia de modo de encaminar convenientemente el asunto dentro del grupo.

-Pues bien -prosiguió Alexandre atentamente-, cuando llegue la noche convenida estaré presente para cooperar en bien de él en todo lo que me sea posible.

Después de conmovedoras muestras de gratitud nos quedamos nuevamente a solas.

-¿Por qué el adoctrinamiento tendrá lugar en el ámbito de los encarnados? -le pregunté-. ¿Semejante medida constituye una obligación cuando se trata de un trabajo de esa naturaleza?

-No -explicó el instructor- no es una solución excluyente. Tenemos varios grupos de servidores de nuestro medio dedicados exclusivamente a ese tipo de auxilio. En nuestra colonia las actividades vinculadas con la regeneración cuentan con numerosas instituciones consagradas a la caridad fraternal, en lo que a iluminación de los desviados se refiere. Los puestos de socorro y las organizaciones de emergencia en los diversos departamentos de nuestras esferas de acción cuentan con avanzados núcleos de servicio de la misma índole. Sin embargo, en determinados casos la contribución del magnetismo humano puede influir más intensamente en beneficio de los necesitados que se encuentran cautivos en las zonas de las sensaciones, en la corteza de la Tierra. Aun así, aunque es apreciable, la colaboración de los amigos terrestres no constituye un factor decisivo ni imprescindible. No

obstante, siempre que es posible y útil recurrimos a la ayuda de los médiums y los adoctrinadores humanos, no sólo para facilitar la solución deseada, sino también para proporcionar enseñanzas prácticas a los compañeros que viven dentro del envoltorio de carne, al mismo tiempo que despertar sus corazones a la realidad espiritual.

El mentor sonrió y seguidamente manifestó:

-Mediante la ayuda a las entidades faltas de cordura se ayudarán a sí mismos; y en la medida que adoctrinen serán también ellos adoctrinados.

Satisfecho con las explicaciones recibidas me puse a considerar el caso personal de la delicada entidad que nos había visitado. ¿Por qué un Espíritu que había conquistado la iluminación permanecería en trabajos consecutivos a favor de alguien que se complacía con su permanencia en la oscuridad? ¿Era justo que los corazones maternos estuvieran encadenados a hijos impenitentes?

Entonces, el orientador, en respuesta a nuestras preguntas me explicó:

-La dedicada amiga que nos visitó es una sufrida madre que continúa su lucha aun después de la muerte física.

-¿A quién alude en su intercesión? -pregunté-.

-A un hijo que fue sacerdote en la corteza terrena.

-¿Un sacerdote? -pregunté profundamente sorprendido-.

-Así es -me explicó Alexandre-. Los desvíos de las almas a quienes se confiaron tareas de naturaleza religiosa son en todos los casos más graves. Existen clérigos que contrariamente a todas las expectativas de nuestro ámbito se entregan por completo al sentido literal de las enseñanzas de la fe. Reciben los títulos sacerdotales como



lo hacen los médicos que no aman el trabajo de curar, o como los abogados sin devoción al derecho. Aprecian los beneficios inmediatos, exigen los honores mundanos y, cuando concluye su existencia transitoria se encuentran con un torturante fracaso de la conciencia. Con todo, habituados al incienso de los altares y a la sumisión de las almas encarnadas, la mayoría de las veces no admiten sus equivocaciones y prefieren refugiarse en una lamentable rebeldía que los convierte en genios de las sombras. En ese mismo sentido -destacó el instructor modificando la inflexión de su voz- debemos reconocer que de este lado de la vida se hallan en una situación semejante los hombres y mujeres de inteligencia notable, con refinada cultura terrestre, que se desviaron del camino de la auténtica elevación moral. Es común que las personas más sensibles y cultas creen un mundo para ellas mismas, y confíen en que eludirán la ley del testimonio personal en lo relativo al campo de las virtudes edificantes. Acostumbradas a la conquista fácil de ventajas convencionales en la Tierra, después de la pérdida del cuerpo físico, tratan de resolver por el mismo proceso los problemas espirituales, y al encontrar solamente la Ley que determina conceder a cada uno según sus obras, no es raro que agraven su situación cuando penetran en el sombrío país de la desesperación, donde se congregan innumerables compañías de la misma especie. Entre los seres de esa categoría sobresale un elevado porcentaje de los ministros de diferentes religiones. Con sólo hacer referencia a los de las escuelas cristianas verificaremos que la mayoría no tiene en consideración el ejemplo del Maestro divino. Cierran los ojos y los oídos a los sacrificios de los apóstoles. Simón Pedro, Juan Evangelista, Pablo de Tarso, representan para ellos figuras demasiado lejanas. Se apegan a las decisiones meramente convencionales de los concilios, estudian exclusivamente los libros eclesiásticos, y se proponen resolver todas las trascendentes cuestiones del alma a través de programas absurdos de supremacía mediante el culto exterior. Erigen basílicas suntuosas y relegan el templo vivo de su Espíritu; rinden homenaje al Señor a semejanza de los orgullosos romanos, que reverenciaban la estatua de Júpiter con la intención de sobornar al poder supremo mediante la importancia material de las ofrendas. Pero ¡ay!, se olvidan del corazón humano,

menosprecian el espíritu de humanidad, ignoran las aflicciones que agobian al pueblo, al que se les encomendó servir. De tal modo, ciegos a sus propios desvaríos, aguardan todavía un cielo fantástico que enaltezca su vanidad delictiva y su ociosidad cruel.

Llegado a este punto de las enseñanzas, como si fuera incitado a pensamientos más profundos, Alexandre guardó silencio durante algunos segundos y continuó después:

-Para estos, André, la muerte del cuerpo es un acontecimiento terrible. Algunos enfrentan valerosamente la inevitable y provechosa desilusión. En cambio, huyendo del doloroso proceso de readaptación a la realidad, la mayoría se precipita en los campos inferiores de la disconformidad presuntuosa y organiza peligrosas agrupaciones de almas rebeldes con las cuales, a nuestra vez, tenemos que luchar... Casi todas las escuelas religiosas hacen referencia al infierno poblado de penas angustiosas y terribles, donde los condenados experimentan las torturas eternamente. Raras son las que enseñan la verdad acerca de la ruina de la conciencia dentro de nosotros mismos; raras son las que instruyen en cuanto a que, al igual que las manifestaciones diabólicas, la región infernal nace de nuestras propias almas.

El amistoso orientador hizo un nuevo intervalo y, después de pensar en silencio durante unos instantes, consideró:

-Usted comprende... Aquellos que caen por ignorancia, aceptan con agrado la oportunidad de enmendarse, siempre que se mantengan en un nivel de auténtica buena voluntad. Por el contrario, aquellos que se precipitan en el desequilibrio porque escucharon las sugerencias del orgullo, tienen serias dificultades para hacer lugar a la reforma de su conducta. Necesitan acopiar un mayor patrimonio de humildad antes de llevar a efecto la imprescindible renovación.

Como el mentor hizo una nueva pausa, le pregunté:

-En el caso que analizamos, si el error voluntario le pertenece al sacerdote, ¿cómo se explica el sacrificio materno?

Alexandre no titubeó.

-En nuestro medio hay ejemplos de renuncia que son sublimes - exclamó, sensibilizado-. Existen compañeros que se sacrifican por sus semejantes a lo largo de muchos años. Sin embargo, en el proceso que es motivo de nuestro estudio, nuestra amiga tiene un porcentaje de culpabilidad. En su carácter de madre se propuso forzar la inclinación de su hijo cuando era joven. En realidad, él había encarnado para cumplir una tarea elevada en el campo de la filosofía espiritualista, y de ningún modo se encontraba preparado para asumir el rol de conductor de almas. Su progenitora, sin embargo, lo obligó a que consintiera ingresar en el seminario, violentando su ideal, y por vía indirecta contribuyó a que el orgullo de su vástago creciera en exceso. Interpretó su preferencia por la filosofía moralizadora como una vocación sacerdotal, y le impuso que vistiera el hábito de los jesuitas, al cual él desacreditó con su exceso de vanidad. Claro que nuestra hermana estaba dominada por las más respetables intenciones. Con todo, asume el deber de participar de los padecimientos de su hijo, padecimientos que por otra parte él no llegó aún a experimentar en toda su magnitud, a causa de la capa de insensibilidad con que la rebeldía ha cubierto su alma desviada.

Alexandre efectuó una nueva pausa, más prolongada, y le pregunté:

-Entonces, si el hijo fue conducido a esa difícil situación, para la cual no se encontraba debidamente preparado, ¿será tan grande su responsabilidad?.

El instructor sonrió en vista de mis reiterados argumentos y explicó:

-La progenitora cometió una equivocación por imprudencia, mientras que él fracasó por sus abusos criminales durante el desempeño de un servicio sagrado. Por exceso de cariño, alguien puede franquearnos el ingreso a un castillo, pero aunque se nos haya concedido semejante favor no quedaremos eximidos de la falta en que incurriríamos, en el caso que menospreciáramos esa gratificación y diéramos lugar a la destrucción del tesoro que se nos brindó. Ése es el motivo de que la afectuosa madre esté realizando con amorosa entrega la reparación de su error, en tanto que el desventurado hijo deberá expiar sus graves desaciertos.

Esa explicación cerró la conversación referente al asunto.

Al caer la noche convenida con anterioridad, acompañé al reducido grupo que fue en busca de Marinho, a fin de dispensarle auxilio espiritual.

Nuestra expedición estaba constituida tan sólo por cuatro entidades: Alexandre, la progenitora desencarnada, un compañero de trabajo y yo. Con gran sorpresa me enteré que ese compañero nuestro, de nombre Necesio, cumpliría la función de un intérprete en relación con el desdichado sacerdote. Necesio había sido asimismo un clérigo militante, y se mantenía en un nivel vibratorio que resultaba accesible a la percepción de los amigos de orden inferior. Según nos informó Alexandre, Marinho no estaba en condiciones de vernos pero sí conseguiría ver a su ex colega, con quien entraría en contacto. El nuevo colaborador sería un intermediario para que Marinho recibiera nuestras sugerencias.

Admirado por la sabiduría que rige tales actividades de cooperación fraternal seguí atentamente al grupo, que se encaminó hacia una iglesia de antigua construcción.

Si aún hubiera estado dentro del envoltorio de carne, probablemente el cuadro que se presentó ante mi vista me habría

despertado terribles sensaciones de pavor; no obstante, la condición de desencarnado me imponía que conservara la disciplina de mis emociones. El templo estaba repleto de figuras patibularias. Se habían congregado allí numerosas entidades de las regiones inferiores, que allende la muerte tenían en común las concepciones relativas al menor esfuerzo en el campo de la virtud religiosa. Algunos sacerdotes cubiertos con vestiduras negras permanecían al pie de los altares, mientras que uno de ellos, que aparentemente ejercía funciones de jefe, aludía desde el pulpito al poder de la iglesia exclusivista a la que pertenecían, y exponía con suma sutileza nuevas teorías acerca del Cielo y las bienaventuranzas.

Asombrado, oí la voz familiar de Alexandre que me explicaba con gentileza:

-No se extrañe. Los desesperados y los perezosos también se confabulan después de la transición de la muerte física, según las tendencias que les son peculiares. Como acontece en las congregaciones de entidades rebeldes, en la corteza planetaria, los más inteligentes y sagaces asumen la dirección. Estos desventurados hacen mucho mal y no son conscientes de ello...

-¡Oh! -exclamé espantado-. ¿Cómo pueden entronizar la ignorancia a tal punto? ¿Quién podría confiar en la escena que observamos? Si son entidades que han recibido información relativa a la verdad, ¿por qué motivo se entregan todavía a la práctica del mal?

-Se trata de una acción maléfica inconsciente -explicó el bondadoso Alexandre-.

-Pero -respondí impetuoso- ¿por qué contrasentido las almas conscientes de la distancia que las separa de la carne no se rinden a la ley del bien?

El instructor sonrió y manifestó:

-También en la humanidad encarnada usted encontrará idénticos fenómenos. Transcurridos más de mil años de las enseñanzas del Cristo, con una visión panorámica del sacrificio del Maestro y de sus continuadores, conscientes de la lección que encerraba tanto el pesebre como la cruz, los hombres investidos de la posesión de las virtudes evangélicas se lanzaron a las llamadas guerras santas. Se exterminaron unos a otros en nombre de Jesús e instauraron los tribunales de la Inquisición, generadores de suplicios donde personas de todas las condiciones sociales fueron atormentadas de a millares, en nombre de la caridad de nuestro Señor. Como usted puede verificar, la ignorancia viene desde muy lejos en el tiempo, y el simple cambio de indumentaria que impone la muerte física no transforma el interior de las almas.

No tenemos “cielos automáticos”, tenemos realidades.

Sin disimular mi asombro volví a preguntar:

-Pero ¿cómo viven esas desventuradas entidades?

¿Obedecen a sus propias organizaciones? ¿Poseen acaso estructuras especiales?

-Aquí -explicó el instructor-, la mayoría está constituida por entidades desencarnadas en situación de parasitismo. Se acoplan espontáneamente a los recursos psíquicos de las personas con las cuales se agrupan y a la atmósfera de los hogares que les dan albergue. No obstante, no crea que no existan organizaciones en las zonas inferiores. De hecho, existen, y en un gran número, si bien su fundación estuvo inspirada por ascendientes de orgullo y rebeldía. En semejantes agrupaciones ejercen su dominio los genios de la perversidad deliberada. Aquí, ante nuestra mirada, solamente tenemos una asamblea de almas sufridoras y desorientadas. Usted todavía no conoce los antros del mal en su auténtica significación.

Y con un gesto expresivo destacó:

-No vivimos en clima de paz con esos focos de maldad organizada. Nuestro deber es luchar contra ellos hasta conseguir la victoria definitiva del bien.

Una vez más percibí la extensión y la magnitud de los trabajos que aguardan a los servidores leales a Jesús, después de la muerte del cuerpo físico.

Escuchaba atentamente el ingenioso sermón del dirigente desencarnado, cuando el nuevo colaborador que nos acompañaba nos hizo una señal disimulada, a la distancia, con la intención de no entrometerse con la multitud dado que era visible para los circunstantes. Alexandre respondió de inmediato a la señal, seguido por la afligida progenitora y por mí.

El compañero había localizado a Marinho y nos convocaba al trabajo.

En un oscuro ángulo de una de las antiguas dependencias del templo, se encontraba la pobre entidad en meditación. La madre se aproximó y le acarició la frente cariñosamente. No obstante, tal como sucede con la mayoría de los hombres encarnados, en relación con la influencia de las almas superiores, el infortunado hijo apenas sintió una vaga alegría en el corazón. De todos modos, al divisar a nuestro nuevo amigo entabló con él un interesante diálogo.

Después de que recibió su afectuoso saludo, Marinho le preguntó sorprendido:

-¿Usted también fue sacerdote?

-Así es -respondió Necesio amablemente-.

-¿Pertenece a los sumisos o a los combativos? -preguntó Marinho con un dejo de ironía, dando a entender que entre los sumisos involucraba a todos los colegas que cultivaban la humildad evangélica,

y entre los combativos a todos aquellos que al no haber encontrado la realidad espiritual concordante con las falsas promesas de su culto exterior, se hallaban entregados a la ingrata maniobra de la rebeldía y la desesperación-.

-Pertenezco al grupo de la buena voluntad -respondió Necesio con inteligencia-.

Incapaz de percibir nuestra presencia a su lado, Marinho dirigió a nuestro compañero una mirada cargada al mismo tiempo de sarcasmo y tristeza, y le preguntó:

-¿Para qué me busca?

-Supe que usted, amigo -le explicó el interlocutor emocionado-, experimenta ciertas dificultades en su interior, que también yo he venido padeciendo. La dificultad para conocer el bien, y el cansancio por la permanencia en el mal. La necesidad de afectos, y el tedio por las compañías inferiores se han convertido para mí en enormes padecimientos.

Mientras el apenado sacerdote fue cambiando la expresión de su rostro, Necesio continuó:

-Es muy amargo reconocer que no es posible vivir si falta la esperanza, cuando al mismo tiempo se conserva la decepción por estar vivo.

-¡Oh, sí, es verdad! -exclamó el interlocutor conmovido por esa reflexión-.

-¿Y por qué no trabajamos para superar esto?

-Pero ¿cómo? -inquirió Marinho con una dolorosa inflexión-. En la Tierra nos prometieron un Cielo al que podríamos acceder mediante nuestros títulos, y la muerte nos reveló situaciones francamente



opuestas. ¿No éramos nosotros quienes administrábamos los sacramentos? ¿No fuimos investidos de poder? Allá nos confiaron el mando, y aquí nos impusieron humillaciones angustiosas... ¿A quién apelaremos? Ahora, la insubordinación se ha convertido en un deber.

Noté que nuestro colaborador estaba dispuesto a responder con una sólida argumentación de esencia evangelizadora, a hablarle acerca de las vanidades terrestres y de las interpretaciones arbitrarias del hombre en el campo de las leyes divinas, pero antes de que Necesio pudiese imprimir a su conversación algún cariz de querrela, Alexandre le hizo una bondadosa advertencia:

-No discuta.

El interpelado modificó su disposición y con afabilidad consideró:

-Es cierto, amigo; cada conciencia tiene sus luchas y sus propios problemas. No vengo a entablar una disputa para su renovación compulsiva. Instado por algunos amigos que se interesan por su felicidad, desde un ámbito más elevado, vengo a invitarlo a una reunión.

-¿Desearán, acaso, modificar mi rumbo como ya lo han intentado? -preguntó Marinho con curiosidad-

-Lógicamente han sido notificados de su nuevo estado íntimo -adujo Necesio con decisión-, y tal vez pretendan ofrecerle nuevas ventajas. ¿Quién sabe?

El interlocutor pensó durante algunos minutos y volvió a hacer preguntas relativas a sus probables benefactores. Sin embargo, nuestro compañero le informó con serenidad:

-No disponemos de tiempo para muchas explicaciones. Creo que usted, amigo, como me sucedió a mí mismo, se beneficiará muchísimo. Claro que si desea intentar una solución para su caso no podemos perder

el tiempo.

Era evidente que Marinho había penetrado en el terreno oscuro de la indecisión. Sin embargo, su progenitora lo abrazó con gran cariño y mentalmente le pidió que acompañara al mensajero sin dudarle. No pudo resistirse a aquella vigorosa sugerencia magnética del amor maternal, y exclamó con resolución:

-¡Vámonos!

Necasio lo tomó por los hombros con uno de sus brazos, y nos retiramos apresuradamente por una de las pequeñas puertas laterales.

Pocos minutos más tarde penetramos en el recinto de oraciones y trabajos espirituales que nos era familiar.

Observé que muchos de los servidores de nuestra esfera tenían sus manos entrelazadas, y formaban un extensa corriente protectora alrededor de la mesa consagrada a los servicios de esa noche. La escena era novedosa para mí.

Entonces, Alexandre me explicó con discreción:

-Se trata de la cadena magnética necesaria para que nuestra tarea de adoctrinamiento sea eficiente. Sin esa red de fuerzas positivas que produce la vigilancia indispensable, no tendríamos elementos para contener a las entidades perversas y pertinaces.

El instructor me dio a entender que en aquel momento las conversaciones no eran convenientes. Prestó ayuda a Necasio e instaló a Marinho dentro del círculo magnético donde, con sorpresa, constaté la presencia de varios desencarnados sufridores, que habían sido traídos por otros reducidos grupos de amigos espirituales, y que a su vez aguardaban la oportunidad del adoctrinamiento.

Al percibir en qué ambiente se encontraba, Marinho quiso

retroceder pero no pudo. La frontera vibratoria preparada por nuestros colaboradores, a reducida distancia de la mesa de fraternidad, le impedía la fuga.

-¡Esto es una trampa! -exclamó con rebeldía-.

-¡Tranquilícese! -le respondió Necesio sin alterarse-. Usted conseguirá un gran alivio. ¡Aguarde! Podrá desahogar su amargura y escuchar la palabra compasiva de un orientador cristiano que todavía está encarnado. Después, ¿quién sabe? "Pal vez pueda ver a algún ser querido que se encuentra en zonas más elevadas, en espera de su fortalecimiento y su iluminación...

-¡No quiero! ¡No quiero! -vociferaba el desventurado-.

-¿Sabe cuál es la verdad, amigo? -le preguntó nuestro compañero con inflexión de ternura-. ¿No adivina de dónde procede este socorro? ¿Se acordará tal vez de quien me envió a buscarlo?

El sacerdote desencarnado, con una expresión de pavor clavó sus ojos en él, y Necesio, sin perder la calma, después de una larga pausa le dijo:

-¡Se trata de su madre!

Marinho se tapó el rostro con las manos y prorrumpió en un angustioso llanto.

En ese momento, secundado por varios auxiliares, Alexandre prestaba al organismo de Octavia la máxima asistencia fraterna, con abundante cantidad de recursos magnéticos. Comprendí que así como para los fenómenos de intercambio con los desencarnados esclarecidos era necesario el auxilio de nuestro ámbito dirigido al campo mediúmnico, en el caso que nos ocupaba ese aporte debía ser mucho mayor en vista de la condición atormentada y lamentable de los comunicantes. En efecto, la médium Octavia recibía los más amplios

recursos magnéticos, a fin de que estuviera en condiciones de realizar su tarea.

Pocos instantes después se propiciaba la incorporación de Marinho, que tomó a la intermediaria en un estado de intensa excitación. Provisoriamente desligada del envoltorio físico, Octavia estaba algo confusa dado que se encontraba envuelta en fluidos desequilibrados, por consiguiente no mostraba la misma lucidez que le habíamos notado en la ocasión anterior. Con todo, la asistencia que recibía de los amigos de nuestro medio era mucho mayor.

Un instructor de elevada condición jerárquica substituyó a Alexandre al lado de la médium, y mi orientador pasó a inspirar directamente al colaborador encarnado que dirigía la reunión.

Mientras esto ocurría, varios ayudantes del servicio recogían las fuerzas mentales emitidas por los hermanos presentes, inclusive las que fluían en abundancia del organismo mediúmnico, lo cual aunque no fuese una novedad, me sorprendió por las características diferentes con que era llevado a efecto el trabajo.

No pude contenerme y consulté a un amigo que se hallaba en actividad en ese sector.

-Ese material -me explicó bondadosamente-, está constituido por poderosos elementos plásticos, con el fin de que los benefactores de nuestra esfera se hagan visibles a los hermanos perturbados y afligidos, o bien para que materialicen en forma provisoria ciertas imágenes o escenas que son indispensables para reavivar la emotividad y la confianza de esas almas infelices. Con los rayos y las energías en sus diversas manifestaciones que emite el hombre encarnado, podemos crear ciertos auxilios de importancia para todos aquellos que se encuentran prisioneros del nivel vibratorio del hombre común, aunque estén alejados del cuerpo físico.

Comprendí la explicación, y reflexioné que así como es posible efectuar una sesión de materialización para los compañeros encarnados, con un sentido diferente se podía llevar a efecto la misma tarea para los hermanos desencarnados de condición inferior.

Mientras observaba la excelencia y la amplitud de las actividades de nuestros orientadores, concentré mi atención en el diálogo que se estableció entre Marinho, incorporado en Octavia, y el adoctrinador humano, orientado intuitivamente por Alexandre.

Al comienzo el sacerdote demostraba una inmensa desesperación y pronunciaba palabras enérgicas que denunciaban su rebeldía. Con todo, el interlocutor le hablaba imbuido de serenidad cristiana, y esa actitud era reveladora de la superioridad del Evangelio vivido por encima del Evangelio interpretado.

A cierta altura del adoctrinamiento percibí que Alexandre llamaba a su lado a uno de los cooperadores que manipulaban los fluidos y las fuerzas recogidos en la sala, y le recomendó que ayudara a la progenitora de Marinho a hacerse visible para él. Noté que con el auxilio de otros amigos, la señora desencarnada estuvo lista de inmediato, al mismo tiempo que Alexandre abandonó por unos momentos su puesto junto al adoctrinador para aplicar al comunicante pases magnéticos en la región visual. Comprendí entonces que concurrían al efecto buscado interesantes aspectos relativos a la cooperación. La amorosa progenitora aceptaba que la envolvieran durante algunos minutos en vibraciones más densas, mientras que se elevaría la percepción visual de su hijo hasta el nivel más alto a su alcance, de modo que ambos pudiesen concretar un reencuentro pasajero de beneficiosas consecuencias para él.

Alexandre volvió a colocarse al lado del dirigente y con sorpresa escuché que el amigo encarnado desafiaba al exasperado comunicante con su voz ardiente y sincera, en un franco modo de seguir a su intuición en el desempeño de su tarea de amor fraternal: -¡Observe alrededor

suyo, hermano! -exclamaba el adocrinador con un tono vibrante-.  
¿Reconoce a la persona que se encuentra a su lado?

El sacerdote lanzó un grito estridente:

-¡Madre mía! -dijo, embargado por el dolor y la vergüenza-. ¡Es mi madre!...

-¿Por qué no te rindes al amor de nuestro Padre celestial, hijo mío? -lo invitó la progenitora, emocionada, dándole un abrazo-. ¡Basta de discusiones insustanciales y de forcejeos intelectuales! Marinho, la puerta de nuestras ilusiones terrenales quedó clausurada cuando cerramos nuestros ojos físicos... ¡No transfieras hacia acá nuestros viejos engaños! ¡Escúchame! ¡No persistas en tu rebeldía! ¡Ríndete ante la verdad! ¡No me hagas sufrir más!...

Los encarnados presentes en la sala sólo veían el cuerpo de Octavia dominado por el sacerdote que, invisible para sus ojos, estaba a punto de estallar en sollozos de dolor. Nosotros veíamos más allá, y presenciábamos cómo la noble dama desencarnada se colocó al lado de su hijo y comenzó a besarlo, en medio de copiosas lágrimas de reconocimiento y amor. El llanto los unía. Cuando cobró nuevas fuerzas, la progenitora continuó: -Perdóname, hijo querido, si en otra época induje a tus sentimientos a abrazar la responsabilidad eclesiástica, y modifiqué de tal modo el curso de tus tendencias. Tus luchas del presente llegan a mi alma angustiada. ¡Sé fuerte, Marinho, y ayúdame! ¡Apártate de los malos compañeros! De nada sirve la rebeldía. ¡Nunca lograremos eludir la ley del Eterno! Donde quiera que estés la voz divina se hará oír en lo más recóndito de tu conciencia...

En ese momento observé que el sacerdote recordó instintivamente a sus amigos, embargado de profundo recelo. Después de haber encontrado nuevamente a su madrecita, cariñosa y dedicada a Dios, cuando experimentaba la vibración confortadora del ambiente inundado de fraternidad y de fe, sentía miedo de regresar a la

convivencia con sus compinches empecinados en el mal.

Apretó la mano maternal con confianza y le preguntó: -¡Oh, madre! ¿Puedo quedarme contigo para siempre?

La bondadosa entidad lo contempló con redoblado amor a través del velo de llanto, y respondió:

-¡Todavía no, hijo mío! A partir de este momento podrás tomar distancia del desequilibrio, cortar los lazos que te ligan a las zonas inferiores, de modo de abandonarlas definitivamente. Mientras tanto tendrás que transformar las características de tus vibraciones a través de la renovación interior en el sentido del bien, mediante la cual será posible que nos reunamos, en breve, en el hogar divino. No temas. Dispondremos de lo necesario para tu nueva vida, en la medida que cambies sinceramente tus propósitos espirituales. ¡Danos la fidelidad de tu buena voluntad, y Jesús nos auxiliará en todo lo demás!... Tenemos aquí a un amigo que se mantuvo vigilante y que nos prestará su valiosa colaboración. Me refiero a Necesio, el buen hermano que te condujo a nuestro encuentro. Él pondrá a tu disposición los medios necesarios para tu cambio de conducta. Al principio, Marinho, experimentarás dificultades y sinsabores, te asediarán tus antiguos camaradas convertidos en adversarios, pero a no ser por la lucha, que favorece la conquista de los reales méritos, no aprenderíamos dónde se encuentra nuestro verdadero lugar en la obra de Dios.

El infortunado hijo le prometió la transformación imprescindible.

Después de alentarlo con prudente ternura, la devota señora lo dejó confiado a los cuidados de Necesio, quien recibió con agrado la misión de encaminarlo al ámbito de sus nuevos deberes.

Después de despedirse de su abnegada madre, que regresó a nuestra compañía, el sacerdote conversó por unos minutos más con el dirigente encarnado de la reunión y nos dejó sorprendidos con su brusca

transformación.

Se había logrado, de hecho, una dádiva del Señor. La dedicación maternal había producido saludables efectos en aquel corazón lastimado y decepcionado.

Marinho no podría ser arrebatado de las sombras en dirección a la luz por el solo hecho de la amorosa cooperación de nuestro medio. Sin embargo, habiendo recibido nuestro auxilio fraterno, utilizaría los nuevos elementos para ponerse en camino hacia la vida más elevada. Admirado de la justicia del Padre, reconoció que la dedicada progenitora no podía entregarle su propia cosecha de luz, y en cambio le suministraba valiosas simientes, a fin de que él las cultivase como un experto labrador.

Otros grupos procedentes de distintas regiones traían a sus protegidos para que recibieran el adoctrinamiento, de acuerdo con el programa de actividades establecido previamente.

Hubo cuatro entidades que recibieron los beneficios directos de esa naturaleza, a través de Octavia y de otro médium.

En todos los casos el magnetismo fue empleado en gran escala por nuestros instructores, y se destacó el caso de un pobre comerciante que todavía ignoraba su propia muerte. Demostrando él una cierta obstinación opuesta a la verdad, uno de los orientadores espirituales de la misma condición jerárquica, que Alexandre, le impuso su vigorosa voluntad y le hizo ver a la distancia sus propios despojos en descomposición. Al observar la escena el desdichado estalló en gritos lastimeros, hasta que por fin se rindió a la evidencia de los hechos.

En todos los servicios, el elemento plástico recogido de las emanaciones de los colaboradores encarnados satisfizo por su ductilidad. No sólo era utilizado por los amigos de más noble condición que necesitaban hacerse visibles a los comunicantes; era empleado



también en la fabricación de escenas de duración momentánea, y de ideas-formas que influían beneficiosamente sobre el ánimo de los desdichados que luchaban consigo mismos. Uno de esos necesitados, que había tomado al médium en un estado de intensa excitación, quiso agredir a los componentes de la mesa que cumplían su tarea de auxilio fraternal. Antes de que pudiera poner en práctica el siniestro plan, observé que los técnicos de nuestro ámbito trabajaban activos en la elaboración de una forma sin vida que representaba un esqueleto de horrible apariencia, a la que trajeron de inmediato y la apoyaron en el potencial agresor. Luego de contemplarlo de arriba abajo, éste se puso a temblar, humillado, y abandonó el lamentable propósito de herir a sus benefactores.

Llevados a cabo los complejos trabajos programados en nuestra esfera, se dio por terminada la sesión, que aportó enormes beneficios para todos.

Dentro de mí germinaban nuevos mundos de pensamiento.

Los trabajos realizados en cada caso en particular constituían diferentes lecciones para mi alma. Aturdido por la luz, que se dilataba y se hacía cada vez más intensa y viva dentro de mi círculo mental, reconocí que los genios celestiales podrían aportar el más bello y eficiente socorro a los Espíritus de las sombras, y que impulsados por la piedad y el amor conseguirían instalar abundantes depósitos de bendiciones a favor de los que sufren. No obstante, de conformidad con la eterna ley, los necesitados sólo podrían recibir los divinos beneficios si estuvieran dispuestos a plegarse por propia decisión a los trabajos del bien.



## 18

### **Obsesión**

En respuesta al consejo de experimentados orientadores, la agrupación en la cual Alexandre prestaba valiosa colaboración, se reunía en determinadas noches fijadas anticipadamente para atender los casos de obsesión. Era necesario reducir tanto como fuera posible la heterogeneidad vibratoria del ambiente, lo que obligaba a la dirección de la casa a limitar el número de encarnados en los servicios de beneficio espiritual.

Ese capítulo de nuestras actividades me impresionaba sobremanera, razón por la cual después de obtener el permiso de Alexandre para acompañarlo en el trabajo, le pregunté con la curiosidad habitual:

-¿Según la acepción exacta del término, los obsesos son médiums?

El instructor sonrió y expuso:

-Médiums, amigo, todos lo somos, incluso los desencarnados. Si nos elevamos somos intermediarios del bien que procede de lo Alto, y cuando caemos en el desequilibrio somos portadores del mal que recogemos en las zonas inferiores. Sin embargo, el obseso, más allá de ser un médium cuyas energías están alteradas, casi siempre es un enfermo que representa a una legión de enfermos invisibles para la mirada humana. Por eso mismo, en todas las circunstancias constituye un caso especial que demanda mucha atención, prudencia y cariño.

Recordé entonces algunas conversaciones que había escuchado entre los compañeros encarnados, cooperadores asiduos con el esfuerzo de Alexandre y de otros instructores, y agregué: -Por lo que usted manifiesta comprendo las dificultades que rodean a los problemas alusivos a la curación. No obstante, tengo presente el optimismo con que nuestros amigos aluden a la situación de los obsesos que serán traídos para tratamiento... El generoso mentor mostró una sonrisa paternal y manifestó: -Por el momento ellos no pueden ver más allá del acto presente del drama multiseccular de cada uno. No tienen en consideración que tanto el obseso como el obsesor son almas que vienen de muy lejos, estrechamente ligadas en cuanto a las perturbaciones que les son peculiares. Nuestros hermanos encarnados se comportan con acierto al entregarse al trabajo con entusiasmo, porque los esfuerzos motivados por la generosidad dan por resultado un bien que queda indeleblemente registrado en la esfera espiritual. Aún así, deberían ser moderados en las promesas que aluden a la mejoría inmediata en el terreno físico, a fin de no formular juicios prematuros en ningún caso, porque es muy difícil llegar a identificar a la verdadera víctima desde la limitada perspectiva del cuerpo terrestre.

Después de una breve pausa continuó:

-También observé el exagerado optimismo de los compañeros, y he notado que algunos de ellos, los más imprudentes, llegaban a hacer promesas formales de curación a las familias de los enfermos. Claro que serán enormes los beneficios que reciban los enfermos, pero, así como debemos apreciar el buen ánimo, nos corresponde desaprobarnos el entusiasmo desbordado y sin rumbo.

-¿Ya conoce todos los casos? -le pregunté.-

-Todos -respondió Alexandre sin dudar-. De los cinco que constituirán el motivo de la próxima reunión, solamente una joven revela posibilidades de mejoría a corto plazo. Los demás, simplemente se harán presentes para recibir el auxilio, a fin de evitar el agravamiento

de las pruebas inevitables.

Por considerar muy interesante la mención que hacía especialmente, le pregunté:

-¿Contará la joven con una protección diferente?

El instructor sonrió y explicó:

-No se trata de protección, sino de esfuerzo propio. El obseso, además de ser un enfermo que representa a otros enfermos, por lo general también es un ser repleto de torturantes problemas espirituales. Si le faltara firmeza de voluntad para la autoeducación, es decir para ejercer disciplina sobre sí mismo, tendría elevadas probabilidades de prolongar su condición de sufriente más allá de la muerte. ¿Qué le sucede a un hombre indiferente al control de su propio hogar? Sin dudas lo asediarán mil y un problemas en el curso de cada día, y acabará derrotado, convertido en juguete de las circunstancias. Imagínese ahora que ese hombre indiferente esté rodeado de enemigos que él mismo creó, de adversarios que acechan incluso sus gestos más insignificantes, impulsados la mayoría de las veces por siniestros propósitos... Si no abriera los ojos a la realidad de la situación para empuñar las armas de la resistencia y valerse del auxilio externo que le prestan sus amigos, por lógica permanecerá esclavizado. Esta definición es válida para un elevado porcentaje de los casos espirituales que estamos tratando. Con todo, no representa la característica exclusiva de las obsesiones en el orden general.

Existen, asimismo, arduos procesos de rescate en los que, después que fueron apartados los elementos perturbadores y afines con las sombras, persisten los entornos expiatorios. Por lo tanto, en todos los acontecimientos de tales características, no se puede prescindir de la adhesión de quienes son los interesados directos en obtener la cura. Si el obseso está satisfecho en la posición de desequilibrio, habrá que esperar hasta el final de su ceguera, hasta que se reduzca su rebeldía, o

hasta que se aparte de la ignorancia que le oculta la comprensión de la verdad. Ante obstáculos de esa clase, aunque seamos convocados con fervor por aquellos que aman particularmente a los enfermos, nada podremos hacer como no sea sembrar el bien con vistas a la cosecha del futuro, sin ninguna expectativa de frutos en lo inmediato.

El instructor hizo un breve intervalo en la conversación, y como notó que subsistía mi necesidad de explicaciones, prosiguió.

-La joven a la que me referí se ha propuesto el restablecimiento de sus fuerzas psíquicas. Ha luchado intensamente contra las embestidas de entidades malignas, poniendo en acción todos los recursos de que dispone en el terreno de la oración, el autodomínio, la meditación. No está a la espera del milagro de la curación sin esfuerzo, y a pesar de que padece una terrible persecución por parte de seres inferiores, ha estado asimilando toda clase de ayuda que los amigos de nuestro ámbito envían hacia su círculo personal. Por consiguiente, la diferencia entre ella y los otros consiste en que mediante el empleo de sus propias energías entrará, aunque lentamente, en contacto con nuestra corriente de auxilio, en tanto que los demás continuarán, como todo lo hace suponer, en la pasividad de los que abandonan por propia voluntad la lucha edificante.

Comprendí la explicación y esperé a que llegara la noche de socorro a los obsesos, tal la denominación que Alexandre daba a ese tipo de servicio.

No habían transcurrido muchos días cuando, acompañando al instructor, ingresé con sumo interés en el conocido recinto.

El grupo era reducido. Alrededor de la mesa había dos médiums, seis hermanos experimentados en el conocimiento teórico y en el tratamiento de los problemas espirituales, y además estaban los obsesos que recibirían tratamiento.

Los enfermos eran cinco, y presentaban características especiales. Dos de ellos, una señora relativamente joven y un caballero maduro, mostraban gran inquietud. Otros dos, ambos jóvenes, hermanos de sangre, parecían completamente imbéciles, y por último nos detuvimos en la joven a la que Alexandre se había referido, víctima de un asedio al que mantenía bajo control con decidido esfuerzo.

Las entidades inferiores que rodeaban a los enfermos eran numerosas. Ninguna de ellas registraba nuestra presencia a causa del bajo nivel vibratorio en el que se mantenían, pero se sentían a gusto debido al contacto con los compañeros encarnados. Intercambiaban impresiones con gran interés, y a través de las conversaciones dejaban percibir sus terribles proyectos de ataque y venganza.

Seguía atentamente sus movimientos cuando me sorprendió la llegada de dos amigos de nuestro ámbito, a quienes los obsesores miraron con cierto recelo.

-Son nuestros intérpretes para el diálogo con las entidades acosadoras -manifestó Alexandre para mi conocimiento-. Dada la condición en que se encuentran, pueden ser vistos por ellas y al mismo tiempo mantener un estrecho vínculo con nosotros.

Atento a la serenidad con que nos sonreían, sin participar de la conversación directa con los instructores de nuestra esfera que estaban presentes, oí que mi orientador explicaba:

-Ya están en posesión de las instrucciones precisas para los trabajos de esta noche.

Los seres desencarnados que se habían congregado en el lugar provocaban una penosa perturbación, pero en cierto modo corrigieron su lenguaje a partir del momento en que vieron a los dos misioneros. Por el cambio que se produjo constaté que ambos ya eran conocidos de todos.

Uno de los obsesores que daba evidentes señales de crueldad, le dijo discretamente a uno de sus compañeros:

-Están llegando los predicadores. Ojalá que no nos vengan con mayores exigencias.

-No sé qué es lo que desean estos ministros -respondió el interlocutor con cierta ironía-. Al fin de cuentas, los consejos y el agua sólo se le dan a quien los pide.

-Parece que han invitado a los de la mesa para que nos cansen, hasta que desistamos de nuestros propósitos de hacer justicia por nuestras propias manos.

-Las palabras se las lleva el viento -adujo el otro-.

A esa altura, los nuevos amigos comenzaron la conversación con las entidades de las sombras. Uno de ellos se dirigió a una señora desencarnada que se hallaba en lamentables condiciones, ligada a uno de los obsesos que parecía víctima de idiotez, y con bondad le dijo:

-¡Conque entonces, hermana, parece haber mejorado, está más fuerte! ¡Muy bien!

Ella estalló en una crisis de llanto. No obstante, el misionero prosiguió sin inquietarse:

-¡Cultive la calma! La venganza agrava los crímenes cometidos. Para restablecer la felicidad perdida, amiga mía, es necesario olvidar el mal. Mientras abrigue pensamientos de odio no podrá alcanzar la mejoría que desea. La cólera persistente se convierte en un permanente estado de destrucción. No conseguirá organizar los elementos de la paz interior hasta que perdone de corazón.

-Eso es casi imposible -respondió la interpelada-. Este hombre ultrajó mi ideal de mujer, me lanzó a la corrupción, se burló de mi



suerte, transformó mi destino en una sucesión de calamidades. ¿No es justo que ahora pague? ¿No predicán que el Padre es justo? Pues bien, yo no veo al Padre, por lo tanto debo hacer justicia empleando mis propias fuerzas.

Como el adoctrinador desencarnado la miraba compadecido, murmuró:

-¿Y si usted fuese mujer? Póngase en mi lugar y piense cómo procedería. ¿Estaría dispuesto a disculpar a los malvados que le arrojaron lodo al corazón? ¿Cerraría las puertas de la memoria al punto de anestesiar los más bellos sentimientos de su carácter? ¡No lo creo! Usted reaccionaría como estoy reaccionando yo. Deberían establecerse condiciones para el perdón. Y la condición que impongo, en mi carácter de víctima, es que mi verdugo experimente también el sarcasmo de la suerte. Él arruinó mi vida y volvió al mundo. Se preparó para una vida regalada de consideraciones sociales. Se graduó para conquistar la estima ajena. ¿Y lo que me debe a mí? Acaso, en el pasado, ¿no he sido yo también digna del respeto general? ¿No me dediqué a una existencia laboriosa y honesta con el firme propósito de servir a Dios?

Acompañaba la discusión con gran interés, admirando la individualidad que diferencia a cada ser humano incluso más allá de la muerte del cuerpo.

El intérprete de nuestra esfera la contemplaba sin alterarse, y agregó:

-Todas sus consideraciones, amiga mía, son aparentemente muy respetables. Pero, en todos los desastres que nos ocurren, nos cabe analizar con serenidad el porcentaje de nuestra participación. Solamente en rarísimas situaciones podríamos exhibir de hecho el título de víctimas. En la mayoría de los acontecimientos de esa naturaleza tenemos nuestra parte de responsabilidad. No podemos evitar que el ave de rapiña cruce los aires delante de nuestra propia cara, pero sí podemos

impedir que construya su nido sobre nuestra cabeza.

En ese punto la interlocutora, herida en su susceptibilidad, ratificó con aspereza:

-Sus palabras son el resultado de su sermón religioso; yo busco justicia.

Y con una risa irónica concluyó:

-Me refiero a la justicia que predicó Jesús.

El misionero no se alteró ante el sarcasmo del gesto que acompañó a aquella manifestación ingrata y, bondadosamente, le dijo: -¡La justicia! ¡Cuántos crímenes se practican en el mundo en su nombre! ¡Cuántos hombres y mujeres hay que al procurar hacer justicia por sí mismos no hacen otra cosa que incentivar la tiranía del “yo”! La hermana se refiere al divino Maestro: ¿Qué clase de justicia reclamó el Señor para Él cuando lo condenaron a la humillación de la cruz? En ese sentido, amiga, el Cristo nos dejó normas que no debemos olvidar. El Maestro se mantenía vigilante en todos los actos alusivos a la justicia para con los otros. Defendió los intereses espirituales de la comunidad hasta la suprema renuncia; sin embargo, en ocasión de su juicio guardó silencio y conformidad hasta el fin. Naturalmente, con esa actitud el Maestro no tuvo la intención de restarle consideración al servicio sagrado de los jueces rectos del mundo carnal, sino que prefirió adoptarla de modo de dejar establecido un modelo de prudencia para todos los discípulos de su Evangelio en las más diversas situaciones. Tratándose de los intereses ajenos, hermana, debemos ser rápidos en la legítima justificación; mientras tanto, cuando los asuntos difíciles y dolorosos atañen a nuestro “yo”, conviene moderar los impulsos de reivindicación. No siempre nuestra visión incompleta nos deja percibir el tamaño de nuestra propia deuda, de modo que en la duda es lícita la abstención. ¿Cree que Jesús tenía alguna deuda que lo hiciera merecedor de la sentencia condenatoria? Él conocía el crimen que se

estaba perpetrando y poseía sólidas razones para reclamar el socorro de las leyes; no obstante, prefirió guardar silencio y perdonar, esperándonos en el campo de la auténtica comprensión. El Maestro, por encima del “ojo por ojo” de los antiguos principios de la ley, enseñó el “amaos los unos a los otros” y lo puso en práctica invariablemente. Confirmó la legalidad de la justicia y al mismo tiempo proclamó la procedencia divina del amor. Demostró que será siempre heroico el acto de defender a los que se lo merecen, pero se abstuvo de hacer justicia por sí mismo a fin de que los seguidores de su doctrina aprendieran a valorar la prudencia humana, así como también la fidelidad divina en lo relativo a los problemas graves de la personalidad, de modo de evitar los desvaríos que las pasiones del “yo” pueden desencadenar en los caminos del mundo.

Ante la vehemente y admirable argumentación, la interlocutora enmudeció bajo una fuerte impresión.

Alexandre, que seguía también las explicaciones del intérprete, me dijo conmovido:

-El trabajo de esclarecimiento espiritual a los seres que han desencarnado, demanda de nosotros mucha dedicación y afecto. Es preciso saber sembrar en la “tierra abandonada” de los corazones desilusionados, que se marchan de la Tierra en medio de tempestades de odio y angustia desconocidas. Dice el Libro Sagrado que en el principio era el verbo... También aquí, ante el caos de los Espíritus desdichados es necesario utilizar el verbo en relación con el principio de la verdadera iluminación. No podemos crear sin amor, y solamente cuando nos preparemos debidamente habremos de edificar con éxito nuestro mundo interno, a fin de que alcancemos la vida eterna.

La entidad que con tanto criterio había sido aleccionada permaneció en silencio y me puse a observar entre los presentes en el recinto a la señora todavía joven, que daba muestras de mucha irritación, al punto que había sembrado la preocupación entre los

amigos encarnados. Diversos perseguidores invisibles para la mirada terrestre se mantenían a su lado y la hacían objeto de terribles perturbaciones. Sobresalía entre ellos un infeliz obsesor de modales crueles que estaba adherido a lo largo de su cuerpo, de modo que dominaba todos los centros de su energía orgánica. Observaba, asimismo, la lucha de la víctima que procuraba resistir, aunque su esfuerzo era poco menos que inútil.

Mi bondadoso orientador percibió mi extrañeza y explicó: - André, éste es un caso de posesión completa.

Y dirigiéndose al intérprete que había hecho la refutación unos momentos antes, le recomendó que entablara un breve diálogo con aquel temible perseguidor, a fin de que yo me formara mi propio juicio sobre el caso.

Al sentirse tocado por la diestra de nuestro compañero, que irradiaba afecto, el desventurado gritó:

-¡No! ¡No! ¡No me venga a enseñar el camino del Cielo!  
¡Conozco mi situación y nadie podrá detener mi brazo vengador!...

-No deseamos forzarlo, hermano -manifestó el amigo con una serenidad asimilada del Evangelio-. ¡Tranquícese! Mientras alimente propósitos de venganza se castigará a sí mismo. Nadie lo molesta, salvo su propia conciencia. ¡Usted forjó con sus propias manos las cadenas que lo someten a la inquietud y al dolor! -¡Nunca! -increpó el desventurado-. ¡Nunca! ¿Y ella? Acompañó la pregunta con una horrible expresión y continuó: -Usted, que pregona la virtud, ¿justifica que se someta a la esclavitud a hombres libres? ¿Cree en el derecho a que se construyan barracas para humillar a los hijos del mismo Dios? Esta mujer fue perversa con todos nosotros. Además de mi impulso vengador, vibran de odio otros corazones que no le dan descanso. La perseguiremos dondequiera que vaya.

Esbozó un gesto siniestro y prosiguió:

-¡Por un simple capricho vendió a mi esposa y a mis hijos! ¿No es justo que sufra hasta que me los restituya? ¿Cómo vamos a admitir que Jesús, el Salvador por excelencia, elogie el cautiverio? Nuestro intérprete objetó con mucha calma:

-El Maestro no aprobaría la esclavitud. No obstante, amigo, nos recomendó el perdón recíproco, sin el cual nunca saldremos del lodazal de nuestras faltas. ¿Quién de nosotros, antiguos huéspedes de la carne, podrá exhibir un pasado sin crímenes? En este momento sus ojos revelan la culpa de una desdichada hermana. Sin embargo, su alma, hermano, permanece alucinada por el huracán de la rebeldía. En consecuencia, su memoria está desequilibrada y no puede recuperar todos los recuerdos de su trayectoria. Dado que no le es posible recordar el pasado con exactitud, ¿no sería más razonable esperar, en su caso, al veredicto del Juez magnánimo? ¿Cómo alguien juzgará y hará justicia por mano propia, si todavía no puede evaluar la dimensión de las deudas que debe pagar?

El rebelde parecía más firme a raíz de los argumentos que oía, de modo que lejos de capitular en su posición de perseguidor, respondió con aspereza:

-Para los más débiles, sus consideraciones pueden llegar a ser valiosas. Pero no para mí, que conozco las sutilezas de los predicadores de su esfera. No cederé en mis propósitos. Mi situación no se resolverá mediante simples palabras.

Nuestro compañero comprendió la terquedad del antagonista y, apiadado de su ignorancia, con tono fraterno continuó:

-No se trata de sutileza sino de buen sentido. Por otra parte, no deseo privarlo de las justificaciones de naturaleza individual, en vista de los vigorosos lazos que vinculan su influencia con la mente de la

víctima. No obstante, apelo a los sentimientos generosos que todavía vibran en su corazón, a fin de que reconozca que sin las disculpas recíprocas no existe posibilidad alguna de saldar nuestras deudas. En general, el acreedor exigente es ciego para con sus propios compromisos. El reclamo que usted hace, en esencia, debe de ser legítimo; no obstante, causa extrañeza el proceso de cobranza, en el cual no descubro ninguna ventaja, puesto que sus actitudes de vengador además de profundizar sus llagas interiores lo vuelven antipático a los ojos de todos sus compañeros.

Probablemente, el obsesor haya sentido que había sido herido muy hondo en su vanidad, y guardó silencio. Mientras tanto, el intérprete se volvió hacia nosotros para consultar a mi orientador sobre la conveniencia de que le diera una ayuda magnética a ese desventurado, de modo que sus reminiscencias pudiesen abarcar algunas escenas del pasado lejano.

Alexandre opinó:

-No sería oportuno ampliar sus recuerdos. No conseguiría comprender. Antes de que se brinde mayor auxilio a su entendimiento le es necesario el sufrimiento.

Aprovechando una pausa más extensa que se produjo entre todos, observé detenidamente a la pobre obsesa. Acosada por entidades agresivas, su cuerpo parecía haberse convertido en la vivienda del perseguidor de mayor crueldad. Él ocupaba su organismo desde el cráneo hasta los pies y le imponía tremendas reacciones en todos los centros de energía celular. Hilos muy sutiles pero vigorosos los unían a ambos y, mientras el obsesor nos presentaba un cuadro psicológico de satánica lucidez, la desventurada mujer mostraba a los colaboradores encarnados la imagen opuesta, que revelaba angustia e inconsciencia.

- “¡Sálvenme del demonio! ¡Sálvenme del demonio!” -gritaba sin cesar, causando conmoción entre los compañeros ubicados alrededor de

la humilde mesa-“¡Oh, Dios mío! ¿Cuándo terminará mi suplicio?”

Con sus ojos desmesuradamente abiertos, como si estuviera observando a enemigos ocultos a la vista común, se puso a gritar con desesperación después de breves instantes de silencio:

- “¡Todos llegaron del Infierno! ¡Están aquí! ¡Están aquí! ¡Ay! ¡Ay!”

Sus gemidos se asemejaban a prolongados silbidos estertóreos. En consideración a mi expectativa el instructor me aclaró: -Esta joven señora presenta un doloroso caso de posesión. Desde la infancia ha sido perseguida tenazmente por adversarios del pasado. No obstante, mientras estaba soltera, en el ambiente de protección creado por sus padres, consiguió, en cierto modo, sustraerse casi íntegramente al ascendiente de los persistentes enemigos, si bien percibía su influencia de manera menos manifiesta. Más adelante llegaron las responsabilidades del matrimonio, etapa en que por lo general las mujeres asumen una cuota mayor de sacrificios, y ya no pudo resistir. Después del nacimiento de su primer hijo cayó en una postración más intensa, lo que dio ocasión a los desalmados perseguidores y desde entonces padece penosas pruebas.

Iba a continuar con la exposición de nuevas cuestiones relacionadas con el caso, pero el amistoso instructor me hizo ver que la reunión de auxilio por parte de los encarnados comenzaría en ese preciso instante.

Nos correspondía aportar nuestra vigilancia fraternal. Gratamente sorprendido, observé las emisiones magnéticas de quienes se habían congregado allí para dar cumplimiento a una tarea de socorro, impulsados por la más sagrada intención de caridad redentora. Nuestros técnicos en cooperación avanzada se valían del abundante flujo de fuerzas beneficiosas para implementar sorprendentes modalidades de asistencia, no sólo a los obsesos sino también a los desdichados

perseguidores.

Entre todos los enfermos psíquicos, la joven valiente a la que nos hemos referido era la única que lograba aprovechar nuestro auxilio en un ciento por ciento. Yo notaba su persistente esfuerzo para reaccionar contra el asedio de los peligrosos elementos que la acosaban. Envuelta en la corriente de nuestras vibraciones fraternas había recuperado la normalidad orgánica plena, aunque con carácter temporal. Se sentía en paz, casi feliz.

A pesar de mantenerse en actividad, Alexandre me llamó para que prestara atención a ese hecho.

-Esta hermana -manifestó el orientador-, con certeza va en camino a su curación. Comprendió a tiempo que la medicación, cualquiera que sea, no lo es todo en el problema del imprescindible restablecimiento del equilibrio físico. Sabe ahora que el socorro que le dispensamos representa, para el enfermo que desea restablecerse, un elemento que debe asimilar. Por eso desarrolla toda su capacidad de resistencia y colabora con nosotros en su propio beneficio. ¡Obsérvela!

En efecto, al sentirse amparada por nuestra amplia red de vibraciones protectoras, la joven emitía un vigoroso flujo de energías mentales, al mismo tiempo que expulsaba las ideas malsanas que los desventurados obsesores habían depositado en su mente y, a continuación, absorbía los pensamientos regeneradores y edificantes que nuestra influencia le ofrecía.

Con un gesto significativo, Alexandre aprobó mi minucioso examen y reiteró:

-Sólo el enfermo que voluntariamente se convierte en médico de sí mismo consigue su curación efectiva. En el doloroso cuadro de las obsesiones, el principio es análogo. Si la víctima capitula sin condiciones ante el adversario, se entrega por completo y se convierte



en poseída luego de haberse transformado en una autómatas a merced del perseguidor. Si su voluntad es frágil y vacilante se habitúa a la persistente acción de los verdugos, y se envicia dentro de un círculo de irregularidades que es muy difícil de remediar, pues pronto se convierte en un polo de poderosa atracción mental para sus acosadores. En tales casos, nuestras actividades de asistencia se hallan casi completamente circunscritas a meros trabajos de socorro, con vistas a resultados a largo plazo. No obstante, cuando encontramos un paciente interesado en su curación, que asimila nuestros recursos y los aplica a favor de su propia edificación moral, podemos pronosticar triunfos inmediatos.

El instructor se quedó en silencio, mientras que por mi parte proseguí con la observación de los servicios que se desarrollaban en el recinto.

El adoctrinador encarnado, un compañero noble y sincero, era el centro de una escena singular. Su tórax se había convertido en un foco radiante, y cada palabra que salía de sus labios era comparable a un haz de luz que iba directamente al blanco, fuese éste los oídos perturbados de los enfermos o el corazón de los perseguidores crueles. Sus palabras eran, en efecto, de una sugestiva sencillez, si bien la sustancia de los sentimientos que las generaba despertaba asombro por su sublimidad, su elevación y su belleza.

Al notar mi estupor, Alexandre me socorrió con una explicación:

-Nos encontramos en una escuela espiritual. El adoctrinador humano es el encargado de transmitir las lecciones. Usted puede registrar que para enseñar con éxito no basta con conocer las materias del aprendizaje y comunicarlas. Ante todo es necesario sentir las y experimentar los efectos de su sustancia dentro del corazón. El hombre que predica el bien debe practicarlo, si no desea que el viento arrastre sus palabras como el simple eco de un tambor vacío. El compañero que enseña la virtud y al mismo tiempo es portador de las cualidades del virtuoso, comunica a través de su palabra una carga de magnetismo

positivo e instala principios espirituales en las almas que lo escuchan. Si le faltara esa característica, en la mayoría de los casos el adoctrinamiento resultaría intrascendente.

Al ver ese panorama significativo, expuesto en el análisis que el instructor había realizado a través de sus elucidaciones, comprendí que la propagación por medio del ejemplo no constituye un fenómeno puramente ideológico, sino un hecho científico basado en las manifestaciones magnéticas de la mente.

Con excepción de la pobre hermana que estaba poseída, en aquel momento los demás obsesos estaban liberados de la influencia directa de los perseguidores. Mientras tanto, salvo la joven que reaccionaba valerosamente, el resto presentaba una singular inquietud, pues cada uno ansiaba vincularse de nuevo al campo de atracción de sus verdugos. En realidad, nuestros auxiliares les habían arrancado los verdugos y los habían expulsado de aquellos cuerpos enfermos y atormentados; no obstante, en los interesados en la recuperación física y psíquica prevalecía una actitud de ausencia interior, de modo que permanecerían espiritualmente alejados de las enseñanzas que el adoctrinador encarnado, respondiendo al influjo de los mentores de las regiones más altas, suministraba con admirable sentimiento. La actitud de tales pacientes era de insatisfacción y de ansiedad. Se diría que no soportaban estar separados de los obsesores invisibles. Habitado a enfermos que al menos aparentemente demostraban propósitos de curación, me causó extrañeza la disposición mental de aquellos que estaban reunidos en ese reducido grupo, delante de nosotros, tan lamentablemente indiferentes a la medicación que la espiritualidad les ofrecía como una ofrenda de amor.

Alexandre percibió mi sorpresa y me hizo una observación:

-En general, el noventa por ciento de los casos de obsesión que se registran en la corteza de la Tierra presenta problemas dolorosos e intrincados. Casi siempre el obseso padece una penosa ceguera en

relación con su propia enfermedad. A consecuencia de su estancamiento en el personalismo, no atiende el llamado de la verdad y se transforma en una presa fácil e inconsciente, aunque responsable, de peligrosos enemigos provenientes de las zonas donde predominan las actividades incivilizadas. Es común que se verifiquen casos de tal naturaleza, debido a los lazos vigorosos y profundos del afecto mal orientado, o a los aborrecibles vínculos del odio que en todas las circunstancias derivan de la confianza desequilibrada que se convierte en un monstruo.

El generoso orientador hizo una larga pausa mientras verificaba las tareas que se llevaban a cabo. A pesar de las absorbentes obligaciones de aquel momento, como si deseara socorrerme mediante lecciones inolvidables extraídas de la lucha práctica, prosiguió:

-Por este motivo, André, aun para el psiquiatra que ha recibido el esclarecimiento del espiritismo cristiano, la mayoría de los casos de esta índole son francamente desconcertantes. En virtud de los ascendientes sentimentales, cada uno de estos problemas exige una solución diferente. Además, es imprescindible advertir que nuestros compañeros encarnados sólo analizan una cara de la cuestión, cuando cada uno de los procesos de estas características presenta infinitos aspectos relacionados tanto con el pasado de los protagonistas encarnados como con el de los desencarnados. Ante el obseso determinan, apenas, una necesidad urgente: el alejamiento del obsesor. Pero ¿cómo podrán cortarse de un momento para otro, cadenas seculares forjadas por los compromisos recíprocos que generó la vida en común? ¿Cómo pretender la separación de seres que se aferran uno al otro con ansiedad porque comprenden que en el dolor de semejante unión reside, precisamente, el precio del rescate indispensable? Con todo, aunque son raros, no faltan los casos de liberación prácticamente instantánea. En ellos vemos el desenlace de un laborioso proceso redentor, o bien, encontramos al enfermo que ejerce violencia sobre sí mismo a fin de abreviar la curación necesaria.

Al examinar la magnitud de los obstáculos que atentan contra el restablecimiento completo de los enfermos psíquicos, consideré: -Se desprende entonces que...

Alexandre no me dejó terminar. Interrumpió mi inoportuna intromisión a fin de responder:

-Ya sé qué va a decir. Al constatar las dificultades que enuncio para el aprendizaje espontáneo, usted pregunta si no será infructífero nuestro trabajo, y si no sería más efectivo dejar al obseso librado a su propia suerte. Sin embargo, esta opción es un contrasentido. Si usted todavía estuviese encarnado en la Tierra, y viese a su amado hijo en condiciones preagónicas, absolutamente desengañado de la medicina humana, ¿tendría valor para abandonarlo al curso libre de las circunstancias? ¿No confiaría en algún recurso inesperado de la Providencia divina? ¿No aguardaría con ansiedad la respuesta favorable de la naturaleza? ¿Quién está afincado en la intimidad del corazón de un hombre que es nuestro hermano para manifestar con certeza matemática, si reaccionará contra el mal o dejará de hacerlo, si aspira al reposo o al trabajo activo? Por consiguiente, no podemos enunciar un argumento intelectual para eludir nuestro deber de asistencia fraternal al ignorante o al que sufre. Urge dar cumplimiento a nuestra parte de obligación inmediata, convencidos de que la construcción del amor es también una obra del tiempo. Ninguna palabra, ningún gesto o pensamiento que pertenezca a los servicios del bien, se pierde.

Comprendí la excelencia de esa enseñanza y me mantuve en silencio. Mi orientador retornó a la cooperación activa en los trabajos que se realizaban, de modo que me puse a examinar a los enfermos psíquicos mientras el adoctrinador encarnado proseguía en su esclarecedora tarea de evangelización.

La joven que reaccionaba contra el peligroso ataque de los habitantes de las sombras demostraba relativa normalidad en su organismo físico. Era comparable a quien organiza todos sus recursos

defensivos para preservar el equilibrio de su casa. Mientras tanto, los demás mostraban lamentables condiciones orgánicas. La desventurada poseída presentaba serias perturbaciones que partían del cerebro y se extendían hasta los nervios lumbares y sacros. Asimismo, era notoria la completa desorganización del centro de la sensibilidad, además de un lamentable relajamiento de las fibras motoras. Tales desequilibrios no sólo estaban de manifiesto en el sistema nervioso, sino también en general en las glándulas y en los diversos órganos. En los demás obsesos los fenómenos de degradación física no eran menores. Dos de ellos revelaban raras intoxicaciones en el hígado y en los riñones. Otro mostraba un evidente desequilibrio en el corazón y en los pulmones, con tendencia a la insuficiencia cardíaca asociada a un avanzado principio de tuberculosis.

Mientras examinaba atento aquellos alarmantes cuadros clínicos, el orientador encarnado de la asamblea, intérprete de importantes benefactores de nuestro medio de acción, esparcía a través de abundantes radiaciones el amor cristiano y la sabiduría evangélica, con absoluta fidelidad al Cristo y a la siembra de la caridad, de la luz y del perdón.

En una demostración de su cuidado para con mi preparación en las actividades constructivas, Alexandre se aproximó y me dijo:

-Observe el servicio de la legítima fraternidad. No tenemos el milagro de las transformaciones repentinas ni la promoción inmediata a las regiones de mayor elevación para quienes se hallan en el terreno inferior. La tarea es de siembra, dedicación, persistencia y vigilancia. No se pueden cortar en un instante los grilletes de muchos siglos, como tampoco se edifica una ciudad en un día. Es indispensable ir desgastando las cadenas del mal con perseverancia, y practicar el bien con ánimo evangélico.

Los servicios llegaban a su término.

Percibí que mi orientador volvía a predisponerse para nuestra conversación, de manera que le expuse mis observaciones y le pregunté después:

-En relación con los trastornos fisiológicos que pude verificar, ¿a los enfermos psíquicos debería considerarlos también como enfermos del cuerpo?

-Exactamente -afirmó el instructor-. El desequilibrio de la mente puede determinar la alteración general de las células orgánicas. Es por este motivo que las obsesiones casi siempre están acompañadas de síntomas muy dolorosos. Las intoxicaciones del alma determinan las enfermedades del cuerpo.

Antes de que yo pudiese volver a mis preguntas percibí que los amigos de la Tierra cerraban la reunión definitivamente. Se había interrumpido la cadena magnética de defensa. Noté sorprendido que la joven resuelta y firme en la fe había conseguido considerable mejoría, mientras que la poseída iba a retirarse sin haber obtenido ningún cambio en su estado. Observé a los otros tres enfermos: tan pronto como se cortó la corriente de vibraciones benéficas que se había establecido en el recinto, volvieron a atraer intensamente a los verdugos invisibles a cuya influencia estaban habituados, lo que demostraba el escaso aprovechamiento.

Valiéndome de la oportunidad me acerqué a Alexandre, de modo de no perder sus lecciones alusivas al asunto, y le pregunté:

-¿Cuáles son las conclusiones finales en relación con el tratamiento de los obsesos?

Él sonrió antes de responder:

-En cada una de nuestras actividades de socorro siempre hay un inmenso aprovechamiento, aun cuando su dimensión no sea apreciable para la mirada común. Cualquier enfermo de esa naturaleza, que esté

dispuesto a cooperar con nosotros para su propio bien, y colabore decididamente a favor del restablecimiento de sus actividades mentales, en un proceso que tienda a la renovación de la vida según el Cristo, puede esperar asimismo la recuperación de la salud relativa del cuerpo terrestre. Con todo, si ese ser ruega la asistencia de Jesús con los labios, pero no abre su corazón a la influencia divina, no debe esperar milagros de nuestra colaboración. Podemos ayudar, socorrer, contribuir, esclarecer, pero no podemos improvisar recursos cuya organización es un trabajo que atañe exclusivamente a los interesados.

-Me causa pena el cuadro clínico que presentan los desventurados obsesos -opiné fuertemente impresionado-. ¡Qué dolorosa es la condición física de cada uno de ellos!

-¡Así es, así es! -contestó el instructor-. El problema de la responsabilidad no se circunscribe a enunciar palabras. Es una cuestión vital en el trayecto de la vida. A fin de preservar a sus hijos de los peligros del envilecimiento, Dios creó las herramientas de la cultura religiosa, de modo que las almas despierten a la glorificación inmortal. No obstante, son raros los hombres dispuestos a respetar los designios de la religión, pues no tienen en cuenta voluntariamente que hasta las más insignificantes faltas, así como los más mínimos vicios, quedan impresos en el alma y demandan reparación. Usted observa aquí a unos pobres obsesos en un concreto proceso de tratamiento, pero olvida que innumerables seres encarnados, a pesar de que hayan sido informados por la religión en cuanto a las necesidades del Espíritu, se dejan dominar por un apego vicioso al campo de las sensaciones de diverso orden, y contraen deudas en la medida que asumen compromisos pesados y arrastran a otros compañeros a sus aventuras poco dignas, forjando así lazos consistentes que se convertirán en torturantes dramas obsesivos en el futuro.

Luego de sonreír paternalmente agregó:

-¿Usted qué desea? Es cierto que debemos trabajar tanto como

esté a nuestro alcance por el bien del prójimo, sin embargo no podemos eximir a nuestros semejantes de las obligaciones contraídas. El servidor fiel no es el que se conmueve cuando contempla las desventuras ajenas, ni el que las observa con actitud impasible con el pretexto de no interferir en la labor de la justicia. Ni el sentimentalismo enfermizo ni la indiferencia disfrazada de cortesía construyen el bien. El auténtico trabajador es el que ayuda sin omitir el equilibrio necesario, el que contribuye mediante el trabajo benéfico que esté a su alcance, consciente de que su esfuerzo refleja la Voluntad divina.

Alexandre no podía ser más claro. Comprendí sus instructivas elucidaciones, aunque al notar que los enfermos se retiraban con la protectora vigilancia de sus familiares, que los esperaban en la entrada, pregunté una vez más:

-Amigo, ¿y si consiguiésemos apartar definitivamente a los perseguidores implacables? En mi condición de antiguo médico en el mundo reconozco que en estos enfermos psíquicos, las enfermedades de las que son portadores no se hallan circunscriptas a la mente. Con excepción de la joven que reacciona positivamente, los demás revelan extraños desequilibrios del sistema nervioso, con trastornos en el corazón, en el hígado, en los riñones y en los pulmones. Admitamos que se obtuviera la conversión de los verdugos que los atormentan. ¿Recuperarían después la normalidad orgánica? ¿Lograrían el retorno a la salud plena?

Alexandre meditó por algunos minutos antes de responder, y después manifestó:

-André, el cuerpo de carne es como un violín que se confía a un artista, en este caso el Espíritu encarnado. Es indispensable preservar el instrumento de los gérmenes destructores tanto como protegerlo de los ladrones. ¿Observó a la joven que hace todo cuanto puede por protegerse del mal? Ha caído bajo los golpes de los perseguidores que asedian despiadadamente su corazón, no obstante, como quien atraviesa



una larga y peligrosa senda sobre un abismo, confiado en la protección de Dios, ella recurre a la oración una y otra vez, se analiza a sí misma y aprovecha las posibilidades que tiene a su disposición de modo de no perturbar su orden interior. En la tentación de la que es víctima, esa hermana tiene la prueba que la redime. Por consiguiente, con el heroísmo silencioso de su trabajo ha iluminado a sus propios perseguidores, y los induce a la meditación y la disciplina. Como puede ver, esa luchadora sabe preservar el instrumento que se le confió y, convertida en la adocrinadora de sus propios verdugos mediante el ejemplo de resistencia al mal, transforma a sus enemigos y se ilumina a sí misma. Con una colaboración de esa naturaleza, el problema de la curación resulta altamente facilitado. Sin embargo, no se verificará lo mismo con aquellos que no son precavidos en la defensa de su instrumento corporal. Si abandonamos el violín simbólico al que hemos aludido en las manos de los malhechores, puede resultar se-midestruido, y aunque sea devuelto a su legítimo dueño no podrá cumplir el trabajo de la consonancia de los sonidos con la misma precisión de otro tiempo. Un estradivarius puede ser auténtico, pero si sus cuerdas están rotas no habrá intérprete que extraiga de él una música armoniosa. Como vemos, los casos de obsesión son naturalmente complejos, y para resolverlos no podemos prescindir de la cooperación directa de los interesados.

-¡Comprendo! -exclamé-.

A continuación, en virtud de la larga pausa que el instructor imprimió a la conversación, acoté:

-Supongamos, por consiguiente, que los perseguidores se rediman, que se aparten definitivamente del mal camino, después de haber maltratado el organismo de sus víctimas durante largo tiempo... En ese caso, ¿obtendrán ellas el restablecimiento inmediato? ¿Recuperarán el equilibrio fisiológico integral?

Con la bondad que lo caracteriza Alexandre respondió: -He observado situaciones de esa clase y cuando se producen, los antiguos

verdugos se transforman en amigos que ansían reparar el daño que han hecho. Algunas veces, mediante la ayuda que reciben de los ámbitos superiores, consiguen el restablecimiento de la armonía orgánica en aquellos que soportaron su inhumana influencia. Aún así, en la mayoría de los casos, las víctimas ya no consiguen devolver el equilibrio a su cuerpo físico.

-Entonces, ¿su salud será deficiente hasta que lleguen al sepulcro? -pregunté, fuertemente impresionado-.

-Por supuesto -aclaró Alexandre tranquilamente-.

Y observando mi gran desconcierto, el orientador agregó:

-Su asombro está relacionado con el criterio de análisis humano, que todavía es deficiente. El perseguidor, reconocido como tal entre los compañeros encarnados, puede revelar modificaciones, pero tal vez la supuesta víctima no se haya convertido. En la obsesión, las dificultades no son unilaterales. El eventual alejamiento del perseguidor no siempre significa que se haya extinguido la deuda. En cualquier lugar del universo, André, recibiremos invariablemente de acuerdo con nuestras propias obras.

El tema sugería importantes y aleccionadoras cuestiones, pero otras obligaciones nos reclamaban.

Alexandre se dispuso a partir y se despidió afectuosamente de los cooperadores. Lo acompañé en silencio, meditando acerca de la infinita magnanimidad que evidenciaban hasta las más ínfimas determinaciones de la Justicia divina.

## **19**

### **Pases**

En las reuniones del grupo en el que se desempeña Alexandre con atribuciones de orientador, se desarrollan diversos servicios bajo la responsabilidad de los compañeros desencarnados. No siempre me ha sido posible estudiarlos por separado; sin embargo, respecto a algunos de ellos, no reprimí el intenso deseo de recibir las explicaciones del respetable instructor. Uno de esos servicios era el de los pases magnéticos suministrados a quienes acudían regularmente a la casa.

El trabajo era atendido por seis entidades vestidas con túnicas muy blancas, como si fueran enfermeros cumpliendo responsablemente una guardia. Raramente hablaban; la tarea que realizaban era intensa. Todas las personas que acudían al recinto recibían el toque saludable que ellos emitían y, cuando terminaban de atender a los encarnados, suministraban un eficiente socorro a las desdichadas entidades de nuestro medio, principalmente a las que componían el séquito familiar de nuestros amigos de la Tierra.

En cierto momento, a través de Alexandre hice averiguaciones sobre aquellas sesiones de actividad espiritual, en relación con los compañeros que cumplían su tarea en silencio, a lo que el mentor con la bondad habitual explicó:

-Esos amigos son técnicos en auxilio magnético que comparecen aquí para trasmitir pases de socorro. Se trata de un departamento específico de nuestras tareas, que demanda mucho criterio y responsabilidad.

-Esos trabajadores -le pregunté-, ¿reúnen características especiales?

-Por supuesto -explicó el bondadoso mentor-; para la tarea que se les ha encomendado no alcanza con la buena voluntad, lo que es suficiente en otros sectores de nuestra actividad. Necesitan acreditar determinadas cualidades de orden superior y ciertos conocimientos especializados. El servidor del bien, incluso el desencarnado, no será eficiente en ese servicio si todavía no alcanzó un nivel superior de continua elevación mental, condición ésta indispensable para la exteriorización de las facultades radiantes. El misionero del auxilio magnético, tanto en la corteza terrenal como en nuestra esfera, necesita un gran dominio sobre sí mismo, un espontáneo equilibrio de los sentimientos, un acendrado amor a los semejantes, una elevada comprensión de la vida, una fe vigorosa, y profunda confianza en el Poder divino. Debo agregar, además, que en nuestro medio semejantes requisitos constituyen exigencias ineludibles, mientras que en la esfera carnal la buena voluntad sincera puede en muchos casos suplir alguna deficiencia, lo que se justifica en virtud de la asistencia prestada por los benefactores de nuestros círculos de acción al servidor humano, aún incompleto en cuanto a las cualidades deseables.

Al escuchar las consideraciones del orientador recordé que, en efecto, en las reuniones habituales del grupo, con cierta regularidad se veía a los médiums pasistas en servicio acompañados de cerca por las referidas entidades. Entonces, aproveché la oportunidad para ampliar mi aprendizaje.

-Los amigos encarnados, en general -pregunté-, ¿podrían colaborar en dichas actividades de auxilio magnético?

-Con mayor o menor efectividad, todos podrían prestar su concurso fraterno en ese sentido -respondió el orientador-. Una vez que ha quedado revelada la disposición por parte de alguno de los trabajadores, de fidelidad para cooperar en el servicio al prójimo, las

autoridades de nuestro ámbito designan a entidades sabias y benevolentes para que orienten indirectamente al neófito -a fin de que emplee con efectividad sus recursos-y potencien sus cualidades. Sin embargo, son muy raros los compañeros que demuestran espontáneamente la vocación de servir. Muchos, a pesar de ser bondadosos y sinceros en sus convicciones, esperan la mediumnidad curadora como si se tratara de un acontecimiento milagroso en sus vidas, y no un servicio del bien que demanda al postulante un esfuerzo laborioso desde el comienzo. Claro que si nos referimos a los hermanos encarnados, no podemos exigir la cooperación de ninguno en el ámbito de nuestros trabajos habituales; sin embargo, si alguno de ellos viene a nosotros y solicita ser admitido en las tareas de auxilio, lógicamente recibirá nuestra mejor orientación en el campo de la espiritualidad.

-Aunque el operario humano revele méritos rudimentarios, ¿puede ser empleado con resultados efectivos? -pregunté con curiosidad-.

-Así es -adujo Alexandre, atento-. Siempre que su dedicación hacia las conquistas sagradas del bien se mantenga por encima de las preocupaciones inherentes a los bienes transitorios, puede confiar en que el progreso de sus facultades radiantes será incesante, no sólo en función de su propio esfuerzo, sino también por el aporte proveniente de esferas de mayor elevación, al cual se hace acreedor.

No lejos de nosotros continuaban realizando su actividad los técnicos espirituales del auxilio magnético. Identificaba en sus tareas silenciosas un nuevo mundo de enseñanzas que me incitaba a experiencias provechosas. Por consiguiente, atento a las explicaciones del instructor evalué la posibilidad de contribuir al esclarecimiento de algún amigo encarnado acerca del tema, y pregunté: -Mientras nos hallamos en la corteza de la Tierra, envueltos por los fluidos más densos, ¿cómo podemos desarrollar la capacidad radiante, luego de que previamente hayamos fortalecido nuestra verdadera buena voluntad al servicio del prójimo?

El orientador percibió mi intención y agregó de inmediato: - Obtenida la cualidad básica, el candidato al servicio precisa considerar la urgente necesidad de su elevación, de modo que sus obras se eleven al mismo ritmo. Hablaremos tan sólo de las conquistas más elementales e inmediatas que debe hacer dentro de sí mismo. Ante todo necesita equilibrar el campo de sus emociones. No reunirá condiciones para suministrar fuerzas constructivas a alguien, como un intermediario eficiente, si hace un sistemático desperdicio de las radiaciones vitales. Un sistema nervioso agotado, presionado, es un canal que puede sufrir interrupciones en el flujo radiante. El exceso de resentimiento, la pasión descarriada y la inquietud obsesiva constituyen barreras que interceptan el paso de las energías reparadoras. Por otra parte, también es necesario examinar las necesidades fisiológicas y los requisitos de orden psíquico. Es indispensable, asimismo, que el propio interesado en atender las tareas del bien ejerza el control de los elementos destinados a los depósitos celulares. Demasiada alimentación produce olores fétidos a través de los poros y de los conductos de los pulmones y del estómago, además de ser perjudicial para las facultades radiantes, dado que provoca deyecciones anormales y grandes trastornos en el aparato gastrointestinal, afectando la intimidad de las células. El alcohol y otras sustancias tóxicas generan perturbaciones en los centros nerviosos y alteran ciertas funciones psíquicas, de manera que anulan los mejores esfuerzos para la transmisión de elementos regeneradores y saludables.

El mentor hizo una pausa prolongada, y observó el efecto de sus palabras en mí, para luego concluir:

-Una vez que ha realizado la cimentación de la buena voluntad sincera, el trabajador leal comprende la necesidad de que desarrolle las cualidades a que aludimos, pues como está en contacto permanente con los benefactores desencarnados, que cuentan con él para llevar a cabo la misión de amparo a los semejantes, recibe indirectamente sugerencias tendientes a su perfeccionamiento que lo promueven a posiciones más elevadas.

Las reflexiones de Alexandre no podían ser más claras, sin embargo me aventuré a plantear:

-Consideremos que surja la necesidad urgente de socorrer a alguien dentro del círculo de los encarnados, y analicemos la hipótesis de que sea imprescindible un instrumento humano. Imaginemos que en principio no esté vinculado a nuestra tarea el elemento completo y adecuado para recibir la influencia de las potencias superiores. Si, por ejemplo, hubiera a nuestro lado un compañero de condiciones comunes, sumergido en la ignorancia, que no percibe todavía los peligros a los que expone a su propio cuerpo, y que consiente en ser empleado productivamente en colaboración con nuestro esfuerzo espiritual para bien de los que lo necesitan, ¿existiría en tal caso la posibilidad de que no fuera aprovechado?

El instructor sonrió bondadosamente y observó:

-Eso sería proceder con excesivo rigor. En cada lugar donde haya merecimiento en los que sufren y buena voluntad en los que auxilian, podemos suministrar el beneficio espiritual con relativa eficiencia. Todos los enfermos pueden obtener la salud; todos los desviados retornan al equilibrio cuando se lo proponen. Si la práctica del bien estuviese circunscrita a los Espíritus absolutamente buenos, no existiría la redención humana. Todas las cuotas de buena voluntad y de espíritu de servicio reciben de nuestra parte la mejor atención.

Alexandre hizo un breve intervalo en la conversación, y después de reflexionar durante unos instantes explicó:

-Cuando nos referimos a las cualidades requeridas a los servidores de ese campo de auxilio, no deseamos desalentar a nadie sino, por el contrario, orientar las aspiraciones del trabajador a fin de que su tarea prospere en méritos positivos y eternos.

En ese momento se aproximó uno de los compañeros en servicio

y solicitó la cooperación de Alexandre en un determinado sector.

Él lo atendió con gentileza, pero antes de separarse de mí, me condujo hasta el reducido grupo de entidades que se encargaban de dar los pases y me presentó al amigo que dirigía el trabajo, a quien generosamente le explicó:

-Anacleto, nuestro hermano ejerció funciones de médico en su última existencia terrestre, y apreciaría recibir algunas explicaciones sobre los servicios de su especialidad. Desde ya, le agradezco todo lo que pueda hacer por él.

El director de aquel departamento de auxilio me recibió fraternalmente y, fuera porque se hallaba atendiendo su tarea o porque era persona de pocas palabras, me invitó sin pérdida de tiempo a la observación directa de las actividades que estaban bajo su responsabilidad.

Gentilmente me ubicó al lado de una señora respetable que se había sentado a la mesa, no lejos del orientador de la casa.

-Veamos a esta hermana -manifestó Anacleto, disponiéndose con afecto al auxilio-, observe su corazón y en especial la válvula mitral.

Me detuve en un minucioso examen de la región mencionada y, efectivamente, descubrí la existencia de una sutilísima nube negra que cubría una gran extensión de la zona indicada, e incluso afectaba a la válvula aórtica, además de que extendía unos filamentos casi imperceptibles sobre el nódulo sinoauricular. Expuse al nuevo amigo mis observaciones y me respondió:

-Del mismo modo que el cuerpo físico puede ingerir alimentos venenosos que intoxican sus tejidos, el organismo periespiritual puede absorber elementos degradantes, que corroen sus centros de fuerza y emiten reflejos sobre las células materiales. Si la mente de la criatura encarnada aún no consiguió la disciplina de las emociones, si alimenta



pasiones que la desestabilizan en relación con la realidad, puede, en cualquier momento, intoxicarse con las emisiones mentales de aquellos con quienes convive que se encuentren en un estado similar de desequilibrio. A veces, esas absorciones constituyen simples fenómenos sin mayor importancia, aunque en muchos casos pueden llegar a ocasionar peligrosos desastres orgánicos. Esto sucede, sobre todo, cuando los interesados viven sin tener en cuenta la oración, cuya influencia benéfica puede anular incontables males.

Indicó entonces el corazón de carne de la hermana presente y continuó:

-Esta amiga ha tenido esta mañana serios disgustos con su esposo, e ingresó en una grave situación de inestabilidad interna. La pequeña nube que rodea a su órgano vital representa materia mental fulminante. La permanencia de semejantes residuos en el corazón puede ocasionarle una peligrosa enfermedad. Attendamos este caso.

Continué con mis observaciones y noté que Anacleto asumió una nueva actitud, con lo que me dio a entender que iba a aumentar sus manifestaciones radiantes y, seguidamente, comenzó a actuar mediante la imposición de sus manos. Ubicó la mano derecha sobre el epigastrio de la paciente, en la zona inferior del esternón, y con sorpresa noté que la diestra colocada en tal posición emitía sublimes haces de luz que se dirigían al corazón de la señora enferma. Asimismo, pude ver nítidamente que esos rayos de luminosa vitalidad eran impulsados por la fuerza inteligente y consciente del emisor. Asediada por los principios magnéticos que habían sido puestos en acción, la reducida porción de materia oscura que envolvía la válvula mitral se desplazó lentamente y, como si fuera atraída por la poderosa voluntad de Anacleto, llegó hasta los tejidos superficiales para extenderse debajo de la mano radiante a lo largo de la epidermis. Entonces, el magnetizador espiritual inició la etapa más activa del pase: la extracción de la influencia maligna. Hizo un doble contacto sobre el epigastrio; luego levantó ambas manos y las fue bajando lentamente, pasando por las

caderas hasta llegar a las rodillas, y repitió el contacto en la región mencionada. Seguidamente hizo las mismas operaciones varias veces más, hasta que pasados unos instantes, el organismo de la enferma volvió a la normalidad.

Yo estaba sorprendido. Y como el tema implicaba problemas espirituales de importante significado, cuando el instructor concluyó el trabajo le pregunté:

-Perdóneme la pregunta, pero en la hipótesis de que esta hermana no hubiera sido socorrida mediante la colaboración de una casa espiritista, ¿qué pasaría con esa enfermedad oculta? ¿Quedaría sin atención?

-De ningún modo -respondió Anacleto, sonriendo-. Existen verdaderas legiones de trabajadores de nuestra especialidad, cuya función es de amparo a las criaturas humanas que por sus elevadas aspiraciones buscan el camino correcto en las instituciones religiosas de todos los matices. La manifestación de la fe no se limita a la simple afirmación mecánica de confianza. El hombre que vive mental y visceralmente la religión que le muestra la senda del bien, se halla en actividad intensa y renovadora, y recibe por eso mismo las más abundantes contribuciones del amparo espiritual, dado que abre la puerta viva del alma al socorro proveniente de esferas más elevadas, a través de la oración y de la actitud positiva de confianza en el poder divino.

El nuevo compañero señaló a la hermana que había sido liberada de esa desastrosa influencia y explicó, después de una pausa: -Nuestra amiga está buscando la verdad con sincera confianza en Jesús. Es una oveja golpeada por la tempestad del mundo e inexperta en la esfera del conocimiento, que se dirige hacia el divino Pastor como lo haría una criatura frágil, sedienta del cariño materno. Ya fuera que orara en una iglesia católica romana o en un templo budista, recibiría el socorro de nuestra esfera por intermedio de uno u otro grupo de trabajadores del Cristo. Naturalmente, en el seno de una organización exenta de las

sombras de los prejuicios y del dogmatismo, nuestro aporte fraternal puede ser más eficiente, más puro, y sus posibilidades de asimilación son mucho más amplias. No obstante, es necesario señalar que los auxiliadores magnéticos se encuentran en todas partes donde existan pedidos hechos con verdadera fe, y distribuyen el socorro del divino Maestro con la mejor calidad de servicio. Donde vibre el sentimiento sincero y elevado, allí se abre un camino para la protección de Dios.

La elucidación me hizo mucho bien, porque puso de relieve la imparcialidad en la distribución de los bienes de nuestro ámbito. De inmediato me afloró otra pregunta:

-Con todo, amigo -reflexioné-, admitamos que esta hermana fuese ajena a cualquier actividad de orden espiritual. Imaginemos que no profesa ninguna fe, que no frecuenta ninguna escuela religiosa y que tampoco tiene un certificado de merecimiento por alguna práctica virtuosa. ¿Aun así, recibiría el beneficio de los pases liberadores?

Anacleto, con la misma bondad paciente que conocí en Alexandre, observó:

-Si fuese una persona de sentimientos rectos, aunque adversa a la religión, a través de sus meditaciones espontáneas recibiría auxilio, aunque menor, por su falta de capacidad para captar más intensamente nuestras energías radiantes. Por otra parte, si se hallara totalmente sumergida en las sombras de la ignorancia o de la maldad, estaría alejada de la colaboración de orden superior y sus fuerzas físicas sufrirían desgastes bruscos e inevitables por la continua intoxicación mental. Quien se cierra a las ideas regeneradoras y se evade de las leyes de la cooperación experimentará las consecuencias justificadas.

Satisfecho con las explicaciones recibidas, reconocía que no me competía interrumpir el curso de los trabajos, tan sólo para satisfacer mi curiosidad.

El nuevo compañero se dirigió a otro sector.

Nos colocamos entonces al lado de un caballero de edad, y Anacleto reclamó mi atención hacia su organismo.

Lo analicé con el mayor detenimiento. Me sorprendí al encontrar que el hígado estaba profundamente alterado. Otra nube, también muy oscura, cubría gran parte de ese órgano y lo sometía a insólitos desequilibrios. La vesícula biliar estaba totalmente afectada. Se podía observar con nitidez que los reflejos oscuros de aquella pequeña porción de materia tóxica se extendían incluso al duodeno y al páncreas, lo que repercutía en el proceso digestivo. Algunos minutos de observación silenciosa, me dieron datos suficientes acerca de los serios trastornos que afectaban el órgano de la bilis. Las células hepáticas parecían presas de peligrosas vibraciones.

Dirigí al amigo espiritual una mirada de desconcierto.

-¿Observó? -dijo él bondadosamente-. Las perturbaciones mentales influyen en los procesos patológicos graves. Las aflicciones de la mente alteran las funciones del cuerpo. Por eso, la inquietud íntima se denomina desequilibrio y las perturbaciones orgánicas se denominan enfermedades.

Colocó su diestra generosa sobre la frente de aquel caballero y añadió:

-Este hermano, portador de un temperamento muy vivo, ha sabido cultivar los valores positivos de la personalidad humana. Ha atravesado innumerables experiencias en luchas del pasado, y aprendió a dominar los hechos y las situaciones con apreciable energía. Ahora está aprendiendo a dominarse a sí mismo, de modo de conquistar su iluminación interior. Sin embargo, dedicado a esa tarea experimenta choques considerables pues, dentro de su individualidad dominadora, se ve forzado a desistir de algunos conceptos a los que consideraba

valiosos y sagrados. Empeñado en su objetivo de elevación espiritual, adoptó al Cristo como modelo para su renovación, y en determinadas circunstancias las enseñanzas del Maestro le duelen en su fuero íntimo como si fueran martillazos. No obstante, este hombre es sincero y desea de hecho reformarse, aunque sufre intensamente porque se ve obligado a abandonar el territorio del exclusivismo para encaminarse al vasto territorio de la comprensión amplia. En el círculo de los conflictos de esa naturaleza ha estado luchando desde el pasado consigo mismo, de modo de adaptarse a ciertas obligaciones de origen humano, que son imprescindibles para su aprendizaje. En ese gigantesco esfuerzo mental, él mismo ha producido pensamientos terribles y destructores que segregan una materia venenosa, que es atraída de inmediato hacia su punto orgánico más débil: el hígado. Aún así, está concentrado en la oración regeneradora, y facilitará nuestro servicio de socorro a través de la emisión de energías benéficas. Si no fuese por la oración que renueva sus fuerzas reparadoras y por el socorro inmediato que se le dispensa desde nuestra esfera, podría ser víctima de enfermedades mortales del cuerpo. La permanencia del material tóxico por tiempo indefinido en la intimidad de este órgano de importancia vital, determinaría alteraciones destructivas de los glóbulos rojos de la sangre y complicaría las funciones combinadas de la digestión, además de que perturbaría con resultados fatales el metabolismo de las proteínas.

Anacleto hizo una pausa más extensa y sonrió cordialmente antes de agregar:

-Con todo, eso no sucederá. Obstinado en una lucha titánica consigo mismo, la voluntad decidida a conseguir el triunfo constituye su ancla de salvación.

Quedé tan sorprendido con aquella enseñanza que no me atreví a hacerle ninguna otra pregunta.

Anacleto continuó de pie y le aplicó un pase longitudinal sobre la cabeza. Partió de un simple contacto y bajó su mano lentamente hasta

la región del hígado, al cual el auxiliador tocó con el extremo de sus dedos radiantes. A continuación, repitió este proceso durante algunos minutos. Sorprendido observé que la nube pasaba de oscura a opaca, hasta esfumarse poco a poco, por obra del poderoso influjo del magnetizador que cumplía la misión de auxilio.

El hígado recuperó su total normalidad.

Pasados algunos minutos más nos encontramos ante una señora en estado de gravidez, con acentuadas características de debilidad.

Anacleto se detuvo con mayor concentración.

-Aquí -dijo sensibilizado- tenemos a una hermana sumamente necesitada de nuestros recursos fluídicos. Una anemia muy acentuada ha invadido su organismo. En régimen de subalimentación, a causa de las dificultades cotidianas que la acosan desde mucho tiempo atrás, su embarazo constituye para ella un proceso decididamente doloroso. El marido recibe una remuneración muy exigua y la esposa está obligada a hacer vigiliadas durante la noche, con el fin de ayudarlo en el mantenimiento del hogar. Por consiguiente, para este corazón materno la plegaria no representa sólo un refugio: junto con el consuelo espontáneo, ella recoge fuerzas magnéticas de sustancial calidad que la respaldan en el drama biológico que afronta.

A continuación indicó la región del útero y expresó: -Observe las manchas oscuras que rodean la organización fetal. En efecto, adheridas a la bolsa de líquido amniótico se distinguían microscópicas nubes grisáceas que circulaban en varias direcciones, dentro del sublime laboratorio de fuerzas generadoras.

Anacleto continuó con una observación que me dio a entender su profundo conocimiento del cuadro:

-Si las manchas atravesaran el líquido provocarían dolorosos procesos patológicos en toda la zona del epiblasto. El final de esa lucha

sería el aborto inevitable.

Sumamente conmovido contemplé el cuadro sublime compuesto por aquella madre sacrificada, unida a la organización espiritual de aquel que sería su hijo en el futuro. Fue el jefe de la asistencia magnética quien me sacó de aquella silenciosa admiración al explicarme:

-No obstante, la fe que adorna su carácter y a pesar de sus más elevados sentimientos, en ciertas circunstancias nuestra amiga no consigue abstraerse totalmente a la tristeza angustiosa. Hace seis días que está desalentada, afligida. Dentro de poco tiempo el esposo deberá pagar una deuda importante y carece de los recursos necesarios. Por consiguiente, la pobre señora, además de soportar la carga de los pensamientos destructores que ha estado elaborando, se ve obligada a absorber las emisiones de materia mental enfermiza de su compañero, que se apoya en el valor y en la resignación de su mujer. Las vibraciones disolventes acumuladas son atraídas en condiciones anormales hacia la región orgánica y, por eso, las vemos congregadas como diminutas nubes en torno del órgano reproductor, donde representan una amenaza no sólo para la salud materna sino también para el desarrollo del feto.

Desconcertado ante las nuevas enseñanzas, noté que Anacleto llamó a uno de los auxiliares y le recomendó algo.

Inmediatamente después, muy cuidadosamente, actuó mediante la imposición de sus manos sobre la cabeza de la enferma, como si se propusiera aliviarle la mente. Luego le aplicó pases rotativos en la región uterina. Vi que las manchas microscópicas se reunían en una sola y formaban un pequeño cuerpo oscuro. Por obra del influjo magnético del auxiliador, la reducida esfera fluidica de color parduzco se trasladó al interior de la vejiga urinaria.

Para acrecentar mi admiración, el nuevo compañero dio por terminados los pases y aclaró:

-No conviene prolongar la colaboración magnética para retirar la materia tóxica de una sola vez. Lanzada en el conducto excretor de la orina será eliminada fácilmente, dispensando la reiteración de otras operaciones.

Fue entonces que el servidor a quien me referí se aproximó a Anacleto, y le entregó una pequeña ánfora que aparentemente contenía delicadas esencias.

El orientador del servicio la tomó con sumo cuidado y dijo: - Ahora es necesario socorrer a la organización fetal. La alimentación de la progenitora, por fuerza de las circunstancias que no dependen de su voluntad, ha sido insuficiente.

Anacleto retiró del recipiente cierta porción de sustancia luminosa y la proyectó en las vellosidades uterinas, con el propósito de enriquecer la sangre materna destinada a suministrar oxígeno al embrión.

Expresé mi profunda admiración por la eficiente providencia de que había sido testigo, y el generoso auxiliador consideró: -No podemos abandonar a nuestros hermanos que están dentro de la carne librados a las circunstancias, en especial cuando solicitan la cooperación necesaria a través de la plegaria. La oración eleva el nivel mental de la criatura humana que confía y cree en el divino poder, favorece el intercambio entre ambas esferas, y facilita nuestra tarea de auxilio fraternal. Inmensos ejércitos de trabajadores desencarnados se desplazan por todas partes, en nombre de nuestro Padre. En vista de eso, hermano, el hombre de bien encontrará después de la muerte del cuerpo nuevos mundos de trabajo que lo esperan, donde desarrollará el infinito amor y la sabiduría, cuyos gérmenes posee en su corazón.

Luego, Anacleto se dedicó a atender a un caballero cuyos riñones parecían envueltos en crepé negro, tal era la densidad de la materia mental fulminante que los recubría. Con mucho cariño le aplicó pases



longitudinales, y finalizada la operación me dijo:

-Algún día el hombre común comprenderá la importancia del pensamiento. Por ahora, es muy difícil revelarle el sublime poder de la mente.

El jefe de la asistencia magnética iba a extenderse, tal vez, en consideraciones educativas, pero se le acercó uno de los cooperadores del servicio que gentilmente le solicitó:

-Apreciaría recibir su orientación en un caso de “décima vez”. Se trata de un conocido nuestro que presenta graves trastornos en el bazo.

Enormemente sorprendido, acompañé a Anacleto, que se dirigió hacia uno de los ángulos de la sala.

Teníamos frente a nosotros a un caballero de edad avanzada, a quien el orientador examinó atentamente. Por mi parte le examiné el hígado y el bazo, que acusaban enorme desequilibrio.

-¡Qué lamentable! -exclamó el jefe del auxilio después de auscultarlo largamente-. Por el momento solamente podremos aliviarlo. Después de haberle dispensado socorro completo en diez oportunidades es imprescindible dejarlo entregado a sí mismo, hasta que adopte una nueva resolución.

Y dirigiéndose al auxiliar agregó:

-Podrá ofrecerle mejoría, pero no debe aliviarle la carga de fuerzas destructoras que nuestro rebelde amigo acumuló para su propio perjuicio. Nuestra misión consiste en amparar a los que se equivocaron, pero no nos compete afianzar sus errores.

Como percibió mi sorpresa, Anacleto explicó:

-Nuestro esfuerzo es también educativo y no podemos dejar de

lado el dolor, porque instruye y ayuda a transformar al hombre en el sentido del bien. Entre las normas de servicio que debemos guardar en esta casa se encuentra la imprescindible reflexión acerca de las causas de los males ajenos, ante la posibilidad de extirparlos. Hay personas que buscan el sufrimiento, la perturbación y el desequilibrio, y es razonable que reciban como punición las consecuencias de sus propios actos. Cuando encontramos enfermos de esa condición los liberamos de los fluidos deletéreos en que se envuelven por propia decisión diez veces consecutivas, a título de beneficencia espiritual. No obstante, si las diez oportunidades pasan sin provecho para los interesados, tenemos instrucciones superiores de dejarlos entregados a su propia obra, con el fin de que aprendan de sí mismos. Podremos aliviarlos, pero nunca liberarlos.

Después de una breve pausa, como percibió que yo no me atrevía a interrumpir sus valiosas enseñanzas, Anacleto prosiguió: -Este hombre, pese a que simpatiza con nuestras actividades espirituales, es portador de un temperamento poco agradable, porque actúa con arbitrariedad. Lo complacen las riñas frecuentes, las discusiones apasionadas, el predominio de sus puntos de vista. No es precavido con su propia cólera y alimenta sin cesar la cólera y la amargura de quienes comparten su compañía. Por eso mismo, se convirtió en el centro de convergencia de intensas vibraciones destructoras. Vino a nuestro grupo en busca de mejoría y hace muchas semanas que intentamos orientarlo en el servicio del amor cristiano, apelando a su conciencia a fin de que ponga en práctica las obligaciones que serían beneficiosas para su propio bienestar. Pero el infeliz no nos escucha. Conquista odios con arriesgada facilidad, y no percibe la peligrosa posición en que se encierra. Nos frecuenta hace poco más de tres meses, y durante ese lapso ya le hemos hecho las diez aplicaciones de socorro magnético integral, incluyendo el drenaje de las cargas malignas, no sólo de los pensamientos de angustia y represalia que él provoca en los demás, sino también de los pensamientos crueles que elabora para sí mismo. Ahora debemos interrumpir el servicio de liberación por algún tiempo. A solas meditará sobre esta experiencia tan fuerte, aprenderá nuevas lecciones

y ganará en buenas cualidades. Más adelante podrá recibir de nuevo el socorro completo.

Profundamente satisfecho con el proceso educativo, me atreví a preguntar:

-¿Cuál es la medida de tiempo estipulada para casos de esa naturaleza?

El interlocutor asumió una actitud discreta y, sintetizando la pregunta, respondió:

-Varía de acuerdo con los motivos. El efecto obedece a la causa. Anacleto prosiguió con su labor de auxilio, mientras yo me sumergía en profundas consideraciones de orden superior. Después de la ruptura de los lazos carnales comprendemos con mayor claridad e intensidad la función del dolor en el campo de la Justicia divina como educadora. Aquella permanencia de escasos minutos junto al servicio de asistencia magnética renovaba mis concepciones relativas a los socorros y las sanciones. El Señor ama siempre, pero no pierde la ocasión de perfeccionar, civilizar, educar...

Fue Alexandre quien al aproximarse me hizo volver a la realidad. Los trabajos habían finalizado.

Anacleto manifestó mientras me abrazaba, al despedirme:

-Siempre será bienvenido. Vuelva a nuestro sector cada vez que lo desee. ¡Su participación será para nosotros un valioso estímulo!...

No encontré palabras para corresponder a su humilde generosidad, pero creo que el devoto auxiliar comprendió mi mirada de profundo agradecimiento.

Mientras acompañaba a mi instructor de regreso a nuestra colonia espiritual, experimenté que mi comprensión se ampliaba, como si una

*Los misioneros de la luz*

nueva fuente de luz emergiera a borbotones dentro de mi corazón.

## 20

### Adiós

Aguardaba la continuidad de mis estudios en compañía de Alexandre pero, para mi sorpresa, mi amigo Lisias fue portador de una invitación que me había hecho el caritativo instructor. Se trataba de una reunión de despedida.

Leí el breve y delicado mensaje y levanté la mirada hasta encontrar los ojos del mensajero.

-¿Despedidas? -le pregunté-

Lisias, presuroso, me explicó:

-Así es. Como ocurre también con otros orientadores de su misma posición jerárquica, Alexandre se marcha de tanto en tanto a regiones más elevadas, donde desempeña tareas de sublime significado que todavía no alcanzamos a comprender. Creo que debe partir mañana en compañía de algunos mentores afines con él, de modo que esta noche desea despedirse de sus colaboradores y aprendices.

-¿Y los trabajos en la corteza? -pregunté-. ¿No es Alexandre un instructor permanente de una de las importantes agrupaciones espiritistas que conocemos?

El compañero respondió con seguridad:

-Lógicamente, ya fue dispuesta su sustitución, de acuerdo con el mérito y el aprovechamiento de la institución a la que te referies.

Y, tal vez, percibiendo la nostalgia que había invadido mi Espíritu, Lisias comentó:

-Lo que te puedo asegurar es que el venerable orientador no nos olvidará. Puesto que se dirige a esferas más elevadas, su única preocupación será el servicio de Jesús y su propio progreso, a fin de sernos de mayor utilidad.

-Mientras tanto -objeté-, nos hará mucha falta... Siento que nos dejará en medio de la tarea, cuando estamos tan necesitados de su valioso apoyo para el aprendizaje...

Lisias percibió la naturaleza pasional de mi comentario, de modo que respondió con firmeza:

-¡Nada de egoísmo, André! Sabemos que Alexandre se ausentará para proseguir su tarea. Aunque su excursión durase largo tiempo y estuviese exclusivamente consagrada al reposo recreativo, a nosotros, sus deudores, nos corresponde la participación en la alegría por sus honrosos merecimientos. Es necesario reflexionar acerca del bien que todavía podemos hacer, y vibrar de júbilo y esperanza por las realizaciones futuras, para no caer en la indolencia y la improductividad. Por lo tanto, no debemos olvidar el bien que él ha hecho o el que hemos recibido, a fin de que no seamos ingratos.

Aquella observación tuvo la virtud de despertar mi conciencia. Me ubiqué en el equilibrio emocional indispensable. Modifiqué mi actitud interna, y reaccioné contra las primeras impresiones que la noticia me había causado.

El bondadoso amigo me comprendió y con una sonrisa destacó:

-No podemos olvidar las obligaciones que nos competen. El aprendizaje, en los diferentes cursos en que se presenta, llega siempre a su fin, aunque la sabiduría sea infinita. Necesitamos demostrar el aprovechamiento práctico de las lecciones recibidas. ¿Qué mejor

testimonio de asimilación podemos dar a nuestro amistoso instructor que el de hacernos cargo del campo donde ha venido cumpliendo su servicio, en el que bondadosamente nos ha iniciado, hasta que él regrese de su temporario alejamiento?

-¡Es verdad! -exclamé-

Reanimado por las palabras esclarecedoras de mi compañero, conversamos durante unos benditos instantes y, luego, Lisias me prometió regresar a la caída del crepúsculo para ir juntos a la referida reunión.

Al anochecer regresó el apreciado compañero, y nos pusimos en camino mientras manteníamos una animada charla.

Contemplado desde nuestra colonia espiritual, el firmamento se manifestaba singularmente hermoso. Numerosas constelaciones brillaban deslumbrantes, y la Luna, de mucho mayor tamaño que el que se ve desde la superficie de la Tierra, impresionaba como más acogedora e impasible. Apartadas del bombardeo de los rayos solares, que renuevan la vida sin cesar, las flores exhalaban una deliciosa fragancia mientras danzaban con docilidad al soplo de la suave brisa.

-Muchos de los aprendices de Alexandre -comentaba Lisias risueño- irán a visitarlo esta noche. Mantengámonos a la altura de los demás, cuidando que nuestras actitudes interiores se exterioricen como gratitud y serenidad.

Estaba de acuerdo con el esfuerzo, y recordaba las eminentes lecciones recibidas. Alexandre sabía hacerse amar. Superior sin afectación, humilde sin servilismo, orientador siempre dispuesto no solamente a enseñar sino también a aprender, atendía los elevados encargos que se le confiaban sin desvarío alguno del “yo”, profundamente aplicado en el cumplimiento de los designios del Padre y en aceptar y aprovechar nuestra simple cooperación. En virtud de su

bendita capacidad de comprensión, la separación del instructor, aunque temporal, me dolía en el Espíritu.

Con esa íntima disposición, contra la cual reaccionaba prudentemente, llegamos a un edificio residencial de líneas armoniosas donde se reuniría la afectuosa asamblea.

Me sorprendió encontrar el salón magníficamente iluminado. No había lujo en la decoración interior, y los candelabros, en forma de estrellas, irradiaban una claridad azul brillante, proporcionando al ambiente un clima de misteriosa belleza mezclada con elevada espiritualidad. Adornaban las paredes delicados y simbólicos arabescos de flores naturales, que nos trasmitían una impresión de alegría y bienestar.

Lisias me presentó a varios compañeros, y me di cuenta de inmediato que la cantidad de aprendices que allí se congregaría sería reducida. Sólo comparecerían los discípulos de Alexandre con permanencia eventual en nuestra colonia, es decir, sesenta y ocho colegas, de los cuales quince eran mujeres. Todos los presentes se referían al cordial mentor con palabras de encomio. Todos habíamos contraído una gran deuda con su corazón.

Después de haber verificado la presencia de todos los invitados, el benévolo instructor se acercó a nosotros distribuyendo el cariño de sus saludos a cada uno, sin el desperdicio de actitudes exteriores. Era el mismo Alexandre, admirable y simple. Hermanado con nosotros, nos dejó en absoluta libertad mientras mantenía diálogos individuales acerca de nuestras tareas, estudios y logros. Posteriormente, con toda naturalidad comenzó a hablarnos en tono paternal:

-Ustedes conocen el motivo de esta reunión. Quiero despedirme de todos, pues me ausentaré por cierto tiempo, obligado por elevadas razones de servicio.



En la mirada de los presentes noté que la mayoría compartía conmigo la misma desolación. Éramos grandes deudores de aquel Espíritu sabio y benévolo.

Después de una breve pausa continuó:

-Estoy persuadido de la pureza del amor que ustedes me dedican, y sé que no ignoran la dimensión de la estima que les consagro. Es lógico. Somos amigos que nos hemos reunido en la misma empresa del bien, y asociados felices para la realización de la divina voluntad. Compañeros en la lucha constructiva, esta separación, aunque efímera, nos resultaría sumamente pesada si no conserváramos en lo profundo de nuestras almas la luz del esclarecimiento.

A esa altura, Alexandre hizo un prolongado intervalo para dirigir su mirada hacia la nuestra, como si escrutara el interior de cada uno de nosotros, y luego prosiguió:

-Algunos colaboradores, a quienes mucho debo, me han invitado a que permanezca en nuestra colonia de trabajo, gentileza que agradezco conmovido. La vibración de mis palabras no refleja un exceso de personalismo, sino la estima recíproca y fiel que nos dedicamos. No obstante, amigos, urge que hagamos una reflexión acerca de que este servidor humilde no puede arrebatarse el lugar que Jesús debe ocupar en vuestras vidas. Es sabido que al descubrir el amor sin tacha, difícilmente dejamos de entregarnos a él sin reservas. Esa dificultad, evidente en todos los caminos de nuestra evolución, nos lleva a menudo a que incidamos en el vetusto error de la idolatría. Por cierto, en esta asamblea nos hemos congregado corazones atraídos por la sencillez y la amistad, de modo que aquí no hay lugar para consideraciones filosóficas densas ni dilatadas, que tendieran a restringirnos en el bendito aspecto de los sentimientos. No obstante, si es oportuno que meditemos seriamente en torno al problema de los lazos sagrados que nos unen, pero que no nos subyugan. Nuestra trayectoria de perfeccionamiento, tanto como la senda del progreso de

la humanidad terrestre en general, ha seguido un trazado tortuoso, sobre un suelo recubierto con los pedazos a que quedaron reducidos nuestros antiguos ídolos. Se suceden nuestras reencarnaciones, y las civilizaciones repiten el recorrido a lo largo de amplias espirales de recapitulación, a consecuencia de que hemos faltado a la vigilancia cuando transitamos los caminos rectos.

Se produjo una nueva pausa en su afectuosa y significativa disertación, y observé que todos estábamos identificados en un profundo respeto hacia las venerables palabras del instructor.

-Hemos creado muchos dioses particulares -continuó Alexandre conmovido- para luego destruirlos, muchas veces con honda desesperación en los corazones, a medida que la realidad nos amplía la perspectiva ante el infinito horizonte de la vida. En la búsqueda del consuelo individual, frente a los graves problemas de nuestra existencia, raramente hemos encontrado la solución, sino la fuga, de la cual nos valemos con todas las fuerzas de que somos capaces, decididos a postergar indefinidamente la obra imprescindible de la reparación o del rescate. No obstante, llegará el día en que la verdad será restablecida, y ése será el momento de nuestro testimonio personal.

El lúcido orador posó sobre nosotros su mirada, en la que estaba reflejada su contenida emoción, y después de una larga pausa volvió a las consideraciones relativas a la despedida.

-Es por eso, amigos míos -prosiguió en tono fraterno-, que el orientador consciente de su función no puede evadir los deberes que le competen en lo atinente a la evolución de sus protegidos. De tanto en tanto es necesario dejar al discípulo confiado a sí mismo, aunque las gratas connotaciones del cariño nos sugieran lo contrario. Al lado del instructor, el aprendiz casi siempre se limita a observar. En cambio, si toma distancia, hace su propia experiencia y decide la aplicación de lo que aprendió. Es indispensable el desarrollo de las cualidades ilimitadas de cada uno de nosotros, guardadas como divina herencia en el

potencial de nuestro mundo interior. La protección inconsciente que aparta al protegido del clima de realización que le compete, destruye los gérmenes del progreso, de la elevación, del rescate individual. Establecer una dependencia de ese orden equivale a crear el cautiverio del Espíritu, que anula nuestra capacidad de improvisación y estimula los vicios del pensamiento. Huyamos del condenable sistema de la adoración recíproca, en la que una falsa ternura produce la ceguera del sentimiento. Respetémonos mutuamente en la condición de hermanos congregados para la misma obra del bien y la verdad, pero combatamos la idolatría; querámonos bien los unos a los otros, como Jesús nos amó, sin embargo, cooperemos contra las insinuaciones del exclusivismo destructor. Somos depositarios de trascendentes lecciones de la vida superior, y ponerlas en práctica, tendiendo manos amistosas a nuestros semejantes, es nuestro objetivo primordial. Cada uno de ustedes tiene obligaciones por separado en los diferentes sectores de la actividad espiritual. Durante algunos meses hemos estado juntos cada vez que la ocasión lo permitía. Asociados en la misma experiencia, hemos creado lazos santificados de amor que nos hermanan los unos a los otros. Con todo, no podemos descansar sobre las comodidades del afecto. Es preciso enfrentar las asperezas del servicio, familiarizarnos con la lucha, testimoniar el aprendizaje. Nunca apelaría a la condición de instructor para obstaculizar vuestro crecimiento mental. La Tierra, nuestra madre en común, demanda hijos esclarecidos que colaboren en la divina tarea de la redención planetaria. Por todas partes hay multitudes esclavas del bienestar y de la miseria, de la alegría y del sufrimiento, ajenas al carácter temporario de las situaciones en que se debaten. Todos viven, aunque raros son los Espíritus de nuestro mundo que han tomado posesión de la vida eterna. El campo de trabajo es vastísimo. Experimenten en él lo que han aprendido; despierten, a lo largo del camino, a las conciencias que están dormidas. El aprendizaje nos suministra conocimiento; la vida nos ofrece la práctica. Conjugemos la sabiduría con el amor en la actividad de cada día y descubriremos la divinidad que palpita dentro de nosotros, glorificando a la Tierra que aguarda nuestra colaboración eficiente, a favor del equilibrio y la comprensión mutuos. No faltan instructores benévolos y

generosos y, por otra parte, constituye vuestro deber la aplicación de las lecciones que han recibido de modo de orientar en la lucha, por igual, a vuestros semejantes y a los compañeros que todavía dudan. Sólo las víctimas voluntarias de la idolatría convierten la ausencia en un vacío. No, amigos míos, no alimentemos ningún proceso doloroso de añoranza en el que estén ausentes el optimismo y la esperanza. Un inmenso futuro de realizaciones sublimes, concordantes con la voluntad del Padre, nos aguarda a cada uno de nosotros. Demos buenos ejemplos, con aceptación de las experiencias constructivas que convocan nuestros esfuerzos a fin de que asumamos compromisos mayores cada vez. Estimo profundamente el consuelo individual, pero por encima de nuestro bienestar debemos procurar nuestra liberación, siguiendo el ejemplo del Cristo.

Por cierto, la lección estaba impregnada de un afecto austero, que en ese momento no satisfacía a nuestros corazones habituados a las manifestaciones de cariño desbordante, aunque tenía la virtud de despertarnos a la verdad e instarnos a una actitud de auténtica comprensión. Aun así, en una sencilla reunión de despedida, Alexandre se conducía con magnanimidad y nobleza, con lo que nos imponía una cordura que de otro modo no sabríamos conservar. No obstante la comprensión, nuestros ojos se habían humedecido. Aunque sólo sea temporaria, la separación de quienes son ejemplo de bondad siempre resulta dolorosa. En su compañía habíamos aprendido sublimes lecciones. Fuerte y sabio, cariñoso y enérgico, había ejercitado nuestras frágiles alas para los importantes vuelos de sucesivos conocimientos. Si comparábamos nuestra situación previa con la presente, notábamos una evidente superación general. ¿Cómo no habríamos de dedicar, a ese bendito amigo de todas las horas, ilimitados testimonios de amor?

Creo que la mayoría compartía mis pensamientos y Alexandre, como si escuchara nuestras reflexiones íntimas, agregó:

-¡Le debemos al Cristo Jesús toda la gratitud! El es el divino intermediario entre el Padre y nosotros. Sepamos agradecer al Maestro

las bendiciones, las lecciones y las responsabilidades. ¡El sentimiento de gratitud al Señor alegra la vida y jerarquiza el trabajo de los servidores fieles!...

A continuación, el instructor se puso de pie y, con una sonrisa en el rostro, nos abrazó a cada uno mientras nos dirigía palabras de invitación al bien y a la verdad, que nos infundían valor y fe.

Equilibrados por obra de la palabra esclarecedora de Alexandre, los aprendices no se atrevieron a pronunciar exclamaciones nacidas de la ternura indiscreta. Estábamos todos satisfechos; nuestra disposición era de entereza y dignidad.

Epaminondas, el discípulo más respetable de nuestro círculo, tomó la palabra y agradeció sobriamente, plasmando en sus manifestaciones nuestros más nobles sentimientos, además de transmitir al instructor amigo nuestros ardientes votos de paz y de éxito en la continuación de sus notables tareas.

Observamos que Alexandre recibía nuestras vibraciones de amor y reconocimiento con profunda emoción y, en correspondencia, su frente venerable emitía sublimes irradiaciones de luz.

Cuando concluyó el breve saludo de nuestro compañero, pronunció algunas frases de agradecimiento que no merecíamos y dijo:

-Ahora, amigos míos, elevemos al Cristo nuestros pensamientos de júbilo y gratitud, y consagrémosle las inolvidables emociones de nuestro adiós.

Envuelto por una intensa luz zafirina y brillante, permaneció de pie con los ojos dirigidos hacia lo alto, y extendió los brazos como si conversase con el Maestro allí presente, aunque invisible para nosotros, mientras pronunciaba una oración de infinita belleza:

*¡Señor, sean para tu corazón misericordioso,*

*todas nuestras alegrías, esperanzas y aspiraciones!*  
*¡Enseñanos a dar cumplimiento a tus propósitos desconocidos, ábrenos las puertas doradas de las oportunidades del servicio, y ayúdanos a comprender tu voluntad!...*  
*Sea nuestro trabajo un taller sagrado de bendiciones infinitas, convierte nuestras dificultades en estímulos sublimes, transforma los obstáculos de la senda en renovadas lecciones...*  
*En tu nombre*  
*sembraremos el bien donde broten los espinos del mal,*  
*encenderemos tu luz donde permanezcan las tinieblas,*  
*verteremos el bálsamo de tu amor donde fluya el llanto del sufrimiento,*  
*proclamaremos tu bendición donde haya condenas,*  
*¡Desplegaremos tu bandera de paz en medio de las guerras del odio!*  
*Señor,*  
*haz que podamos servirte*  
*con la fidelidad con que nos amas,*  
*y perdona nuestra fragilidad y vacilaciones en la ejecución de tu obra.*  
*Fortalece nuestro corazón,*  
*para que el pasado no nos perturbe, y el futuro no nos inquiete,*  
*a fin de que podamos honrar tu confianza en el día de hoy,*  
*que nos diste*  
*para la renovación permanente hasta la victoria final.*  
*Somos tutelados en la Tierra,*  
*confundidos en el recuerdo*  
*de errores milenarios,*  
*pero queremos, ahora,*  
*con todas las fuerzas del*  
*alma,*  
*¡liberarnos a través de tu amor para siempre!*  
*¡Arranca de nuestros corazones las raíces del mal,*  
*libranos de los deseos inferiores,*

*disipa las sombras que oscurecen nuestra visión de tu plan divino,  
y ampáranos para que seamos  
servidores leales de tu infinita sabiduría!  
Danos el equilibrio de tu ley,  
apaga el incendio de las pasiones, que a veces  
irrumpe todavía  
en lo íntimo de nuestros sentimientos,  
como una amenaza para nuestra edificación de la espiritualidad superior.  
Consérvanos en tu inspiración redentora,  
en el ilimitado amor que nos reservaste,  
y que integrados en tu trabajo de perfeccionamiento incesante  
podamos atender tus sublimes designios,  
en todo momento,  
¡hasta convertimos en servidores fieles de tu luz para siempre!  
Así sea.  
La conmovedora plegaria de Alexandre fue el punto final del maravilloso adiós.*

Salimos. En los alrededores, las flores exhalaban un sutil aroma a la luz plateada de la noche. A lo lejos, en lo alto del cielo, brillaban los astros como centelleantes corazones luminosos en lejanas playas del universo, imantados como nosotros lo estamos, los unos a los otros, en procura del regocijo supremo mediante la unión con la divinidad.